



Castelar

DESCUBRIMIENTO
De América

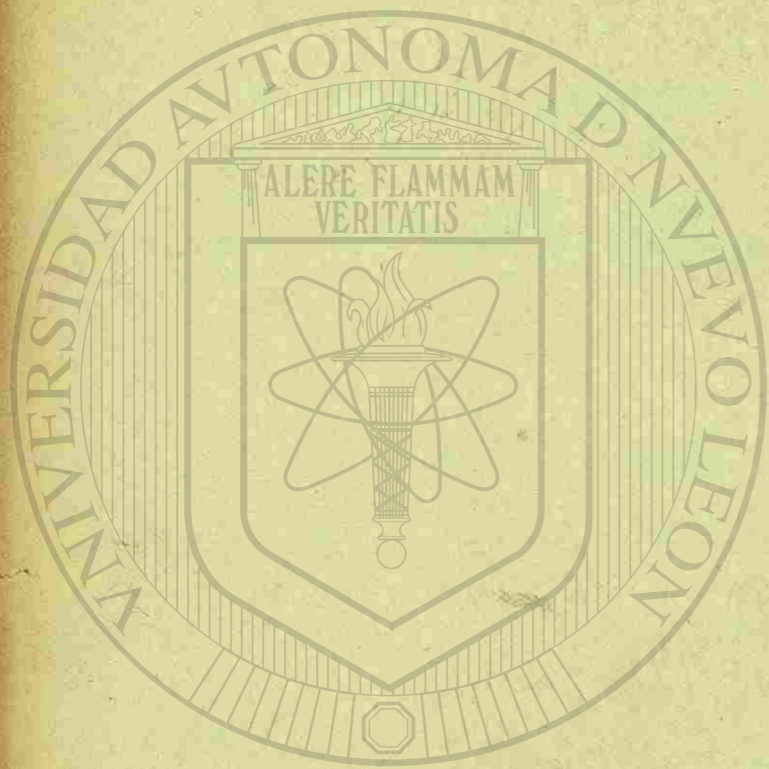
1

E111
C342
Vol

R. C.



1020025248



HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

17395



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO CARRUBIAS



Lit. Felipe G. Rojas Madrid

CUADERNO 1º

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

POR

EMILIO CASTELAR

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098330

MADRID

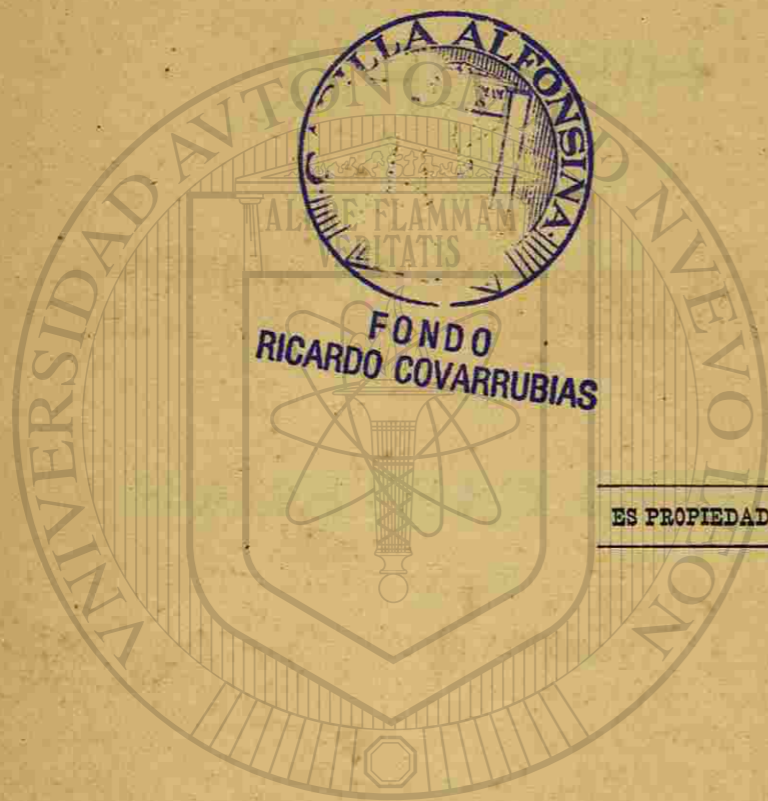
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZALEZ ROJAS

Calle de Rodríguez San Pedro, antes San Rafael, núm. 9. (Barrio de Pozas).

Teléfono número 1880.

970
C

E 111
C 342
V. 1



ES PROPIEDAD DEL EDITOR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



AL SEÑOR

D. TELESFORO GARCÍA

Presidente de la Cámara española de Comercio en Méjico.

Querido Telesforo: Te consagro y dedico esta obra, en la cual, por mis antiguos oficios universitarios, he gastado algunos años, aunque la escribiera en dos, el corriente y el último, q̄ demanda de poderosísimos editores extranjeros, que han publicado lo capital de toda ella, vertido á lengua inglesa, en ciudad tan célebre por sus periódicos y revistas excepcionales, como por su industria, por su navegación y por su comercio; en la ciudad de Nueva York. Yo profesé ante un auditorio joven, quien, renovándose todos los años, quedaba el mismo siempre por su atención á mis enseñanzas y por su amor á mi persona, en el primer instituto científico de nuestra patria, la Historia nacional, durante los tres más felices lustros de la carrera mía, y aquellas lecciones dieron al descubrimiento de América toda la importancia exigible por el hecho que ha, en el tiempo, abierto y caracterizado la edad moderna, pues á su virtud y eficacia llegaron las so-

ciudades feudales hasta la unidad del Estado, como ha, en el espacio, al florecimiento primaveral del universo, rejuvenecido con las surrecciones de continentes, mares y archipiélagos, nunca vistos, la creación y la vida. Suele retóricamente decirse por los naturales y justos apologistas de mundo tan hermoso y progresivo como América, que la humanidad, al hallarlo en período tan creador de suyo, como el Renacimiento, creyó haber hallado de nuevo el edén perdido por nuestro primer padre en el día fatal de su primera culpa. Y es verdad que la humanidad lo halló, pues desde las irrupciones bárbaras vivía bajo el recuerdo de aquella culpa, y recelaba la próxima terminación del planeta en una especie de mileranismo apocalíptico, precursor del Juicio final, donde habrán de romperse á una los siete sellos del enorme libro de la vida, venirse al horizonte sensible desde los cuatro extremos cardinales los ángeles exterminadores, enrollarse como un pergamino al fuego los espacios, caerse como en lluvia de cenizas las estrellas, y morirse la humanidad: ensueños semejantes á una pesadilla, que se revelan en las esculturas y en los cuadros y en las epopeyas medioevales, sugeridos por un terror al infierno y al diablo, sólo disipado del todo cuando á una dilatación del espacio nueva y á un diluvio de luz creadora y á un advenimiento de tierras con palmares vestidas y de metales preciosos coronadas y á un brillante centelleo de constelaciones australes que aumenten la copia de luminosas estrellas y á una savia virgen se rehace y se renueva de tal modo la vida, que sacude la humanidad el recuerdo de su culpa, como si hubiese visto de nuevo el llorado edén, y entrado, vencedora de la secular nirvana

pesimista, en los tiempos gloriosos del progreso. La voluntad cree que lo puede todo, cuando ha logrado repetir el acto divino de la creación; y el pensamiento que puede cristalizarse por doquier, cuando ha inventado un mundo nuevo sin los escombros de las antiguas tradiciones con que tropezamos por todas partes en el viejo mundo histórico. Así han tenido razón cuantos han dado á nuestra edad por comienzo el año mismo en que fué América descubierta, y han creído que la serie de transformaciones, característica del espíritu moderno, comienza por esta capital transformación, por la transformación del espacio. La nueva humanidad se agrandó, como Anteo, así que pudo poner el pie con firmeza en la tierra, y tocó en el cielo con la frente, como Júpiter, encontrando una base tan sólida y tan hermosa como América para punto de apoyo. No fué casual conviviera con Colón en la tierra el astrónomo Copérnico, que fijara como foco inmóvil de las elipses planetarias el sol; no fué casual conviviera con Colón el filósofo Vives que llamara, mucho antes de Bacon Verulamio, el espíritu á la experiencia; no fué casual conviviera con Colón el artista que prestara, como Rafael, á la forma humana el vigor y hermosura perdidos desde que murió la Grecia clásica; no fue casual conviviera con Colón el monje, como Las Casas, que antes de Grocio proclamara el derecho natural y protestara contra todas sus violaciones; no fué casual convivieran con Colón los reyes que, como Luis XI y Fernando V, lucharan á brazo partido con el feudalismo y fundaran la unidad del Estado, generadora de nuestras progresivas naciones: el espíritu, uno en su esencia, se revela en diversas manifestaciones, matices di-

versos de la misma luz, que muestran tanto lo consustancial de todas ellas en el fondo, como lo idéntico de su origen celeste y de su finalidad providencial. En el descubrimiento de América, hecho capitalísimo, se hallaban encerrados todos los hechos con él correlativos, que significan y representan otras tantas lógicas determinaciones del espíritu moderno en la sociedad y en la historia.

Si nosotros reconocemos que América señala un punto de partida capital en el desarrollo de la Humanidad, nuestros hermanos de América están en el caso de reconocer que toda la cultura moderna y todo el espíritu vivificador de tal cultura les provino de la gente y de la tierra española, quienes hicieron los esfuerzos mayores de voluntad conocidos para descubrirla en bien de la especie nuestra toda entera, y emplearon el siglo de su mayor poderío y exuberancia iniciándolos en los principios de la civilización cristiana, cuyo aquistamiento nos había costado edades y edades incalculables, según lo que dilatara la crítica contemporánea el tiempo, conforme ha dilatado la reciente astronomía el cielo. Podrán los animales vivir en lo presente, atenerse á lo útil, recluirse dentro del ejercicio de sus instintos en los dos ministerios de alimentarse y de reproducirse; pero no los hombres, que muestran su eternidad cuasi divina dilatándose con el recuerdo en lo pasado y en lo porvenir con el presentimiento y la esperanza. Un testimonio de tamaña verdad nos ofrecen ahora los Estados Unidos del Norte al celebrar, no obstante su origen sajón y su lengua británica, el hecho capitalísimo de nuestra historia como un hecho capital de su historia propia; y al poner la invención de todo el continen-

te, como generadora de su espíritu, en las alturas donde pusieron los franceses el día mayor de su inspirada revolución. Y no podrían sino pensar y proceder así los yankées en el claro sentido que los ilustra y en la natural propensión de todos los pueblos á dilatarse por lo pasado. Aquellas montañas que guardan todavía la sombra de sus primeros escaladores, cual guardan los volcanes de Sicilia el recuerdo de los primeros titanes; aquellos ríos, como el Mississipi, abiertos al cambio universal por el valor español; aquellas ciudades, como San Francisco y San Agustín, que aun llevan los nombres de nuestro santoral, y aquellas otras denominadas con los apellidos de nuestro insigne Toledo y de nuestro Madrid por los agradecidos yankées; aquellos territorios de la Florida, que penetran en los espacios antillanos y revisten su flora y su fauna como para ser un lazo de unión entre la madre tierra hispánica y las hijas mismas que no hablan ya su lengua y que muestran muy mezclada su sangre con sangre diversa; todo esto dice cómo mantienen las razas boreales mismas el culto religioso debido á los atavismos fisiológicos y á las tradiciones seculares del creador tiempo, recordados en los anales de la historia, y á los entroncamientos de unas genealogías con otras, que forman como los ramajes del árbol de la vida quien ¡ah! no puede por la inmensidad extender su copa sino á condición de que se hundan sus raíces en los sepulcros de las generaciones extintas. Cuando el año 74 nos apercibíamos á celebrar la Exposición de Filadelfia, yo anuncié que, al acercarse la fecha del Centenario de su descubrimiento, daría la América sajona, en honra de la invención de su continente por Es-

paña, una fiesta intercontinental á los pueblos, conforme con la que daba entonces en honra de su propia libertad y de su ya secular independencia. Y decía yo con este motivo: «América necesitaría perder la memoria y el habla para perder el recuerdo de nuestro nombre. Todo está en ella ligado con nosotros. Si quiere elevarse á los orígenes de su cultura presente y de su civilización cristiana, tiene que tropezar con aquel humilde convento de franciscanos, á cuya puerta pedía limosna un hombre que comenzaba á entrar en la edad madura, y que, sin embargo, tenía la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos de la idea y por los sacudimientos de la inspiración; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombre-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocido en Francia, desconocido en Portugal, y sólo adivinado por la inspiración y audacia de nuestra España. No hay allí de extremo á extremo ningún objeto sin el sello de nuestro pensamiento. Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Lucayas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aún la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado, en alas de su fe, desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdova y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición de la Carolina meridional á un Váz-

quez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos, que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Mississipi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada Santa Victoria, cubierta con la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas de Plata y las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo.»

Yo perfectamente sé cómo esta maternidad social es más dolorosa que la maternidad natural, y no encuentra, en compensación á sus dolores, ni siquiera el amor de los por ella generados. Como la Iglesia maldice de la Sinagoga que le ha dado vida; como la revolución maldice de la Iglesia, en cuyos Evangelios ha encontrado los principios de libertad y de igualdad, por los cuales consumara extraordinarios sacrificios; como el mundo latino incendia y tala el mundo griego, á quien sigue y copia; como el mundo germánico reniega del mundo latino y se proclama su azote, mientras

le plagia desde su religión hasta su lengua; en cumplimiento de leyes nunca desmentidas, América maldijo por espacio de una centuria entera, sin piedad, á su alma y cuasi divina madre, la inmortal España. ¡Cuán injustas las maldiciones que se lanzan, y cuán apasionados los juicios que se forman al siniestro resplandor del odio sentido por las especies sociales contra sus padres cuando se creen llegadas á la hora de huir del hogar paterno y realizar su natural emancipación! ¡Cómo atribuían los primeros romanos, acaparadores de Grecia la corrupción subsiguiente á tal hecho, corrupción que se metió en sus huesos por internas relajaciones del organismo propio, á la próspera conquistada Musa, cuyo genio les inspiró todas sus artes y toda su literatural! ¡Con cuál furor procedieron los primeros cristianos contra las estatuas griegas, por simulacros de los vencidos dioses, cuando adornan el planeta con sus armoniosas líneas, parecidas á compendios de la geometría celeste y lucen sobre sus cabezas esféricas las llamas del humano ideal! ¡Qué injusto el Renacimiento, por clásico y casi pagano, con las catedrales góticas, aunque símbolos en sus arcos ojivales de la Trinidad, aunque aromadas á los rezos de cien generaciones diluïdos en sus atmósferas de incienso, aunque por el éter increado esclarecidas en aquellos vidrios multicolores que parecen iris de ideas puestos en los místicos rosetones y en aquellas lámparas que parecen estrellas errantes volando á buscar su luz en los espirituales resplandores del santuario! La filosofía enciclopédica mostró, al juzgar el dogma cristiano, injusticia idéntica con la mostrada por el Renacimiento al juzgar el arte católico, no obstante haber sido el

dogma una inflexible aplicación á la moral y á la fe de todo cuanto pensarán y dijeren las antiguas ciencias profanas. Pero así es el mundo y no hay medio alguno de contrastar sus leyes. Necesitadas las instituciones de diferenciarse, tienen que definirse, y al definirse, necesitadas para su definición de convertir las generaciones que les han precedido en enemigas y contrarias que las han atormentado, les arman una guerra de separación, en la cual, como en todas las guerras no busques ni un escrúpulo de justicia. Por un movimiento natural forzoso, América tuvo que separarse de nuestra España, como se apartó Grecia de Frigia, donde habían sus dioses nacido; como se apartó Cartago de Fenicia, que le diera el espíritu de su alma con la sangre de sus venas; como se apartó España misma de su madre Roma, no obstante haberse visto con poetas como Lucano, y cónsules como Balbo, y trágicos y filósofos como los dos Sénecas, y satíricos como Marcial, y maestros como Quintiliano, y ciudades como Córdoba, Hispalis, Toledo, Mérida, Zaragoza, Cádiz, y emperadores como Trajano y como Teodosio, unida consustancialmente á la Ciudad Eterna. Pero no pueden tales apartamientos de hogares mutuos y tales separaciones de cuerpos respectivos en el mundo social realizarse y cumplirse jamás sino por medio de rompimientos terribles, los cuales evaporan espesas nubes henchidas de sangre. En nuestra especie, un hijo pide la bendición de su padre al constituir la nueva familia, y en las especies sociales, el hijo que se constituye independiente, maldice impío al padre que lo ha engendrado, y además de maldecirlo sin entrañas, lo combate sin tregua, mientras cree insegura ó incierta su deseada

emancipación. Examina los apellidos de aquellos que separaron en los empeños por la independencia de América, esos hogares de nuestros hogares, y verás que los Bolivares, los Iturbides, los Egañas, los Hídalgos, pertenecen á las clases y á las regiones más conservadoras de nuestra España, hijos de nuestros magistrados y de nuestros gobernadores en su mayor parte, oriundos del hogar vasco, que se cree y proclama el más antiguo y genuino de todos nuestros solares. En la independencia del mundo americano sajón hubo de contrario á la Metrópoli aquella tribu ilustre, los republicanos evangelicos, que había huído de los Estuardos como huiera Moisés de los Faraones, y que había fundado antes de la guerra una república cristiana, punto de apoyo legítimo quizá á su emancipación; pero en la emancipación de los nuestros no hubo tal cosa, la comenzaron y la concluyeron los españoles más netos: que por tan lógica é indispensable la tenían.

Pero estos terribles sacudimientos sociales traen consigo aparejados odios cuya intensidad no podéis disminuir y cuyo fuego no podeis apagar en los primeros instantes sucesivos á la volcánica explosión. España no podía conformarse con tanta facilidad á perder la material tutela sobre sus hijos predilectos; y estos hijos predilectos no podían perdonar á España el empeño suyo en sostener allende lo que creían el término de su minoridad, poder y gobierno tan repulsivos á ellos como al mozo la dulce lactancia, gustada y relamida del niño. Resultado natural á semejante angustiosa y triste situación, fué aquí en España una serie de reacciones lógicas hacia el restablecimiento de su antiguo poder, como hay

en América otra serie de rompimientos cruentísimos con la madre patria, sustentados por maldiciones á su nombre y á su historia, tan excesivas y exageradas como todas cuantas sugiere la guerra. De aquí una mala inteligencia que ochenta y más años perdurara entre los destinados á cumplir la independencia y los destinados á resistirla. Mas el tiempo creador, en su movimiento eterno, y el espíritu humano, en sus evoluciones lógicas han poco á poco ido cambiando las ideas, y las ideas los sentimientos, y los sentimientos las costumbres, y las costumbres los ánimos, y los ánimos la política intercontinental. Merced á estas fuerzas universales, ha comprendido España que no debe intentar cosa ninguna, ni en sueños, contra la independencia de América; y ha comprendido América que todos los adelantos fisiológicos, etnológicos, científicos de todas clases, así como todos sus intereses continentales, tan varios y complejos, la obligan á creerse consustancial con España y á tomar como una dilatación de la vida española su propia vida en el nuevo continente. Cual en el campo de batalla los huesos de amigos y enemigos muertos á los sendos encarnizados odios juntan sus átomos y los transfunden á las fibras de los mismos vegetales y á las plumas de los mismos pájaros, trocándolos en deleitables esfluvios de suavísimos aromas y en músicas escalas de enamoradas notas; en el seno de la historia las ideas contrarias forman una síntesis, y los dioses enemigos unas religiones, y los pueblos en guerra unas alianzas, de las cuales el humano espíritu vive y en las cuales se determina el universal progreso. Nunca se dijo cosa tan profunda como aquella proclamación de la tricotomía del humano

pensamiento, que resulta de superior armonía entre principios contrarios, los cuales entran en esa tricología lógica que preside al universo visible, como preside al universo invisible la Trinidad cristiana. Con estas contradicciones armonizadas tropezáis á cada paso en la vida; como que se hallan reconciliados en ella el amor y la muerte. Así, las almas profundamente piadosas asisten con tristeza interior á una boda, porque sólo engendra mortales el amor, y con una conformidad interior á los entierros, porque sólo engendra inmortales ¡ah! la muerte. ¿Cómo hemos de maldecir nosotros á los pueblos americanos, cuando el sentido moral y el sentido común de la humanidad llaman de consuno, con razón pecados españoles á sus pecados, y cómo han de maldecir los pueblos americanos á su madre gloriosísima España, sin declararse con ello los bastardos y los expósitos de la historia? Así tenemos que celebrar el descubrimiento de América unidos, y así nos coge reconciliados este transcendental hecho de la común vida patria. Pero nada se consiguiera sin la corriente de simpatías promovida por previsores publicistas españoles hacia un reconocimiento y hacia un olvido; hacia el reconocimiento ahí de que las instituciones modernas estaban en el germen de los municipios por nosotros sembrados, así como en toda nuestra incomparable legislación de Indias; y hacia el olvido, aquí, no ingrato, necesario, de que fuéramos, amén de sus padres, un día sus tutores y curadores en la indispensable minoridad social, quedándonos ahora en la mayor edad y en la emancipación inevitables, con el título primero, con el título amantísimo y el poder moral de verdaderos padres. Permíteme ufanarme

de todo cuanto hice yo para prosperar este resultado, escribiendo, con la sola interrupción de mi fugaz y tormentoso Gobierno, treinta y ocho años consecutivos en los principales diarios hispano-americanos, La Tribuna, El Siglo, La Nación, El Mercurio, El Monitor Republicano, El Mercantil y tantos otros, para demostrar á los españoles que la república y la independencia son incontrastables ya en América, y á los americanos, que para quitarse á España de su alma necesitarían quitarse de la conciencia su religión, del arte sus más resonantes cuerdas, de la vida sus costumbres más piadosas y amadas, de la memoria sus tradiciones más santas, del cognomen los apellidos paterno y materno, del pródigo labio la más hermosa entre todas las lenguas modernas, de la nobleza etnológica y fisiológica esta pura sangre nuestra que animara tantos héroes y genios, así como de la nobleza moral y secular una historia, donde consta cómo España engrandeció los mares con sus esfuerzos, é iluminó, como Dios, el cielo con nunca vistas estrellas.

No debemos olvidar en modo alguno, amigo del alma, cuánto han cooperado á esta obra de nuestra salvación muchos escritores hispano-americanos, los cuales han tenido á honra ostentar su ascendencia española, y muchos plenipotenciarios, los cuales han venido llamando ante las personificaciones y los poderes de nuestro Estado, á España, en oficiales actos, la bendita madre patria de su gente y de su territorio: efluvios misteriosos intelectuales y morales, penetrantes, como los efluvios magnéticos, por modo misteriosísimo, en la red nerviosa nuestra, y produciendo afectos de paz que traen y determinan la reconciliación y la concordia. Muchísimos co-

nozco; pero me abstengo, por la copia misma del número, me abstengo de nombrar á ninguno. Bien es verdad que hay un factor de inteligencia y alianza, en cuyo bendito influjo no caen la mayor parte de los escritores, y que, sin embargo, lo ejerce por tal modo constante y beneficioso, que guarda la patria Vesta y el fuego á su culto consagrado, con una inviolable fidelidad, lo cual debe darnos á todos los españoles maravilla y hasta envidia. Hubo un tiempo en que, dominante la reacción entre nosotros, y de pie aún las instituciones antiguas muy erguidas, la intolerancia religiosa y la monarquía semiabsoluta y el censo restringido y la censura en todos sus aspectos, existía una falta de inteligencia entre las Repúblicas americanas, de unas constituciones políticas tan avanzadas en su letra, y las colonias españolas de ellas, que, por amarlo todo en su patria, se creían obligadas á querer hasta sus leyes más abusivas y á defender hasta sus más tiránicos gobiernos. Pero ahora que hacemos nosotros raya en materia de libertad y democracia, pudiendo apostarnos á libres, no sólo en las leyes, en las costumbres, con todos los pueblos del viejo y del nuevo mundo, ha cesado la mala inteligencia que había, y nuestras colonias representan á una todo cuanto queda de histórico en ese joven suelo, sin contrastar todo cuanto hay también de progresivo, pues nuestra España se ha redimido también de tiranías seculares merced al numen vivificador de la creadora revolución de Septiembre, que nos dió los derechos individuales y el gobierno de la nación por sí misma en toda su verdadera plenitud. Entre las colonias hispanas de América luce con luz vivísima esa de Méjico, quien al par presta un culto religioso al

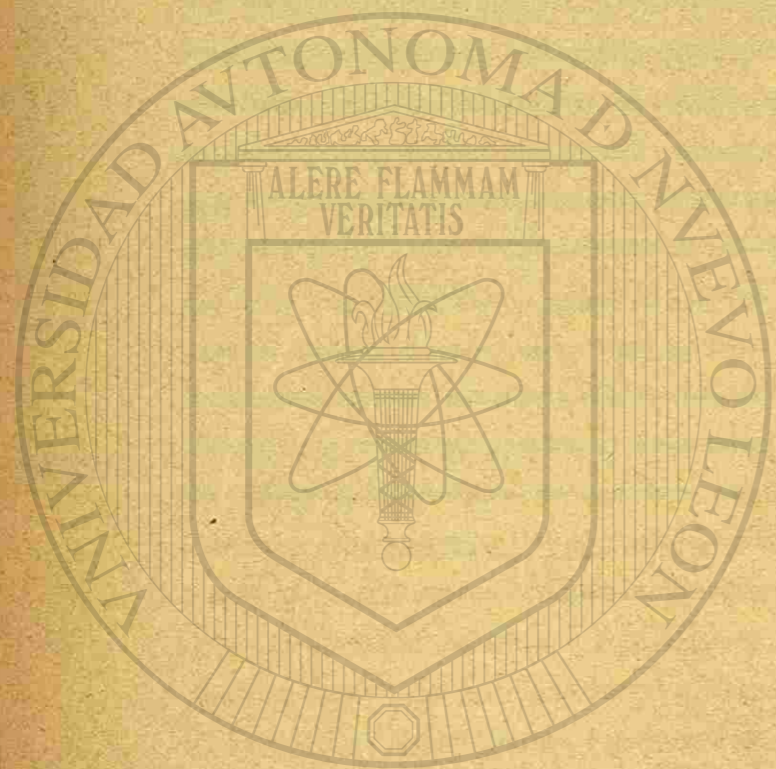
espíritu español histórico y al progreso universal moderno. Bien es verdad que tiene á su cabeza la colonia un hombre como tú, patriota entre los patriotas, consagrado á defender el honor nuestro á todas horas, y á decirnos todos los días, no sólo en obras, como tus folletos y tus artículos, de mérito extraordinario, en actos de caridad que, aun siendo colectivos, diriges y organizas, como la nación nuestra está viva en esas familias nunca desarraigadas del suelo nacional por su ausencia, y cómo, si América debe ofrecer á España y á sus recuerdos el sentimiento de una piedad filial sin término, España debe concentrar en América, republicana é independiente, sus más vivas esperanzas de glorioso renombre y de viva perpetuidad. Pensador profundo tú, economista de primer orden, maestro en una política desligada de todo ensueño y atenta de suyo á la realidad y á la historia, verdadero biólogo social, dotado con una observación certera y con una ciencia vastísima; en tus obras y en tus conversaciones me has explicado mil veces con exactitud matemática y con magistral acento la serie de sendas evoluciones que deben verificar América y España para llegar á una conjunción espiritual íntima y análoga con la que tuvieron en otro tiempo, sin detrimento alguno de su respectiva independencia y de sus mutuas y naturales autonomías. Por estas razones, por tu patriotismo y por tu ciencia, te dedico la HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, destinada en mi propósito á unir el viejo y el nuevo mundo español, y te pido la lean en esas tierras apartadas tus hijos, los cuales tendrán dos patrias en la cada día más cordial intimidad y en el cada día más intenso amor entre los dos continentes. Presenciaste tú la se-

sión del Congreso en Febrero de 1888, donde yo anuncié á la Cámara, movida como nunca jamás al eco de mi palabra, el propósito irrevocable de consagrarme á escribir la Historia de España después de haber conquistado la libertad y la democracia en porfiadísimo trabajo. Decía entonces: «Yo no puedo cooperar activamente al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de monarquía; yo no puedo combatir al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de democracia. Yo, nunca, jamás, antes me arrancaré la lengua, lo juré en la madrugada del 3 de Enero, yo nunca combatiré á ningún gobierno liberal, y mucho menos á ningún gobierno democrático. ¡Ah, señores! Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era joven, yo enseñaba oralmente, de palabra, en mi cátedra, el amor patrio á hombres tan ilustres como el Sr. Moret, como el señor Gamazo, como el Sr. Duque de Veragua, como el Sr. Marqués de Sardoal. Que se levanten todos, y que digan si, reunidos allí, no formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y no nos prosternábamos todos los días en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aún tengo, pero que se me acabarán muy pronto. Yo me dedicaré á escribir la historia nacional, si vosotros dais la libertad con la democracia. Y á medida que mi sangre se hiele, que mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este

cielo, como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares con esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para contar esta grandiosa transformación en que las instituciones faraónicas se han hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios fríos la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.» Empiezo con este volumen el cumplimiento de mi palabra.

Tuyo siempre, amigo del alma,

EMILIO CASTELAR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



PRÓLOGO

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración, las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero, ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades, y su forma el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más ajenas aún las edades que se han sucedido en el transcurso de los tiempos, el estadista y sobre todo el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea. Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento

individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan lejos y tan aparte de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiere pasado en el mundo á no morir de muerte violentísima César, dadas las maravillas de sus proyectos, y sobre la inoportunidad con que llegaron al Imperio romano las tribus del Norte, cuando aceptara el cristianismo en Bizancio Constantino y rehiciera la cultura helénica el poeta y filósofo alejandrino con diadema que se llamó Juliano! La intuición puede llenar con las urdimbres relucientes y multicolores de sus ensueños y fantasías el mundo real; pero la observación y la experiencia, predominantes en los estudios históricos y sociales, deben atenerse á la verdad. Por no verla en sí, hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias el descubrimiento de América, juzgándolo agotador de nuestra raza, como hay algunos escritores americanos que maldicen muy serios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha, donde vivían inocentes y tranquilos, en casta desnudez y perdurable ociosidad, sus padres sin pecado. Yo seré un poco á lo Bossuet en mis miramientos con la Providencia de Dios ó en mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento dialéctico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad

individual, y tan encadenado en sus nexos invisibles, que no puede ni quitarse, ni añadirse un hecho capital, producto del tiempo eterno, cuya virtud, así como transforma esas masas ígneas á que llaman soles en habitables tierras, concreta los hechos más singulares en sistema con otros inacabables hechos, consiguientes al primero, su generador, los cuales llegan á formar en las líneas del espacio y en las horas del tiempo una edad histórica de incontestada evidencia. Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos que ser descubierta por nosotros en el plan providencial ó lógico de la humana historia. ¿Cuál civilización, cuál de las conocidas, una vez al cenit llegada, dejó de tener la expansión que tuvo la cultura española en el siglo décimoquinto? Los arios nacidos sobre la meseta central del Asia, llegaron á impulsos del movimiento expansivo, de un lado, hasta la desembocadura del Ganges, y de otro lado, hasta la desembocadura del Eufrates; los egipcios ascendieron desde las bocas del Nilo á las arenas de Libia y Etiopía; los caldeos entraron en la Bactriana por Oriente, la Bactriana, techo del mundo, y en Jerusalén por Occidente, Jerusalén, santuario de la metafísica religiosa; en cuanto Tiro tuvo los cedros del bíblico Líbano flotando en el Mediterráneo bajo sus pies y en sus manos la letra del revelador alfabeto, abordó á Cartago y á Gades, señoreó la costa meridional del Mediterráneo y circunvaló el África; la civilización helénica no podía quedarse á la sombra del armonioso Parthenón, oyendo el dúo compuesto por el Cefiso y el Alfeo bajo su bóveda de laureles, tuvo que

volver al Asia de donde había venido, y que llegar en sus expansiones á Cachemira por los bosques indios, y á las Pirámides por el desierto africano; la civilización latina concibió la idea universal del derecho civil, no para ella misma, para el mundo entero, y así necesitó conquistarlo primero y esclarecerlo después; la civilización católica no se redujo á Europa, en cuanto rebasara su infancia, como no podía la civilización mongola por su parte, así que constituyó su Estado reducirse á Tartaria, y por ello, mientras los turcos bajaban en su erupción al Bósforo, subían los cristianos en sus cruzadas á Siria; como la cultura española, tan espléndida, no podía quedar encerrada entre los Pirineos y la desembocadura del Tajo y del Estrecho; necesitó extenderse, y para extenderse, mientras Portugal encontraba las perdidas Indias, nosotros evocábamos entre los dos Océanos América, en la hora providencial en que la conciencia se renovaba por la revolución religiosa, el pensamiento se redimía y se multiplicaba por medio de la prensa, y el Arte revivía y la historia se completaba en el Renacimiento. Ministros de Dios y servidores de la humanidad fueron, pues, los marinos hispanos que hallaron el Nuevo Mundo en la soledad de los mares.

Para ver cómo las fuerzas naturales y las fuerzas humanas concurren á estas grandes obras históricas, no hay sino estudiar la repetición de los mismos hechos en tiempos entre sí apartados y en pueblos entre sí diferentes. El curso de la civilización se relaciona con el curso de las aguas. En las riberas, como los faros, los ideales. El cur-

so de los ríos coincide con el movimiento de las almas. Los brahmanes del Indo, los magos del Tigris, los profetas del Jordán, los sacerdotes del Nilo, los filósofos del Pireo nos dicen cómo las civilizaciones se dilatan por costas y riberas. Puede asegurarse que la civilización ha sido primero fluvial, después mediterránea, y por último, interoceánica. La tierra por Dios á este fin apercebida; la que debía transformar en interoceánica la civilización encerrada desde los tiempos fenicios hasta el siglo decimoquinto en el Mediterráneo; era la península que tiene sobre las costas mediterráneas, Barcelona y Valencia, y Cartagena y Málaga, como sobre las costas oceánicas Lisboa, y Huelva y Cádiz, y hasta cierto punto Sevilla. Tal como estaba el descubrimiento de América en la serie natural de los hechos históricos, no hay más que saludarlo con toda la efusión de nuestras almas sin volver los ojos á tesis tan baldía como la incomprensible tesis de si hubiese sido mejor no descubrirla ni civilizarla por medio de aquel nuestro singular y titánico esfuerzo, el cual parecía movido por los egoismos de raza y resultó en procomún de la civilización universal. Aunque América no hubiese otra cosa hecho que renovar la vida, bienaventurada su presencia entre los viejos continentes y su arribo providencial á la común cultura cristiana. Bendito, mil veces bendito el Nuevo Mundo. La mezcla de su vida con la vida europea trajo alimentos, al pobre tan indispensables, como el maíz y como la patata. El número de medicinas con que robusteciera nuestra compleción y ahuyentara tantas enfermedades terribles como nos asal-

tan, algún día, cuando entre la historia más en el acervo común de los conocimientos populares, quedará escrito con recuerdos indelebles por la gratitud universal. Basta recordar que le debemos la quina, basta para entender cuántas enfermedades terribles han conjurado y qué filtro de salud ha difundido en las humanas venas. Aquel inmenso continente, desde uno á otro polo extendido; por manera tan feliz angostado en el istmo que une como sortija preciosa los dos hemisferios; revelador del cielo austral con sus astros nuevos y constelaciones multiformes; cortado por venas de agua tranquila y mansa tan idóneas para facilitar las comunicaciones; con el Pacífico á un lado y á otro el Atlántico, maravillosos ambos; por un collar de islas unido á Europa y por otro collar de islas unido al Asia; con pampas donde hay espacio y alimento para innumerables generaciones; con ríos que creeríais mediterráneos y cuyos desagües endulzan las marinas sales, con cordilleras donde brillan los ventisqueros y los volcanes reunidos en alturas tan enormes, que parecen estrellas de diversos colores y aspectos; con bosques henchidos de tal savia, que llegan por sus excesos á producir como una combustión de vida, y con vetas tan abundantes de metales ricos y con criaderos tan copiosos de pedrería inapreciable; con tal número de aromas y especias, que las tomaríais por jugo de una sangre nueva, y con tal corte de costas, bahías y puertos, que convidan al comercio, al cambio; no solamente centuplicó las fuerzas materiales del hombre allegándole con prodigalidad el tributo de sus producciones, rejuveneció el planeta en general y

particularmente nuestro humano sér anegándolo en éter inmaculado y nuevo. Como la revolución religiosa renovó la conciencia; como la Pascua del Renacimiento renovó las artes; América renovó la Naturaleza. Y, tanto como la Naturaleza, renovó la sociedad. Los cambios del comercio nuevo excedieron á los productos del suelo antiguo. Concluyó la guerra por la guerra, signo de los tiempos feudales; y empezó la guerra y la conquista por el provecho material, un relativo bien. A los afanes por el combate sucedieron los afanes por la navegación. Los cruzados se trocaron en exploradores. Recibió un terrible sacudimiento la propiedad feudal con aquella competencia de campos jóvenes entregados al trabajo y á la colonización. Ninguna casta posible allí como en Asia; ninguna teocracia como en África; ninguna monarquía como en Europa. La religión misma, llegada en el período crítico de sus renovaciones completas, no podrá pasar allí por las fases que tuvo aquí en la Edad Media. Esta falta de las sobreposiciones históricas, tan gravosas con su gran pesadumbre sobre las tierras del viejo continente, imposibilitaba el privilegio y favorecía la libertad, como la falta de cultivo en las tierras vírgenes prepara y apercibe á toda clase de plantaciones y siembras el campo henchido por intenso vegetal jugo. No podían los privilegios allí brotar de las raíces del tiempo histórico y de la vieja tradición como entre nosotros. Semejábase aquel espacio americano á encerado inmenso, permitiendo escribir en él todas las fórmulas algebraicas de los problemas sociales como lo demuestra la sociedad republicana establecida

por los Puritanos en la Pensylvania ó la sociedad comunista organizada por los jesuítas en el Paraguay. Tierra de la navegación, del cambio, del comercio, de las exploraciones, de los descubrimientos, de las cruzadas mercantiles, puesta en sus comienzos y principios so el amparo de la tutela europea, debía concluir por ser más tarde, allá en la madurez de su desarrollo, tierra de progreso, de libertad, de democracia, de república, de todos los nuevos ideales, más realizables en aquella Naturaleza sin escombros y en aquella sociedad sin recuerdos, que aquí en esta Naturaleza tan trabajada donde llevamos dentro de nosotros mismos, en nuestro espíritu, como dentro de un cementerio inmenso, tantos y tantos muertos. No debe, pues, haber más que una voz en el mundo europeo para bendecir el descubrimiento de América y el pueblo descubridor.

Pero cosa más fácil convencer á los españoles y demás europeos de cuánto bien hicieron en descubrir América que convencer á los americanos de cuánto bien les reportara el ser descubiertos. Los que habitan el territorio, antes hollado por las tribus primitivas indias, lloran su edén perdido, como nuestros padres echados del Paraíso; y los que habitan el espacio consagrado por dos tan aventajadas civilizaciones como la inca y azteca, lloran unos Imperios, en su concepto y sentir, sabios al modo de los consultados y encarecidos por Pitágoras y por Platón. En vano la ponderada ciencia moderna, tan admiradora de sus colosales edificios, pone ante sus ojos el término que representaron en el desarrollo de la humanidad sus Im-

perios, un término á lo sumo análogo con los Imperios caldeo y asirio: creen á puño cerrado en la virtud intrínseca de aquellas religiones, y juran por el adelanto enorme de aquellas sociedades, convencidísimos de que interrumpiéramos una vida, la cual, abandonada en el aislamiento y en el silencio á sí misma, hubiera concluído por alcanzar desarrollo, á cuyo término se producen como frutos naturales cerebros superiores al de Servet ó Calderón, y metafísica y moral tan perfectas como la moral y la metafísica del Cristianismo. En vano, para mostrarles cuál suerte hubieran corrido en su abandono y en su silencio, les mostró la Historia filosófica un Imperio no perturbado por los descubrimientos ó por los descubridores europeos, como el Imperio chino; jamás quieren á la evidencia rendirse y siempre hablan de aquellos postizos abuelos que se han decretado así en lengua castellana y bajo apellidos tan aztecas como García ó como Ramírez. Sí; la China consiguió una civilización en el Viejo Mundo superior á la civilización prehispánica en el Nuevo, pues una especie de moral sin metafísica, bien semejante á la predicada por el positivismo á la moda, señoreó allí las conciencias; un colegio de bibliotecarios y escritores como en parte alguna se ha visto ningún otro igual, guardó integérrimo el saber, legado de unos siglos á otros siglos; un culto á los progenitores muertos, convertido en religión doméstica, hizo del hogar templo y de la paternidad sacerdocio; un régimen industrial, como el soñado por la sociología contemporánea, señaló con medida el trabajo y lo distribuyó con provecho; unas faenas

agrícolas de primer orden fecundaron el suelo con cultivo intenso y lo regaron sabiamente con próspera irrigación; un cúmulo perdurable de noticias é ideas mantenido por los mayorazgos de la tradición intelectual, prosperó dicho movimiento, á cuyo calor encontraron alfabeto, prensa, brújula, pólvora y aun telescopio; pero como decidieran, en la perversión del sentido común, guardarlo todo para sí tras el circuito de su formidable muralla, no han pasado todavía de la infancia cuando son ya presa de una vejez deshonrosa y decrepita: que resultan grandezas estériles todas cuantas son inútiles á la Humanidad y á sus progresos. Por el descubrimiento aún pasan los americanos; pero no pasan por la conquista. Mas yo les pregunto: ¿qué remedio nos queda, si de tal modo nos hizo la Naturaleza? Renegar de los conquistadores porque guerrearon, equivaldría, en último término, á renegar de toda la estirpe humana y de toda la progenie nuestra, porque comenzó en el hombre prehistórico, forzado por el medio ambiente suyo y por las imposiciones del fatalismo universal á una perpetua matanza. Somos hijos del sacrificador que inmolaba los prisioneros de guerra; hijos del caníbal que se nutría de carne humana; hijos del inquisidor que aventaba las cenizas de los herejes á los cuatro puntos del aire: pues en cada húngaro hay por siempre un Atila, en cada germano un Genserico, en cada noruego y demás escandinavos, hoy tan buenos, un pirata oceánico, en cada francés un celta inmolador de víctimas humanas, en cada inglés culto y libre un Picto bárbaro, y en todos los hombres una triste ascendencia sujeta por su mal á

cien fatalidades inevitables, de cuyo imperio no podían eximirse por ningún excepcional buleto los descubridores y los conquistadores de América. Cuando yo leo las indignaciones de los enciclopedistas del siglo pasado contra las crueldades hispanas en el Nuevo Mundo, no puedo menos que recordar las crueldades apercibidas y preparadas por ellos sin quererlo y sin saberlo en las enormes cristalizaciones de sus ideas á que llamamos revolución francesa. Los cultísimos discípulos de la enciclopedia se portaron como caníbales. Ensangrentáronse Ródano y Sena con la sangre que destilaba la guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon. Los innovadores, no obstante haber escrito el humano derecho en la conciencia de nuestra humanidad emancipada, renovaron los degüellos de San Bartolomé tras tantas revelaciones nuevas de la ciencia y tras tanta progresión increíble de la idea. Pero, sin obscurecer nuestra conciencia en complicidad ninguna con el terror, maldiciéndolo y abominándolo, seríamos indignos de pertenecer al género humano, si no proclamásemos tres veces santa la revolución francesa, Génesis del espíritu moderno, y no declaráramos que ha roto las cadenas de todos los esclavos y las argollas de todos los tormentos, desarraigando las raíces del despotismo y reconociendo en el género humano su natural pristina libertad. Pues lo mismo digo del descubrimiento de América, lo mismo. En otro planeta, con otra humanidad, bajo leyes diversas de las leyes vigentes sobre nuestra especie, acaso hubiérase realizado la indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el

viejo á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación. Querer el descubrimiento de América sin guerra, la guerra sin conquista, la conquista sin violencia, la violencia sin estrago, el estrago sin ruina y desolaciones, equivale á querer el parto sin dolor y la vida sin muerte. Quien haya guerreado con medios distintos que los esgrimidos por España, puede tirar á España la primera piedra. Cualquiera guerra civil entre pueblos hermanos renueva los horrores de una conquista entre pueblos extranjeros mutuamente unos á otros.

La identidad completa del género humano se conoce, no sólo en las comunes grandezas, en las desgracias también comunes. Nada prueba que los pueblos no pueden echarse, históricamente considerados, cosa ninguna en rostro, cual esas idénticas miserias de que, sin excepción, por sus comienzos adolecen. Así como en la célula todo está confundido, en fetos tales de sociedad, como las tribus primitivas de cualquier continente, la semejanza es mucho mayor que entre las sociedades creadas y maduras. Leyendo yo al escritor Acosta en su libro del origen de los indios, no pude menos que decir y exclamar: *¡Sancta simplicitas!* Trata de probar Acosta cómo los indios provienen de los mismos españoles que los conquistaron, y á este fin recoge cuantos rasgos encuentra en las historias sobre las familias hispanas primitivas, y se los aplica sin empacho, ni escrúpulo, ni meditación, á los indios, por haber topado con iguales rasgos en los primitivos historiadores de Indias, no cayendo en la cuenta de cómo han empezado todos por salvajes y de cómo todos los salvajes

se asemejan. Así dice como fueran los españoles de costumbres feroces, y usaran groseros mantenimientos, y pecasen de idólatras, y consultaran agujeros, y permutasen las cosas unas con otras sin tener idea del dinero, y se deleitaran en llevar los cabellos largos, y no conociesen la política y menos la crianza, é hicieran sacrificios hasta de hombres; con todo lo cual demostraban, en sentir suyo, haber generado á los indios, de quienes cuenta la tradición cosas idénticas á las que cuentan de los iberos Plutarco, Estrabón, Tito Livio, y casi todos los historiadores antiguos en sus viejas narraciones clásicas. Las luces traídas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas, mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán misérrimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desparramó de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se topa con huellas de tristísimos estados humanos, confinantes casi con la vida material de los animales y ejemplos de una especie sumida por las entrañas del planeta é identificada por la Naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario, no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos vivir en hogueras voraces ó en océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor

suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramíneas aperebirse á transmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raíces; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á estas grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes agujones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y aromosos. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido, bajaban á bandadas los cóndores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo así la putrefacción universal. Y poco á poco modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca, y puso en precipitada fuga los animales carniceros que nos combatían y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento necesarios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el

ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual adora el egipcio al perro bajo la forma de su dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia, creando el humano cerebro. La tradición religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Eufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio más apropiado á nuestra desnudez y á nuestra connatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre oscuros misterios, cual en torno de los astros espesísimas sombras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la Religión, para cohonestar el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como

nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima, en lo cual nos parecemos todos al comienzo de la vida humana, todos, asiáticos, europeos, africanos, indios orientales y occidentales, todos sin excepción.

¿Qué mengua puede sufrir el cuerpo en haber pasado por las viscosidades primitivas de la célula; ni qué mengua el alma en haber pasado por los balbuceos indecisos de la infancia? Pues lo mismo les acaece á las sociedades humanas. Ninguna de las llegadas á un superior estado de civilización y de cultura debe avergonzarse de haber pasado un día por las primeras tribus donde latan los gérmenes de otra superior vida social. El griego, ascendido por esfuerzos de genio hasta producir lo perfecto, la Minerva de Fidias en escultura, el Timeo de Platón en filosofía, el Edipo de Sófocles en tragedias, estuvo sujeto al matriarcado como los indios, y pasó por los sacrificios humanos sobre los dólmenes sangrientos como cualquier azteca. Bien ha podido atravesar la tierra generadora de Franklin y de Bello por donde atravesara la tierra generadora de Aristóteles y de Píndaro. Ahora, tenga los fundamentos que quiera la tesis de los americanos sobre una posesión de cultura prehispana superior á la difundida por nosotros allí, basta convertir la vista del espíritu á su continente patrio en la edad nada remota de su invención, y comparar esta edad con la corriente del cuarto Centenario de esta invención misma, para persuadirse al juicio nuestro, al juicio de haber conseguido América la suma civilización moderna, obra de tantos siglos y esfuerzos en

el Viejo Mundo, á costa de un tiempo muy corto y de sacrificios comunes á la irremediable contingencia de la misérrima humana especie. Casualmente la revelación primera del mundo americano al mundo europeo tiene un historiador incomparable, tiene á Colón; y un documento de valor indecible, el diario, aunque mutilado, interesantísimo, del inmortal descubridor. Por tales testigos de mayor excepción se advierte que la vida social estaba en rudimentarios comienzos, compensados con tal dulzura de costumbres y tal ingenuidad de sentimientos y candor tan puro y tan grande inocencia, que recuerda cuanto ha cantado la poesía sobre los goces de la bienaventuranza en los Campos Elíseos ó sobre la felicidad y ventura de nuestros padres en el Paraíso terrenal. Lo dicho por la utopía respecto de un estado de naturaleza en el hombre, anterior y superior al estado de civilización, se descubre allí en las líneas escritas por el piloto desde su cámara ó al pie de su bitácora, mientras las islas van surgiendo sobre los mares vírgenes y bajo los cielos espléndidos como nereidas ceñidas con coronas de palmas. ¡Cuán dóciles y buenos los indios del islote primeramente descubierto y abordado por Colón, los indios de Guanahaní! Iban desnudos como Adán y Eva sin pecado; y no sentían el rubor en la mejilla, porque tampoco sentían el remordimiento en la conciencia. Brindaban á sus huéspedes con todo cuanto tenían, dándolo de grado. Poníanse los gorros colorados y las zarandajas muy sonantes de la civilización y cultura nuestra con extrañezas y algarazas de monos agasajados. Pintadas las carnes con multicolor-

res zumos, ignorantes de las armas nuestras hasta tomar los sables por el filo, sin hierro de clase ninguna, y sin gobierno y sin comercio, desprovistos por completo de la imperiosa necesidad del trabajo, bien hallados con el alimento que les ofrecían las pródigas ramas de sus fructíferos árboles, parecen anticipaciones del hombre natural soñado por el revolucionario Rousseau, antes de firmar los contratos que han de sujetarlo á la sociedad y poetizado en las obras de los dos escritores que han encarecido con mayor elocuencia la vida virgen del Nuevo Mundo, en las obras de Chateaubriand y de Saint Pierrén. Parecen, balanceándose á una sobre sus canoas, con los papagayos en el puño y el asombro en las miradas, unas especies mitológicas de aquellas que indicaban instintivamente los parentescos de la especie humana con las especies inferiores y las raíces que tiene fruto como el humano cerebro en los demás organismos. Cual si fueran unos anfibios, con igual facilidad corrían por sus selvas que nadaban hasta largas distancias por sus mares. Así Colón perdió uno de los indios aprehendidos en la isla del Salvador, el cual creyó posible, arrojándose al agua, volver á su partida desde la isla de Santa María. Y en sus creencias y en sus fantasías y en sus afectos de pueblos niños tomaban á los españoles por dioses y les ofrecían acatamiento como á los ídolos, con brazos y ojos convertidos al cielo. Tendría que ver el primero á quien Colón vistió, para enseñanza y captación de los demás, bonete colorado á la frente, cuentecillas de vidrio verde al brazo, cascabeles á las orejas, todo lo cual no valía cuatro marave-

dís. Y el ornado tan pajarescamente, apreciaba todas aquellas bujerías cual si fuesen verdaderos tesoros. Y cuando pasó de la Santa María, en 16 de Octubre, á la Fernandina, encontró indios más domésticos y los llamó así, por más duchos en el ajuste y en el regateo de cosillas baladíes, que llevaban unas veces á nado y otras veces en almadrías. Por la isla de Samoet ya encontró casas como alfaneques ó tiendas de campaña, por cuya configuración debemos llamarlas chozas, muy barridas y limpias, pero á sus habitantes considerólos como de igual condición y naturaleza que á los anteriores. Aquí vió hamacas para dormir, y halló que «las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años.» Y puso á la isla donde tales cosas vió, Isabela, en recuerdo y remembranza de la reina Isabel. Y así, de isla en isla, encontrando la misma gente siempre, llegó á Cuba, donde buscaba Imperios, y únicamente halló tribus, oro, y algo más que oro encontró, pues de allí, principalmente, salieron las patatas, y el tomate, y el maíz, y el tabaco. ¡Cuán sencillo al contar como iban de un punto á otro los cubanos chupando las hojas secas de esta última planta y despidiendo un humillo que trascendía muy lejos! ¡Cuál encantadora la narración de aquel indio que, habiendo cambiado un pedazo de metal precioso por varios cascabeles, echó á correr gozosísimo de su negocio, volviendo á cada paso la cabeza, en su temor infantil de que pudiera el español arrepentirse de su descuido, y deshiciese tal trato, rescatando las baratijas de su civilización y devol-

viéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla, comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosísima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algún ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados; y así tomaban por divinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración, cuanto que, al oír el estampido para ellos horrisono de sus cañones, y ver el fogonazo, y experimentar los destrozos causados por los tiros, creyéndolos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebros de relámpagos tonantes como los espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, según Colón, y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados, como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlos consigo al cielo, de donde no podían menos que provenir tan excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el P. Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como las creían ellos, y tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen. Pero no hay que ceder á las entusiastas apolo-

gías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma edénico exhalado por el mundo recién inventado en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma de paraíso que por todas partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado, y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario, resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos prehistóricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las religiones en el comienzo y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: he ahí cuanto hallara el gran descubridor en las primeras islas encontradas al rayar en los tiempos los albores de sus descubrimientos.

Pero me observarán los americanos hispanófobos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura, que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por doquier en los dos continentes, y con especialidad en la parte de los dos continentes, civilizada por los sendos, colosales imperios aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos, y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos

colosales de maravillosos edificios americanos, invenidos por los arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vegetación de los trópicos, algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zona geológica, donde nacieron y procrearon las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta. Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores, y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehispánica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Éufrates y del Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras. Palenque, Uxal, Copan, Tiguanao y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas, confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Díaz, Cortés y tantos otros nos refieren de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la pri-

mer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clásicas restauradas por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides por doquier esparcidas con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras aladas, y los barros cocidos, y los vasos lustrosos, y las pinturas históricas, y las calzadas inacabables, y los diques, y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima, nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados

como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no sólo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas y tantas religiones como nacían y se acababan en aquellos tiempos de theúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas menos á la comodidad que á la defensa; los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construídos de tablas olorosas, y las paredes cubiertas de plumas varias, y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de

plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajarreras donde las aves, por su canto y por su pluma y por su procedencia, se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa; los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las hierbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chatultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreación circuidas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada: toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia universal. Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados, como Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay, respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruanos, me recuerda cuanto he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Maspero tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos tragado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenque. Aquellos escombros en las arenas caldeadas parecen despojos, y nada

más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propileos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geoméricamente trazados sobre portones gigantes, tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas, según el destino y oficio á qué las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluidas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy reclusos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de Méjico y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas. Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cotejo las ruinas del Yucatán y del Perú con las ruinas de otros sitios y de otros

siglos análogos, persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánicas; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huídas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de

sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos, que había cinco mil en el adoratorio mayor ó primero de Méjico; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso y guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano, y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes, á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagrada por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una esclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aun á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Éufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideográfica y gerglífica; todos los aspectos, en fin, de su vida, nos enseñan cómo la civilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los

egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á los griegos en el desarrollo de la cultura universal. Y no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes caníbales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuído en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el corazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo, que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo, fundada en el temor de no tornar á ver la salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella comunión en que devoraban la carne humana los fieles, creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico, demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepté á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más humanas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

Examinando el movimiento de los siglos y las distan-

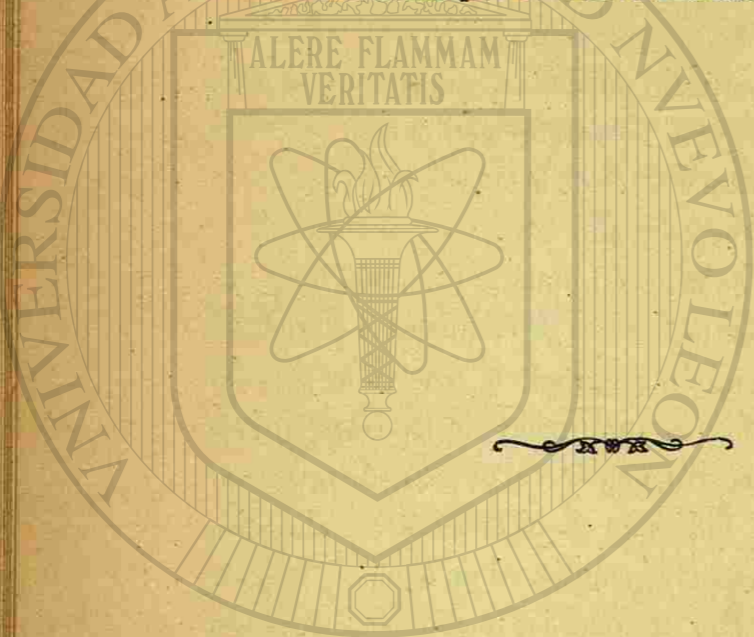
cias enormes entre los varios términos de la evolución universal, maravillase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á Méjico la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abraham hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en África; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia, representado por Darío y Ciro, amén del conflicto de Grecia con Asia, representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión en materias religiosas y de Alejandría en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente, y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre. En política llevábamos los Estados moder-

nos recién salidos del caos feudal; en administración, los tribunales permanentes y las Chancillerías, que generaba un profundo y mayor conocimiento del derecho romano; en milicia, los ejércitos orgánicos, muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias, una filosofía que comenzaba su emancipación en Aristóteles, y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes, la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra, fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión, el Cristianismo; en industria la pólvora y la imprenta; en locomoción, el barco y el caballo y el buey; en alimentos, el pan y el vino, amén de todos los ideales del humano derecho y de todas las esperanzas congénitas al espléndido albor de del espíritu moderno. Así, ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los pararrayos, con-

trastando las nubes y sus devastadoras centellas, como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos, que comunican á una con su red eléctrica, semejante á la red nerviosa, todos los continentes entre sí de la tierra, y el telescopio, que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos, la Iglesia cristiana, henchida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia, y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política, las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa, y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata, con esfuerzos continuos, hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas, así de la insolente dictadura, como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese Méjico, cada día más ordenado y más progresivo y más firme, no obstante rodearlo por todas partes el oleaje de las ideas nuevas, é impelerlo todo los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los

problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad, y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia. Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede, no, desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie, para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de caníbales celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio, donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España,

como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

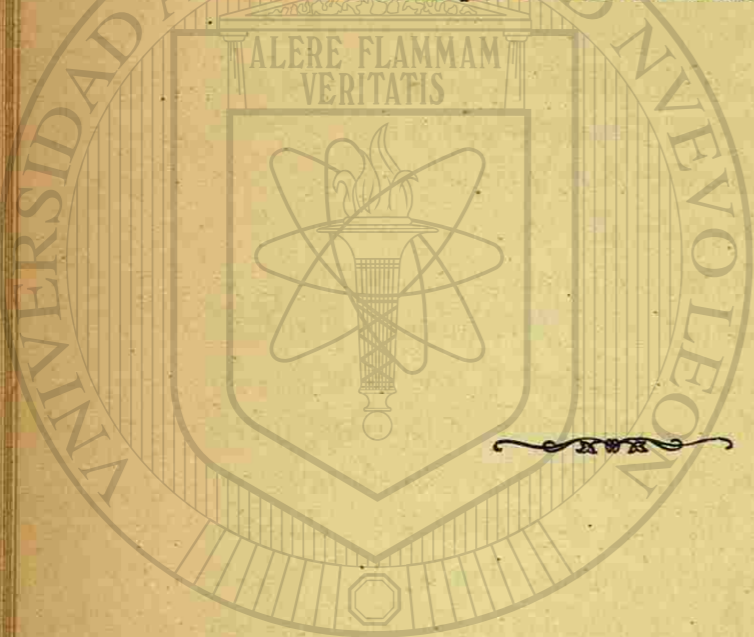


CAPÍTULO PRIMERO

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN

EVOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo; ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento

como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.



CAPÍTULO PRIMERO

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN

EVOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo; ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento

humano á las ondas hirvientes; el explorador fenicio que recalara en Cartago; el taimado heleno, constreñido á huir de los escollos, contra cuyas estrías los esquifes se rompen, y á taparse ojos y oídos para volver á la patria y no quedarse adscrito á los seguros puertos y á las rientes costas; el perseguido rebuscador del áureo vellón; todos cuantos, por medio de arriesgadas expediciones, han descubierto ignotos territorios ó comunicado entre sí apartadas gentes, permanecen allá en las penumbras del crepúsculo matutino, muy natural á los comienzos de las edades históricas; imaginarios y fabulosos seres, cual esos quiméricos evocados en los monumentos hidráulicos á la continua, cuyos humanos cuerpos terminan en colas de delfines y pasan por seres naturales ó verdaderos en la credulidad fácil de los pueblos prehistóricos. ¡Cuánta vaguedad en figuras, como las de Ulyses, Jasón, Dido y cien otras, que representan en los infinitos horizontes del tiempo los primeros descubridores y los primeros descubrimientos, con la indecisión propia de unas edades, en cuyos senos concluyen por confundirse la poesía y la historia! Venido el descubridor por excelencia en tiempos de madurez para la razón humana y de reconciliaciones entre la naturaleza y el espíritu, en tiempos de renovación religiosa y científica, su persona se dibuja con delineamientos, por tal modo matemáticos, y se tiñe de color tan claro, que no se confundirá con otra ninguna y no podrá eclipsarse tras los inciertos celajes, cuyos arreboles rodean otras personalidades históricas de primer orden, quienes, más infelices, no han rayado, con todos sus méritos, donde

rayara Colón, y menos conseguido, cual éste consiguiera, un recuerdo y un reconocimiento universal. El paso por los estrechos que unen dos mares como el Atlántico y el Pacífico; la entrada en China de las Órdenes religiosas; los viajes por el África desde los tiempos del infante D. Enrique hasta los tiempos de Alburquerque; la invención del Cabo de Buena Esperanza; el desfloramiento de aguas fluviales como las formadas por los ríos Amazonas y Misisipí; la reintegración en el viejo mundo y en la vida nuestra de regiones como las Indias orientales, por tantos tiempos olvidadas, y á conjuros milagrosos como los de Gama, redivivas en la comunidad universal de los pueblos; tantos y tantos milagros hechos no han obtenido, ni en la Historia, ni en la leyenda, ni en el Teatro, ni en el poema, la fervorosa y constante admiración por todos al descubrimiento de América y á las incidencias múltiples que lo prepararon y lo produjeron en período tan excepcional y extraordinario. Yo atribuyo esta felicidad histórica de tamaño héroe al martirio, suyo, mejor dicho, á la virtud y eficacia que para inmortalizar lo deleznable y mortal guardan en sí las penas, que acaban á una con la vida de un día para granjearnos la vida eterna; pues sangre y lágrimas del martirio bautizan y aperciben para la eternidad. Aquel combate porfiadísimo del descubridor con las supersticiones antes de su invención milagrosa, y aquel otro después de su invención milagrosa, con los propios yerros y las ajenas ingraticudes, hanle ceñido una corona tal de abrojos, que cada una de sus espinas, si mientras vivía le trituraban las sienes,

después de muerto se han convertido en luminosos rayos de gloria. Bajo todos los altares debe haber siempre su respectivo sacrificio.

Los descubrimientos y los descubridores apenas ocupan en los panteones de la Historia el merecido lugar. Deslumbrados los cronistas por el espectáculo tormentoso de la guerra que mata, no han atendido al espectáculo tranquilo de la industria que vivifica. El combate precede al trabajo. Los nombres de Nino, de Sesostris, de Nabucodonosor, se oyen más en las edades que los nombres de aquellos bienhechores del género humano, por cuyos esfuerzos obtuvimos el imperio y dominación sobre la Naturaleza y la materia, tan rebeldes á nuestra voluntad y pensamiento. Imaginaos enredado el hombre primitivo, en una existencia casi vegetativa, con las raíces del mundo inferior inorgánico; sin fuego á su disposición todavía; sin medio ninguno de forjar y machacar el hierro; vestido con los filamentos de los árboles que le procuran las lianas de los bosques gigantescos; armado de un hacha conseguida con rozamientos que han dado á las piedras toscas filo; en el seno de cavernas abiertas bajo las aguas y parecidas á la gruta por los castores cavada en sus rudimentarios instintos; forzado á comer como las alimañas feroces, de la depredación feroz, á sus guerras eternas consiguiente; en una batalla sin término con los elementos airados y en una guerra sin tregua con todas las especies inferiores; imagináoslo así confundido con la naturaleza y apenas elevado un punto de las escalas animales; ayuntándose al acaso con su hembra; sin presentimiento si-

quiera de la posteridad; y decidme cuál gradería tendrá el trono de sus invenciones, cuando lo ha elevado desde semejantes miserias á eminencias; donde ha cogido en su puño el rayo tonante y prestado así á su palabra, como á su escritura, las tempestuosas alas del relámpago. La historia no ha recogido los nombres de los primeros inventores ni los actos de las primeras invenciones; y los ha recogido la poética leyenda, según hánselos dado á conocer las consejas orales, cuyo sentido, al pasar de labio en labio, se modifica y altera. El nombre de Prometeo, del Titán que roba su fuego á Júpiter, el fuego que no sabe procurarse ninguna otra especie más que la especie humana; ese mito está mezclado á la invención de la llama del hogar, ó sea, del etéreo elemento, cuya luz nos esclarece y cuyo calor nos anima. La sabida leyenda, que pasa de mitología en mitología, leyenda personificada por Ceres, cuya hija tan amada, tan bella, tan inocente, la diosa Proserpina, baja una parte del año al orco y asciende otra parte mejor al Olimpo, no enseña en el fondo sino que los hombres han inventado el trigo, sujeto á pasar de las tenebrosidades del surco bajo los hielos del invierno al brote de sus espigas en los calores de la primavera. Y el episodio bíblico de Noé, por la ciencia moderna encontrado, tal como se halla por los primeros capítulos del Génesis, en las leyendas orales de la Caldea, representa y significa la invención del vino. Así, cuantos quieran enterarse de lo que valen las grandes invenciones ó los inmortales descubridores en la tradición oral, no tienen más que dirigirse á cualquiera de los libros en que la tradición oral se

tija y se formula. Por ejemplo, la historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas abraza una media docena de capítulos en el Génesis. Y á pesar de su brevedad narra las creaciones geológicas y las creaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común está en Adán, se dividen, la una desde Caín y la otra desde Seth, bifurcándose luego en dos descendencias, ambas de inventores. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Tubal, en quien se inicia la edad verdadera del cobre; y la genealogía de Seth engendra los grandes agricultores hasta Noé mismo, en quien se inicia la edad verdadera del vino. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran las alimañas indómitas y las uncieran el pesado yugo. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre, alcanzada tras tenaces resistencias; necesitóse forjar esos féreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre la tierra, buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos del trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos la uva, y los frutales ceñiránse con guirnalda de olorosas flores y copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, edifica un hogar. Jarai fija la tienda, que llevaban en los hombros las tribus errantes, y trueca muchas especies bravas en domésticas. Tubal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan al cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte

bajo los cielos y sobre las campiñas, amén de preparar, como Ceres el hierro, y preparándolo, forjar el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, redimido por tales grandiosos esfuerzos del trabajo, á entrar en las armonías del cultivo agrario. Y aparece la vida. No hay que dudarle, ha dado importancia grande la humanidad al descubrimiento del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que ahora los vemos, aun bajo las bóvedas de nuestras catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas sus ofrendas. Un dios ha tenido la clásica antigüedad para el vino; un dios llegado en peregrinación larguísima desde las Indias á Grecia, seguido por turbas ebrias, artífice de las más dulces melodías, personificación de los placeres, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el sér. Indudablemente no fueron arios quienes descubrieran el vino. La invención de tal vivificante licor se debe al semita. Así la poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el peleón de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar de donde rebosa el mosto. Pues todo esto no quiere decir otra cosa, y no significa otra cosa á la verdad, sino que, así como la invención ó descubrimiento del fuego

encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Prometeo, la invención ó descubrimiento del vino encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Baco y Noé. Tal honda huella dejan en la humana memoria los inventores útiles.

Pues lo sucedido en la Mitología con el titán Prometeo y en la Biblia con el patriarca Noé, sucede á su vez en la Historia con el descubridor Colón. Su vida no se desarrolla en tiempo de leyendas y fábulas. Bien al revés nace, fluye, acaba, cuando comienza un cierto análisis crítico, á cuyos cortes mil poéticas leyendas se dividen y cercenan por completo del viejo mundo histórico. Ni la fe religiosa, tan crédula que imagina el patrimonio temporal de los Papas una graciosa donación de Constantino, pudo mantener ante la crítica de doctores criados por ella misma, ciertas piadosas creencias, las cuales, no en los cánones, pero sí en las devociones, revestían el sacratísimo carácter de celestiales dogmas. Y al par que la crítica se iniciaba, ingeríase á su vez en la Historia un factor tal como la Razón de Estado. Así mientras Maquiavelo escribe al dictado de la ciencia política, trabajaba Colón en sus empresas, mezclando cálculos matemáticos, fines útiles é intuiciones reveladoras. Poco á poco, pues, van las gentes de fantasía, corazón y sentimiento, apoderándose de la ilustre personalidad de éste, y circuyéndola con poéticos misterios, como los arreboles con que la tarde rodea en su caída el ocaso, y como los espejismos con que el aire caldeado rodea, en los días ardientes, las arenas de los inmensos desiertos. El crecimiento

de tamaña leyenda llegó á lo increíble. Cuando Colón educa su espíritu en todos los conocimientos racionales allegados hasta su edad; cuando propone á cuerpos universitarios y sabios la indispensable aceptación de sus proyectos, debidos en una parte á sus adivinaciones personales, y en otra parte á sus experiencias y á sus estudios, hijos del trabajo y del tiempo; cuando lo espera todo, en la preparación tenaz aquella, del Estado y del Gobierno, de magnates, arzobispos, frailes, reinas y reyes efectivos; cuando el saber y el cálculo entran por tanto como la intuición y el genio en sus planes, han querido muchas almas piadosas descubrir allí revelaciones como las antiguas del Eterno á sus profetas, milagros como los hechos por Moisés entre las orillas del Nilo y las orillas del Jordán, aspectos religiosos y sobrenaturales, hasta el extremo de trocar la biografía de un héroe tan histórico por lo menos como Lutero y Franklin, en capítulo piadoso de litúrgico santoral, y proponer á la Iglesia una beatificación como la que circunda hoy en los devocionarios católicos todos los nombres más ó menos gloriosos de la Cristiandad primitiva y heroica. Tan excepcional privilegio de Colón atribúyolo á que los descubrimientos y los descubridores hieren mucho la fantasía; y, sin embargo, entran menos en la Historia vulgar que los políticos y que los guerreros. ¿Cuánto más no le importa hoy al hombre conocer quién halló el molino de harina, que conocer quién ganó la batalla de Arbelas? Como la costumbre de la imitación impera casi tanto entre los hombres cual entre los monos, repetimos lo que acabamos de decir

arriba: un achaque, de antiguo contraído por los historiadores, ha compuesto la historia humana con espesa urdimbre de guerras y combates. Así, los descubrimientos han quedado en la penumbra de los crepúsculos y los relatos de ellos han adquirido un carácter intermedio entre la Historia y la fábula. Tal vez á esto, al carácter entre fabuloso y positivo que toma, por una regla general, el relato de los descubrimientos, débase la indiferencia con que los ha recibido el pueblo y la parquedad con que los ha contado la Historia. Lo cierto es que, poniendo enfrente los volúmenes consagrados á la política y la guerra, de los volúmenes consagrados al trabajo y á la industria, se queda uno pasmado y asombradísimo de la increíble desproporción. Aun la comprendo en edades que creían vil el trabajo manual y menospreciaban el tráfico, relegado á gentes de poco más ó menos, inhabilitadas de hombrearse con los hidalgos. Pero en la edad nuestra, la edad por excelencia del trabajo y de la industria, mientras los nombres de los generales por doquier corren y se divulgan, el nombre de los descubridores cae con la mayor facilidad en triste olvido ingrato. Por un Galvani, por un Franklin, por un Daguerre, por un Edison, que han difundido entre todas las clases el renombre propio y han puesto á los descubrimientos el sello de sus apellidos, ¡qué número de olvidadas ó desconocidas glorias! Cuando vamos por el ferrocarril, como en alas del viento, no tenemos un recuerdo para Wath, que aplicó el vapor al transporte; ni para los ingenieros que acabaron la primera línea de Liverpool á Manchester en 1830. Y mucho

más de lo que sucede con el vapor, sucede con el telégrafo. Se opera el milagro á vuestra vista: la palabra puesta en cualquier aparato de la Florida ó de la Patagonia, llega instantáneamente á vuestros oídos; el hecho que ha pasado dentro de la muralla china ó al borde de los ríos índicos, se os noticia tan pronto cual si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuestro barrio; por unos hilillos de metal, que burlan los climas y los océanos, estáis como dioses á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas del género humano cual si formarais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo: sin embargo, nada sabéis del profesor de Gotinga, Liehtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía; ni del industrioso Wheatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ni del inmortal Morse, más conocido entre la gente del oficio, entre los telegrafistas, que los anteriores, pero desconocido en el pueblo, no obstante haber obligado la máquina eléctrica á escribir y casi hablar con sus campanillas de alarma: magos milagrosísimos y sobrenaturales, más que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro en los medios de centuplicar las fuerzas de nuestra especie y extender sobre la creación el imperio de nuestra inteligencia y la intensidad de nuestra vida. Las gentes de lo porvenir no habrán de ser tan ingratas. Los primeros años del siglo crecerán en la memoria universal, no por esas victorias napoleónicas, en mil poemas divinizadas, no ciertamente, por otro mejor timbre, por esa pila de Volta, donde la difusa electricidad se condensa, y que

guarda en sus líquidos y en sus metales corrientes y fuerzas, como si fuera un reducido Universo, un resumen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Hoy mismo, cuando entráis en la catedral de Pisa, bajo aquellas bóvedas semiorientales, en los senos del edificio por excelencia original que nos ha legado la Edad Media, vuestros ojos se fijan y vuestro espíritu se reconcentra sobre aquella lámpara suspendida de la piedra central del crucero, que despertó con su llama vacilante, á Dios consagrada, y con sus oscilaciones continuas, la teoría del péndulo en la inteligencia de Galileo para que demostrase la figura del globo y su eterno movimiento por las esferas celestes. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores, irán á ver, por ejemplo, el escollo cercano á Alejandría, conocido con la denominación de Faros, por el cual se denominan faros también esas estrellas terrestres, esas pródidas luminarias, esos guías salvadores que muestran al navegante las costas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener las victorias del trabajo, sobre la fuerza sin las cuales victorias no tiene valor alguno la vida. En verdad que, para entender la importancia de los descubrimientos, se necesita cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un día por la huerta de Játiva os paseáis, pocos sabrán deciros que allí se descubrió el papel de escribir á la moderna, tan diverso del papiro de unos y del pergamino de otros, cuyo empleo estaba reservado por su

coste á los poderosos y á los magnates. La tenue hoja, cayendo en todas las manos, inicia la emancipación intelectual de la humanidad. Cuando la cogéis descuidados, cuando le infundís vuestro pensamiento y le confiáis vuestro secreto, jamás os asaltará la idea de todo cuanto ha hecho esa leve materia, tan barata y extendida, por vuestra lenta redención. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han divinizado, y si no divinizado, inmortalizado, al tercer Emperador de la dinastía Tag por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad completa de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo por su muralla, que lo dividía del mundo, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de un modo parecido al nuestro; pero las invenciones chinas, su brújula, su pólvora, su papel, no se comunicaron al resto de Asia, ni mucho menos á Europa. Cuando en la Edad Media se halló el aguardiente, creyeron todos que se había encontrado el elixir de la inmortalidad. Y hallado por el cordobés Abul Hasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba, y de los cuales únicamente quedan reflejos en correspondencia con su brillo por los relatos de las crónicas árabes, el tal médico mahometano comunicó su invento al sabio Arnaldo de Villa nueva, su discípulo, y el sabio Arnaldo á otro discípulo suyo, no menos ilustre, Raimundo Lulio; y merced á las continuas comunicaciones de Cataluña y de Provenza con Italia, se dilató por Europa. El papel y el aguardiente, ¡cuán útiles! Y sin embargo, ¡cuán ignorada su historia! Pues ¡igual ha sucedido con todo. El estruendo de las ar-

mas ciertamente se ha oído más que los golpes del azadón y del arado sobre la tierra. Y nunca nos hubiéramos en señoreado del planeta sin esa red maravillosa de invenciones, que han contribuído á formarlas, como sus zonas geológicas, sus irradiaciones sucesivas, su enfriamiento gradual, sus terrenos sobrepuestos y todo lo demás que nos ha enseñado la Historia natural de nuestro globo. Sin el astrolabio que para estudiar el cielo tenían las escuelas árabes de Córdoba y Sevilla; sin el Álgebra que tanto facilita los cálculos enormes; sin la brújula que señala un punto seguro al barco perdido entre lo infinito del cielo y lo infinito del mar; sin la imprenta que, al medio siglo de inventada servía ya mucho á prosperar el espíritu, no hubiera podido la invención del Nuevo Mundo verificarse, producto y resultado evidéntísimo de una lenta y segura evolución graduada, como todos los grandes hechos humanos, los cuales nunca sobrevinieron de improviso. El descubrimiento de América está en la Historia tan preparado, como está en la Geología preparada la tierra vegetal tras las zonas, que por sucesivas gradaciones han debido producirla en una especie de sucesión semejante á la que tienen las ideas en los sistemas filosóficos y los términos ó factores en las evoluciones así materiales como lógicas. Cual una continua producción de profecías preparó los caminos á la venida de Cristo y á la revelación del cristianismo, una continua serie de sobrehumanos esfuerzos preparó la venida de Colón y el descubrimiento de la nueva tierra, semejante á renovado y primaveral universo.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO Y CRIANZA DE COLÓN

CUANDO á sus promedios el siglo décimoquinto se acercaba, por el año treinta y tres ó treinta y cuatro, nacía el descubridor por excelencia entre los descubridores, nacía Colón. La Naturaleza y la Providencia quisieron de consuno que tan excelso nauta creciese y se criase á orillas del mar. Los verdaderos centros de civilización y cultura históricos hanse de antiguo relacionado con riberas, ó sea con lugares próximos á las aguas. Tended los ojos por el mundo histórico, y veréis qué relación estrecha existe desde tiempos inmemoriales entre las corrientes de los ríos y las formaciones ó transformaciones de los Estados. El Indo y la India, el Eufra-tes y la Caldea, el Israel y su Jordán, los Faraones y el misterioso Nilo, Cartago y su ensenada en el Mediterráneo africano, Sidón y Tiro establecidas en el sitio donde parece que se aproximan por mediación de aquellas celestes aguas los tres continentes de la vieja tierra, Grecia y

mas ciertamente se ha oído más que los golpes del azadón y del arado sobre la tierra. Y nunca nos hubiéramos enseñoreado del planeta sin esa red maravillosa de invenciones, que han contribuído á formarlas, como sus zonas geológicas, sus irradiaciones sucesivas, su enfriamiento gradual, sus terrenos sobrepuestos y todo lo demás que nos ha enseñado la Historia natural de nuestro globo. Sin el astrolabio que para estudiar el cielo tenían las escuelas árabes de Córdoba y Sevilla; sin el Álgebra que tanto facilita los cálculos enormes; sin la brújula que señala un punto seguro al barco perdido entre lo infinito del cielo y lo infinito del mar; sin la imprenta que, al medio siglo de inventada servía ya mucho á prosperar el espíritu, no hubiera podido la invención del Nuevo Mundo verificarse, producto y resultado evidéntísimo de una lenta y segura evolución graduada, como todos los grandes hechos humanos, los cuales nunca sobrevinieron de improviso. El descubrimiento de América está en la Historia tan preparado, como está en la Geología preparada la tierra vegetal tras las zonas, que por sucesivas gradaciones han debido producirla en una especie de sucesión semejante á la que tienen las ideas en los sistemas filosóficos y los términos ó factores en las evoluciones así materiales como lógicas. Cual una continua producción de profecías preparó los caminos á la venida de Cristo y á la revelación del cristianismo, una continua serie de sobrehumanos esfuerzos preparó la venida de Colón y el descubrimiento de la nueva tierra, semejante á renovado y primaveral universo.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO Y CRIANZA DE COLÓN

CUANDO á sus promedios el siglo décimoquinto se acercaba, por el año treinta y tres ó treinta y cuatro, nacía el descubridor por excelencia entre los descubridores, nacía Colón. La Naturaleza y la Providencia quisieron de consuno que tan excelso nauta creciese y se criase á orillas del mar. Los verdaderos centros de civilización y cultura históricos hanse de antiguo relacionado con riberas, ó sea con lugares próximos á las aguas. Tended los ojos por el mundo histórico, y veréis qué relación estrecha existe desde tiempos inmemoriales entre las corrientes de los ríos y las formaciones ó transformaciones de los Estados. El Indo y la India, el Eufra-tes y la Caldea, el Israel y su Jordán, los Faraones y el misterioso Nilo, Cartago y su ensenada en el Mediterráneo africano, Sidón y Tiro establecidas en el sitio donde parece que se aproximan por mediación de aquellas celestes aguas los tres continentes de la vieja tierra, Grecia y

sus escultóricas costas y sus conocidísimos coros de islas, Italia y su estructura peninsular en el centro de nuestra Europa y del mar meridional europeo, España entre las aguas oceánicas y las aguas mediterráneas, dan, por sus respectivas situaciones fluviales ó marinas, una clarísima clave que abre sus peculiarísimas historias. La soledad inmensa del mar enseña el infinito al hombre más todavía que la infinidad azul del cielo; porque mientras éste se halla sobre nuestra cabeza como dominándonos, aquél se tiende á nuestra pobre altura y muchas veces bajo nuestras propias manos. Todo en el mar os enseña la especie de ascensión á que los afectos grandes y los grandes pensamientos obligan al hombre, todo, sus oleajes, sus embravecimientos, sus trombas, sus vapores, que suben y suben como en raudas espirales. No hay en la creación universal cosa ninguna tan bella como el mar, con sus frescas corrientes, sus celestes superficies, sus espumas jaspeadas de iris, sus estelas fosforescentes, sus animales multicolores, sus gérmenes gelatinosos que parecen embriones de vida ó semillas de mundos, los besos de sus curvas con las curvas del cielo. En el contacto entre un alma llena de fantasía y un mar lleno de vida y un cielo lleno de luz debía despertarse un genio como el genio creador de Colón. En cuanto saludáis las primeras palabras de su historia ó veis los primeros rasgos de su fisonomía, seguidamente advertís el sello espléndido grabado en su sér por el Mediterráneo. No puede, no, desconocerse; así como hay un parentesco en pintura, por ejemplo, entre todos los artistas holandeses y flamencos, lo

hay entre todos los pintores italianos, de Florencia, de Milán, de Roma, de Venecia, de Umbría. Y así como hay un parentesco entre los pintores italianos, hay un parentesco entre todos los marinos mediterráneos. Pues bien, al Mediterráneo, exclusivamente al Mediterráneo pertenece Colón, por la mezcla tan feliz de la inspiración y del cálculo, que lo hacen al mismo tiempo un comerciante y un profeta, capaz de moverse al aguijón del oro á guisa de cualquier nauta, que recorre los mares por el comercio, por el cambio y por el mezquino lucro, así como al llamamiento de la fe religiosa, en guisa de cruzado á quien se le aparece la cruz divina y el sepulcro de Cristo entre las tormentas que azotan su nave santa, ó entre los ardores del desierto, donde la sed y el hambre agobian sus fuerzas y martirizan su cuerpo. En el normando veis al marino siempre. Aquí, en el marino mediterráneo, veis, juntamente con el calculador, con el industrial, con el mercader, al religioso, al inspirado, al profeta y al mártir. Quien desconozca cómo se han juntado en Colón ambos extremos, no quiere estudiarlo.

— Lo que primeramente debemos considerar, estudiando á Colón, es el medio ambiente, como decimos ahora, en que vive y crece. Hombre maravilloso, en quien se unen acción y pensamiento, fantasía y cálculo, el espíritu generalizador de los filósofos y el espíritu práctico de los mercaderes; verdadero marino por sus atrevimientos y casi un religioso por sus deliquios; poeta y matemático, el tiempo y el espacio en que nace y crece nos dan facilidades grandísimas de conocerlo y apreciarlo. Apenas

interesa la vida particular de un hombre que ha influido tanto en la Humanidad, como Aristóteles, quien resumió y clasificó todo el saber heleno, poco antes de que perdiera Grecia, por la pérdida luctuosa de su libertad, el esplendor de su genio. Encerrado en su pensamiento, reducido á escribir libros para las generaciones futuras y á dar consejos al vencedor Alejandro, nos interesa mucho lo que pensó en su mente y nada nos interesa lo que hizo en su vida. Pero Colón está por tal manera unido á la realidad viviente que su historia nos interesa con vivísimo interés. Como no podemos abstraer y separar los cuerpos del espacio que los limita, no podemos abstraer y separar las almas del tiempo en que viven. La esencia del espíritu conserva su íntima naturaleza y su interioridad sobre la serie de los sucesos que pasan á su alrededor y sobre la corriente de los tiempos en que sus facultades se desarrollan. Pero no cabe duda, no, de que la edad en cuyo seno aparece un alma, y los sucesos, independientes de su inteligencia y de su albedrío, que la rodean, concluyen por modificarla profundamente y por ponerle un sello indeleble. Así como para juzgar el alma pura no se puede prescindir del cuerpo que la encierra, de su natural, de su complexión, de su temperamento, no se puede prescindir tampoco del siglo, de su carácter, de sus leyes, de sus instituciones, de sus hechos políticos. Cuando un alma trae aptitudes en consonancia con la edad en que ha de pasar por este mundo, las desenvuelve plenamente á manera de esos árboles brotados en terrenos propicios á su desarrollo y crecimiento.

Arrojad sobre una época de paz la ingente alma de Napoleón el guerrero, y se atrofiará, careciendo de espacio y del medio indispensables para cumplir sus interiores vocaciones y para realizar sus maravillosas conquistas; pero poned esa misma alma, después de una revolución casi cósmica, en tiempos de guerra continua é incesante, al toque de la Marsellesa y al redoble de los tambores y al estampido de la artillería; veréis cómo sus facultades bélicas, sus instintos carniceros, su aptitud para aplicar las matemáticas á la estrategia y á la táctica, su poder para conducir los hombres al combate y á la matanza se desarrollan á una todos, no sólo por la explosión de las facultades internas, sino también por la facilidad que le ofrece un mundo subvertido y desgarrado á los estremecimientos de una batalla sin término y sin tregua. Colón fué como su edad, un profeta y un Bautista, y un revelador y un obrero de aquel renacimiento universal. El siglo décimoquinto fué un siglo muy propio para el desarrollo de las facultades que sobresalían con tan extraordinario relieve y color en su espíritu. Corre el tiempo eternamente, pero los siglos tienen caracteres que los hacen ó más definitivos ó más revolucionarios, caracteres que dan á sus instituciones un movimiento vertiginoso, ó las paran y las detienen sobre sólidos y duraderos fundamentos. Expliquemos con mayor sencillez este juicio. Hay en la Historia edades de reposo y hay en la Historia edades de movimiento. En las edades de reposo cada institución está firme sobre su base, cada base está firme sobre la tierra. Luego hay otros siglos de transición, de

cambio, de transformaciones, en que todo se renueva, todo, á la doble virtud del amor y de la muerte. No cabe dudar que en el siglo primero de nuestra era, por ejemplo, corriendo el tiempo con su medida igual, duraba y perduraba el imperio; mientras que en el siglo quinto, el imperio se descomponía y destrozaba, reduciéndose todo él á fragmentos, porque era un siglo de transición el siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo octavo al siglo décimo. Los Carlovingios, en el primero de estos siglos, fundan el feudalismo teocrático; y el feudalismo teocrático vive y domina hasta el siglo décimo con sus obispos señoriales, con su Iglesia sobre el patrimonio temporal asentada, con su imperio semifantástico sujeto completamente á la Iglesia. No era mucho, pues, que el espíritu humano creyese próxima en el año mil, como cumplimiento de innumerables profecías, la hora apocalíptica del Juicio Final. Y este siglo décimo es un siglo de transición, de movimiento, de transformaciones, como el mismo siglo quinto. Así, puede decirse que desde principios del siglo primero á fines del siglo cuarto la sociedad tiene, sin dejar de moverse y transformarse, una fórmula en su cima y una base en sus cimientos, perdidas por completo y arrastradas á la eternidad en el revolucionario siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo sexto al siglo décimo; la sociedad tiene en estos cuatro siglos un carácter distinto al que ha de tomar después de oída la hora última del año mil en el reloj misterioso de los tiempos. Desde Carlo Magno al siglo décimo feudalismo teocrático; desde el siglo décimo al término de la Edad Media

feudalismo aristocrático. Y lo que decimos del siglo quinto y del siglo décimo, lo decimos también del siglo décimoquinto. Diríase que el tiempo tiene sus estaciones, sus fases, y que una sociedad ha de recorrer necesariamente un período de cuatro siglos para transformarse en transformaciones profundísimas. Lo cierto es que los cuatro grandes periodos de transición son éstos: siglo quinto, siglo décimo, siglo décimoquinto y siglo décimonono. ¿Quién puede dudar que el siglo décimoquinto es uno de aquellos destinados á cumplir las transformaciones más radicales y más profundas? El Pontificado se paganiza hasta el extremo de parecer los Papas sumos sacerdotes de Júpiter; la religión un arte y un arte plástico. Los poetas, los pintores, los escultores, verdaderos espíritus angélicos de este cielo nuevo, despiertan los dioses antiguos en el seno de la Naturaleza y la antigua idolatría bajo la bóveda de los templos. El Imperio se reduce á una especie de farsa, y los Césares de Alemania á una especie de fastuosos y falsísimos actores. Cae la sociedad feudal, derribada por la virtud fausta del trabajo, tan opuesta de suyo á la fuerza nefasta de la guerra; los reyes, auxiliados por sus jurisconsultos, que contrastan el derecho feudal con el derecho canónico y romano, auxiliados más por los ejércitos permanentes, que suceden al pendón y á la caldera de las bandas antiguas; auxiliados por la pólvora, que atraviesa la cota del señor y derriba las piedras del castillo; auxiliados por tantos factores juntos, destruyen la encina secular de los viejos privilegios feudales, donde tienen su habitación tantas

aves rapaces como han roído los hígados de la humanidad, enclavada sobre el potro de tantos y tan extraordinarios tormentos. Y á las antiguas ligas lombardas, á las antiguas sociedades militares, al antiguo Estado feudal, sucede ahora el predominio de las ciudades mercantiles, que tienen flotas como no las han tenido los imperios y que pagan artistas como no los han pagado jamás los emperadores. Estas ciudades convierten los palacios de sus gremios y de sus Ayuntamientos en museos, merced á las riquezas que aportan, y hacen de la vida entera, después de largas navegaciones, una serie de certámenes artísticos, de juegos olímpicos, de competencias poéticas, en que parecen resucitados los antiguos tiempos de Grecia y venidas á nuestro mundo las musas muertas al pie de los altares helénicos. El siglo décimoquinto es el Abril de la historia moderna. Por tal mes la yema se hincha de savia, la hojilla brota en el tallo, el tallo se orna de flores, las flores se pintan de matices y se cargan de mieles, las mieles llaman el aguijón de las abejas, y los pétalos las tenues alas de las mariposas, las mariposas dejan sus larvas oscuras para tomar sus formas aéreas, y los arroyos sus prisiones de hielo para cantar en las honduras, mientras allá arriba, en las copas de los árboles y en los giros de las auras, entonan sus coros todas las aves, desde las alondras que saludan con píos místicos la alborada, hasta el ruiseñor que alza en la noche, cerca de su compañera y de su nido, la dulce gorjeada serenata, cuyas escalas cromáticas derraman en todos los corazones el primaveral amor y las primaverales esperanzas. Así, en

el siglo décimoquinto, la industria da la imprenta y contribuye á eternizar el pensamiento; las ruinas cubiertas de jaramago y de cicuta dan como un sepulcro lleno de vida la estatua que contribuye á perfeccionar el arte; la filosofía escolástica da, como la larva la mariposa, el platonismo florentino, que ilumina con las ideas del más sublime de los filósofos griegos el abismo de los cielos y el abismo de los espíritus; el Océano da, por fin, para que todo sea milagroso, para que todo sea renovación, metamorfosis, progreso, esa América que viene con sus virgíneas selvas y con su exuberante vida, entre tales milagros, á renovar la misma Naturaleza, como si el Universo fuera un poema divino escrito en la inmensidad del espacio con letras de estrellas por el humano estro. El siglo décimoquinto es la Pascua de Resurrección tras el Viernes Santo de la Edad Media, en que los altares se hallan cubiertos de negros lutos, los santuarios vacíos y abiertos, la Virgen sola, el Salvador en su tumba de Getsemaní, la Cruz en la cima del Universo, los ángeles llorosos con los signos en las manos de la pasión universal, el miserere de la penitencia llenando de lágrimas amargas los aires obscurecidos; Viernes Santo, tras el cual viene el día de Pascua, es decir, el día del Renacimiento en que Jesucristo resucita de su sepulcro para subir á los cielos, y Psiquis se levanta de su lecho para tomar sus alas de mariposa y su lámpara de novia; en que un *Te Deum* salido de todas las iglesias sube á las alturas y el repique de las campanas baja, mezclado con el *hossanna* de los ángeles; en que la inspiración religiosa llena con el ale-

luya de la mística alegría los aires, se mezcla al zumbido de la abeja, al vuelo de la mariposa, al aroma de la flor, al brote en el tallo, al susurro en el arroyo, al centelleo en las estrellas, á la savia en las ramas, al cántico de ruiseñores y alondras, al sentimiento y expansión de la esperanza. La sociedad parecía complacerse por este tiempo del Renacimiento en satisfacer todas las necesidades y aspiraciones del espíritu. Necesitábase un medio de romper la roca feudal, hundirla y pulverizarla, estalló la pólvora en el siglo décimocuarto. Necesitábase, para abrir los senos de la tierra, para verificar las navegaciones legendarias de los nuevos argonautas, un punto fijo en el cielo y otro punto fijo en el barco, y vino en el siglo décimocuarto la brújula providencialmente á señalar con firmeza el Norte en medio del movimiento continuo y de los rápidos cambios de las expediciones marítimas. Necesitábase un nuevo modelo para el arte, y vino la antes ignorada estatua á ocupar las sacristías de nuestras catedrales y los palacios de nuestros Pontífices. Necesitábase una nueva sociedad, y vinieron las comunidades á organizar las democracias y las monarquías á organizar los Estados. Necesitábase un nuevo sentido para escudriñar los abismos cerúleos, como se había tenido la imprenta para vencer al tiempo, la brújula para burlar al espacio; y en los tubos de un órgano cayeron por casualidad unos cristales que, revelando el telescopio, trastornaron la senil astronomía alejandrina. La conciencia necesitaba renovarse también, la Iglesia rehacerse, el Cristianismo refundirse, la conciencia idealizarse, á fin de subir y subir

y encontrar el más allá en los altares, como lo había encontrado en la ciencia, en el arte, en las instituciones, en la vida toda, el humano espíritu. Decir que todas las facultades adelantaban y sólo se detenían el sentimiento y la fe, era decir lo imposible. La fe debía renovarse como todo se renovaba en esa edad de la renovación universal. +Y á cumplir el ministerio de renovar la fe, sin apartarla de sus ideas y de sus dogmas tradicionales, vino el alma luminosa del inmortal Savonarola y el pensamiento revolucionario de Lutero. Necesitábase renovar la Naturaleza y apareció Colón. Examinad la serie de las invenciones y veréis cómo la del gran marino adviene á su hora, cuando la demandaban de consuno nuestra tierra y nuestro espíritu. Si lo desgajáis del Renacimiento, jamás lo conoceréis. Como en su edad, en su frente se reunen dos crepúsculos, el vespertino de la teocracia que huye y el matutino de la ciencia que alborea. Por su fe parece Colón un asceta de los siglos medios; por su saber un sabio de las edades modernas. Es como el Renacimiento vivo y personificado.

+Un suceso acaecido en el siglo de Colón exaltó los ánimos y trastornó las inteligencias por amenazar con amenazas apocalípticas á todo el mundo cristiano. Constantinopla, la Ciudad Santa, sita en las puertas del Asia, fundada por la previsión de Constantino, heredera de los últimos restos del romano imperio que pudieran preservarse á la irrupción de los bárbaros; asiento de aquella Basílica oriental que habían saludado las cruzadas con devoción semejante á la que causaba la iglesia del Sacro

Sepulcro; presa de supersticiones teológicas, del Occidente separada por la procesión de la tercera persona de la Trinidad y por el pan con que debía consagrarse la hostia en la misa; absorta en sus ensueños metafísicos y en sus disputas teológicas, se vió sorprendida por las hordas escapadas tres siglos antes de las frías llanuras de Mongolia y sometida como la Jerusalén del Profeta hasta el punto de que la media luna reemplazase en las rotondas de Santa Sofía á la cruz cristiana y el mohecín profríese sus gritos donde antes profería el sacerdote sus plegarias y los palacios de los griegos se trocaran en serrallos de los sultanes turcos y el nombre de Alah y su fatalismo ponzoñoso viesesen á obscurecer y á envenenar la tierra y la conciencia de la tierra griega como habían desde luengas edades emponzoñado y obscurecido la tierra y la conciencia del Oriente asiático. Esta horrible desventura era tanto más de sentir y deplorar, cuanto que, al revés de lo sucedido en Roma, donde el último vástago de los Emperadores, á quien el destino ornara para mayor irrisión con los nombres de Rómulo y de Augusto; aquel pobre trémulo niño, último de sus gentes, imbécil y cobarde, se asustaba de la sombra de su propia corona y huía á los brazos de su imperio; bien al revés, iba diciendo, de lo sucedido en Roma; el último Constantino, que también llevaba el nombre de aquel que fundara la capital y el imperio de Oriente, corre á las murallas con arrojo, pelea la hora última de la caída, y muere entre los suyos, cubierto de heridas, con la cara vuelta á sus enemigos, víctima triste del hado fatal, realizando la hazaña más difícil á los protagonistas

de la decadencia y de las ruinas: sacar incólume de suprema catástrofe la honra y la dignidad de su raza. Once siglos durara tanto imperio, y en su agonía no se uniera al Occidente, ni en el Occidente hallara los necesarios socorros tan sólo por meras y baladíes disputas teológicas. Cincuenta mil cristianos habían caído en las humeantes ruinas de Constantinopla sin encontrar en sus correligionarios de Roma la compasión y el auxilio á que tenían derecho. Las grandes ciudades religiosas quedaban en los serrallos turcos: la Jerusalén de David, la Antioquía de Pedro, la Atenas de Pablo, la Alejandría de los apologistas, la Constantinopla de los Concilios. El dominio de la idea cristiana se iba restringiendo al mismo tiempo que agrandando el dominio de la idea musulmática. Nicolás V, el cual á la sazón regentaba la Sede Pontificia, lamentóse en bula más retórica que sincera de esta pavorosa catástrofe; y el mundo cristiano sólo supo contestarle con arengas académicas en las escuelas ó con imposición de tributos, los cuales, en vez de alimentar una cruzada universal, sólo alimentaban el fisco y el erario de los reyes. Murió Nicolás V, y sucedióle un valenciano, un Borgia. Nacido en Játiva, canónigo de Lérida, arzobispo de Valencia, cardenal nombrado por Eugenio IV, secretario de Alfonso V el Grande, jurisconsulto de primer orden, á quien San Vicente Ferrer profetizara la alta dignidad del Pontificado, español, y por español acostumbrado á la guerra eterna con los infieles, debía Calixto III predicar la cruzada por Constantinopla, vender las joyas del tesoro vaticano, considerablemente aumentadas por

su antecesor, empeñar la más rica de las tierras pontificias á fin de reunir y allegar dinero con que sostener la guerra santa, digna de la antigua Roma, á quien pedían todos sus recuerdos y todos sus privilegios un sacrificio fecundo por la nueva Roma de Oriente, caída en manos de los turcos, y marcada, como una esclava georgiana, con el sello deshonoroso de la media luna. Muerto Calixto III, subió á la Sede Pontificia el hombre que representa con mayores títulos el Renacimiento; subió Eneas Silvio Piccolomini. Al celebrarse el cónclave, que sucedió á la muerte de Nicolás V y á la exaltación de Calixto III, hubo en el colegio cardenalicio quien quiso nombrar al cardenal Besarión, al gran sacerdote heleno, Pontífice romano. Uno de los más célebres prelados católicos se opuso con coraje, diciendo que no convenía en aquella sazón al catolicismo tener por jefe un cismático, recientemente convertido á la ortodoxia y no pasado todavía del simple carácter y oficio de neófito. No quisieron los cardenales elegir al representante del Renacimiento latino. Si alguna vez vais á Siena, os podéis formar una idea aproximada de este prelado, cuyas inclinaciones y tendencias exprésanse gráficamente en sus dos nombres puramente latinos de Eneas y de Silvio. Corred á la catedral sienense; admirad su fachada de mármoles blancos y negros, cubierta de signos heráldicos y ceñida de estatuas religiosas; ved en sus naves sus dos series de arcos sobrepuestas, la superior tan aguda como las ojivas del Norte; deteneos un momento á contemplar las grafitas de Becafume, que ha entallado en piedras figuras envidiadas,

por su atrevimiento y por su sublimidad, de los más audaces pinceles; notad aquel riquísimo altar mayor con sus tabernáculos, en que los santos parecen recién venidos del cielo, con su Cristo resucitado y su Ascensión que se mueven como si cruzaran todavía los aires para subir á las alturas etéreas; estudiad sus innumerables obras de arte, que muestran la fecundidad increíble de las ciudades italianas; y cuando creáis que nada os queda por admirar, veréis aquella librería donde vive aún el Papa Eneas Silvio en todos los actos capitales de su historia, y al contemplar la alegría de su rostro, la riqueza de sus vestiduras, las damas y galanes que le rodean de un lujo asiático, las gallardas embarcaciones reunidas en Ostia contra el turco, los pajes y caballeros resplandecientes de pedrería, en vez de creerlos en la corte de un Papa, os creeréis, á pesar de hallaros en el interior de una iglesia ojival y católica, caídos y encerrados en pleno paganismo. En efecto, Ferrara le vió un día rodeado por millares de barcas que cubrían el Po, todas ceñidas de flores y llenas de músicos y coros, entrando en compañía de príncipes y caballeros que ostentaban riquezas sin cuento, sobre un caballo adornado como un Pegaso, bajo un dosel cerúleo, por una inmensa plaza en que danzaban damas mal ceñidas y lucían sus frentes serenas, reproducidas por mármoles estatuas, los dioses principales del antiguo Olimpo, como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana, y renacido en los campos y en los cielos de Italia el joven Adonis y el antiguo Pan con todo su exuberante sensualismo. Pío II concibió la vasta idea de promover la cru-

zada contra los turcos y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Fácil en idear era extremadamente difícil en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados del mundo europeo; aquel escritor, por quien conocemos tan gráficamente las guerras de Bohemia y las disputas de Basilea; retórico, que resucita en sus escritos la elocuencia ciceroniana; poeta, que escribe versos tan castigados y clásicos; imitador de las bellaquerías de Boccaccio; diplomático, mundano, escéptico, erudito; al subir á su trono, y desde aquel trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia enorme entre la realidad y la idealidad, cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurre tiene gracia y explica bien hasta qué punto desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el más puro latín, cortar su mejor pluma, disponer del estilo más clásico y enderezar una carta elocuente al gran turco, recentísimo conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Clodoveo, Recaredo y otros célebres conversos antiguos y modernos, á que abjure el mahometismo, y pasado á la religión cristiana, tome en la historia moderna el papel de los carlovingios en la Edad Media, el papel de único defensor del Papa, por lo cual recibirá Bohemia, Hungría y otras regiones orientales prontas á entregarse á quien el Papa les designe por dueño y por señor. Mucho debe trastornar el seso la posesión completa de un poder absoluto, cuando literato de tan frío juicio y de tan sana desconfianza como Eneas Silvio, cree posible, reciente aún el malogro del pacto florentino

entre la Iglesia griega y la Iglesia romana, mover á un musulmán y á su pueblo, con una carta retórica en latín sapientísimo, á que abjure la religión de su raza y de su historia por una religión tan repulsiva de suyo al natural y al espíritu de los mongoles, como el cristianismo. Pero entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes de armas á la ciudad de Ancona, apenas encontraron con qué mantenerse, y se dieron á la rapiña y al saqueo. Por todas partes bandas de milites desharrapadas y hambrientas acometían á los viajeros, asaltaban los hogares y esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban al compás que disminuían las fuerzas. Los discursos retóricos se perdían y estrellaban en la general indiferencia. «Somos, exclamaba Pío delante del colegio de cardenales, demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitación de Moisés, arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, sobre las tablas de una nave levantaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentes palabras. Todos los príncipes laicos permanecieron silenciosos é indiferentes: los Esforzas tacharon de mezquinos los armamentos para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un Papa viejo se metía en calaveradas de jóvenes; los Reyes de Francia enviaron alguna que otra ofrenda de aparato y de honor; los Emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto

de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinara tristemente á su pueblo. El día 19 de Junio de 1464 encaminóse Pío II á la ciudad de Ancona, devorado por la fiebre, y tendido en triste lecho sobre barca que lo llevaba por el Tíber y que parecía arrastrarlo á la eternidad. En efecto, su desmayo era tanto y tanta su tristeza, que al descender á la orilla y contemplar á lo lejos la Ciudad Eterna, le dirigió un último adiós en suprema y congojosa despedida. Quien le viera triste, solitario, abandonado, deslizándose por la corriente, no diría que iba movido de un pensamiento tan alto á una empresa tan grande. Dos únicas naves había podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente, como para mostrar la irremediable decadencia del Pontificado. Por fin, el día 12 de Agosto las naves de Venecia en algún número llegaron mandadas por el dux Cristóbal Moro. Mas el día de su llegada no pudo ya verlas, no, la vista casi extinguida de Pío II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio episcopal, erguido sobre una eminencia, y mirando con tristísimo mirar de moribundo, al caer la noche eterna sobre sus ardientes retinas, el sitio misterioso por donde sale el sol en aquellos cielos espléndidos y en aquellos mares luminosos, conjuró á los príncipes, á los cardenales congregados en torno de su lecho, con palabras que tenían aún sabor retórico á pesar de cortarlas el hipo de la agonia, para que fuesen á levantar el imperio griego, á redimir á Constantinopla en su serrallo, á poner el lábaro de la cruz en las cúpulas de Santa Sofía, á emprender y cumplir una cruzada que pudiera ser parte á la toma y recon-

quista de Jerusalén. Cuentan que Augusto, al morir, viendo tan admirablemente desempeñada por él hasta el fin la comedia de la vida, gritó: «Aplaudid.» Igual aplauso merecía este Papa de una vida tan teatral, y que expiraba en una grande escena, delante de una empresa y de una cruzada de teatro. ¿Cuáles emociones tantos y tan extraordinarios hechos despertaron en el alma de Colón? Lo cierto es que no pueden saberse los móviles de su proceder sin contar las causas generales y las causas particularísimas que lo determinaron. Y entre las causas generales, ninguna tan determinante como su profunda religiosidad. Y esta profunda religiosidad le llevó á soñar con todo lo que soñara y á emprender todo cuanto emprendiera. Uno de los móviles capitales de su obra fué la intención sistemática y el deliberado propósito de restaurar las cruzadas con todos los recursos que le debían dar los áureos imperios fantaseados en su creadora imaginación. Y este móvil se origina y parte principalmente de las agitaciones sobrevenidas á Italia tras la desgracia de Constantinopla. Joven, muy joven por aquel entonces, ¿cómo debía conmovérle no solamente la pérdida irremediable de la gran ciudad sita en el punto de intersección entre Asia y Europa, sino la rota y la muerte de los pueblos cristianos que la cimitarra iba sin piedad á cercén degollando! ¿Cómo el abandono forzado de los helenos á los mongoles debía desgarrar su corazón! ¿Cuánto aquellos embajadores de un mundo en ruinas escapados por milagro á la tala y al incendio, debían tentarle á intentar lo imposible para socorrerlos y salvarlos! Cuando la media

luna se vislumbraba nuevamente desde Sicilla; cuando entraban en el harén de Turquía las islas griegas; cuando los venecianos quedaban sepultados en Aurea; cuando el sultán se atrevía, en los ensobrecimientos del triunfo, á estrangular con sus propias manos al postrer Duque de Atenas; cuando los huídos á la catástrofe tenían que optar entre la servidumbre ó el destierro y la muerte; cuando el Ban de Besusa expiraba circuído por quinientos gentileshombres inmolados y mártires; cuando Corinto se consumía dentro de una hoguera que oscurece con sus bocanadas de humo los claros horizontes helénicos; cuando desde las costas del Peloponeso hasta los desiertos de Palestina se dilata un califato nuevo triunfante; los dolores despertados por todas aquellas desgracias debían dejar una hondísima huella en alma tan profundamente católica como el alma de un joven, ya estudiante de ciencias en las escuelas y universidades, ya bracero en las industrias de su familia y casa, ya marino en aquel mar por donde se recogían en las brisas todas las ideas imaginables y en los arreboles de un ocaso luminosísimo se dibujaban como reales todas las más fantaseadas y más inverosímiles epopeyas históricas.

Cada grandiosa personalidad surge del medio ambiente que la vivifica. Los sentimientos y las ideas y las instituciones y las históricas circunstancias del tiempo, forman en derredor de su vida intelectual como todo cuanto llamamos Universo en derredor de la vida material. Imposible nos expliquemos el anhelo por la renovación que atenacea las entrañas del gran marino, si con-

juntamente con él no estudiamos la edad primaveral ó renovadora en que naciera. Imposible comprender cómo le movía, con cuánto soberano impulso, además de tal afán de renovación, á su tiempo muy propio, este otro casi religioso de una cruzada nueva, sino recordando la impresión dejada en su pecho y las imaginaciones despertadas en su mente por sucesos como la toma de Bizancio, llorada en las elegías mayores del siglo. Pues así como el afán de renovar é inventar se origina en la Pascua del Renacimiento; y se origina en la caída de Constantinopla el afán de volver á las cruzadas; el afán mercantil, que le poseyó, se origina en las ciudades mercantiles italianas; como el afán de buscar esos lucros mercantiles por medio de grandes expediciones oceánicas en el espectáculo maravilloso que ofrecían entonces los descubrimientos portugueses; como el afán de tentar lo imposible y fabuloso en aquel término de la empresa de siete siglos contra el conquistador, concluída por nuestra patria sobre la hermosa Vega de Granada. Sin el Renacimiento, que todo lo rehace y renueva; sin la toma de Constantinopla, que impele hacia las cruzadas los espíritus mayores; sin el cálculo mezclado al arte de las ciudades mercantiles en aquel siglo creador; sin la estancia en el Portugal de las expediciones maravillosas que iban abriendo focos de luz en el océano tenebroso ideado por las creencias seculares; sin la fe viva de nuestra España en el milagro, fuera imposible de toda imposibilidad la natural aparición de un pensamiento como el que acabó de cristalizarse por una suma de operaciones matemáticas y de sentimientos

proféticos, cual no han visto las edades ninguna otra parecida, en el alma innovadora de Cristóbal Colón y en su descubrimiento de una nueva tierra por la inmensidad de los mares. El cielo claro de nuestra Europa meridional, tan semejante al cielo de Caldea; el mar atractivo Mediterráneo, en que se miraban las fantasías de Colón, repetidas y reflejadas allí con esplendor parecido al que toman las reverberaciones de todos los rayos luminosos y el retrato de todos los cuerpos celestes; la renovación del humano espíritu en aquella eflorescencia de las ideas; el eco dejado en los espacios por el asedio de Constantinopla ó por el trastrueque de Santa Sofía en Aljama; invenciones como la imprenta, que vencía los tiempos, y el telescopio, que incipiente entreabría los espacios; un pueblo diseminado en los mares y compuesto casi de pilotos, como el pueblo portugués; un Estado, contrastando los progresos de la media luna y del Korán en Oriente con retrocesos y rotas en Occidente; la contemplación uniéndose con el saber, y las intuiciones con la ciencia, concluyeron por dar de sí un alma como la inspiradísima de Colón, á la manera y modo que los organismos en sus ramos y ramificaciones, concluyen por dar de sí cual increíble fruto el humano cerebro.

Sin comprender el Renacimiento, sin comprender la trascendencia del destino de Constantinopla, sin comprender la fiebre de Portugal, sin comprender la transfiguración de nuestra España, no comprenderéis ni describiréis el enigma de tanto milagro. Pero lo que principalmente necesitamos para mirar bien uno de los matices

del alma de Colón, es el estudio de las ciudades mercantiles italianas en aquel tiempo. Ninguna tan agitada como Génova. Por su constitución interior estaba entre los municipios republicanos, donde sobre una base amplia de verdadera democracia solía elevarse á las alturas cierta nobleza, no diremos de verdadera elección, pero sí de verdadera selección, encargada por común asentimiento más ó menos expreso y por hábito más ó menos duradero, de dirigirlo y gobernarlo todo. Pero esta democracia se había roto en tal número de fracciones y su nobleza en tal número de caudillos, que necesitó Génova entregar una de sus fortalezas á los Duques de Milán, para que teniendo allí guarnición y enseña, impusiese á todos el mutuo respeto y la mutua consideración debidos entre libres y verdaderos ciudadanos. Mercaderes todos ellos, navegantes, marinos, habían menester de instituciones idóneas al desarrollo de todos estos ministerios y oficios que se avivan al calor de una libertad consuetudinaria y al brillo de un pensamiento emancipado y espontáneo. Mas, como para vivir en el mundo no bastan las expansiones individuales que traen los humanos derechos, necesitase de las concentraciones centrípetas que los Estados producen y los ejércitos mantienen, el ciudadano había menester de armas que defendiesen con su fuerza coercitiva el orden y el poder legales dentro, y fuera el respeto á la independencia de cada ciudad soberana. Y como en la República mercantil de la Cartago histórica hubo los mercenarios extranjeros, y en la no menos mercantil Monarquía de Inglaterra existen ahora mismo los milites asalariados,

en aquellas ciudades mercantiles brotaron, por aquel principio de que Naturaleza produce cuanto necesita, los condottieres, ofreciendo á todo buen postor sus manos armadas para defensa de todos los principios y de todas las causas por merced y dinero. Así, únicamente así, en aquellas edades terribles de guerras perdurables, declaradas por un palacio á otro palacio, por una calle á otra calle, por una ciudad á otra ciudad, por una región á otra región, coincidiendo las discordias civiles con las discordias extrañas, pudieron constituirse familias directoras, como los Médicis en Florencia, ó como los Dorias en Génova, consagrarse los industriales á la elaboración de tantos productos como todavía hoy nos deslumbran; correr los cambios del comercio como una fecundación del trabajo; vivir en paz los medieros del campo á toda servidumbre ajenos, con tal que diesen la mitad por mitad del rento al propietario; moverse los plectros en las liras y los pinceles en las paletas y los buriles en los mármoles y los pedruscos en los edificios para levantar aquellas ciudades armoniosas, en que todo resplandecía con colores de iris y todo cantaba en triunfales himnos, cual si las hubiesen erigido, como en tiempo de Anfión aquellas primitivas poblaciones griegas tan esplendentes, la Poesía y la Música. El Papa de un lado y el Emperador de otro; la nobleza mayor y la nobleza media; el mercader artista y el pueblo en oficios distribuido; los señores montados sobre su trono y sobre su corcel, así como los condottieres esparcidos por todas partes; una Monarquía española en Sicilia y Nápoles con un Ducado casi francés en Milán y

Lombardía; los francos por las montañas del Norte y los griegos por las riberas mediterráneas; navegantes, casi á la moderna, en Pisa y Génova, pero navegantes parecidos á los que pululaban por los tiempos en que se mezclaban las navegaciones con las piraterías por Venecia; discordias entre todas las ciudades convecinas, como Siena y Pisa, como Pavía y Milán; tiranos entre las agitaciones de aquella vida en oleaje continuo, como los Guinigos en Luca, como los Bentivoglios en Bolonia, como los Esforzas en Lombardía; y dentro de todas estas cortes deslumbradoras asambleas elocuentes, repúblicas formadas de poetas y pintores, juegos á la manera helénica y torneos á la manera feudal, certámenes donde se recogían coronas frescas de laurel y vasos cincelados de oro, las paredes animándose con frescos cíclicos que parecían epopeyas vivas, el coro de los teatros antiguos repetido por melodiosas voces en las plazas y frente á las iglesias cristianas, las naves resucitando las teorías ó procesiones clásicas de Atenas, yendo en socorro de las islas griegas ó en busca de tierra consagrada por los siglos evangélicos á Jerusalén para enterrarse las ciudades en ella, el arte y la libertad unidos por hermosas nupcias, de las cuales provienen obras inmortales que honran á toda la humanidad, esmaltan todo el planeta y nos glorificarán en todas las edades...

Poned un alma como el alma de Cristóbal Colón en una ciudad como Génova, durante todo el período último de la Edad Media, y os explicaréis las propensiones por la educación larga sobrepuestas á las naturales y nativas aptitudes. La Naturaleza, que le rodeaba, se abría, convi-

dándole á la navegación por el mar infinito y á la emoción continua por esas comunicaciones íntimas entre lo material externo y lo espiritual interno, que sólo pueden gozarse por completo donde la placidez del horizonte y los esplendores del sol reverberados por las aguas atraen y sonríen al espíritu en guisa de sirenas. Pues poned sobre aquel espectáculo de la Naturaleza el espectáculo de esta libertad, y decidme luego si en sus discusiones el pensamiento no se despertaría y la voluntad de Colón no se aceraría con todas las fuerzas intelectuales suyas como las fuerzas de músculos y nervios en los ejercicios gimnásticos. Y al espectáculo por la Naturaleza ofrecido, y al espectáculo de la libertad, unid el espectáculo de las Bellas Artes, las ideas que toman color, las inspiraciones que toman visibles alas, el símbolo encerrando en líneas y figuras toda una doctrina, las piedras animadas, los bronces cincelados, los héroes redivivos, y decidme cómo en esta realización palpable de lo ideal, no vería el navegante, dado á sueños y fantasías desde sus primeros años, la posibilidad inmediata y patente de todo lo imposible. Pero junto al mar, que le sonrío y le atrae con sus ondas; junto á la ciudad, que lo eleva con las enseñanzas de sus libertades y con las instituciones de sus democracias; junto al arte que lo transfigura y le hace creer en la realización del milagro, están la industria y el comercio, que dan á tales ensueños aspectos materiales y útiles, completando el sabio, el político, el artista, el piloto, el descubridor, el profeta, el vidente, con el industrial, con el mercader, con el negociante. Las iglesias brillantísimas

de Génova explican á Colón como cruzado; las escuelas como geógrafo; los palacios llenos de cuadros y estatuas como poeta y artista; las costas como piloto; la industria y el comercio como calculador positivo y como aprovechado negociante. Así en Génova, cuando veis enroscarse por la tierra pedregosa los olivos sombríos; dormirse al pie de las dunas blanquecinas y agrias las aguas celestes, jaspeadas de verde obscuro por lo bajo, y por lo alto de perladas espumas; mecerse al beso de las brisas en los hondos barrancos las palmeras por cuyos pies y troncos gallardean las adelfas; erguirse las crestas de los montes alpestres coronadas de pinos y las crestas de los humildes montecillos coronadas de fortalezas; lucir el mar en aquel dentadísimo golfo cortado en diminutas ensenadas donde las velas y las gaviotas se refugian; extenderse los edificios en amplio anfiteatro sobre una gradería que parece compuesta como las notas de una escala; florecer á las puertas de los palacios fabricados en mármol de Carrara los limoneros y por las galerías resplandecientes de multicolores frescos y por las terrazas ornadas de cincelados jarrones extenderse los cortinajes de jazmineros y jazmines; lucir el faro como un topacio descendiendo de la corona del sol para esplender en aquellas noches; tenderse las redes colgadas en los vestíbulos y las naves aguardar al pie de las viviendas habitadas por aquellos almirantes que fueron la esperanza de los cristianos y el terror de los turcos, en todo ello no se descubre más, entre la tierra y el cielo, como un gigantesco ángel, que la figura, casi legendaria y litúrgica de su inmortal Colón.

Así como Génova debía influir en el temperamento fisiológico de sus naturales, y con especialidad, por mil razones varias, en el temperamento de un hijo suyo como Colón, estaba en el caso Pavía, la Universidad á que, muy joven, le mandaron sus padres, según algunos historiadores, de influir en el carácter psicológico y moral. Realmente las Universidades aparecían entonces como capitales sublimes de los espíritus y como focos reconcentradores de las ideas. Aunque nacidas bajo la doble protección del Emperador y del Papa, convertían poco á poco la ciencia teocrática en ciencia civil ó laica, y fomentaban en lo posible así el Renacimiento de las letras como el estudio de la Naturaleza. Había Universidades en que predominaba el derecho sobre todas las otras revelaciones del espíritu, como Bolonia; Universidades en que predominaba la Filosofía y las ciencias políticas, como Padua; Universidades en que predominaba la Medicina, como Salerno; Universidad en que predominaba con la Metafísica la Astrología, como en la ilustre lombarda, que, según tradiciones bastante inciertas, debió alimentar algún tiempo el alma de Colón en sus albores, como la Universidad célebre de Pavía. Mas ora fuese porque su complexión inquieta y nerviosa no lo dispusiera de modo alguno al estudio reflexivo y ordenado en trabajos y esfuerzos diarios; ora fuese porque le tentase antes el campo de la acción que el cielo de las indagaciones; ora fuese porque solamente las orillas del mar cuadrasen á las agitaciones de su ánimo y á las tormentas de su idea; ora fuese por motivos de orden secundario, como

la escasa fortuna de padres reducidos á cardar lana en humilde oficio, Colón, ó abandonó á los tres años de residencia la Universidad ó jamás estuvo en ella; y no puede contarse, por ende, con esta institución, cuando se quieren ver y estudiar los matices varios de su alma. Desde muy temprana edad, como todos aquellos á quienes domina una vocación soberana, el gran piloto gustaba como primera mental ocupación la Geografía y el mapa; como principal ocupación práctica, el mar y los combates y las porfías con el mar. Las civilizaciones verdaderamente concentradas y conservadoras están en los desiertos y en las montañas, como la civilización de Nubia y de Palestina y de Mongolia; las civilizaciones expansivas brotan y se difunden al borde luminoso de las aguas. Borrada el Indo, borrada el Eufrates, borrada el Nílo, y no comprenderéis ni la primer cultura de los arios, que sembró las larvas de nuestros dioses y de nuestras ideas; ni el Imperio asirio, que nos reveló el secreto de los cielos materiales; ni la tribu sirocaldea, que nos reveló el Dios espiritual y sumo; ni el Imperio faraónico, que nos habló por vez primera de la inmortalidad. Pues bien; á las civilizaciones fluviales siguen las civilizaciones mediterráneas. No son otra cosa que civilizaciones mediterráneas la fenicia, la cartaginesa, la helénica, la romana, la provenzal y la hispánica, de cuyos esmaltes hoy mismo se abrillantan y hermocean así el espíritu como la historia universal. Entre los muchos aspectos que toma la grandeza de Colón, quizá no fué ninguno tan característico de su personalidad como el cambio que

determina de la civilización mediterránea en la civilización oceánica. Por eso la providencia llamó su elegido para dilatar los mares y completar el planeta en su ciudad levantada en las orillas del Mediterráneo, atravesado por estelas de ideas luminosas que aun hoy resplandecen y sembrado de armoniosísimos escollos que aun hoy entonan el poema de la navegación. Homero, que fué autor de la epopeya del combate, la *Iliada*, fué también autor de la epopeya de la navegación, la *Odisea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, mientras inteligencia y astucia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónese á servicio de los esfuerzos del trabajo en la segunda. Vese allí todo aquello que destruye; vese aquí todo aquello que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navio herir, ni someter por el trabajo de seres tan despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con los espacios y con los horizontes indecibles é inmensos y con los abismos insondables y con los encrespamientos de sus ondas, que parecen levantarse, á extinguir las estrellas del cielo. Y las playas inhospitalarias donde Ulyses aborda; los escollos en que su esquiife naufraga; los vientos, unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión; aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen hacia los abismos; aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos; el cielo, á cuyo soplo los vientos compiten con las nubes eléctricas; las

piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones; las cavernas que se abren á una con bostezos terribles y se tragan las gentes; aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados; la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan por maravillosa manera las insuperables dificultades por el mar opuestas al dominio de la navegación y al imperio del marino. Mucho se parece todo esto á cuanto refieren la tradición y la historia del empleo que diera Colón á sus facultades en aquel Mediterráneo sembrado de guerras entre Francia y España por el Rosellón; de guerras entre los postreros angevinos y los napolitanos; de guerras entre las naves genovesas y venecianas; de guerras entre Venecia y Turquía por el Peloponeso, guerras de verdaderos piratas, en que por todas partes, como una epidemia marítima, se desarrollaba el corso; en que infestaban terribles merodeadores las costas y las islas; en que los corsarios por las aguas se parecían á los condottieres por las tierras; en que los navegantes vencidos morían sobre la mar devorados por las llamas, ó de salvarse, quedaban tristemente condenados á pena mayor que la muerte, á perpetuo cautiverio, al remo y á la cadena eternos. Aunque las mocedades de Colón, después de bien examinadas todas las noticias referentes á ellas, con dificultad pueden certificarse de históricas, mezcladas como están de suyo con mil tradiciones desenvueltas y desarrolladas tras su gloria, y provenientes muchas del interés de los suyos ó de relatos adap-

tables á su vida y á sus trabajos, no puede negarse que perteneció al proceloso trabajo marítimo de su tiempo, en que las aguas solían encrespase así al soplo del huracán como al soplo del combate. Juan de Anjou, Duque de Calabria, lo llevó en las galeras expedidas para obtener el trono de Nápoles á Renato, Conde de Provenza. Y en estas expediciones empleó las dos grandes virtudes propias del marino, su valor y su astucia. El mismo Colón cuenta que, como Renato le mandase á Túnez en requerimiento y busca de la goleta *Fernandina*, y como cerca del *San Pedro*, en Cerdeña, la tripulación se le insurreccionase, queriendo constreñirle á dirigirse hacia Marsella, él, merced al crepúsculo y á sus sombras, cambió á hurtadillas su rumbo, y al amanecer encontráronse los rebeldes, contra su voluntad y sin presentirlo, frente al cabo de Cartagena. Por tanto, no debe parecernos mucho que navegara desde Chipre á Lisboa, y que al fin pasase, ya entrado en edad, por mil cuatrocientos cincuenta y cuatro, á los dominios de Portugal, nación muy consonante por aquel entonces con todas las propensiones de su compleción fisiológica y con todos los ensueños de su exaltada fantasía.

CAPITULO III

LA GLORIA DE COLÓN

A pesar de que parece Colón la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos aseguibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay quien atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quien al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino, en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y de sus trances amarguísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la Historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático para demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos; el Dios

los extremos del europeo continente. Los sendos polos de la inteligencia se reunían en el descubridor; la inspiración sobrehumana y el cálculo matemático. Pues ambas facultades, tan opuestas, recibían del estado en que Portugal se hallaba entonces, excitaciones intensas y sostén sólido. Había en Colón un profeta y un mercader. Pues el profeta crecía en su contacto con las ideas vagas y poéticas por todas partes allí difusas, y el mercader en la enseñanza viva de tantas y tan varias combinaciones económicas como se realizaban en aquella inacabable Casa de Contratación. El espectáculo pasmoso de todos los embarques, el congreso vivo de tantos pilotos, la llegada continua de marineros, la enseñanza pública de aquellas ciencias indispensables á la náutica, iban dejándose atrás las antiguas circunspectas navegaciones costeras, sustituidas y reemplazadas por estas otras navegaciones en el Océano, semejantes á un vuelo en lo vacío, á una inmersión en lo infinito, á un ingreso peligrosísimo en el misterio, á una sobrenatural tentativa, cuya mayor personificación debía ser en el transcurso de los siglos este piloto genovés, quien á la callada iba en su interior aperciéndose y preparándose para su obra y se recogía en sí como el Dios Creador se debió recoger al crear el mundo.

Todo el siglo décimoquinto lusitano está henchido con la universal aspiración de recorrer y dominar el continente africano. De aquí los viajes más ó menos ariesgados y las exploraciones más ó menos continuas. El archipiélago de las Azores y el continente de Guinea, inventados tras tantos esfuerzos, parecieron paraísos, mientras los

buscaban, á la imaginación; eriales, después de hallados, á la vista. El deseo está condenado á engañarse. Infinito como el alma y espiritual, sus aspiraciones insaciables caen por fuera en el desengaño al tocar la verdad objetiva y exacta. No hay ninguna realidad que al ideal responda. Lo refleja muy mitigado; jamás lo repetirá en toda su extensión y en toda su grandeza. Así, desde las islas Azores y desde los territorios encontrados en las tierras occidentales africanas, el deseo había volado á posarse con empeño en el continente de África. Siempre que hay una luminosa idea muy extendida y una grande aspiración muy arraigada en la sociedad, encuentra su encarnación propia en una grande personalidad histórica. El deseo de abordar al continente africano tomó carne y se hizo hombre ó personalidad en el infante D. Enrique, hijo tercero del rey don Juan, perteneciente á la dinastía de Avis, sucesora de los Borgoñas, predecesora de los Austrias y de los Braganzas, dinastía comenzada en la guerra con Castilla por un dignatario semiletrado y semifeudal, concluida en guerra de moros por los requeridos arenales africanos con el sublime loco que se llamó rey D. Sebastián. Enrique no parecía una persona, parecía una cifra. Ningún afecto humano le divertía de su fin providencial é histórico. La porfiada constante aspiración á los viajes llenaba su inteligencia, que señoreaba la voluntad, por completo sujeta de suyo al ideal. Poblado su espíritu de tierras más ó menos fantásticas por las alucinaciones de su propia imaginación y por las lecturas de los libros ajenos, poblaba el Océano extendido al pie del Cabo Sagres,

con iguales objetos, más ó menos fantaseados, y con iguales perspectivas, más ó menos idealizadas, que descubría su interior pensamiento. Portugal, contenido por el poder de Castilla en tierra, no tenía más remedio que apelar, para dilatarse, al Océano. La expansión de su sér y las irradiaciones de su idea lo pedían así. Don Enrique, á fuer de lusitano, era descubridor natural por propia naturaleza nativa y por herencia vinculada en la sangre de sus abuelos. Y esta vocación, recibida de la línea paterna, se reforzaba por el influjo poderoso de la línea materna. Empeñados los Papas de la Edad Media en prohibir todo matrimonio entre parientes, quedaban los reyes obligados á requerir de luengas tierras sus esposas. San Fernando, por ejemplo, casó con Beatriz de Suabia. La madre de D. Enrique Avis era sajona y normanda por su complexión, á fuer de inglesa. Llamábase D.^a Felipa Lancáster. Parece imposible la serie de coincidencia existente de antiguo entre la historia portuguesa y la historia española. Esta casa de Lancáster, que sirviera con su infanta D.^a Constanza en su oportuna sazón á unir la dinastía legítima sacrificada en los campos de Montiel, sirvió en Portugal para prosperar la dinastía de los Avis. Doña Felipa de Lancáster dió hasta muy madura edad un hijo por año á su marido el rey D. Juan. Provenientes de lusitanos, de sajones, de normandos, los hijos de tal matrimonio corrían desalados al mar, como corren al agua las especies acuáticas; y en el mar, como buenos reyes, corrían á la conquista. El infante D. Enrique impuso, pues, á los suyos con la doble fuerza de su voluntad y de

su inteligencia las conquistas africanas, creyendo penetrar así por tierra en los dominios del gran Mogol y alzarse con sus cahices de aljófares y brillantes. Catay, palacio-ciudad descrita en todas las relaciones del tiempo, empedrada de plata, revestida con láminas de oro, perfumada por fuentes olorosas de madreperlas y ópalos gigantes emanadas y surgidas, coronada por cresterías interminables de rubíes y esmeraldas, con almenas de ágatas, con muros de pórfidos, con lloviznas de aljófares, Catay se aparecía en sueños allende el Estrecho de Cádiz, allende el istmo de Suez, allende los desiertos arábigos, en la Mongolia, donde había realizado Alejandro Magno la transfusión de la sangre desde unas venas en otras del ejército suyo y realizado nupcias entre las razas que preparaban la unidad interior del humano linaje. La pasión que agitaba el ánimo de Colón, la idea que tiránicamente lo poseía, estaba difusa y esparcida en su tiempo. Sin esos engaños, sin esos espejismos, sin esos fantaseos, sin las alucinaciones provinientes de las fábulas, nunca se hubiese descubierto desde nuestro hemisferio el opuesto, y nunca se hubiera completado con el nuevo el viejo mundo. Buscad el invento que os parezca más positivo y más cercano: la historia os demostrará cómo la ciencia no hubiese llegado á ninguna parte sin esos fantaseos de la imaginación, sin esos desarreglos de los nervios, sin esos engaños del alma. Nada tan práctico para nosotros y nada tan cercano de nosotros como el teléfono y el telégrafo, satisfacciones de nuestras necesidades por medio y por obra de la electricidad, reunida en instrumentos debidos

á la ciencia positiva. Pues ¿cuántas ilusiones no precedieron á este invento y cuántas fábulas y aun farsas no acompañaron al encuentro é invención de la electricidad? ¿Sabéis algo más conocido y vulgar que los inventos relacionados con la electricidad, desde los ámbares antiguos á la rana de Galvani; desde la rana de Galvani hasta el pararrayos de Franklin; desde el pararrayos de Franklin hasta la botella de Leyden; desde la botella de Leyden hasta el telégrafo de Morse; desde el telégrafo de Morse hasta las lámparas de nuestro Edison y sus maravillosos fonógrafos? ¿Conocéis algo más prosaico y calculador que la pasada centuria? El verso mismo se había hecho prosa y la inspiración cálculo. Sin embargo, con encuentro tan positivo como las grandes aplicaciones de la electricidad, y en siglo tan prosaico de suyo como el siglo décimo-octavo, se dieron alucinaciones muy semejantes á las que fascinaban el ánimo de los descubridores y de los nautas y de los viajeros allá en la décimaquinta centuria. Se había perdido la fe viva en los milagros de la religión y tomaban los discípulos de la Enciclopedia como cosa corriente los milagros de la ciencia. Cuando se veía subir á unos en el montgolfier hacia las regiones superiores del aire, y á otros, metidos en la campana del buzo, descender á los abismos del mar; cuando en la retorta del químico se hallaban, con los gases ayer ignorados, nuevos elementos de vida, y en las botellas del físico las chispas del rayo entregado al arbitrio del hombre; cuando el magnetismo se difundía por los nervios y los exaltaba, creía tener el hombre un dominio sobrehumano en la Naturale-

za y ser en la creación todo un agente divino del Criador.

Pues qué, ¿no acudían los pueblos á las cadenas de Mesmer, cuyas sacudidas ofrecían los crédulos aquellos eterna juventud? ¿No iban los diplomáticos más abonados á escuchar boquiabiertos las palabras del Conde de San Germán, para saber de aquel conviviente con toda la historia, testigo de todos los hechos capitales, contemporáneo de todas las generaciones, interlocutor con todos los hombres ilustres de todas las edades, cómo estaba la curia romana el día que mataron á César y cómo retumbaba la tempestad en el Gólgota mientras Cristo moría en la Cruz? La vida etérea, el ascenso de este á otro planeta, la juventud eterna, la fe viva en los filtros regeneradores, la reducción de un rayo de sol al encierro de un cristal, el encuentro con seres fantásticos en la celeste inmensidad, las dos alas del águila en los sendos hombros para subir á lo infinito, la segunda vista en el espíritu para penetrar en ella dentro del corazón, la eflorescencia del suelo en una primavera continua; todo esto y mucho más parecía posible al hombre de la última centuria, que respiraba en el aire la electricidad recién inventada y en el espíritu recién condensada. Reinaban un iluminismo y un misticismo humanitarios que habían facilitado la invención del pararrayos maravilloso de Franklin, del precipitado químico Lavoissier, del globo areostático de Montgolfier. La ciencia parecía un Tabor donde la Humanidad se transfiguraba y subía de un vuelo al Empíreo. Unos creyentes misteriosos, que se decían bajados de las pirámides egipcias, asistentes al templo de Salomón,

ascetas en las quebraduras del monte Líbano, restos de antiguos templarios, perdíanse por las profundidades obscuras de subterráneos misteriosos, cual si del globo terráqueo pasasen á los vecinos globos; y allí después de haber buscado la estrella misteriosa entre los vapores producidos al humo de los inciensos puestos por los esclavos en los incensarios consagrados á los déspotas, entregábanse á la meditación y á la contemplación de los arquetipos eternos, donde se modelan las cosas, en cámaras tendidas de negros paños sobre los cuales se destacaban blancos esqueletos, y al borde horrible de sarcófagos sobre los cuales se veían mondadas calaveras; entre tales horrores propios para despertar un escalofrío de terror erigían templo visible al invisible Arquitecto del Universo, cuyo símbolo resplandecía en el triángulo refulgente como la luz del sol, donde resaltaba en letras hebreas el nombre incomunicable de Jehová. Todo esto se conjuraba para infundir la idea extendida universalmente de que las sociedades secretas se hallaban á un mismo tiempo en todas partes. Las gentes creían que guardaban éstas en depósito las fuerzas mágicas y las fuerzas demoniacas del Universo; que componían filtros, los cuales daban á la sangre un calor tropical y una vida exuberante á todas las fibras y moléculas del cuerpo; que forjaban oro en el crisol de sus hornos alquímicos; que doblaban el tamaño de los diamantes; que podían subir de astro en astro hasta la cumbre misma del sol y allí cobrar una segunda vida con creces animada por la llama de nuevo y luminoso espíritu. A éstos uníanse otros sectarios con

tendencias aun más políticas y con liturgias aun más extrañas. Los temperamentos exaltados, las damas nerviosas, los jóvenes de imaginación y sensibilidad, se unían á tantas sectas; creyendo, no solamente verdaderos sus dogmas, ciertos y positivos sus milagros. En las cortes de Alemania se oía por los mármoles de aquellos grandes corredores que circunvalaban los patios de sus palacios, barrer á las nocturnas escobas de sus brujas, y en las cámaras imperiales y reales aparecíanse las damas sobrenaturales, envueltas en blancos sudarios, anunciando la muerte de los más jóvenes y más floridos príncipes de las familias reinantes para un día dado. Encerrábase un Apocalipsis en casi todos los hechos. Los muertos dejaban los sepuleros y venían al comercio con los vivos. Nuevos seres surgían al calor de la idea como surgen las mariposas al soplo de Abril. Por todas partes corrían profetas, hierofantes, reveladores, iluminados. Fundábanse palacios destinados á círculos mágicos de electricidad, con salones cubiertos de séderías almohadilladas, donde, al resplandor de luminarias extrañas, al compás de suaves músicas, al eco de armoniosísimos coros, danzaban los poseídos del magnetismo hasta caer exhaustos, unas veces á los espasmos de la epilepsia, otras veces á los deliquios del éxtasis. Fingíanse árboles magnetizados, que infundían bajo sus ramas, propias para figurar en el jardín de Armida ó en la isla de Circe, sueños henchidos de místicas y voluptuosas visiones. Una especie de profeta, que detestaba el mundo como si fuese un cenobita, que se holgaba en la soledad como cualquiera de los precursor-

res ó bautistas evangélicos, que aparentaban decir una idea para significar otra opuesta, ángel de nuevo Apocalipsis, arrojaba palabras incoherentes sobre la sociedad antigua en su agonía y sobre la nueva sociedad en su cuna. Por tamaña crisis de los ánimos, por tal exaltación de los temperamentos, por las agitaciones de Pitonisa, que sobrecogían á la humana conciencia, como en los primeros siglos del Cristianismo, adivinaréis qué de prosélitos no arrastraría el Conde misterioso de Cagliostro, bendecido por Lavater como un providencial redentor, llamado en unas partes Bálamo y en otras Fénix; aquí con un nombre griego y allí con un nombre caldeo; profeta y aventurero; filósofo y prestidigitador; dispuesto así á un sermón como á un escamoteo; capaz de robar el corazón del pecho con su elocuencia semibárbara y de la bolsa el dinero y aun el reloj con sus dedos habilísimos; alquimista y médico; astrólogo y astrónomo, sabio y sicofante; caballero rosa-cruz y caballero de industria; quien así podía pasar por un templario escapado á las persecuciones antiguas como por un reo escapado á los presidios de África; habitador de una casa misteriosa donde reinaba el crepúsculo y sacerdote de una secta theúrgica donde reinaba el misterio; enemigo de la Iglesia y amigo de los cardenales; enemigo de la Monarquía y amigo de los monarcas; explotando á todas las sociedades secretas, que lo mantenían como un Nabab de la India, haciendo creer que debía sus riquezas al arte de forjar el oro voluntariamente, y que debía sus ideas y sus ciencias al vuelo diario en alas de siete ángeles por los

siete planetas, y al comercio con hermosas doncellas encerradas en capillas cubiertas de raso blanco, so la denominación de palomas, quienes le contaban arcanos del cielo y le servían con sus nigromancias y sus sortilegios para la regeneración intelectual y moral de nuestra humanidad. Pues bien; todo esto no era más que anuncio de la revolución en política y en ciencia de la electricidad. Como para sacar el metal precioso se necesita de muchas escorias, y para conseguir el fruto regalado se necesita de muchos estiércoles, para llegar á la verdad pura se necesita de muchas leyendas y de muchísimas alucinaciones. Cuando esto pasa en el siglo precedente al siglo déimonono, imaginaos lo que pasaría en el siglo último de la edad Media. Por eso la predestinación del piloto genovés al descubrimiento de la nueva tierra se nota en el arte sumo con que ligaba los cálculos del saber á los hipnotismos, como ahora decimos, inspirados y sugeridos por la tradición y por la leyenda fabulosas. El cuento le servía como el astrolabio. Junto á un mapa disponía un salmo. Así era la encarnación sublime del espíritu de su tiempo. Paraíso nuevo ideado por la Humanidad en el potro de sus tormentos y en el horror de su Vía Crucis; libros sibilinos en que se hablaba de un refflorecimiento universal; cantares órficos transmutados al pasar de unos labios á otros labios en mil generaciones; números pitagóricos interpretados por las ideas sincréticas de Alejandría; églogas proféticas de Virgilio é intuiciones sobrehumanas de Séneca; la inmensa isla, aquella increíble Atlántida, pintada en los banquetes de

Platón, donde robosaban las mieles bíblicas de todos los pensamientos divinos; profecías murmuradas por los profetas en los oídos del pueblo de Israel bajo los sauces de Babilonia en las orillas del Eufrates; rayos rotos de las theurgias múltiples perdidas en los recodos más oscuros de la memoria humana; restos de tradiciones; viajes por Marco Polo dictados; embajadas al gran Mogol desde Castilla y desde Venecia; referencias dichas por pilotos que parecían venidos de un mundo sobrenatural; ejemplares de flores extrañas flotantes alguna vez sobre las aguas oceánicas occidentales; reminiscencias islandesas y escandinavas de una expedición casi fantástica y de un mundo casi mitológico; todo esto iba Colón recogiendo en su peregrinación por el hipnotizado Portugal, y condensándolo, hasta formar un mundo ideal en el cielo de la idea interior antes de que apareciera el mundo real en lo infinito del mar Océano, vencedor de aquel otro tenebroso, conjurado y desvanecido por nuestro sublime profeta. Y amén de todo esto, la navegación lusitana iba llegando á un punto de perfección por las aplicaciones del astrolabio al arte de marear y por el perfeccionamiento de la brújula, que los buques costeros se trocaban en buques veleros, y discurrían por el mar inmenso más sujeto al hombre y por el cielo más esclarecido al espléndido luminar de las ideas, en derroteros, cuyas estelas iban desvaneciendo las viejas supersticiones y cuyos cálculos revelando á la Humanidad el planeta.

Lo cierto es que, llegado Colón á la monarquía portuguesa, entraba en punto, donde vivían las ideas relati-

vas á viajes arriesgados y descubrimientos innumerables. Tomar toda el África y tras toda el África toda el Asia, idea era que latía en el alma de D. Enrique, cual en el cuerpo la sangre. Á ella lo sacrificará todo en este mundo. Apuesto, robustísimo, gentil, no conocerá el amor, ni la familia. Como Godofredo de Bouillon en los tiempos teocráticos, vivirá y morirá virgen. Aquel corazón únicamente ama su África portentosa. La incontrastable voluntad suya no dejará más descendencia que sus innumerables descubrimientos, medio factorías, medio colonias. Así la imagen de Ceuta se le aparece todas las noches, porque Ceuta significa para él una brecha por donde tomar el desierto libio y rendir á Marruecos. Después de pasar las noches enteras soñando con Ceuta, pasa los días leyendo las descripciones hechas por los árabes de la ciudad codiciada. Y así no habla sino de ella, no vive sino para ella, procediendo con la ciudad como un enamorado primerizo con el objeto de su amor. Aquella Sierra Bullones que parece una grande aglomeración de nubes por sus formas y por su color un gigantesco zafiro; aquella posición entre los dos mares; el istmo donde se levanta; los senos y ensenadas que la cercan; los palacios que la ornan, tráenle á mal traer, llamándole y requiriéndole á la continua con sus múltiples atractivos. Penetrado por completo de que ha nacido para conquistar el África, para conocer y explorar los mares tenebrosos, para invadir el camino á las Indias, cumplirá su finalidad sin oír ningún otro clamor de su conciencia, ningún otro latido en su corazón, reclamo ninguno de su familia, como in-

diferente á todo aquello que no fuera su vocación interior y sus providenciales destinos. Así habíalo dotado Naturaleza con las facultades más contradictorias. Tenía inteligencia de poeta y de matemático á un tiempo como juntaba en su compleción violencia con destreza. En tal estado prescindía de su cuerpo como un asceta. Especie de pensamiento abstracto, ni quería una forma que lo revelase á los demás, ni quería la vida que lo distrajesen con sus contradicciones. Alimentarse y reproducirse parecíale funciones puramente animales. Como no amaba, no comía casi. Cuentan las crónicas que ayunaba la mitad entera del año. Compadecíanse, sin embargo, en él, por modo admirable, las condiciones opuestas del mercader y del cruzado. Lo mismo le daba levantar la tizona en el combate por la cruz que sacar las cuentas de una factoría fundada por su cálculo. El interés se juntaba en su compleja compleción al éxtasis. Despreciaba todo aquello que no servía para el objeto de su vida; mas, en cuanto servían á viajes y exploraciones, estudiaba desde la Medicina y el Álgebra hasta la Teología. Concentrado en sí mismo, salía de su reclusión interior para la organización de fuerzas y para el comercio con las gentes necesarios á poner por obra sus planes. De las meditaciones del filósofo pasaba sin transición al mando y al imperio del general. Así conquistó á Ceuta. Y después de haber conquistado á Ceuta, emprendió, contra la opinión de todos los suyos, la conquista de Tánger. Por cierto que aquí tuvo la desgracia irreparable de su vida y causó la muerte y martirio de aquel su hermano D. Fernando, á quien ha cantado

Calderón en su obra inmortal *El Príncipe constante*, considerada por Schlegel como prototipo acabado y perfecto del drama ortodoxo. Vencido al pie de Tánger, tuvo que prometer Enrique al Sultán de Fez la devolución de Ceuta. Y como prenda pretoria de esta devolución tuvo que dar en rehenes á su hermano D. Fernando. Pero no pudo humanamente devolver á Ceuta. Y D. Fernando, conducido desde Tánger á Fez por una larga calle de amargura en los candentes desiertos; golpeado por los hombres y maldecido por las mujeres y apedreado por los muchachos; de día comido por las moscas y de noche por los mosquitos; azotado al terrible látigo musulmán y asido al hierro de la servidumbre; obligado á barrer las cuadras y cavar los jardines, puesto en el potro que descoyuntaba sus huesos y metido en las cloacas donde sólo respiraba pestilencias y descompuesto antes de muerto; padeció años y años de cautiverio con una pasión, en la cual, para más acercarle á la pasión de Cristo, crucificáronle boca abajo, entre golpes asestados á su cuerpo, hecho todo él una llaga, y denuestos escupidos á su alma, desvanecida y evaporada en los horrores del bárbaro sacrificio. Así resultan las vocaciones de todos aquellos que han de cumplir destinos análogos á los del infante D. Enrique; proceden y obran, crueles é implacables, con una indiferencia semejante á la que ofrece Naturaleza, evaporando impasible las lágrimas y los rocíos, ó comiéndose voraz todos los cadáveres por la muerte segados en sus amplios devoradores senos. Bajo el afán de descubrir, Enrique entregó á la crucifixión su hermano menor don

Fernando; mató á dolores y penas en el desastre de Tánger al hermano mayor, al rey D. Duarte; dejó que se perpetrara con su hermano el Regente un crimen análogo al perpetrado en la inmolación de D. Pedro por los bastardos Trastamaras. Como el asceta consume la llama de su vida en rezos y penitencias; como el astrólogo desgasta su vista contemplando las conjunciones astrales; como el químico se petrifica sobre la retorta donde hierven sus mixturas, por el pecho respiradas de modo que concluyen circulando en venas y fibras; el descubridor aquel aislaba en su Cabo de Sagres el cuerpo, como en el propósito de las exploraciones el alma, y no hacía más que sembrar de tierras con sus planes y sus proyectos el Océano, antes desierto, cual sembrara con su Verbo Dios de soles y mundos los vacíos espacios. Inútilmente morirá su madre, á quien amaba con ternura, y que le había regalado en las ansias precursoras de su beata muerte la espada de cruzado y el relicario de la Cruz; vestiráse de gala cuando el entierro no había concluído aún y celebrará con regocijo sin fin la fiesta de su embarque hacia Ceuta. Inútilmente apresarán los moros de Fez á su hermano D. Fernando, y pedirán por su rescate á Ceuta; dejará que lo martiricen y que lo maten, pero Ceuta no saldrá del poder de Portugal. En vano le habrán vencido en Tánger; volverá de nuevo contra la voluntad expresa del rey don Duarte, quien, menos inspirado y grande, pero más tierno y dulce, morirá de dolor á los golpes del martirio de Fez, resonantes en su piadoso y destrozado corazón de verdadero hermano. Como atisba el ave rapaz la presa y no ve

ningún otro sér ú objeto, Enrique atisbaba desde Cabo Sagres sus tierras, y no veía nada más. El afán de invenir gentes y más gentes ataraceaba entonces todos los ánimos. El mismo infante D. Pedro había ido á Chipre y á Constantinopla, y al Cairo y al Tíber, y al Gólgota y al Sinaí en una peregrinación de dos años, movido por ese viento de los cielos que despierta inquieta curiosidad y que parece sugestión ingerida en cada cual por el colectivo espíritu de su tiempo. Quitadle á D. Enrique de Avis lo exclusivo de su vocación con lo concentrado de su pensamiento, y no se alzaría en la Historia como el más alto y el primero de los descubridores lusitanos, quienes se ufanan justamente con grandezas como las de Gama y Alburquerque. Así, á este trabajo surgieron para Portugal en el continente conocido de África, Ceuta y Tánger; en el desconocido, Río de Oro y Sierra Leona; entre las costas africanas y las costas europeas archipiélagos como el de las Azores, é islas muy semejantes, por su flora y su fecundidad, á las más hermosas de Asia, como Madera; en los costados de África misma las islas de Cabo Verde; tras todo lo cual había de venir muy pronto el doblar aquel Cabo de las Tormentas, que remataba todo un continente, y el traer á la levadura de nuestra vida y al escenario de nuestra historia las olvidadas regiones orientales con sus collares de perlas para enriquecernos y con sus embriagadoras especias para exaltarnos en la orgía inenarrable de una nueva vida.

Hay muchos historiadores empeñados en que la historia debe responder á intrincados acertijos de una solución

muy difícil. Creyendo la concepción espiritual tan sujeta de suyo á la categoría de tiempo como la concepción material indagan el día y aun la hora en que llegó á concebir Colón su idea del descubrimiento de América. Desde nuestro tiempo, tras todo cuanto ha pasado, cosa fácil esa ilusión de creer al piloto visitado por una idea súbita en cierto instante de los conocidos ahora con dictado de psicológicos y análogos á las revelaciones venidas desde lo alto sobre los espíritus extáticos. Colón de ninguna suerte alcanzó esas confianzas del Hacedor que alcanzaron Elías en el Carmelo y Moisés en el Sinaí. No adquirió lo que supo merced á los eléctricos sacudimientos experimentados por las pitonisas en sus trípodes. Mucho tenía de poeta y aun de vidente, pero sus visiones motivábanse de la experiencia y su idealismo parecíase á una especie de aroma suave muy encerrado en la realidad. Como la metafísica no pudo separarse de la religión, la ciencia no pudo separarse del arte y su poesía en el transcurso de muchas y muy prolongadas centurias. Colón debía resumir en su fe la Edad Media y en su saber la Edad Moderna. Por el sentimiento perteneció á las creencias antiguas; por el estudio pertenece á la razón y á la experiencia científica. Los que imaginan la historia compuesta de milagrosas casualidades creen la ida de Colón al reino portugués obra de un deshecho naufragio, y su acierto en el encuentro de vías nuevas marítimas y en el hallazgo de ignorados territorios obra de la confianza puesta en él por náufragos conducidos casualmente á su hogar. Y equivocáronse de medio á medio, como habrán de por

fuerza equivocarse todos cuantos crean en las inesperadas y súbitas improvisaciones sociales. Antes de Sócrates hay una ciencia socrática, en la cual entran á una, sin quererlo y sin saberlo ellos mismos, los sofistas que habían de combatirlo, como antes de Cristo, un cristianismo natural, en gran parte formado por los mismos sacerdotes sumos que habían de crucificarlo. Un pensamiento, sobre todo, un pensamiento científico, no surge á la callada é inesperadamente como un sol sin aurora en el cielo de la conciencia. Las ideas, antes de nacer, se anuncian al espíritu por medio de albores larguísimos, como después de morir dejan á su vez en el ocaso inextinguibles arreboles. Hay que creer en la idea difusa como creemos en la materia difusa y radiante también. Hay que creer en la condensación de los pensamientos como creemos en la formación de los núcleos solares. Hay que creer en una especie de solidificación de los sistemas abstractos y científicos dentro de lo real, mediante la que van perdiendo grado por grado en sucesivas series luz y calor, pero ganando en solidez como los planetas, habitables únicamente cuando se apagan y enfrían dejando de ser soles. Por el milagro sobrenatural, por la improvisación súbita, por el relampagueo celeste, por la sugestión hipnóstica, por el encuentro casual de una idealidad ignorada, paréceme imposible de todo punto explicar la natividad sublime del pensamiento innovador en Colón. Hay que ver las ideas precedentes á la suya y sus matices; que recordar los hechos capitales generadores del hecho concreto al cual debemos nosotros un mundo nuevo y debe él á su vez una

gloria inmarcesible; que notar cuántos profetas lo predijeron y cuántos bautistas lo prepararon; que advertir cómo se apercebían en derredor suyo por grados y por series todos los adelantos á recibir el grito anunciando la nueva tierra renovadora de la naturaleza, del alma y de la sociedad. Sí, una evolución interminable, un movimiento casi continuo, una lógica interior de los hechos, una serie no interrumpida de ideas, un cúmulo de titánicos esfuerzos, la suma de innumerables preparaciones, algo así como la fuerza interior que va componiendo las capas geológicas del planeta, precedió al día creador en que se halló Colón, el creador mártir, frente á frente de su obra realizada y cumplida. En todo grande móvil humano hay lo consciente y lo inconsciente siempre, como en todo hecho trascendental que inmane y perdura en el mundo, hay las causas eternas y las causas ocasionales. La presencia de Colón en Lisboa se parece á la presencia de los artistas en Roma y de los arqueólogos en Atenas. Matemático, mareante, nauta, piloto, el Mediterráneo debía ser angosto á su ambición generosísima y corrió al Océano. Criado en aquellas ciudades italianas que miraban al Oriente y á lo pasado, él debía venir aquí, donde se miraba por una ley providencial hacia el Occidente y hacia lo porvenir. Esta fué la causa generatriz de su arribo á Lisboa; pero la causa ocasional y determinante fué la estancia de Bartolomé Colón, su hermano, entre los portugueses. Muy sujetas á crítica se hallan todas las fechas biográficas en la historia de Colón antes de que su obra le diera un tan elevado renombre y una tan exten-

dida fama; pero debemos suponer que llegó tres ó cuatro años antes de que pasara desde esta mortal á la otra vida eterna el infante D. Enrique. Tan feliz coincidencia le permitió conocer el cuadrante, ó sea la mejora llevada por nuestros marinos á la brújula; el nuevo método de las aplicaciones del astrolabio á la náutica, merced á las cuales podían los barcos apartarse de las costas y dirigirse á lo infinito en el mar; el atrevido empuje con que habían los descubridores expedidos desde Sagres doblado la punta del promontorio Bojador, que se tenía por término del mundo; la carabela occidental, pequeña, pero tan ágil, que sus latinas velas parecían alas de gaviota y su cuerpo un pez, como un eximio lusitano la describe, de poco calado para que pudiese costear y abordar fácilmente, de mucha resistencia y fuerza para que pudiese darse con facilidad á olas y vientos; artefacto indispensable al sumo trabajo de las exploraciones y de los descubrimientos. Con todo esto no pudo caberle ya duda respecto á la forma esférica del planeta. Y no cabiéndole duda respecto de tal forma, tampoco le cabía respecto de una convicción á ella consustancial: que habría de topar con las tierras de Oriente navegando por Occidente. Y no cabiéndole á este respecto duda de ningún género, tampoco podría tenerla respecto de que ni las Azores, ni las islas de Cabo Verde, ni Guinea, ni descubrimiento ninguno hecho por los portugueses podía ser la postrera extremidad occidental de nuestro globo.

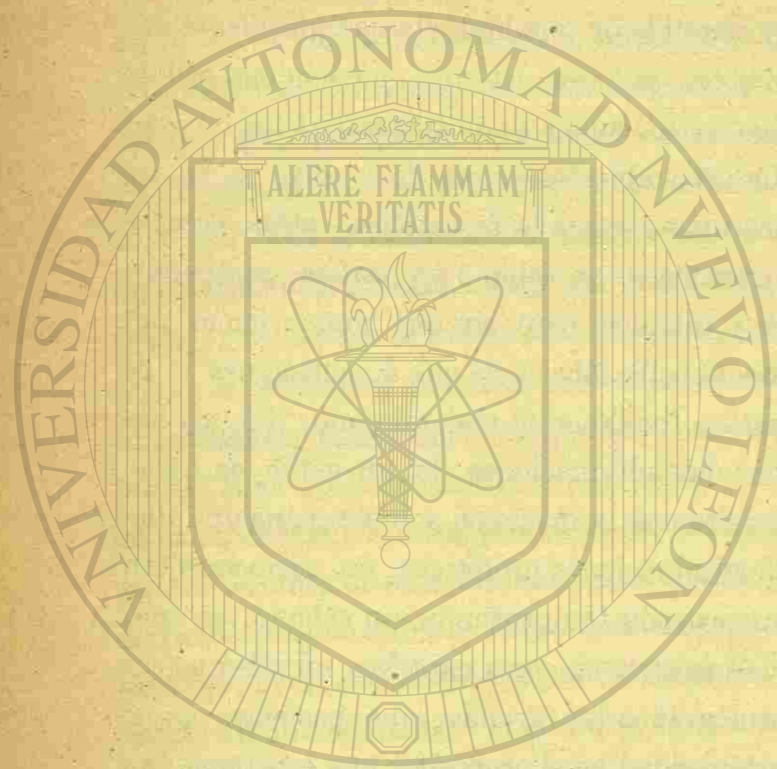
Admirables concepciones y profundamente verdaderas todas las anteriores, no contribuyeron, sin embargo, en

tanta medida, no, á la obra de Colón, como un error capital, como el error de creer la tierra mucho más pequeña de lo que es realmente. No admitió las ideas vulgares de su tiempo en la cuestión de los antípodas, tenidos por imposibles dentro de la ciencia tradicional. No escuchó á los que negaban la forma esférica de nuestra tierra, fundados en que los profetas habían puesto en comparanza la extensión del cielo con el techo de una tienda. Pero creyó en las dimensiones dadas por Ptolomeo al mundo, y poseído de esta idea creyó que había muy poco mar, y por ende muy cortas distancias entre los descubrimientos últimos de Portugal hacia Occidente y las Indias Orientales. Ya penetrado de todo esto en su interior y resuelto á realizarlo, iba observando todo lo que veía en torno suyo y robusteciendo con estas observaciones sus íntimas creencias. Por ejemplo, la ciencia del mallorquín Jaime los mapas de nuestro Valseca, las noticias de un tal Vicente que le aseguraba en su alma y en su Dios el hallazgo de maderos tallados por una industria no clasificable ni conocida entre las industrias usuales, aquellos juncos gigantes notados por D. Juan I y cuya magnitud añadiera dificultades invencibles á todo conato de navegación por el mar tenebroso, el globo de Besaín que ponía la fabulosa é increíble Atlántida en el espacio mismo donde ponía Colón las Indias Orientales; miles de circunstancias, perdidas para la historia, pero todas inmanentes en el centro y foco de la idea que podremos llamar colombina, formaron la nebulosa inmensa en el tiempo y en el espacio, de cuyo seno se desprendió como

un sol espléndido el maravilloso descubrimiento. Imposible negar los indicios más ó menos seguros que pululaban por todas partes, imposible de todo punto. Tal anunciaba la vista cierta de islotes triples aparecidos en días claros hacia el trópico y permanentes en el mismo sitio siempre. Tal otro tomaba las refracciones de los rayos solares en el aire marino por continentes verdaderos. Contaban éstos haberse visto cadáveres de seres humanos muy desemejantes en la color y en las facciones de los seres humanos generalmente conocidos, y contaban aquéllos haber descubierto pinos flotantes muy diversos de los pinos europeos. Varios grumetes aseguraban haber cogido en unos islotes occidentales puñados de arenas para su fogón, encontrando en gran parte oro purísimo. Los pilotos aumentaban todos estos espejismos de la imaginación y del deseo con relaciones más ó menos verosímiles de fenómenos más ó menos reales. Los que navegaban por mares islandeses á una solían convenir en que miles de indicios anunciaban una tierra occidental, hacia la cual zarparon mil veces, teniendo que volverse mal de su grado á la resistencia opuesta por desatados huracanes. Un hombre nacido en Génova, criado en las costas, puesto desde su niñez al tanto de las cosas marinas, conocedor del Mediterráneo, avezado á sacar leyes de las observaciones particulares, en la flor de su vida llegado con toda clase de conocimientos náuticos á la inmensa factoría que formaba en aquella sazón Portugal, tenía sobradas piedras de toque para que acerara el genio nativo de revelador y oyera los llamamientos y obedeciera los impulsos

de sus providenciales vocaciones. Así no puede admitirse la fábula contada por Oviedo y repetida por Herrera mismo, atribuyendo el viaje de Colón á las noticias dadas por un piloto de Palos que abordara, impelido por un huracán, al Nuevo Mundo; y tomadas lenguas, y hechas medidas de aquellas alturas y calculada con profunda sabiduría su latitud, se volviera muy á la callada camino de Portugal, y al retorno, encontrándose con Colón por una de las islas portuguesas, como efecto del cansancio y del trabajo sintiese que se avecinaba la muerte, refiriera en sus ansias al genovés el tesoro de sus conocimientos y de sus experiencias, con el cual enriquecido, pudo ya poner por obra el plan de su invención y aseverarlo cual si llevara en sus palabras y en sus promesas la viviente realidad. Inútil, después de referido todo esto, añadir cómo carece de fundamento histórico. No se basa en escrito de ninguna clase, ni en documento capaz de hacer fe, ni en testimonio alguno estimable. Por lo que vemos en los historiadores antes mencionados, que lo repiten y no lo creen, todo se funda en las consejas con que la vulgar envidia deslustra siempre al mérito, persiguiéndole y acosándole con terribles insanias. De tener Colón la evidencia que atribuye tal cuento á su proyecto, no vacilara como vaciló tantas veces; no tuviera las congojas que le atenacearon en el período larguísimo de veinte años; no tanteara como tanteó tantas vías; no hiciera como hizo tal número de proposiciones; no empleara los argumentos empleados de intuición y de ciencia; bastábale con haber cogido los comprobantes de sus asertos, los papeles varios deposita-

dos en su poder por la ciega confianza de un amigo, y con ellos vencer la incredulidad general tan tenazmente contraria y enemiga de sus colosales proyectos. Una prueba práctica y tangible de que los sostenía únicamente con cálculos probables, se halla, en que, habiéndole pedido mil veces algo cierto, nunca pudo aportarlo á los mil juicios contradictorios abiertos acerca de su plan y en los cuales apelaba unas veces á la fe católica, otras veces á los cálculos científicos; ya sabio ó ya profeta, parapetado tras ilusiones y cálculos; pero sin que nunca jamás pudiera fundarse aquella fábrica de sus alucinaciones y de sus esperanzas en fundamento real ninguno, que no habían menester las adivinaciones de un genio en quien Dios había puesto con la intuición sobrehumana que allega y formula adivinaciones proféticas, un raciocinio tan claro, una observación tan profunda, un cálculo tan matemático, una maestría en cosas náuticas, un saber astronómico y cosmográfico tan grande, una paciencia en el trabajo, una tenacidad en el propósito, una esperanza tan perdurable y una voluntad tan viva y un culto tan firme al pensamiento, que habremos de contarle entre los ejemplares más extraordinarios y más extraños cognoscibles por las sendas ciencias del temperamento y del carácter, por la Psicología y la Fisiología humanas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V

CASAMIENTO DE COLÓN Y ESTANCIA DE CASADO EN PORTUGAL.

COLÓN había no sólo estudiado su idea en Portugal, habíala vivido, como ahora se dice. Muy pobre, los aguijones de la necesidad espoleábanle á ejercer como un oficio lucrativo su maestría en cartología y á estudiar de este modo el mundo conocido, como base para las indagaciones acerca de los mundos por conocer todavía. Su destreza en la composición de las cartas marinas y de los mapamundis y de las esferas armilares y de las tablas y de los cálculos habíale granjeado medios de vivir con estrechez, pero con decencia, nutriéndolo de aquello mismo con que debía ilustrar el propio nombre y servir al planeta entero, pues no hay escuela, donde tanto pueda enseñarse y aprenderse, como en la necesidad impuesta por una grande miseria. Cuentan los biógrafos de Colón que, no contento con ocurrir á las propias necesidades en lo posible por medio de aquel su oficio, allegaba también algún recurso que ofrecer á su anciano padre ausente. Así, poco á poco, á guisa del gu-

sano de seda, extraía de su propia sustancia y esencia los hilos de la urdimbre de ideas, en cuyas mallas prendió el Nuevo Mundo, estudiado, entrevisto, presentido á la manera que un adivinador astrónomo el sol apartado y lejísimo, que no se refleja con claridad ni en la retina ni en el telescopio. Con más ó menos gusto ha denominado la poesía en sus tropos al navegante pescador de tierras como al astrónomo cazador de astros. Y si el trabajo de su oficio cooperó al destino que debía cumplir en este mundo, no cooperó menos el objeto de su amor. Colón se unió en matrimonio con una familia lusoitálica. Llamóse Felipa Muñiz Perestrello la mujer á quien eligiera por esposa. Originarios de Plasencia, fuéronse á fines del siglo décimocuarto los Perestrellos por Lusitania, donde alcanzaron el favor aseguible á las familias italianas entre los reyes portugueses, deseosos de contribuir á la obra común del Renacimiento con la colaboración de los consumados maestros nacidos en la grande Academia que se llama Italia. Este Sr. Perestrello exentábase de pechar en el año último de la centuria décimacuarta, por habersele reconocido su dignidad y carácter de fidalgo en Oporto. Llamábase Filippone. Muy hermosas debieron de ser las dos hijas que tuvo, cuando trastornaron el seso de un señor tan obligado á castidad por sus votos y su ministerio sacerdotales, como el arzobispo Noroña, quien ceñía en aquella ocasión la mitra de Lisboa. Con dos señoritas Perestrellos enredó su corazón el voluptuoso eclesiástico; con las dos tuvo sendos hijos, que nacieron, para mayor escándalo, por las celdas de las vírgenes consagra-

das al Señor, cual si los monasterios de Cristo se hubieran trocado en harenes de sultán. Mas los vicios de sus predecesoras y parientes no afearon el alma de la mujer preferida por Colón, casta por su natural propio y por su educación religiosa. En el organismo dado á la familia entonces, fundada sobre institución como el mayorazgo, y en las dobles exigencias de la vida feudal condenada de suyo á los combates, y de la vida nauta, condenada de suyo á los viajes, las jóvenes casaderas no podían vivir bajo techos desiertos; y si no iban al hogar matrimonial, tenían que ir, aunque no profesasen, al recatado convento en calidad de huéspedes pasajeras, designadas con este genérico nombre: pensionistas. No hay para qué ir muy lejos ni para qué remontarse muy alto, si queréis ver hoy mismo una señorita cualquiera de tales condiciones. En Madrid radican varios conventos de monjas, por cierto muy empingorotadas, que ceden cuartos á jóvenes solteras pudientes, permitiéndoles llevar una vida entre claustral y mundana. En esta vida, por más que tenga horas de comunicación amplia con la sociedad y aun de salidas á la calle para visitas y atenciones, hay siempre cierto recogimiento, que da pie para cierto vagar por la lectura y por el estudio. Existen, cual base de toda vida, en tal género de conventos, monjas profesas, impedidas de salir á la calle, las cuales allí se amaestran en algunas labores femeniles y en algunas letras humanas, enseñándolas á sus pensionistas con la efusión propia del alma de la mujer. Y siempre las guarecidas jóvenes, por lo mismo que se hallan lejos de sus familias, guardan la religión de sus

recuerdos. Pertenecía D.^a Felipa Muñiz Perestrello á una familia noble, asociada por D. Enrique de Avis á sus exploraciones y descubrimientos, bien por méritos de tal familia, bien por gracia y favor del Infante. Esta familia tuvo en lote, ó como premio á tal cooperación, la isla de Porto-Santo, descubierta por los talentos y los esfuerzos de la noble y trabajadora compañía fundada en Sagres. Tal origen é índole de la familia fueron parte á que doña Felipa supiese por el sentimiento y por la educación, de oídas y de vista, muchísimo en todo aquello á que los suyos prestaban atención en el hogar, muchísimo del estado y del gobierno de las islas. Leyes como las que asocian en química las moléculas afines asocian en sociedad las almas afines. El descubridor por excelencia debía casarse con la hija de un descubridor. Colón solía ir á misa con frecuencia, no sólo en cumplimiento de sus obligaciones religiosas los domingos y demás fiestas de guardar, por pura devoción. En aquel tiempo no se habían divorciado el pensamiento científico y la Iglesia cristiana.

Así como Copérnico, destinado á cambiar el cielo tradicional, defendido por la teología católica, murió en brazos, como buen sacerdote, de sus creencias maternas, vivió Colón, destinado á traer, con disgusto de las supersticiones ortodoxas, los antípodas á conocimiento de todos, destinado á cambiar el planeta de la tradición, como Copérnico el cielo, vivió bajo las dos alas de su vivísima y pura fe. Habitando en Lisboa cerca del monasterio de Todos los Santos, á él concurría para sus devociones; y concurriendo con asiduidad á él, debió prendarse allí de

D.^a Felipa Muñiz Perestrello, hasta pedirla y obtenerla en casamiento. El misterio resulta siempre un templo para el amor. Hay en todo misticismo una parte de sensualidad que se demuestra con leer obras, por su intención íntima tan puras, y por sus conceptos varios tan sensuales, como *Las Moradas* de Santa Teresa ó como los versos de San Juan de la Cruz. Miradas que fulguran tras las rejas y las celosías de los coros; dulces voces femeniles unidas con las cadencias del órgano y con los murmullos del rezo; alientos trascendiendo á incienso y suspiros tomando á la oración prestado el vuelo; promesas de una eternidad como la que asegura el amor á sus juramentos; figuras envueltas en velos y hábitos que van errando entre vírgenes y ángeles, junto á las aras, por el pie de los altares, bajo bóvedas esclarecidas por melancólicas lámparas semejantes á idealizadas estrellas; todo aquello que constituye y caracteriza un encierro de monjas, ocurre al amor con tantas emociones, que debe trocarse, allí sentido, como en deliquio donde se derrite el alma deseosa de buscar por otro mundo, sólo abierto á la muerte, una seguridad y un reposo necesarios en los afectos profundos y en los arrobamientos extáticos. La religión entra por mucho en pasiones como las que unieron á Felipa y Colón, pues junta en su amplio seno, por medio de una síntesis maravillosa, lo que crea y lo que destruye, ó el amor y la muerte. Sin embargo, el cariño de Colón á la joven lusitaliana debió tener caracteres más positivos, dado el deseo que sentía de vivir el marino para realizar en edad madura la obra, ya pensada maduramente al tocar en los

últimos años de la florida juventud. Además, creyendo como debemos creer á sus contemporáneos, el excelso piloto presenta dos condiciones capaces de trastornar el seso, no diré á D.^a Felipa Muñiz, á toda mujer: la elocuencia y la prestancia. Por su prestancia cautivaba los sentidos y por su elocuencia cautivaba las almas. Tan bien conformado como toda la raza heleno-latina, raza de formas estatuarias, tenía la color blanca y el pelo rubio de sajones y eslavos, hermosura muy atractiva en los pueblos morenos y pelinegros. Respecto de su elocuencia, creemos firmemente que debía enamorar por las naturales transiciones, en todos sus escritos notadas, ya del habla vulgar al habla científica, ya del habla científica al habla religiosa, elegante sin énfasis en la primera y profundo sin obscuridad en la segunda y arrebatado sin extravío en la última.

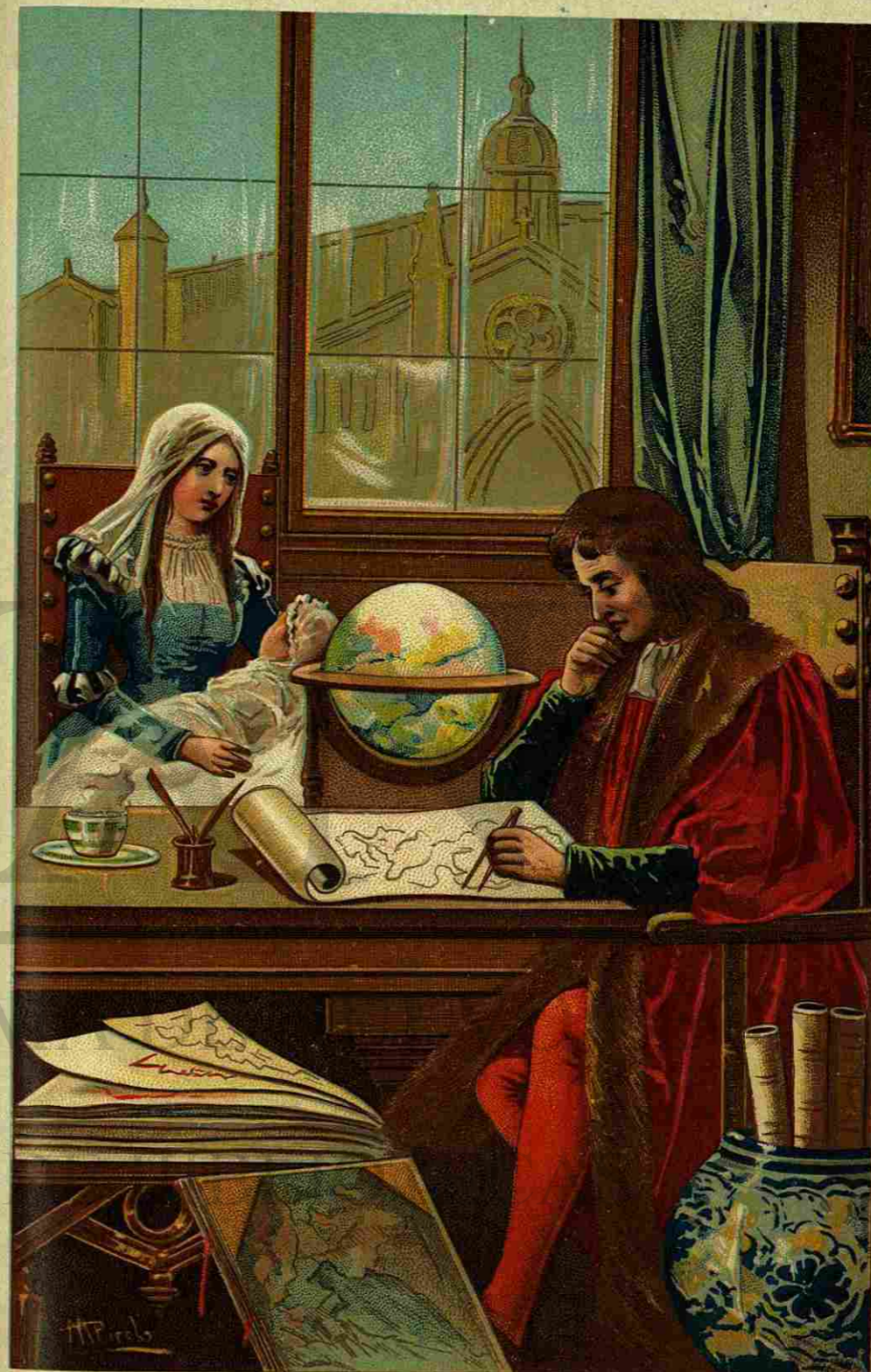
Cosa tan averiguada, como dicha por un historiador cercano á los hechos que refiere, Fernando Colón, cual el nombre de la mujer legítima de su padre, oído mil veces en labios de éste y del hermano mayor, no debía engendrar dudas de ningún género y correr como hecho cierto en la posteridad. Pero no solamente se duda hoy de que Felipa Muñiz fuera Perestrello por su padre; se niega. Y se niega por hombre tan sabedor de historia colombina y americana como HARRISSE. No puede, no, negarse que, aparte los escritos trazados por la pluma del descubridor ó por la pluma de aquellos que alguna vez le acompañaran, como el Dr. Chanca, no hay monumento histórico alguno tan cercano á Cristóbal Colón, como la

historia escrita por su propio hijo. Pedro Mártir escribe de todo y de todos en un centón epistolario, ó en unas décadas á vuela pluma, en que sus emociones cabrillean mucho, pero en que trata poco de los orígenes del descubridor. Con decir que, para designar su nacimiento, le llama ligur, nombre comprensivo de toda una región, y con añadir que comienza las décadas oceánicas con el embarque de Colón, está dicho todo. Otro tanto digo de Bernáldez, historiador de los Reyes Católicos y de su política general: no podía subir hasta los antecedentes de Cristóbal Colón; aunque lo conoció y trató, redujose á los viajes del descubridor, que tantos esplendores inmortales y tantos épicos tonos prestan á la gloria de sus héroes. Oviedo, paje de la corte castellana en aquel tiempo, presencial testigo de los hechos por él referidos, sigue respecto del matrimonio de Cristóbal, como afirma el mismo HARRISSE, á Las Casas y á Fernando, es decir, á los dos autores con mayor autoridad y competencia para industriarnos en la vida priyada del maravilloso Almirante. Pero todos los historiadores contemporáneos que la echan de críticos, dan tras Fernando con verdadero furor, y lo ponen de oro y azul á causa de los muchos errores encontrados en sus páginas. A cada línea suya salta un gazaipo, suelen decirnos. Así, muchos eruditos, como el escrito castellano y original de la historia trazada por Fernando sobre la historia de su padre, no ha parecido todavía; como se publicó la primera vez en italiano y entró en las letras patrias por el camino tortuoso de las traducciones; como sólo hubiera la versión de Ulloa hecha del libro ita-

liano, versión éste á su vez, creían apócrifa, contrahecha ó interpolada con pasajes llenos de fábulas y mentiras la célebre biografía del padre por el hijo. Necesitóse la publicación del P. Las Casas, la publicación de sus volúmenes históricos acerca del descubrimiento de las Indias, que, mencionado allí el trabajo de Fernando, desistieran los contradictores de la negación esgrimida por ellos tantas veces, y vinieran mal de su grado á reconocer la incontestable autenticidad. Pero proclamada y reconocida, todavía lo tachan de mentiroso y falso; todavía imputan al dichoso libro el propósito deliberado de una divinización del Almirante, incompatible con la verdad y exactitud históricas. En efecto, la narración hecha por Fernando de la llegada de su padre al seno de Portugal tras un combate marítimo espantoso y un heroico naufragio, resulta falsa de toda falsedad. Y aquí los contradictores hacen hincapié para demostrar la falsedad del nombre Perestrello dado á Felipa y de su generación por el Gobernador de tal apellido, por Bartolomé. En juicio y sentir de sus contradictores, Fernando atribuyó semejante paternidad á la mujer de su padre con el único propósito de unirlo á una familia de almirantes italianos que llevaban sangre azul en sus venas y pertenecían á secular nobleza de Plasencia. Convengamos en que los descuidos propios del tiempo aquel aumentan mucho las perplejidades é incertidumbres de un historiador concienzudo. Nadie querría creer que, refiriéndose á su mujer Colón en su testamento, condene á preterición el nombre y apellido. La primera mención de su nombre aparece con el tes-

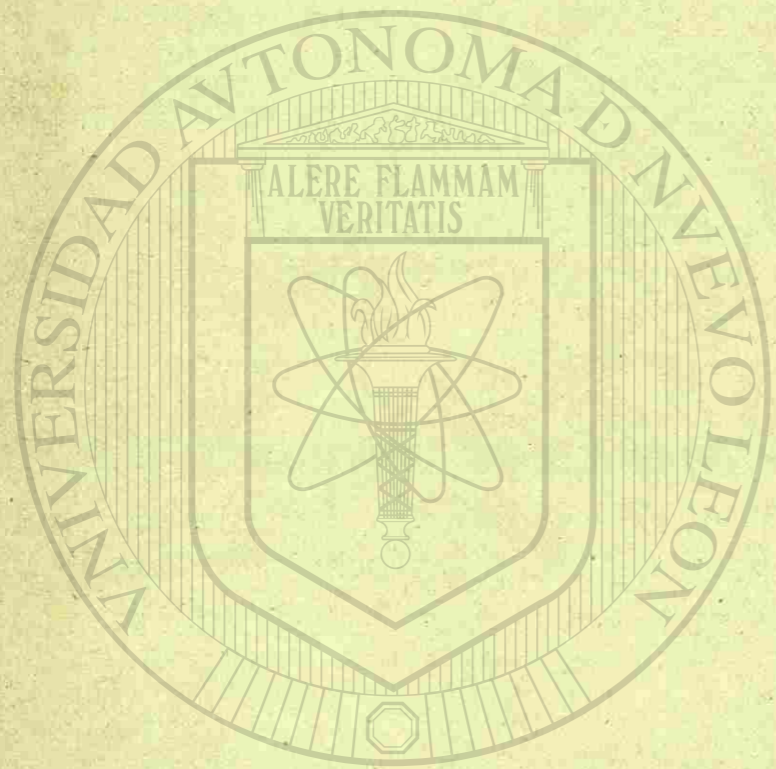
tamento de Diego Colón, su hijo, quien la llama Felipa Muñiz, pero no Felipa Muñiz Perestrello. Este segundo apellido no aparece sino cincuenta y más años después de su muerte, y en la pluma de Fernando Colón, dispuesta siempre á exaltar el nombre de Colón como de buen hijo, y todos aquellos nombres que tienen alguna concomitancia con este gloriosísimo. Pero se saca mucho partido del silencio de los historiadores contemporáneos portugueses respecto de Felipa y su genealogía, cuando miraban los tales historiadores con un desvío el descubrimiento de las Indias orientales tan enorme que hay entre ellos quien yerra en el nombre de Colón hasta llamarle Pedro en vez de llamarle Cristóbal. Mas, no obstante tales reparos, cuya fuerza no puede, no, desconocerse, ninguna razón concluyente nos da el sabio HARRISSE de su aserto, sujeto á litigio más, ó por lo menos tanto, como los asertos por él combatidos. En la Edad Media no se han fijado nunca los nombres patronímicos de las familias, sujetos á muchos cambios. Cada hijo tomaba el apellido que creía cuadrarle mejor, sin acordarse para nada del apellido de su padre. Los hermanos de padre y madre se designaban con apellidos distintos de los que ahora heredarían todos en las leyes y en las costumbres nuestras. La mujer de Colón pudo ser hija de un Perestrello y de una Muñiz, anteponiendo, como solían las mujeres, el apellido materno al paterno. Lo cierto es que un cuñado de Colón tuvo el mando superior de Porto Santo, Pedro Correa, y lo tuvo porque lo había tenido el suegro suyo en vida y entregádoselo después de su muerte la suegra viuda. Lo cierto es

que otra cuñada de Colón se casó con un marino llamado Muiarte, de Huelva, y fué la causa ocasional de la ida del descubridor á la región donde se alza el convento de la Rábida. Lo cierto es que las disquisiciones de HARRISSE aumentan la confusión y llenan de dudas la historia. Y como quiera que sea en estas dudas lo mejor quedarse á la versión más establecida; como quiera que ningún interés podríamos suponer á Fernando Colón en cambiar el nombre de la mujer del Almirante, su padre; como quiera que debían los contemporáneos saberlo, y las tres autoridades mejores del tiempo, Fernando, Las Casas y Oviedo, aunque indirectamente este último, lo confirman, y luego lo reproduce, andando el tiempo, Herrera, historiador de las Indias en el siglo decimoséptimo, que tuvo á su disposición todos los archivos y pudo examinar todos los papeles en ellos existentes respecto de la materia histórica que trataba, debemos atenernos á lo establecido y continuar llamando á la esposa de Colón, como casi todos los historiadores la llamaron, Felipa Muñiz Perestrello. Y si dicen que tal apellido lo fingió Fernando para ennoblecer á su padre, por el amor que le tenía y el empeño de agrandarlo, digamos nosotros también que Oviedo, contemporáneo del descubridor y compañero en la corte de los hijos de éste, no tuvo motivos iguales á los de Fernando, y enlaza los cognómenes del descubridor, quien no era santo de su devoción, á la familia Perestrello, aunque no extrae tal enlace de su matrimonio con Felipa Muñiz, aumentando las dudas y constriñéndonos á seguir el texto de Fernando y Las Casas.



Lit Felipe G. Rojas, Madrid

COLÓN CON SU FAMILIA EN PORTUGAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Pero, fuese de todo esto lo que fuese, D.^a Felipa Muñiz y D. Cristóbal Colón se casaron en Lisboa como previenen la religión y la ley, en santo perdurable matrimonio, y tuvieron al año de unidos un vástago, á quien bautizaron en Lisboa misma con el nombre de Diego. Las primeras y más importantes resultas de tal matrimonio fueron que tuvo Colón dos cuñados influyentes por todo extremo en su vida: uno en Palos, puertecito español poblado de audaces nautas; otro en Porto-Santo, isla descubierta, ya lo hemos dicho, por exploraciones que presidía el infante D. Enrique y entregada en feudo á la familia de los Perestrellos por motivos no bien aclarados en la historia. Llamábase Pedro Correa el cuñado de Porto-Santo, y tenía la isla en vínculo y herencia por haberla entregado á Bartolomé Perestrello, padre de su mujer y de Felipa, el Congreso y Academia de Sagres. Á tal isla, gobernada por los suyos, debió ir Colón para entender en varios negocios de su hacienda doméstica, poco después de casado; y allí se informó en el hogar de cómo habían ido hasta las costas aquellas objetos de otras civilizaciones, cadáveres de otras razas, plantas de otras floras, que contrastaban mucho con los caracteres comunes á todo lo típico en la cultura de nuestra civilización entonces y en las producciones de nuestros climas conocidas. Imagináoslo al contacto de su espíritu indagador con estos seductores cuentos; bajo un espléndido cielo meridional; sobre una isla que pide con sus recodos cubiertos de blancas espumas los ejércitos de la navegación; teniendo ante los ojos atisbadores la línea curva del hori-

zonte y la línea curva del Océano, como para demostrarle con sus esféricos aspectos la figura de nuestro planeta; exacerbadísimo el husmeador olfato á las emanaciones salinas del mar, que huele como jardín, y á los aromas balsámicos de las florestas y jardines bienhadados, que huelen como un mar, el avizor oído abierto á todos los rumores oceánicos; en presencia de las aguas celestiales, agitadas por brisas constantes que las mueven y esclarecidas por el éter solar que las jaspea, semejantes á las ninfas y á las sirenas mitológicas, tendiendo por doquier abrazos en las ondas y besos en los aires, para tirar hasta su blando seno al navegante ansioso de coronarse con algas y perlas ó de perderse allá en abismos que parecen cerúleos; y decidme luego si tenía motivo el grande nauta que historiamos, ante tal espectáculo, para codiciar los tesoros tras aquella inmensidad ocultos, cuya copia milagrosa debía granjearle una vida beata en este mundo y ofrecerle muchos medios para la redención y rescate del Santo Sepulcro, que le asegurase allá en otro mundo mejor la bienaventuranza. Lo cierto es que, amén de trabajar mentalmente Colón en su cartología, favorable á una expansión intelectual, cuyos efluvios por doquier se irradiaban, emprendía navegaciones continuas prácticamente, cuyas experiencias le industriaban en el arte y oficio de mercante consumadísimo. Así ascendió hasta el extremo Norte y descendió hasta el extremo Sur de las tierras entonces conocidas. Fué á Guinea y á Islandia. El objeto científico de todos estos viajes hállase patentizado en las notas escritas por el mismo Colón, y reunidas

para demostrar que son habitables las diversas zonas del planeta muy allende los límites que á tal carácter habían opuesto las supersticiones seculares. «Yo navegué, decía, el año cuatrocientos setenta y siete, en el mes de Febrero, ultra Tile isla, cien leguas, cuya parte austral dista del equinoccial 73°, y no 63, como algunos dicen, y no está dentro de la línea que incluye el Occidente, como dice Tolomeo, sino mucho más occidental, y á esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderías, especialmente los de Bristol, y al tiempo que yo á ella fui, no estaba congelado el mar, aunque había grandísimas mareas, tanto que, en algunas partes, dos veces al día subía 25 brazas y descendía otras tantas en altura.» ¡Qué grandes emociones, aunque las calle Colón, debían despertar en su ánimo aquellos mares parecidos por su densidad á cristal en vías de liquidarse; aquellas montañas cubiertas de nieves perpetuas; aquellos témpanos de hielos polares flotantes sobre las ondas en la misma estación de sus licuescencias, comenzada por Marzo! La erudición suya, muy copiosa, debía saber cómo el griego Phyteas había encontrado y medido su geográfica posición; cómo habíala designado Séneca en sus versos último extremo del planeta; cómo Plutarco había puesto en ella el célebre mar Saturnino que se iba corriendo atrás conforme las navegaciones antiguas ensanchaban el Océano. Pero lo que debía ignorar Colón, lo que ignoraba seguramente, según la pérdida y olvido de ciertas antiguas tradiciones, era la pretensión arraigadísima en aquellos mares y territorios escandinavos, donde creían muchos

haber descubierto su ignorado mundo cinco siglos antes de los proyectos y de los planes colombinos. Á la verdad, los derroteros por el inmortal piloto seguidos, habilitábanlo mucho al empeño que tenía en su voluntad y en sus mientes. Guinea é Islandia servíanle á las demostraciones que buscaba y á los experimentos que hacía con unidad tan maravillosa de norte y de objeto. ¡África y Escandinavia! Los rayos del sol oblicuos en una parte y en otra los rayos del sol verticales; el cielo cargado con átomos de nieve allá y el cielo seco é implacable aquí; los bancos glaciales parecidos á murallas de cristal en una parte y los desiertos candentes como los rescoldos de un horno en la otra; el abeto boreal y las palmas africanas; el rengífero confinado ya en los polos y el dromedario confinado en el Asia y en el África ecuatoriales; el ictiófago comiendo el frío pescado casi crudo y el antropófago, de carne humana gustoso; los habitantes blancos y rubios de unas zonas y los habitantes negrísimos y crespos de otras decíanle á una en sus contrastes, cómo aparecía todo el planeta habitable, y por consiguiente, cómo había un pueblo de Catay, así como un dominio del grande Kan, acquistables, al revés de todo cuanto hasta entonces habían hecho los hombres, por el camino de Occidente. «Yo estuve, decía Colón, escribiendo sus notas personales, en el castillo de la Mina, del Rey de Portugal, que está debajo de la equinoccial, y así soy buen testigo que no es inhabitable como dicen.» Por tanto, tras este africano viaje, correlativo con el otro boreal, Colón tenía trazado en la inteligencia todo el admirable

proyecto suyo y desvanecidas las capitales objeciones opuestas á sus sólidos fundamentos.

Concebido con claridad y madurado con espacio el plan de Colón, era ya hora de ofrecerlo al mundo entero y hallarle, para que lo pudiera cumplir él y aprovechar el mundo, una protección poderosa. No podía, no, creerse impremeditada precipitación el empeño con que ofrecía nuestro piloto á las gentes el plan y proyecto de su viaje. Estaba en el cenit de la vida y había subido por esfuerzos y por trabajos de titán. Á intuiciones de poeta y pensamientos de filósofo habíanse unido en su espíritu estudios profundos de sabio y experiencias luminosas de observador. Si en la complexión artística, muy propia del abo-lengo suyo; si en los arrebatos líricos de poesía intuitiva que cantaba dentro de su creadora imaginación, si en los afectos estéticos de un pecho idóneo para sentir y amar todo lo bello; si en aquellos deliquios de asceta y extático que tanto le asemejaban á su paisano San Francisco, le solían asaltar ensueños raros de una indecisión connatural con los fantaseos de su ingenio, religioso y poético al mismo tiempo, no acostumbraba por todo esto á confinarse aislado y solitario en vaguedades y somnolencias indefinidas; estudiaba como un verdadero naturalista; calculaba como un consumado matemático; volvía los ojos y los instrumentos náuticos al cielo y al mar en esfuerzos continuos; y nunca dejaba el hilo de unión á lo real en los más nerviosos espasmos de su cuerpo y en los vuelos más arrebatados de su espíritu al Empíreo. Los jalones de su camino resplandecen á una con igual inten-

sidad en la historia del Renacimiento universal. Sintiendo y estudiando había pasado su vida. En las márgenes de sus profecías notábanse números y más números. Podía tomar una observación aspecto poético, pero dentro del zurrón de un tropo encerrábase, como dulce almendra, la verdad experimental y tangible de un problema científico. Se trazaron mapas donde había islas como las ideales de Aristóteles y Platón, inscritas en el sitio y espacio señalados por el geógrafo á la grandísima extensión dada en sus creencias á los extremos de las Indias orientales, en que radicaban su Kan y su Catay, se construyeron carabelillas, gaviotas por sus velas, peces por sus calados, resistentes para darse mucho al largo por el Océano, y fáciles para penetrar por las desembocaduras fluviales; se aplicó el astrolabio á la navegación, relacionando el cielo y la mar, los espacios de arriba y los espacios de abajo, en grandes concepciones y experiencias astronómicas; se llegó por el Norte allende Tile, señalada como último límite boreal de la tierra, y por el Sur allende Bojador, tenido como último límite meridional; se demostró prácticamente caber la vida lo mismo en la zona glacial que en la zona tórrida; y entonces, sólo entonces, en la hora más oportuna del tiempo creador y en el término más dialéctico de las invenciones oceánicas, vino á surgir el plan destinado á explorar todos los espacios del Océano y á reunir todos los territorios del planeta. Cierto que se mezclaban, como en lo humano siempre, á estas verdades exactas errores múltiples. Colón creía mayor la parte sólida que la parte líquida del

globo y menor la distancia entre las Indias orientales y la Europa occidental por los caminos del ocaso. Mas, á guisa de las maravillosas metamorfosis del universo, que sacan de la vida la muerte y del mal el bien y de los estiércoles los ázoes, con cuya sustancia se componen las fibras y las carnes de las más melifluas frutas, en aquellos dos errores capitales radicaban los dos impulsos capitalísimos á la obra y logro de su intento. Si él hubiera sabido los desmesurados espacios planetarios cubiertos por las aguas; el continente interpuesto entre su Europa y la región de los brillantes, del oro y de las especias; lo dificultoso y estrecho de un paso como el que debe atravesarse allá por las cercanías del polo Antártico para ir desde nuestra Europa continental hasta las Indias orientales por Occidente, acaso retrocediera espantado de terror, en vez de fiarse al collar de perlas ricas y á la guirnalda de flores olientes, quiero decir, á la serie de archipiélagos benditos que debían, en su concepto, desde las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, dilatarse hasta la India, ligando el Occidente con el Oriente y abriendo dichosísima serie de puertos bienaventurados á la navegación y al comercio. Colón veía todo esto con la claridad interior de un alma doble, su alma de vidente y su alma de sabio. Aquella especie de división hecha por los escolásticos á nuestro espíritu, que subía desde vegetativo hasta racional, cumplíase por maravillosa manera en este hombre, quien parecía quiromántico, astrólogo, alquimista, sicofanta, teurgo, adivino, al par de sacerdote y sabio. Así había calculado con todo acierto

que aquel Portugal del infante D. Enrique y del infante D. Fernando, el Portugal poseedor de la recién conquistada Ceuta, y audaz al punto de sellar vencido con sus quinas los muros de Tánger, evocando á repetidos conjuros tantos archipiélagos en el Océano vacío y atravesando el terrible cabo Bojador; el Portugal que soñaba con Fez y expedía una tras otra escuadilla por mar y una tras otra caravana por tierra en busca del Preste Juan de las Indias y del gran Kan de Tartaria; el Portugal requeridor de todos los mares y metido en todos los misterios, dado á las exploraciones y á los descubrimientos, debía comprender su alma, en gran parte iluminada y movida por los rayos partidos de aquel brillante y encendido foco donde se habían animado sus ideas y templádose á una en sus piedras de toque todas sus creencias y todos sus experimentos. Portugal se hallaba entonces respecto de África y de las Indias orientales y del mar entero, como se hallaba Grecia respecto de Asia en los días que apareció Alejandro. Precisa recordar á este casi mitológico héroe; precisa traer á cuento su alma y las ideas de su alma, para sumergirse hasta el fondo profundísimo de las corrientes intelectuales que fluían á la sazón aquella por la vida y por el alma de Lusitania, esencialmente reveladora, y como reveladora, esencialmente universal ó humana. Hay alma del mundo, hay alma del pueblo, hay alma del tiempo, mejor dicho, ideales varios penetrando con su éter y con su calor en colectividades que parecen individuos por lo unidas y en individuos que parecen colectividades por lo sintéticos.

Un solo individuo, como Alejandro, parecía Portugal en el Renacimiento; un solo pueblo, la Grecia entera, parecía también Alejandro en sus conquistas. Evocadlo; pues en su evocación se halla una imagen clara de lo que ocurría en la Europa occidental durante la centuria de Colón; una imagen demostrativa de la unidad y de la inmanencia del humano espíritu en todos los tiempos y en todos los países. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no podía ni medirse, ni expresarse. Juntando, como Colón, intuiciones de poeta con cálculos de político, veía en sus ensueños realizarse un amado ideal, el ideal de su Asia griega. Sentado en la nave que lo conducía, nave á un altar parecida por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso ceder el timón, pues como poseía solo el ideal, solo debía poseer la fuerza y autoridad necesarias á su realización y cumplimiento. Entrado en las tranquilas aguas del Bósforo de Tracia, á la mitad exacta del canal equidistante matemáticamente de Asia y Europa, ofreció á Neptuno un toro inmolado en holocausto; levantó áureo cáliz al cielo en demanda y requerimiento de un auxilio, muy asequible á las libaciones religiosas; asestó un dardo al seno de la tierra, donde sus conquistas debían ejercerse; y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para evocar la sabiduría, como si, en vez de una guerra cruel y porfiada, iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso penetrar en la tierra objeto de su de-

seo, sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los ejércitos de Agamen y Ajax á continuar la eterna porfía de Asia con Europa; y, por consiguiente, hallábase obligado á recordarla en el suelo mismo de la epopeya helénica, para resolverla en sus exploraciones y en sus conquistas por medio de su victoria, personal en apariencia, humana y civilizadora en realidad. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desvertirse de sus arreos regios, como si quisiera demostrar de aquella suerte la igualdad humana delante del mundo asiático, del mundo de los privilegios y de las castas. Así, después de unirse con aceite oloroso, vació las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias, y depuso coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros con sublimes versos elegíacos. En las menores cosas Alejandro mostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Así, después de haberse desnudado como un griego de Olimpias sobre la tumba de Aquiles, revistióse de trajes asiáticos. Era de ver el dios, porque un dios parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho al coro compuesto en el Olimpo griego por los dioses segundos; precedido del milagroso escudo perteneciente á Minerva; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de sus armaduras, las cuales atraían los ojos de sus amigos

y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo, el casco ceñido de blancas plumas dispuestas en forma de penacho á la cabeza; su cota de muchos dobleces al talle; la gargantilla de pedrería en el cuello; su espada, como un rayo por lo devastadora y ligera, en el muslo; su túnica, de blanco lino en Sicilia hilado, al cuerpo; el manto de púrpura en la espalda; y á los pies borceguíes como los usados por las divinidades mayores de todas las teogonías en sus descensos á la tierra. No hay que dudarle; cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tomaba su cuerpo, flexible como una serpiente y duro como un león; cuantas palabras fluían de sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus ejércitos, todo en él obedecía, por su conjunto, al proyecto capital y á la finalidad exclusiva de su íntimo y propio sér, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Vencedor en la batalla del Iliso, y recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en ligeras naves, el mar indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como débiles arbustos por su caballo de guerra pisoteados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas y el canto de los salmistas le bendice como si fuera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, las tierras más ilustres, caen de hinojos á sus plantas y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del

Nilo establece su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos dirigen las almas. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas egipcias y pulidas por siglos de siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Annón, y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo infinito, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos interminables á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo, que las sostiene, como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en los sacros muros de Menfis. Desde allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratarse con todos los dioses, corre á Babilonia, no sin haber tenido que vencer en batallas como la de Arbela, y no sin haber tenido que sumergir un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo de Asia. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de las proporciones y las armonías. Sus templos parecidos á montañas; las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellos colosales amontonamientos de aras sobrepuestas para ofrecer incienso á los dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos sobre las cuales resplandecían tallados en jeroglíficos pensamientos innumerables; los colosales hechos de granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espí-

ritu y que sugerirle ambición superior á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. Y luego corre á las montañas medas, asciende á la Bactriana de Semíramis, donde hace de la vieja Ecbatana su sitio real y de la hija del Oxo su mujer; vuela por los desiertos mongólicos, hasta entrar en la India, y allí se halla con la cuna de sus dioses y con el manantial de sus ideas, tras todo lo que puede buenamente ya helenizar el mundo conocido con sólo su presencia, que deja huellas inextinguibles, y percibir la síntesis científica y la síntesis religiosa de sus colegios alejandrinos, los cuales preparan á un tiempo las bases de aquella cultura griega que habían de hallar los árabes y traer á Occidente por medio de Sevilla y Córdoba, como los términos de aquella Trilogía platónica que habían de recoger los teólogos y aportar por medio de Nicea y Constantinopla y sus concilios á la eterna religión del Verbo y del Espíritu. Pues una fuerza y una persistencia como las mostradas por Alejandro en sus expediciones, había mostrado Portugal en sus descubrimientos.

Desde que los Avis reinaron, predominó Lisboa sobre todas las ciudades, el comercio sobre la agricultura, el marino sobre el soldado, los anhelos por el descubrimiento sobre los anhelos por la conquista. Y, como hemos visto, el infante D. Enrique fundó por esta grande alucinación Segres; el infante D. Fernando murió por esta grande alucinación mártir en Fez; el rey D. Juan I tuvo que lanzarse á una cruzada en los mares; el regente don Pedro, destinado á tan trágico fin, que llegar en peregrinación hasta las iglesias de Jerusalén y las cumbres del

Sinaí; los pilotos, cual Zarco y Eannes y Cabral, expedidos por el Océano, que traer Puerto Santo, Madera, las Azores, el archipiélago de Cabo Verde, la Formosa, el desemboque de las aguas del Congo en las aguas del Atlántico, invenciones halladas todas sin excepción en la misma centuria de Colón y todas idóneas para despertar en aquella emprendedora y audaz colectividad el propósito firme de intentar algo extraordinario como lo propuesto por el inmortal genovés en cálculos y sueños que parecían combinados para llevarse tras de sí todas las inteligencias con todas las voluntades. Por aquellos mismos años, en que inútilmente pugnaba Colón para conseguir el asenso de Portugal á sus proyectos, enviaba Portugal su piloto Bartolomé Díaz en busca y demanda del cabo que termina en las tierras australes del África, encontrado por su inspiración y por su esfuerzo con toda felicidad, y poco explorado á causa del terror sentido por los tripulantes, al cual regresaron sin ir ultra, dejando la gloria y el fruto de tanta empresa entonces á otra exploración y á otro explorador lusitanos. Por aquellos mismos días, no contentos los portugueses con las noticias traídas por su infante D. Pedro, diputaron otros peregrinos en busca del Preste Juan de las Indias, talismán semejante al vellocino de oro, puesto por los espejismos de las fábulas antiguas en la Cólquide para despertar y atraerse á los inquietos argonautas. Alfonso de Payra y Pero de Corvihan, partidos del Tajo con cartas de crédito para Cosme de Médicis visitaron la isla de Rodas; recorrieron el Nilo desde Alejandría hasta el Cairo; acompañaron las carava-

nas árabes por los infinitos desiertos de Arabia; pusieron sus plantas, cual Moisés, en los arenales vecinos al mar Rojo y en las cumbres tormentosas del alto Sinaí; hasta que se apartaron en Adén; y desde allí el uno tomó la ruta de Indias y el otro la ruta de Abisinia, visitando así Goa, Malabar, Calcuta y el reino abisinio, donde Corvihan murió tras de treinta y tantos años de residencia feliz en medio de la riqueza y del fausto convertido, casi en el mismo fantaseado sér á quien buscaba con tal tenaz ahinco. Y ¿cómo una gente por este modo y manera dispuesta de suyo para los descubrimientos, no quiso escuchar al gran descubridor? ¿Cuáles no hubieran sido los destinos de Portugal si escuchase á Colón? La maravillosa desembocadura del Tajo; las dunas entre que corre; los dos montes excelsos, alzados como centinelas titánicos á los dos extremos de sus bocas, los riscos de Arralida y de Cintra besados por los vientos y por los oleajes; el Océano inmenso extendido por allí con grandeza y compenetrado por el resplandor de aquellos espléndidos horizontes que lo esmaltan con los iris de sus colores y matices; los cabos de Rocha y Espichel tan majestuosos; la gran ciudad en que las encinas con las palmas y los azahares con los helechos se juntan; las maravillas todas de aquel territorio, hubieranlo constituido en la capitalidad incontestable de todo nuestro planeta, si por un lado hubiera vuelto Vasco de Gama con sus indios orientales y sus Indias testigos del primer día de la historia y por otro lado Cristóbal Colón, portador del secreto de sus Indias occidentales, y acompañado por los indios á quienes su falta

de historia y de tradiciones convertía en factores de todos los progresos y Bautistas de todo lo futuro, celebrándose tal síntesis con una fiesta de la humanidad que hubiera eclipsado todos los milagros hechos por el mundo antiguo y achicado todas las increíbles empresas del casi fabuloso Alejandro. La Providencia no lo quiso así. Colón, dotado con la facilidad que tenían los italianos de aquel entonces para servir á cualquier nación, se naturalizó portugués; casó con portuguesa; tuvo hijo de Portugal; emparentó con familias que gobernaban allí territorios ultramarinos; estudió los progresos adquiridos por la escuela y academia de Segres; fué con sus expertos nautas desde Tile á Guinea; expuso los planes suyos recién formados sin recatar ninguna de sus experiencias y noticias; trabajó con empeño para que su gloria personal fuese gloria lusitana también; se afanó y se desvivió cuanto pudo por engrandecer á Portugal y Portugal no lo comprendió.

Colón, antes de presentar su proyecto á D. Juan II, lo había visto y revisto con prolijidad, amén de consultarlo á los sabios con modestia. El cosmógrafo Behain, discípulo de Regio Montano, grande astrónomo del siglo, había hecho un globo en el cual constaba su conformidad con el pensamiento de Colón, sólo que donde ponía éste la prolongación de Asia, ponía él una de las muchas regiones descritas por los antiguos poetas y filósofos. Del mismo pensar y del mismo sentir era Toscanelli. Natural de Florencia y en Florencia educado, poseía la suma de conocimientos que se respiraba entonces en el aire de la nueva incomparable Atenas. Con darse un paseo por las

orillas del Arno y penetrar en los jardines donde ardían velas en honor de Cristo y de Platón, allegábanse más ciencia que asistiendo á las primeras universidades y escuelas florecientes entonces en el por cien conceptos luminosísimo territorio italiano. Toscanelli pasaba por un médico y por un cosmógrafo consumado. Colón debía juzgarlo así cuando le dirigió modesta consulta sobre su plan y sus proyectos. El sabio le respondió participándole su conformidad con todos ellos; le dijo cómo había trazado un mapa en correlación verdadera con los conceptos colombinos; y le aseveró entendía cosa fácil un encuentro feliz, tras corta y segura navegación por Occidente, con las Indias orientales. Oyendo tales votos y estudiando tales revelaciones, la creencia del nauta crecía en arraigo y se maduraba el propósito de presentarla con toda claridad al Monarca reinante á la sazón sobre Portugal y pedirle su apoyo poderosísimo para el cumplido logro y la plena realización de una idea tan fecunda. No se había lanzado el reino portugués á las exploraciones sin dudas y sin resistencias. Allí, como en todas partes, la diferencia de doctrinas y de ideas en los individuos provenía de las diferencias en la educación y en su temperamento respectivos.

Estudiad cualquier sociedad ó compañía fundada para el cultivo de las ideas; veréis como ha reunido las inteligencias afines. Estudiad cualquier otra que se consagre á la acción antes que á la idea y veréis como ha reunido los temperamentos análogos. El Portugal agrícola debía pugnar con el Portugal marino. Los sedentarios

apostaban por la tierra y los inquietos por el mar. Las ideas en el campo se arraigan y duran como los árboles; en el mar se mueven y cambian como las olas. Hubo, pues, un partido feudal de terratenientes contrario al partido innovador de navegantes. A la cabeza del primero se habían encontrado el rey D. Duarte y el infante don Pedro; á la cabeza del segundo los dos gloriosísimos infantes D. Enrique y D. Fernando. El gran historiador Martins los compara con Catón el Viejo y Escipión el Africano en Roma. Efectivamente, Catón quería concentrar á Roma en su Lacio, y Escipión esparcirla por el mundo; Catón verla dentro de su Pomerio, sobre los bueyes de Cincinato, y Escipión verla sobre los mares en requerimiento de lejanas conquistas; Catón conservarla en su austeridad y vestirla del vellón de sus ganados, y Escipión extenderla por las factorías y cubrirla de púrpura tiria y piedras preciosas deslumbrantes; Catón sujetarla en el cable de sus cáñamos al puerto de una república patricia, y Escipión soltarla henchida por todos los vientos del cielo al oleaje de las aventuras cosmopolitas.

D. Duarte y D. Pedro fortalecían á Portugal en bases rurales y D. Enrique y D. Fernando disipábanlo en la inmensidad del Océano. Bajo la idea de aquéllos, Portugal brillara menos, pero viviera más tiempo; bajo la idea de los dos infantes, exploradores y héroes, Portugal se ha desvanecido en su obra. El Rey, con quien Colón se las hubo, nieto de D. Duarte, hijo de D. Alfonso V, pupilo ingrato de D. Pedro, estaba por las navegaciones, por los descubrimientos, por las empresas marítimas, por

la epopeya de los viajes, como que reinaba sobre Vasco de Gama y sobre Fernando de Magallanes. Por eso nos maravilla más que no aceptara el plan de Colón y no remitiese á hombre tan grande la realización del altísimo pensamiento. Había heredado á D. Alfonso V, hijo del rey D. Duarte. Acostumbrado Alfonso á perpetua minoridad, en su infancia vivió bajo la tutela de su madre D.^a Leonor; en la mocedad bajo la tutela de su tío don Pedro, á quien mató; en la madurez bajo el partido mejor ó peor que le oprimía y lo explotaba. Exprimiendo la sangre y el sudor de los pueblos para enriquecer la nobleza, muy su amiga, por suelta y devastadora bajo su nominal soberanía, ufanóse con el renombre de Africano á expensas del reino y del vasallo destruídos, víctimas de la mayor miseria por las africanas empresas de su desatentado Rey, corpulento, craso, fuerte, valeroso, peleador y guerrero, mas vengativo y obtuso. Vencido en la batalla de Toro y refugiado tras su derrota en tierra de Francia, le sucedió su hijo D. Juan II, á quien Colón debía presentar sus planes y sus proyectos. Tengo por imposible ninguna explicación probable de cuanto entre Juan II y Cristóbal Colón ocurriera, sin fijar dos cosas con suma claridad: primera, la política del Rey; segunda, las pretensiones del piloto. Inexplicable la política del Rey sin explicar antes el estado general entonces de nuestra vieja Europa; inexplicable á su vez el estado general de nuestra vieja Europa, sin explicar antes aquella evolución dialéctica de la política continental en sus capitales movimientos generadores de sus diversas fases. Por la

serie de acciones y de reacciones que constituyen la vida humana, cayó la Europa moderna en el fraccionamiento y en la separación de sus regiones con contraste opuesto á la unidad excesiva del Imperio romano, irrupto por la gente boreal y bajo los pies de la gente boreal roto hasta en sus bases y dividido en cien fragmentos. Aunque muchos declaran inútil fatalidad la irrupción de los bárbaros, quizás no hubiera brotado la idea del individuo moderno sin aquella infusión de sangre germánica, que traía en sus moléculas el sentimiento de nuestra personalidad, ni se hubieran formado las naciones europeas, la nación, esa entidad de las entidades, sin aquellas terribles fragmentaciones que nos hicieron caer en espantoso caos, cual nunca, ni antes, ni después, lo han visto las edades históricas.

Desde aquella irrupción en el siglo quinto hasta la Europa del siglo décimo, el estado general europeo se caracteriza por una sola palabra, por el feudalismo eclesiástico. Y como este feudalismo duró desde el siglo quinto al siglo décimo, desde el siglo décimo al siglo décimoquinto duró el militar y guerrero siempre. Reina, pues, en sus dos fases, la teocrática y la patricia, mil años sobre nuestra Europa, destruída en cien fragmentos. Y dos principios lo contrastarán y lo combatirán, dos principios de unidad: el Pontificado y el Imperio. Bajo este último, bajo su ideal romano, irán poco á poco formándose las monarquías, destinadas á combatir el feudalismo en todas sus manifestaciones y á fundar la unidad interna del Estado. En la primera serie de los monarcas, desde

finés del siglo quinto hasta fines del siglo undécimo, todos serán teócratas contra el feudalismo civil y todos pondrán sus nacientes coronas bajo las dos alas del Pontificado. En la segunda serie de los monarcas, desde fines del siglo undécimo hasta fines del siglo décimotercio, todos serán cruzados ó santos: Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja, San Luis, San Fernando, y muchos otros. En la tercera serie, desde fines del siglo décimotercio hasta mediados del siglo décimoquinto, serán todos crueles en su combate por arrancarle una parte de sus privilegios políticos al clero católico y una parte de sus privilegios nobiliarios al patriciado feudal. Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Cruel en Portugal, Pedro el del Puñal en Aragón, y sus demás contemporáneos, no me dejarán mentir. Desde mediados del siglo décimoquinto hasta mediados del siglo décimosexto los reyes cambian. A la verdad, no pierden el carácter de crueles revestido por sus progenitores, pues no podían perderlo en aquella horrible guerra con el feudalismo expirante; mas se tornan pérfidos y traidores, teniendo, á pesar de su fuerza, incalculable ya entonces, las calidades y condiciones de los débiles: destreza y astucia. Un maquiavelismo inconsciente se anticipa casi por adivinación al Príncipe de Maquiavelo, y un maquiavelismo razonado y consciente al hombre y al escritor destinados á la formulación de los principios, bajo cuyo triste imperio debía la razón de Estado desarrollarse. Fernando V, Luis XI, Enrique VII parecen un solo monarca por sus grandezas y por sus dobleces.

Á esta clase de reyes pertenecerá, por razón de su tiempo y de su carácter, D. Juan II de Portugal. La perfidia, la doblez, la mentira, juntas con la crueldad natural, debían constituir las calidades múltiples de estos reyes maquiavélicos. La política se había sobrepuesto en ellos á la conciencia, como suele acontecer en los tiempos agitados con los revolucionarios, según lo prueban Cromwell, Robespierre, Dantón, todos grandes y todos grandemente homicidas. La inmaculada pureza moral de Washington luce á larguísimos intervalos en la trágica historia humana. Los reyes tuvieron que hacer una revolución contra el feudalismo, como los cabezas redondas de Inglaterra y los improvisados convencionales de Francia tuvieron que hacer una revolución contra los reyes. Así no se pararon en barras ni unos ni otros. El frío rigor, con que Naturaleza cumple sus fines, entraba en aquellos espíritus abstractos y secos á manera de fórmulas algebraicas. «Dice Luis XII, de Francia, exclamaba Fernando V de Aragón, que lo engañé dos veces: miente como un bellaco; lo engañé más de cinco.» Esgrimiera este Rey nuestro tal número de perfidias en la salvadora y definitiva reincorporación de la Navarra y de los navarros occidentales á España, que los reyes despojados aguardaban la restitución tras los Sacramentos, como en penitencia y al fin de conseguir el eterno rescate, á la hora en que murió el despojador. Y como le hablaran adrede gentes apostadas en la cámara mortuoria para este fin religioso, el Rey, político implacable y consumado, volvió la cabeza y no dijo una sola palabra. De iguales

procedimientos, crueles y hábiles al mismo tiempo, se valieron León XI y Enrique VIII para desarzonar aquél á los últimos caballeros feudales, y disolver éste los partidos, ya católicos, ya cortesanos, que se iban reuniendo en torno de sus numerosas mujeres, implacablemente sacrificadas á sus caprichos y á sus razones de política y de Estado. Ya lo hemos dicho: así era también D. Juan II, en virtud de las leyes generales que producían monarcas idénticos, del mismo carácter y del mismo ideal, en apartados y aun contradictorios reinos. El cronista Bernáldez, en las primeras páginas de su *Historia de los Reyes Católicos*, describe á Juan II con toda verdad, y lo presenta, como nosotros lo creemos y lo presentamos, diestro y cruel al mismo tiempo. En efecto, únicamente para examinar las jurisdicciones aristocráticas donadas por la Corona, y limpiarlas de tanta herrumbre como les había una usurpación sistemática sobrepuesto, necesitábase fuerzas de combate parecidas á las fuerzas del mecanismo celeste.

Restringir la intervención aristocrática en el juicio de los tribunales y en el nombramiento de los regidores, alzándose con ambas facultades arrancadas por el feudalismo á la monarquía, resultaba en el fondo un radicalísimo cambio social; y estos cambios no se verifican jamás en la vida sin profundas revoluciones; y estas revoluciones no pueden cumplirse y realizarse nunca sino por el hierro y el fuego. Sin embargo, Juan II creía el crimen sólo practicable hasta un límite muy preciso, hasta el exacto y concreto de su patentísima utilidad. En esto

se distinguía la perversidad de los reyes del siglo decimoquinto de aquella perversidad de los Nerones y de los Tiberios, quienes cometían crímenes baldíos á roso y velloso, por el placer y la satisfacción de cometerlos. Sobrio en comer y beber, corto en dormir y regalarse, enemigo de las ostentaciones artísticas y del pagano lujo en que Reyes y Papas del Renacimiento cayeran, como los Borgias y los Estes y los Médicis y los Urbinos de Italia, mataba de modo muy reflexivo y á golpe muy seguro. Así acabó con López Vaz, muerto por impulso y ordenamientos suyos, á manos de varios caballeros, los cuales recibieron en premio de tal crimen, á traición perpetrado, valiosísimas y copiosas mercedes; así degolló al Duque de Braganza en Évora, tras un simulado proceso urdido con el fin de arrancarle á mansalva la tercera parte de Portugal, amortizada en aquellas manos extendidas sobre las coronas de los Reyes; así mató al Duque de Viseo, haciéndolo comparecer desarmado á su presencia y apuñalándolo por la espalda con su propio regio puño y su propio regio puñal; así en Palmela precipitó al Obispo de Évora en una cisterna para que se ahogase; así envió esbirros tras los patricios huídos á Francia, y allí murieron asesinados á su orden y á su mandato, implacables cuando á la razón de Estado convenía, semejándose así el Rey á la misma despiadada muerte, ciega para no ver, y para no escuchar sorda, en sus crueldades, á quien se traga y devora. Este pensamiento de la unidad interior del Estado, á que prestaba culto, como buen Monarca de una centuria esencialmente monárquica, debía impelerle

hacia las navegaciones y los descubrimientos, generadores con su actividad continua de una clase tan opuesta en sus caracteres á los nobles feudales provinientes del terruño, destruído por la increíble aparición de los nuevos territorios y por la milagrosa llegada de los nuevos frutos, á cuyas competencias no podía conservarse, no, el valor de los inmensos estipendios señoriales sobre los que levantaba sus almenas la vivienda murada del noble y sus cordeles la siniestra horca del pechero. Por consiguiente, los caracteres políticos y los caracteres personales del Monarca portugués convidaban al intento de Colón, y le debían sugerir á éste la confianza más completa en el seguro favorable resultado. Enamoradísimo D. Juan de un formidable Imperio rematado en una sola cabeza, en la cabeza de un Estado vigoroso, cumpliera su obra cual ningún otro monarca de la historia, si aceptado el pensamiento de Colón ¡ah! no se hubiera visto, como se vió más tarde, obligado á la fuerza, constreñido por el hecho irrevocable, contra su voluntad y su grado, á repartir el mar y los dominios en el mar invenidos, entre castellanos y portugueses. Mas desde los comienzos de la empresa y desde su primer atención á sus proposiciones, patentizóse con evidencia que deseaba D. Juan II realizar la obra colombina sin Colón. ¿Por qué tal insensato empeño en Rey de tanta inteligencia y estudio? Averígüelo Vargas. La historia entierra los móviles internos en una idea, en la imposibilidad absoluta de conocerlos, cuando los calla el mismo que se movió y determinó á su empuje. Pero, conjeturando probabilidades, lógicamente sacadas del estudio

de los caracteres y de las vidas que historiamos, y coligiendo especies fundadas en inducciones que aproximan los objetos de la realidad al juicio subjetivo, ya induzcamos, ya deduzcamos, cosa posible apuntar dos razones capitales, explicativas de las causas que movieron el ánimo de D. Juan á su proceder. Quería la obra de Colón sin Colón. Error grandísimo, en verdad, el suyo. La justicia social no quiere desposeer á los bienhechores de la humanidad, no, del justo premio y del verde lauro que debe corresponderles en el templo de la gloria, y ha puesto á las obras más excelsas el nombre de sus autores más legítimos. Á virtud de esto apellidamos la religión del espíritu con el nombre de Cristo; las escuelas sincréticas del Egipto heleno con el nombre de Alejandro; la filosofía idealista con el nombre de Platón; la filosofía experimental con el nombre de Aristóteles; así como á la teología escolástica llamámosla tomismo de Santo Tomás y á todos los sistemas de Descartes, Kant y Hegel, los unimos con sus autores bajo el mismo común denominador, que confunde las personas mortales y transitorias con su permanente inmortal ciencia. Querer la obra de Colón y no querer al autor que la concibiera y la estudiara, que la pusiera en relación estrecha con todas las tradiciones históricas y la comprobara con todos los datos de su experiencia continua recibidos, ¡cuál desvarío! Y sin embargo, este desvarío poseyó al rey D. Juan, según todas las enseñanzas históricas. No debió el piloto intentar ganarse á un político así por el corazón y por la fantasía, omnipotentes de suyo sobre las almas apasionadas y estéticas,

pero de ningún valor sobre las almas calculadoras y frías. Muy latinado, como decían los portugueses, muy sabedor de ideas abstractas y concretas, muy ducho en asuntos y negocios del Estado, muy sagaz, muy experto, muy al cabo de todo lo sabido en su tiempo, imposible que Colón quisiera determinarle por la idea de ganar muchas almas al cielo, por la idea de reconquistar Santa Sofía y el Santo Sepulcro, por ninguna de las ideas religiosas y poéticas guardadas en el bien provisto carcax de sus argumentos para espíritus de otra complexión y género. Colón debió hablarle á la continua de inmensos dominios, de fabulosas riquezas, de dilatados imperios, y D. Juan debía, por su parte, obedecer á esta fascinación poderosa. Mas había en el nauta dos pretensiones incompatibles ambas con la política de D. Juan, política enteramente consustancial con su complexión y con su vida; la pretensión de muchas riquezas, mal vista por la regia codicia, y la pretensión de mucho poder y autoridad, contradictorias con el poder y autoridad reales, elevados al supremo dominio sobre todos y erigidos en fórmula de todos.

Imposible pasara D. Juan, él que había quitado á la nobleza lusitana gran parte de sus rentas, por una participación ajena en los rendimientos del territorio á descubrir, y más imposible por la cesión de su gobierno perpetuo, como Colón pedía, coparticipe casi del suyo, á tanta costa y por medios tan delorosos levantado sobre las espaldas de los nobles, en trances tan amargos, donde había tenido que recurrir á las potencias infernales del crimen para sacar á salvo la unidad y la integridad y la to-

talidad de su Monarquía. La indispensable aceptación del plan, precursora y preparatoria, se frustró entonces por las mismas causas que estuvieron á punto de frustrarlo después, por las excesivas pretensiones de mando y de tributación para sí expuestas por el sublime descubridor. Y como éste se hallaba tan seguro de la realización del proyecto; como veía tan claro el encuentro de tierras fabulosamente ricas, con sólo navegar hacia Occidente, y no hacia el Mediodía, cual navegaban los portugueses; como tocaba con sus manos las paredes de oro, y cogía en sus puños los puñados de aljófares, y con sus ojos miraba las cresterías de rubíes y esmeraldas, emperrábase con una tenacidad sin ejemplo en la demanda del premio en poderes, del premio en riquezas, del premio en honores, bajo una seguridad tan grande que rayaba en aparente petulancia, repulsiva de suyo á todos, y con especialidad á persona tan pagada de sí mismo como el rey D. Juan II. Cristóbal Colón se lamenta y dice: «Fuí á aportar á Portugal, adonde el Rey de allí entendía en el descubrir más que otro; el Señor le atajó la vista y todos los sentidos, que, en catorce años, no le pude hacer entender lo que yo dije.» Sin embargo, el Rey nombró una comisión encargada de apreciar el asunto. Y esta Comisión dió un fallo en armonía y consonancia con las costumbres lusitanas, adscritas á buscar el África austral y las Indias orientales, navegando en larguísimos derroteros hacia el Mediodía. Maestre Joseph y maestre Rodríguez, médicos, juntamente con los dos prelados de Ceuta y de Viseo, constituyeron la Junta encargada del dificultosísimo examen.

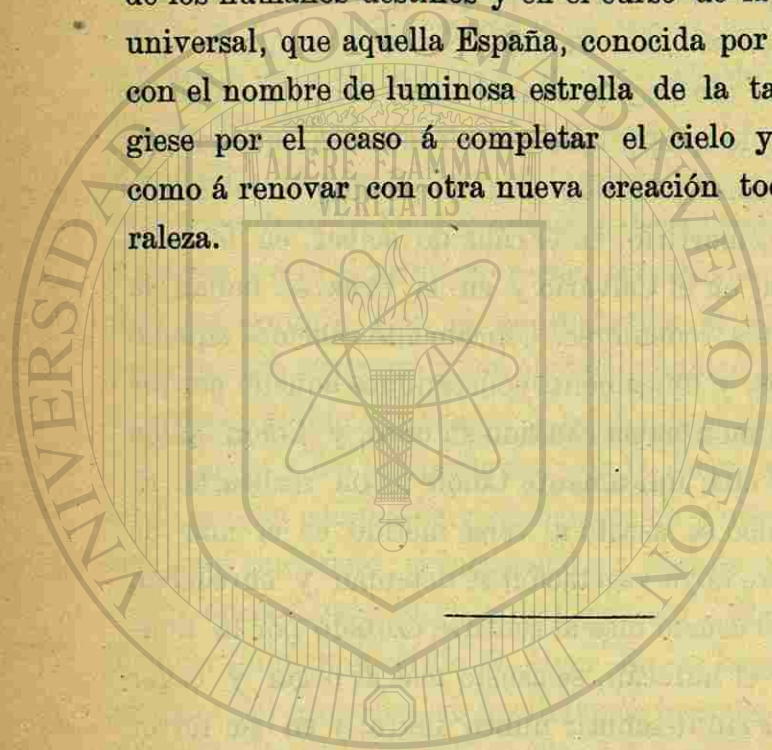
Las letras de aquel tiempo, las humanidades tan vivas, todo cuanto se sabía del mundo y todo cuanto se sabía del cielo, estaba reunido y personificado en aquellos hombres eminentísimos, que habían bajado á los sepulcros de la historia y subido á los altos de la metafísica; hecho los instrumentos de navegación más perfectos y puesto en las carabelas el revelador cuadrante; relacionado el cielo y sus constelaciones con el mar y sus derroteros por medio del astrolabio; desvanecida una gran parte de los misterios que cubrían el mar tenebroso é impulsado los pilotos que doblaban la punta del inabordable Bojador, viendo surgir en torno suyo islas, como veía nereidas y sirenas el viejo Neptuno, cuando, arrastrado por los tritones en conchas y nácares de madreperlas, recorría por luminosas noches mediterráneas, entre brisas y estrellas, aquellas diáfanas aguas de su hermosa Grecia. Dar por buena, después de tantas fortunas, la innovación del genovés, cuando surcaban en aquel minuto los mares barcos obedientes á las ideas por ellos allegadas y á las fórmulas por ellos escritas, fuera inconsecuencia incalculable.

Así la rutina se burló de las adivinaciones de aquel espíritu profético y el cálculo venció á la inspiración. Pero D. Juan en sus adentros, no debió quedar muy persuadido á la negativa por el dictamen de los sabios, cuando convocó y congregó el Consejo Superior de la Corona. Este cuerpo, esencialmente político, en su mayoría compuesto de aquellos jurisconsultos á quienes la ciencia y conocimiento del derecho romano surgieron la idea del

poder absoluto moderno y la fundación de los Estados poderosos, apartó las ideas puramente científicas de la Comisión, compuesta por los cosmógrafos técnicos, y se apoyó en las pretensiones de autoridad y de rentas formuladas por Colón, creyéndolas contrarias al derecho eminente de la Monarquía y al poder absoluto del Monarca. En verdad que la Junta técnica y el Consejo político daban los dos motivos de la negativa: aquella el hábito acreditado de los derroteros y descubrimientos portugueses y éste el principio recién establecido de la unidad monárquica. Con el un dictamen se opusieron al pensamiento expuesto y con el otro dictamen se opusieron al premio pedido por Colón. Y aquí surgió la idea propia del espíritu y del temperamento de D. Juan; aprovecharse de la obra colombina y deshacerse de Colón. El cristianismo sin Cristo, el mosaísmo sin Moisés, el mahometismo sin Mahoma, el viaje de Colón sin Colón: he ahí la idea del taimado y astuto D. Juan. En las largas comunicaciones del proyecto, en los diálogos íntimos con el descubridor, en las consultas hechas á la sabiduría del siglo, en los datos reunidos para el dictamen, aprendió D. Juan todo cuanto podía entonces aprenderse y lo puso en práctica inmediatamente. Llamó al más experto entre los pilotos portugueses, á Pedro Vázquez, compañero un día del infante D. Enrique, y á hurtadillas, á la callada, con todo sigilo y recato, le impelió á recorrer, so pretexto de provisionar las islas de Cabo Verde, los derroteros de Colón. Entonces vióse claramente cómo lo mecánico, lo externo, el cálculo material, una consigna de soldado,

una orden de rey, no pueden reemplazar al esfuerzo, al empeño, al estudio, al pensamiento, y sobre todo, al dolor de un verdadero genio hecho mártir de su propia grandeza, y por mártir de su propia grandeza, redentor de sus semejantes. ¡Ah! Tan sólo conocemos aquello que causamos; por eso Dios lo conoce todo, porque todo lo ha causado. Y sólo quiere Dios que alcancemos aquello por cuyo logro hemos padecido. En la pasión, en el sufrimiento, en el martirio, en el cáliz de acíbar, en la calle de Amargura, en el Calvario y en la Cruz se hallan la redención y los redentores. Únicamente sabemos aquello que causamos, y únicamente conseguimos aquello porque padecemos. Colón había causado su obra, y Colón había padecido por ella; únicamente Colón podía realizarla. El piloto mecánico se asustó al verse metido en el mar de Zargazo, entre cuya vegetación se detenían y enredaban las quillas; se asustó más al sentirse azotado por la tempestad y por el huracán; se asustó más al bogar y bogar días tras días sin descubrir nunca tierra; y en su terror volvió proa, demandando de nuevo Portugal y excusándose del regreso con la exageración de los peligros. El secreto llegó á transpirar, Colón llegó á saberlo. En cuanto lo supo, sus irritaciones momentáneas, sólo comparables, en fuerza de intensidad, á la duración de sus calmas y á las pruebas de su paciencia, le sublevaron y le movieron á huir de allí para encaminarse á nuestra España. Comenzaba en tal momento el invierno de 1484. Casualidad, casualidad, casualidad, repiten á porfía los que ven la historia humana por su lado pequeño. Pero

en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

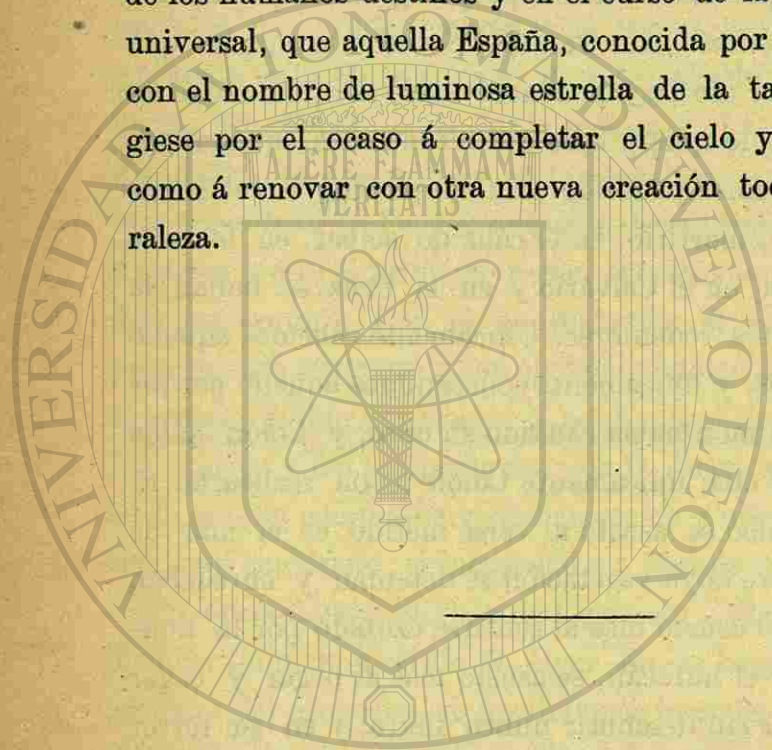
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA.

AMARGADÍSIMO debió quedar Colón, viendo á la monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increíbles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio así en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo, que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolviase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasía intuitiva y en parte de su adquirida ciencia. Pero en tal combate sucumbía el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las múltiples se-

en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA.

AMARGADÍSIMO debió quedar Colón, viendo á la monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increíbles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio así en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo, que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolviase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasía intuitiva y en parte de su adquirida ciencia. Pero en tal combate sucumbía el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las múltiples se-

gregaciones de hiel producidas en el insomnio consiguiendo á las grandes faenas intelectuales, cuyos ejercicios tanto adoloran así la complexión moral como la complexión física de los hombres destinados al bien de nuestra tierra y de nuestra especie, debían de suyo no desesperarle del todo, como le desesperaban de continuo á veces, antes bien sugerirle una idea consoladora, la idea de que jamás deja el Universo al entendimiento descifrar un enigma suyo sino desde los potros y torcedores del martirio. Nacido Colón en aquella edad creadora de tanta y tan múltiple revelación, cuya labor, no sólo circundaba el espacio con las navegaciones maravillosas, que iban evocando por el Océano islas y continentes como á conjuros mágicos, doblaba el tiempo, trayendo lo pasado á completar lo presente con aquellas apariciones de los helenos huídos al turco soberano en Constantinopla, y con aquella resurrección de las estatuas despertadas á una del polvo y de las ruinas en Roma y en Italia entera, bien podrá remontar el vuelo de sus ideas á las altas contemplaciones históricas, y descubrir en su propia pena el premio reservado á todos los esfuerzos redentores por el mal inferido á cuantos héroes del humano progreso produce la Naturaleza y consagra la historia, coligiendo así él de sus mismas dificultades indecibles el carácter grandioso y extraordinario de su personal obra. ¡Ah! Sólo extrayendo con perseverancia del diario dolor y de la continua contrariedad una persuasión profundísima del ministerio que desempeñaba y del fin que cumplía, érale dado sostenerse contra el número de pruebas por que pa-

saba el infeliz; como la ceguera de su propia patria, que le había dejado partirse á extraña tierra, sin columbrar en aquella espaciosa frente la estrella de su predestinación; como la indiferencia de cuantos le oían y no le secundaban, cegados por su ignorancia é inmóviles en sus heredadas costumbres; como la perfidia de los mismos, que, habiendo visto ya realizarse otras profecías, cual aquellos Reyes y Príncipes portugueses de su tiempo, defraudábanle á él en la realización de todo cuanto había profetizado y prometido en sus previsiones admirables y con los datos debidos á sus propias espontaneidades geniales expedían marinos al perverso fin de robar al revelador todos los justos premios y todas las múltiples glorias á que tenía indubitado derecho. Las dos grandes corrientes de ideas, que corrían por el humano espíritu en aquella edad creadora, debían dulcificarle con ejemplos varios el dejo de hiel puesto en sus labios por múltiples amarguras, y decirle cómo Naturaleza no daba inteligencia y comprensión de lo porvenir tan claras, voluntad tan firme y robusta para la consecución de un fin y objeto, fuerzas tan extraordinarias en un hombre, sino destinándolo al cumplimiento de una grande obra y á la realización de un ideal maravilloso. Uno, entre los caracteres distintivos de la especie humana, es, á no dudarlo, aquella útil aplicación á sus necesidades varias del fuego, por ningún animal, ni por los más próximos á nosotros en las escalas zoológicas, aprovechado jamás; y quizás á causa de tal grande utilidad, el titán, á quien tamaña obra el consentimiento universal atribuye, soportó, clavado al Cáucaso,

los hierros de todas las servidumbres, y vió renovarse su corazón y su hígado perdurablemente, para que se los comieran y se los devoraran todos los dolores. El mismo Jehová, que distinguió entre los pueblos á Israel, confiándole una revelación como la del absoluto Sér, incomunicable á la mortal penetración, quejábale por boca del profeta Isaías, en versículos magníficos, de que mientras el asno conoce dónde se halla su pesebre, y el buey barrunta entre otros muchos á su gañán y amo, los escogidos por él para depositarios y guardadores de la verdad, no conocían á su Dios. Pero ¡ah! que la magnitud enorme del conjunto y totalidad de una obra universal, como la obra del piloto genovés, no empece al terrible dolor de cada día.

Naturalmente, desprendido en los tiempos que historiamos por completo de su patria, Génova, cuyos tráfaos por mar y tierra no podían prometerle auxilio, y desahuciado además de la Corte portuguesa, que le jugara una felonía tan grande, Colón pensó en España, la cual, tras los desórdenes feudales del reinado de Juan II y Enrique IV, recomenzaba por entonces á brillar con ese resplandor nuevo, tan persistente y continuo, que, sucediendo á todas las decadencias en todos los períodos de su historia, nos la muestra como un sol, según su luz propia, un sol, sobre cuyo disco pasarán muchos eclipses, cuyas sombras podrán obscurecerla con frecuencia, pero nunca jamás extinguirla. Y, amén de la natural atracción ejercida sobre todos los ánimos y todos los espíritus superiores por nuestra patria en tal momento, un hecho par-

ticular y privado influyó con grandísima influencia sobre la voluntad del genovés, al venirse desengañado entre nosotros é instalarse so el techo nuestro: la muerte de su esposa, quien le había dejado un varón, el primogénito D. Diego. Con este único acompañante y apoyo, débil báculo en su temprana edad, se puso desde Portugal en camino Colón hacia Extremadura y Andalucía, no sabemos aún si por mar ó por tierra, buscando y requiriendo tanto el hogar habitado por una cuñada suya unida en matrimonio con obscuro andaluz, como las relaciones en Sevilla. Ante todos los actos de la vida pide cualquier buena investigación que se busquen á una con cuidado las causas generales á que llamamos primeras y las causas ocasionales á que llamamos impulsoras ó determinantes. Puede reconocerse por causa ocasional de aquel viaje de Colón á España, ciertamente, la muerte de su compañera, que le affigiría mucho, dado su natural exaltadísimo; pero desde que se sintió por Génova olvidado, y en Portugal preterido, soñó con venirse á la tierra que, según tradiciones transmitidas desde tiempos inmemoriales, prolongara costas, desvanecidas más tarde, tan lejos mar adentro, que se llamó con razón la estrella del ocaso, destinada en misteriosos designios á esclarecer con su luz propia y á ensanchar con su virtud mágica el misterioso Atlántico. Para un marino empeñado en buscar el derrotero de las Indias orientales por Occidente, no podía, no, existir centro tan propio de su alma como las tierras occidentales, Lisboa y Sevilla, España y Portugal. Todavía entonces Venecia y Génova miraban á Oriente mientras

á Occidente Sevilla y Lisboa. Nuestra patria llevábale á Portugal, á pesar de los maravillosos descubrimientos portugueses en aquella centuria, una ventaja: el haberse adelantado mucho en exploraciones é invenciones marítimas. Desde los siglos de la conquista germana hasta el siglo de los primeros cruzados, la parálisis intelectual, apoderada del mundo europeo, aguardando sobre los sepulcros de sus iglesias bizantinas el supremo llamamiento de las trompetas apocalípticas, prontas á señalar el Juicio Final, no llegó á nuestra España, en los océanos de la vida universal anegada, y por la ciencia esclarecida, merced á sus reveladoras y sabias escuelas hispano-árabigas de la ilustre Andalucía. Los ojos del árabe, abiertos para mirar el cielo sereno, mientras los ojos cristianos se iban cerrando para no ver esos mismos cielos arrollarse como un pergamino calentado por el incendio universal, los ojos del árabe penetraron en los misterios astronómicos, y vieron la tierra y el mar con anticipaciones que debían prepararnos y apercibirnos á nuestras posteriores empresas. El Alabderita escribió en Valencia un itinerario de África; como en Sevilla pintó el sabio Abregat los mapas indispensables á una reveladora cosmografía; como Albufeda se adelantó con sus tratados geográficos en tal modo á todos los geógrafos, que fuera imposible sin su guía y sin sus noticias emprender ningún viaje, según dicen y confiesan los mismos comentaristas de aquella peregrinación de Marco Polo, en cuyo relato bebiera Colón sus mayores y más luminosas esperanzas. Bien es verdad que á los relatos de Marco Polo, aguijón y esti-

mulo de las peregrinaciones y de los descubrimientos, habíase adelantado un siglo el hebreo Benjamín de Tudela, quien, apoyado en la seguridad por sus conocimientos científicos dada, no se contentó y satisfizo con explorar en los mares asiáticos las islas y los archipiélagos; penetró en la Tartaria y en la Mongolia, objeto de grande curiosidad y germen de innumerables fábulas, avivando así la ciencia investigadora del planeta bajo las sombras espesísimas de una ignorancia, invencible casi por los obstáculos que la guerra entre todos y el fraccionamiento de todo suscitaba con incontrastables resistencias á la exploración y al descubrimiento. Nada se desvanece tanto con el estudio profundo de la historia como esas improvisaciones de los hechos, tan gustosas para los que desdeñan las series generadoras de todo y desconocen la evolución en cuyos términos todo se desarrolla por sucesiones lógicas, ya de fases en el espacio, ya de momentos y edades en el tiempo, demostrativas de la sabia lentitud con que todo se ha creado y ha crecido en el universo espiritual y en el universo material, quienes dentro de sí abrazan lo mismo las ideas que los seres en verdadero sistema desarrollado por siglos de siglos equivalente á una eternidad.

Así no comprenderíamos la obra del descubrimiento por España, si con anticipación verdadera no supiésemos los rastros de luz dejados en España por los árabes. Pero si las ideas de los árabes resplandecieron en tiempos á la ciencia tan opuestos como los tiempos que se dilatan del siglo séptimo al duodécimo siglo, en este último co-

menzaron los reinos cristianos españoles á prosperar así los estudios del cielo como las exploraciones del Océano, estableciendo por un lado en sus dominios escuelas continuadoras de las acabadas en Córdoba y Sevilla, tendiendo por otro lado barcos en las aguas, los cuales, so color de guerra, sembraban preciosos y primerizos gérmenes del cambio y del comercio. Coincidieron los primeros barcos, del Guadalquivir expugnadores en el sitio de Sevilla, con las primeras tablas alfonsinas, del cielo reveladoras en la vega de Toledo. Fernando III premió á las gentes de mar, quienes, por virtud y por obra de aquellos premios, pudieron ir en socorro de naciones extrañas, cuando no hacía un siglo que vinieran al sitio de Almería, bajo Alonso VII en auxilio nuestro las naves extranjeras. Á este despertamiento de la marina dos viejas ciudades maravillosas crecieron, fundación de fenicios y cartagineses un día: en las costas meridionales, Barcelona y Sevilla, mirando hacia Oriente la una y hacia Occidente la otra, émula de Venecia y Génova la primera, émula de Lisboa y Oporto la segunda, por cuya doble legión pacífica de mercaderes y de marineros, así poseíamos Nápoles y Sicilia en los mares itálicos, apoyábase á Constantinopla y Atenas en los mares helénicos, grabábase nuestros blasones en el Asia Menor, como íbamos ensanchando el Atlántico bajo nuestras quillas, y trayendo al comercio común europeo esas islas afortunadas, parecidas á fragmentos de aquel soñado mundo, ya roto, en que pusieran los pensadores y los poetas antiguos la realización milagrosa de sus utópicos ensueños. Y no cejó

esta obra un punto, ni en reinados adversos, porque á Sancho IV le permitieron sus guerras de familia y sus usurpaciones de regios derechos cortar maderas y multiplicar naves; á Fernando, su hijo, las discordias con los grandes y las citas dadas por éstos ante la divina justicia prosperar factorías como la espléndida de Bilbao; al noveno Alfonso sus combates con los moros en el Salado y sus vigiliass por la legislación en Alcalá favorecer los cómitres y exentarlos de pechos; á Pedro el Cruel aquellos terrores, naturales en su guerra sangrienta con el feudalismo, comandado por su parentela bastarda, el armamento de flotas y el propio embarque suyo en pos de pueblos y de costas; á Juan I sus desgracias en las porfías con Portugal expedir embajadas que llegaron hasta las desembocaduras del Eufrates, interponiendo su influjo con los soldanes de Babilonia en favor de los cautivos reyes armenios; á Enrique III la propia flaqueza, consiguiente á los desmedros del principio monárquico y á las insolencias del poder feudal, tocar con sus manos la tierra llamada techo del mundo por medio de sus enviados idos á visitar al Gran Tamerlán de Persia y al Gran Mongol de Tartaria para pedirles noticias de aquellos herederos del Preste Juan de las Indias, entrevisto en la décimatercia centuria, quien pedía, so un techo retejado de oro y sobre un pavimento embutido en esmeraldas, el auxilio cristiano; á Juan II las enemigas suscitadas en torno suyo por el favorito Álvaro de Luna, provocador á sediciones y asonadas, recibir el pleito homenaje de las recién conquistadas Canarias y salvarlas de las codicias portuguesas;

á Enrique IV los escándalos de su vida y de su corte acrecentar los seguros del viaje y del viajero por mar; á los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel tantas dificultades encontradas en los comienzos de su reinado llevar el quinto de las mercerías rescatadas en Guinea, como de tierra suya, sostener con sus naos la navegación en Sierra Leona, facilitar los cambios continuos del tráfico y los esfuerzos de la explotación en Mina de Oro, prelu-diando así con toda esta serie de seculares continuos esfuerzos creadores nuestra patria la obra capital de su historia, el desentrañamiento de los secretos del Océano, la revelación material á todas las edades de la redondez del planeta: obra parecida, por su grandeza incalculable y por su trascendencia virtual, á la divina creación. Estaba, pues, en la lógica de todos nuestros hechos históricos; estaba en la suma de los antecedentes castellanos; estaba en el seno de las obras hechas por los siglos; estaba en la índole temeraria de nuestra complexión conocida y en las exigencias múltiples de nuestra situación geográfica, el que así como los egipcios esclarecieron y guiaron á los hebreos y á los fenicios; así como los fenicios esclarecieron á los griegos y fundaron Cartago; así como los griegos esclarecieron á los latinos de Roma y los cartagineses fundaron tantas ciudades ilustres en las costas de nuestra España; así como los latinos domaron á helvecios, britanos, bátavos, germanos; España, sita en los últimos confines del ocaso europeo, y dotada con una gran civilización, escudriñase la mar toda y revelara todo el planeta. Y como estaba en todo nuestro sér y en toda

nuestra historia el cumplimiento de tamaño destino, llegó al momento propio, el revelador, Cristóbal Colón, á nuestro elegido y predestinado suelo.

Tal vez, por tales sentimientos aguijoneado, se fijó en Sevilla mucho tiempo. La venida resuelta de Colón á España y su estancia entre nosotros, hanse por tal manera esmaltado en la sucesión de los tiempos con fábulas más ó menos provinientes de la verdad real, que dificultan mucho una relación ingenua y sencilla y verdadera de lo averiguado como exacto. Paréceles á la mayor parte de los historiadores que la verdad achica el interés dramático de una biografía ilustre, necesitada para su lucimiento de varios y espléndidos fantaseos. Así exageran allende lo verdadero mil contradicciones por Colón sufridas, y acibaran adrede sus amargos y acerbísimos sinsabores con minucias trágicas de melodrama romántico. Harto padeció con el desconocimiento de su propia patria; con el despego que acaso encontró en ciudad tan ilustre como Venecia; con las fechorías del rey D. Juan II en Lisboa; con los viajes á Islandia y á Guinea, demostrativos del acierto en sus pronósticos, é inútiles al común de las gentes, aferradas á sus tradicionales errores; con las pruebas conseguidas á diario por su perseverancia y la ceguera espesísima de todos alrededor suyo; para que añadamos á estos sinsabores una miseria tan grande que le veamos tender la mano como un pordiosero, de puerta en puerta, y dejar sus hijos, ya criados, como si fueran míseros expósitos, al amparo de cualquier establecimiento de caridad ó penitencia. Desconocido estaba Colón, des-

conocidísimo, si atendemos al mérito intrínseco de su inteligencia y al mérito, sobrenatural casi, de su obra; pero, no tanto que cayera en estado y condición de mendigo y necesitado la pública beneficencia. Mucho ganaría en esmaltes poéticos la vida suya, de aparecer cual un Bautista en el desierto, vestido como los lirios del valle, con una túnica que le hubieran tejido fibras campestres; alimentado como las aves del cielo, con las semillas que hubieran llevado á sus labios los elementos; parecido á los profetas y á los penitentes, que sacaban de su maceración y de su miseria las revelaciones, cuyos rayos esclarecían y guiaban á los pueblos. Colón pasa algunas veces por pobreza confinante con la condición de un pordiosero; mas vivió mucho tiempo de sus viajes y de los trabajos relacionados con su oficio. El desconocimiento de su mérito no llegó jamás á menosprecio de su persona. Durante su permanencia en Portugal pudo emprender sendos viajes á la zona tórrida y á la zona glacial; enlazarse con familias tan ilustres como la familia de su mujer; dirigirse á sabios del carácter y del entendimiento de Toscanelli; estudiar en el archipiélago de las Azores y en el paraíso de Madera los descubrimientos lusitanos; instruir la madurez de su vida en las relaciones entre las ciencias náuticas y las ciencias astronómicas, descubiertas por las escuelas de los Algarves y comprobadas por nuestros astrolabios; vivir expendiendo mapas é instrumentos científicos; tratar con el Rey de Portugal en muchas ocasiones y hasta contraer deudas entre sus numerosos amigos: por consecuencia, no hay que juzgarlo á guisa de trovador antiguo,

requiriendo de puerta en puerta el alimento diario y dejando tras sí el vapor de sus lágrimas y el eco de sus ayes. Pudo la leyenda, que todos hemos aprendido en versos y discursos, convertir en pordiosero al pobre, que pordioseó alguna vez por accidentes sabidos, en su necesidad, pero no constituyó esta desgracia en él una definitiva condición y una real naturaleza. Que atraía los espíritus, que fijaba la general atención, que difundía efluvios reveladores de su mérito, se demuestra con sólo considerar cuántas veces los poderes públicos habían examinado proyectos, los cuales creen muchos recibidos y pagados tan sólo con despreciativas carcajadas. Ahora, oponía el plan de Colón tan grande número de ideas nuevas al sentido común de su tiempo, que no deben maravillarnos hoy ni las repugnancias ni las resistencias, también opuestas, en estos días de saber positivo, á inventores tan útiles como los que pusieron el vapor en las naves, á comienzos del siglo nuestro, desconocidos y aun rechazados muchas veces en los varios incidentes de sus múltiples trabajos. Colón debía tener mucha seguridad de su mérito, y granjearse por este mérito mucha estima, cuando se fué á Lisboa y pudo llegar hasta el Consejo de los Reyes portugueses; se vino á Sevilla y pudo llegar hasta la corte de los magnates andaluces. No, no podía estar por tal modo ignorado y desconocido, como suponen la tradición y la leyenda, quien contaba en la ciudad, cabeza del territorio andaluz entonces, valedores bastante fuertes y poderosos para conducirlo y acreditarlo en palacios como los que habitaban el Duque de Medina-Sidonia y el Duque

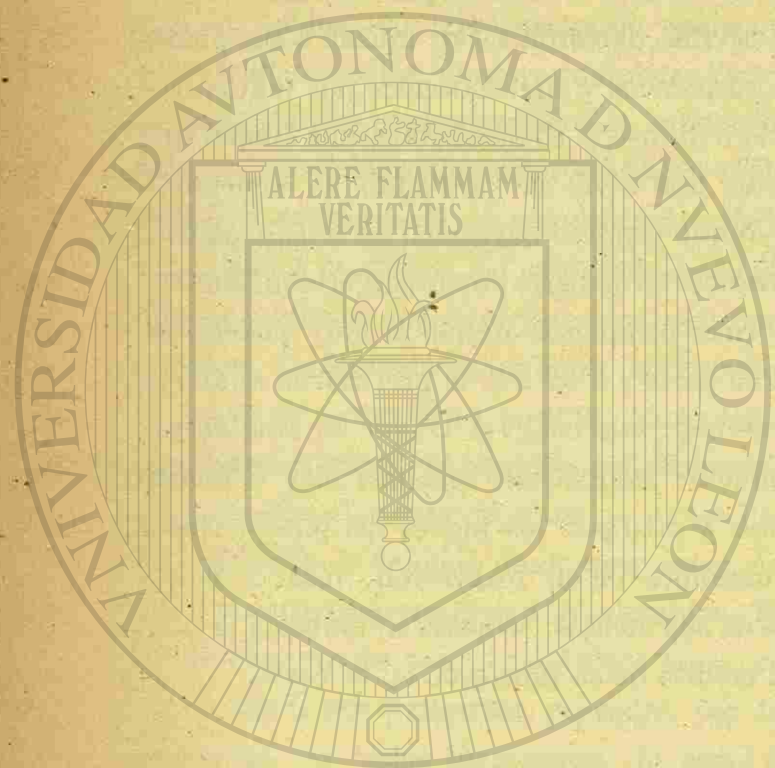
de Medinaceli, ambos á dos ricoshombres, elevados por lo antiguo de su prosapia, por lo rico de sus dominios, por lo noble de su sangre, por lo esclarecido de sus servicios, por el número de sus lanzas y castillos, á las alturas del trono, sobre cuyas cumbres á una proyectaban sombras oscuras sus respectivas coronadas cimbras. Muy esparcidos los italianos en su gloriosísima centuria décimaquinta por todas las grandes ciudades europeas de Occidente, y muy acreditados por sus artes y por sus ciencias entre las personas de pro, valían en Sevilla como valían en Lisboa. Y así como una carta del italiano Geraldini le valió á Colón en Lisboa granjearse la epístola célebre de Toscanelli, que tanto le prosperara y le sirviera, otra carta del florentino Berardi, gerente de una gran casa mercantil en Sevilla, y la influencia de los hermanos Geraldinis, príncipes eclesiásticos, le abrieron las puertas del palacio que habitaba en la capital el Duque de Medina Sidonia y del palacio que habitaba en la bahía de Cádiz el Duque de Medinaceli, magnate de sangre real este último, nunca mezclada con la impura y bastarda de los Trastamaras, como lo estaba la sangre de los reyes castellanos; y aquel otro, el primero, generalísimo de numerosas mesnadas, competidoras con los ejércitos reales.

¿Quién pudiera fingirse allá en la imaginación Sevilla, cuando arribara el piloto genovés á su seno por los últimos años del siglo décimoquinto? Aquello que hay eterno en el espacio donde se alza la ciudad, resplandecería como siempre con su hermosura inmortal; pero miles de circunstancias propias de tal período histórico acrecentaban

su animación y su vida. Dejemos, pues, á un lado la dulzura del clima, la pureza del cielo, su aire aromadísimo por azahares y jazmines; el eco de las guzlas moriscas en sus serenatas voluptuosas; los cristalinos serpenteos de aquel río á quien los árabes comparaban en sus elegías con los más caudalosos del Oriente; las torres almohades ornadas de multicolores azulejos parecidos á oro puro mezclado con rica pedrería; la Giralda, de tan bella forma y de tan aéreos alicatados; las iglesias en que los hábiles mudéjares ponían su destreza en el embutido y en el almohadillado alrededor de nuestras imágenes; la catedral elevando á lo infinito su fábrica, ya casi acabada; los palacios construídos por alarifes milagrosos, donde las estatuas antiguas recién descubiertas y las modernas recién concluídas llenaban las galerías de corte asiático; los patios de mármol parecidos á grutas de amor con el rumor de los surtidores y de los conciertos resonando noche y día; los ajimeces festoneados por las guirnaldas compuestas de alejandrinas rosas; los alminares en que la campana sustituía la voz del muecín; aquel alcázar henchido de poesía; los jardines llenos de limoneros y cedros; los bosques por claros pinares y oscuros olivos compuestos; las puertas de alerce maqueadas con estrellas de marfil; el cinto de muros esmaltados á guisa de rojos corales por el éter andaluz; tanto resplandor de belleza; y fijémonos en las ideas y en los intereses allí concentrados entonces á consecuencia de su capitalidad sobre los espacios, donde á la sazón se libraba la última guerra con los moros, y sobre las posesiones nuevas que acababan de

traernos el definitivo dominio de las Canarias y las exploraciones en el golfo de Guinea y en el Río de Oro, que la llenaban de guerreros, de gentileshombres, de cortesanos, de sabios, de mercaderes, de navegantes, de muy concurridas escuelas, de muy completas factorías, constituyendo así una concentración tan intensa de ideas y de valores, que debían despertar en Colón múltiples ambiciones y aguijonearle al cumplimiento de sus varios y complicados proyectos, en cuyo seno se ocultaban tierras nuevas y nuevos cielos, otra maravillosísima y milagrosa creación. La fantasía del sublime adivinador exaltaríase al aroma de tantas ideas poéticas en aquel mar de inspiraciones vívidas; el camino soñado á la continua se aclararía con el constante cruce de naves llegadas al pie de la Giralda, y venidas desde muy cerca de los puntos que los supersticiosos creían inhabitables. El comercio y cambio activos de tantos productos como circulaban entonces desde sus almacenes, provistos por las industrias españolas, en todas direcciones; la copia en cosechas é industrias de seda; los artefactos inventados para la elevación de aguas con grandes premios del Estado retribuídos; las casas particulares de contratación, en que intervenían hombres como el italiano Américo Vesputio; las cátedras y enseñanza de cosmografía y náutica; los adelantos que se hacían en las bombas de desagüe y hasta en la dulceificación de aguas marinas, debían mucho y muy de veras contribuir á los consumados y profundos experimentos con que completaba Colón todas aquellas rápidas intuiciones provinientes de unas facultades nativas

muy capaces de alimentar sus numerosas y adivinas esperanzas. Así, el período de vida pasado por el descubridor, tras una larga estancia en Córdoba, por los senos de la incomparable Sevilla, debieron servir mucho á sus planes y proyectos, prosperados y engrandecidos por tantos factores de ciencia é industria como contaba una ciudad que sólo podía tener una rival en Occidente, la espléndida Lisboa. Y en lo que primero Sevilla sirvió á sus planes, fué, no lo dudemos, en haberle procurado el conocimiento y trato de ricos banqueros italianos muy poderosos, los cuales, por su parte y á su vez, le procuraron el afecto amistosísimo de magnates como el Duque de Medina-Sidonia y el Duque de Medinaceli, quienes, más ó menos interesados uno y otro por los planes del piloto, más ó menos comprometidos en su realización, más ó menos entusiasmados de sus efectos, cooperaron ambos á la presentación y al crédito de su protegido en la corte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII

ESPAÑA Y SU ESTADO AL ARRIBO DE COLÓN

COSA difícil, por todo extremo difícil, imposible casi, decir los años de la vida de Colón transcurridos en Córdoba, en Granada, en Huelva, en Palos, en la Rábida, en Sevilla, sitios recorridos, y aun habitados por él con seguridad, pero sin que pueda fijar el cronólogo la fecha exacta de su estancia en varios, y quizás en los más importantes. Desde luego le movió para su ingreso y fijación en España la idea de que tal empresa, como la suya, no podía prosperar sino con la copia de recursos disponibles por un Estado poderosísimo, y llegó en requerimiento de tal Estado á España, muy ordenada y engrandecida en aquella sazón por el sabio gobierno y la luminosa política de los Reyes Católicos. Vino, pues, á España en 1485, y estuvo en España preparando su invención desde tal año, salvo una corta excursión á Lisboa, hasta 1492, en que inició y comenzó el primero, y por tanto el más glorioso, de todos sus viajes.

Lo que pedía, lo que necesitaba, lo que por todo extremo le urgía y le apremiaba en aquellos primeros meses de su apartamiento del reino lusitano, era encontrar otro monarca no tan felón para él como su aparente amparador y traicionero enemigo el Rey engañador, cuyos embustes y perfidias le arrojaron de ciudad por él tan preferida como la mercantil y náutica Lisboa. Un Estado rico, un monarca poderoso, un potentado con resolución y con oro: he aquí lo por él buscado en una especie de magnética hipnotización, pues tocaba en el seno de su fantasía la tierra prometida como de bulto y de relieve, sin poder abordarla por carencia de algunas entre tantas y tantas naves como dejaban pudrir en sus puertos los poderosos del mundo. La Señoría de Génova, el Consejo de Venecia, los reyes principales del Occidente de nuestra Europa, frustrada la empresa en Portugal, pasábanle de día por los ojos abiertos y de noche por los insomnios perdurables. En cuanto se veía contrariado, empleaba una frase de las calificadas en el vulgar lenguaje nuestro con el nombre de muletilla: «Entregaré, decía casi por máquina, mi descubrimiento al Rey de Francia.» Y bajo la presión de tales ideas, en el mismo año de su arribo aquí, envió el hermano suyo Bartolomé Colón al Rey de Inglaterra en demanda y requerimiento de auxilio para su obra. Bartolomé, como Cristóbal, pertenecía por su vastísimo saber á los cosmógrafos, y por su mucha industria y por su arte consumado, á los pilotos mejores de aquel siglo, participando así de la ciencia, pero no de la prestancia material y de la inspiración espiritual que distinguían y

elevaban á su hermano, superado sólo en cualidades segundas, como la simulación en los negocios públicos á veces indispensable, como la sagacidad profunda y como la fina constante astucia. Pero el sacrificio y el martirio han de acompañar por necesidad, dadas la contingencia y limitación nuestras, á todos los esfuerzos redentores; y Bartolomé cayó en manos de corsarios, andando larguísimo tiempo de forzado remero por aguas y costas varias, sin logro de prosperidad ninguna y con mucho sufrimiento. Mas, al comenzar del 88, tres años después del arribo á España de su hermano, llegó Bartolomé á Londres y trazó con figuras más ó menos fantásticas, en coloreado mapamundi, las tierras adivinadas y prometidas, valiéndose para explicarlas de macarrónicos versos, compuestos en lengua latina, como á guisa de un compendio, donde se invocaban, en corroboración de lo allí contenido, autoridades como la del rey Tolomeo, del geógrafo Estrabón, del naturalista Plinio, del sabio San Isidoro; todos contestes, aunque por modos muy diversos, en profecías idénticas á las tantas veces anunciadas por los desoídos y menospreciados Colones. Enrique recibía frecuentemente á Bartolomé, y se holgaba con escucharlo atento, pero cuidando mucho de no desesperarlo; aunque si bien se proponía mantener sus esperanzas, no se proponía cumplirlas. Obstaban toda resolución dos circunstancias concurrentes en el Monarca; una externa y otra interna; siendo, á saber, la externa, el mucho cuidado que le daba la necesidad imprescindible de impedir la resurrección de los antiguos combates entre la casa de

York y la casa de Lancáster; mientras la interna, su voraz codicia. Así venía por la real dialéctica de los hechos demostrándose cómo no lograban jamás ni el talento, ni la constancia, ni la penetración, alcanzar por sus medios subalternos y segundos lo reservado á la fuerza y al poderío del genio. En mal hora llegaba el buen Bartolomé á la corte de Inglaterra y en peor hora el gran Cristóbal á la corte de nuestra España. Los Reyes Católicos habíanse hallado desde su ascensión al trono hasta el año 88 entre el martillo y el yunque. Antes no los dejó vivir el Rey de Portugal, D. Alfonso V, con sus guerras casi civiles por la consecución del trono de su sobrina la Beltraneja, y no los dejó vivir el Rey de Francia, Luis XI, manteniendo á la continua con ellos una guerra extraña y obligándolos á defenderse contra pertinaces asechanzas en todos sus dominios; y luego á estas porfías y guerras con los vecinos de Oriente y Occidente uníanse los últimos coleteos del monstruo feudal, suelto desde la exaltación de los Trastamaras al trono, y reanimado á los golpes mismos que le asestaba el poder monárquico rehecho por los nuevos monarcas, á la cabeza. En Galicia, el feudalismo agrícola y terrateniente se les resistía y sublevaba con la persona del Conde de Lemus, mientras en el territorio andaluz un feudalismo guerrero, por tantos y tan valerosos nobles representado, se les anteponía en el camino de Granada, y les contradecía su autoridad propia, y les disputaba su propio ministerio con algo peor que la hostilidad para unos reyes deseosos de recabar todos sus fueros, con la gloria.

No bien establecido el poder real á la llegada con sus pretensiones y con sus proyectos del insigne piloto; ni bien domada la nobleza, que había corrido á su grado el territorio de Castilla en una tromba de asaltos y en un ciclón de guerras; ni bien aquietados los inquietos vecinos en armas, que parecían oponer un asedio continuo á las dos coronas reunidas en tan excelso matrimonio; ni bien asentadas las diferencias entre las fuerzas monárquicas y las fuerzas feudales congregadas en los campos andaluces contra los últimos nazaritas; Colón debía encontrar á su proyecto invencibles obstáculos, así en estas inquietudes como en la irremediable absorción de todas las actividades y de todas las ideas por la granadina guerra y en los gastos enormes consiguientes á tan colosal empresa. Luego, dada la indeterminación todavía subsistente del principio monárquico en su lucha con el principio feudal, así como no hacía más que comenzar el ejército regular, no estaba, ni comenzada, ni siquiera concebida, la regularidad en los tributos, siendo cosa imposible preverlos y menos aperebirlos á ningún grande objeto y á ninguna lejana empresa. Para que nada faltase á la dificultad enorme del debido logro en tan audaz propósito y en tan complicado proyecto, no existía una capital fija. Los Reyes iban á Santiago, Sevilla, Segovia, Córdoba, Medina, Barcelona, Toledo, Madrigal, Pinto, Madrid, según que lo pedían sus deberes; mas no se fijaban en parte ninguna. De aquí la imposibilidad completa en que debía Colón encontrarse de acercárseles y manifestarles todo su proyecto, y menos de recabar ninguna promesa,

por vaga y por incierta que fuera. En el mismo año de la llegada del descubridor habían los Reyes fundado, para la consecución de la deseada unidad monárquica, tribunal como la Inquisición, al fin de recabar la unidad católica, no sin haber topado con resistencias tales que llegaron á ensangrentar iglesias como la Seo de Zaragoza, donde la plebe inmoló á un inquisidor en el sitio mismo consagrado luego á prestarle culto de mártir. Y así como en tal año establecieron la Inquisición los Reyes Católicos en requerimiento de la unidad católica, juraron extirpar del suelo patrio el retoño último de la dominación musulmana. ¡Triste coincidencia! ¿Cómo en el empeño soberano de fundar sobre tantas razas la unidad religiosa, y sobre tantos feudos la unidad monárquica, y contra los moros, tan valerosos todavía, la unidad nacional, pudiera prevalecer un pensamiento cual este pensamiento de Colón, brillando, estrella única, entre aquellas ráfagas y aquellos relampagueos de verdadera tempestad? Así pueden explicarse los tristes y oscuros días y aun años subsiguientes á la llegada entre los españoles; así que pareciese con su aire triste una especie de aparecido; así que las facciones de su rostro delatasen á su alma como un alma en pena del otro mundo; así que al verlo absorto en una idea, flojo y desceñido con el descuido impuesto por la desesperación, errante por las encrucijadas de las calles y por los claustros de las catedrales, yéndose unos días á Córdoba y otros á Sevilla en requerimiento de tal gentilhombre ó de cual poderoso eclesiástico, siempre fuera de sí, las gentes le designaran á una con el dedo y lo creyeran loco.

Su mirada parecería, según lo fijo de aquella su absorción en sí, hacia dentro volverse; su frente se asombraría con las nubes prendidas de sus hondas arrugas y evaporadas de sus hondísimos desengaños; temblarían á los golpes eléctricos de las emociones más trágicas aquellos nervios que debían sonar más tarde como un arpa en las creaciones de Dios; sonrisas extrañas pasarían por sus labios agitados y palabras incoherentes exhalaría su pecho herido; una fiebre, la fiebre más letal, aquella de la inspiración proveniente y por los profetas comparada con carbones encendidos, haría hervir á su sangre y achicharrarse á sus fibras, mientras la inquietud perdurable, los desasosiegos connaturales al combate diario, las hieles derramadas en todo el cuerpo suyo por los insomnios, el recelo de morir sin mostrar cuanto había de cierto en sus fines y de fundado en sus esperanzas, daríanle un aspecto diabólico, al cual alzaríanse alrededor suyo aprensiones tantas y tristezas tales, que le huirían como á un apestado y á un leproso las gentes, creyendo ver la desgracia y la maldición en su sombra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

AMORES DE COLÓN EN CÓRDOBA

VENDO á Huelva el infeliz, y á Sevilla, y al Puerto, y á Córdoba, crecería su desasosiego con lo nómada y errático de su vida, como con el aumento de los años y de los desengaños, aumentaríase lo intenso de su desesperación hasta constituir semejante afecto, capitalísimo en él, una segunda naturaleza ó complexión. Así, llamaba con doblados golpes á todas las puertas conforme iba temiendo que se le abriesen las pesadas é inevitables de la eternidad y lo encerrarán en el perdurable silencio con su desconocido secreto. Bajo tal superstición, expedía emisarios, importunaba conocidos y deudos, iba en pos de cuantos marinos habían bogado un tanto lejos de las costas, requería de los pilotos más expertos noticias y de los frailes más reclusos ideas, en una exaltación vecina de la demencia y acrecentada por el discurso de sus años, muy deprisa corrientes hacia la cercana vejez. Quizá la tristeza lo hubiera consumido,

y á la muerte arrastrado con seguridad, de no haberlo poseído pronto la pasión de las pasiones: el amor, ese amor de la madurez, menos desordenado é intenso por sus apariencias que los amores de la juventud, pero mucho más poderoso y de mayor influjo sobre las varias virtualidades del alma y sobre los diversos modos del sér. Imposible que Andalucía, el suelo predilecto de todos los amores, no llegara tarde ó temprano á fascinar su espíritu é impelerle hacia el edén cuando apenas contaba entonces cuarenta y nueve años más ó menos cumplidos, y en la soledad triste de su alma necesitaba otra con que comunicarse, y en la inquietud constante de sus nervios algún seguro donde allegar indispensable reposo. El amor es lo único en que la realidad vence á la imaginación. El amor es lo único en que la vida consigue una completa calma. El amor es lo único que trae olvido á las penas, calmante á las inquietudes, sosiego á las zozobras, ilusiones al desierto de las tristezas humanas, esperanzas al seno de la desesperación. Por eso aquellos más empeñados en los oficios que tienen su fin en la guerra, y que por lo mismo necesitan de los esfuerzos del odio, aparecen á una por todas las edades como los más prontos y los más dispuestos á rendir su albedrío al amor. Los griegos, tan profundamente filósofos en el simbolismo de sus mitos y en la significación de sus mitologías, presentaban á Marte y Venus, la guerra y el amor, como los dioses más unidos en las cumbres del Olimpo. Quizás por eso el tipo esencialmente guerrero, el tipo feudal, lleva, como su lanza en la cuja, como su coraza en el pecho, como su

casco en la cabeza, como su espada en el cinto, su mujer en el alma. Y lo que pasa con los guerreros, pasa también con los navegantes. El poema de las navegaciones antiguas ha puesto en cada palpitación de las hondas una sirena bellísima; en cada escollo de los arrecifes una Circe amorosa; en cada recodo de las playas amigas una Leucothea hospitalaria; en cada regreso al hogar una Penélope fiel y amante destinada por el cielo á curar los dolores infligidos á los nautas por el azote de las tempestades y de las tormentas. Vagando el marino á la continua por calles como las calles de Córdoba, y viendo tras las rejas y las celosías ojos de mujer como los ojos andaluces, cuyas miradas le penetrarían seguramente hasta lo más recóndito del alma, ¿qué mucho si lo sojuzgó por completo el amor? Lo cierto es que la casualidad ejerce grandísimo influjo en una vida errante, como las recomendaciones y cartas escritas desde uno á otro punto por sendas familias, no poco hacen; y así Colón trabó amistad con los Enriquez y Aranas, todos de bien antigua prosapia y de bien escasa fortuna. Y en la casa intimado ya, prendóse de una joven, á quien debemos imaginar tan inteligente como hermosa; y prendado de esta joven, los lazos de flores por ella tendidos á su cuello y los bálsamos por ella puestos en su herida, debieron en Córdoba retenerlo y para nuestra patria guardarlo contra tantos arrebatos de su natural desesperación como le arrojaban de nuestra patria y le impelían en pos de otros Estados y Gobiernos capaces de prosperar sus planes. Lo cierto es que desde la fecha del 85 año de aquella centuria, en que llegó á España, hasta la

fecha del 92, en que á su primer gran viaje se partiera, Colón estuvo en Sevilla, y en Cádiz, y en Huelva, y en Lisboa; pero permaneció más tiempo que en parte ninguna, en Córdoba. Bajo aquel cielo de luz; á la sombra de su hermosísima sierra, donde se juntan los alminares con los campanarios y las blancas azucenas con los verdinegros cipreses; entre los patios aromados de azahar y los miradores embutidos de azulejos; oyendo el eco de la guzla sarracena, todavía no extinto, y aspirando el amor diluído en los suspiros, que parecen los espíritus de las sultanas; el inmortal piloto amó; y este amor, enardecido por la intensidad increíble de la pasión amorosa en las mujeres andaluzas, no solamente lo retuvo en la tierra tantas veces maldecida por sus desengaños dolorosos, y le conservó una vida tantas veces odiada en los desastres de sus empeños y en el desvanecimiento de sus esperanzas, sino que lo encadenó al hispano suelo, y entre nosotros le retuvo, para que fuese uno de los mayores nombres en los anales de nuestras glorias.

La escuela ultramontana europea, en su empeño de hacer lo natural sobrenatural y lo humano divino, ya lo recordamos, propúsose acreditar de revelación milagrosa el descubrimiento colombino y poner á su autor en la corte celestial. Mas los amores de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez Arana le molestaban en este objeto, por aparecersele como amores no santificados por el sacramento eclesiástico, ni legitimados por las leyes civiles. Esta contrariedad hace del santo infalible, impecable, iluminado por las celestiales revelaciones, puesto sobre

la humanidad en apologías y panegíricos sin fin, un hombre, como los demás, exaltado á las alturas de una gloria inextinguible por la claridad de su inteligencia y por la fuerza de su voluntad. Pero esta convicción, bebida en todas las historias y en todos los papeles del tiempo, no conviene á los ultramontanos, necesitados de levantar el hallazgo de Colón á las alturas de una verdadera maravilla milagrosa. Y no sabiendo cómo componérselas para salir del apuro, han casado á los amantes en muerte, ya que no quisieron ó no pudieron ellos en vida casarse. Y los han hecho esposo y esposa legítimos. Las costumbres del Renacimiento autorizaban mucho en aquellos siglos, tan ensalzados por nuestra reacción, esta especie de matrimonios naturales, como los deseados por los partidarios modernos del amor libre. Clases y tribus no reconocidas en la severa contextura moral de nuestros Códigos reconocíanse con suma frecuencia en aquellas leyes. No hay sino registrar los cuadernos de nuestras Cortes y los artículos de nuestros Códigos para tropezar á cada paso con las mancebas, por ejemplo, y barraganas de los curas. Junto á las dinastías de los hijos, engendrados en legítimo enlace, véanse las dinastías de los bastardos. La corona de Portugal se forjó para una rama de esta clase. Los dos reyes, á la sazón reinantes en España, D.^a Isabel por su padre Juan II de Castilla, y el marido por su padre Juan II de Aragón, provenían de los Trastamaras, habidos en D.^a Leonor de Guzmán por D. Alfonso el Onceno, de ganancia, como se decía entonces al fruto de la generación ilegítima. Fernando el Católico llevaba en el sitio

de Granada junto á sí el buen D. Juan de Aragón, su hermano, proveniente del amor de su padre á una hermosa judía. Casas ilustres de toda ilustración y nobles de toda nobleza provenían del amancebamiento de arzobispos muy venerados con barraganas muy obscuras. El pontífice Alejandro VI promovía toda suerte de dificultades á los gobiernos laicos, en el empeño de buscar alianzas poderosas á los hijos suyos sacrílegos, de cuya madre se hablaba en Roma como pudiese hablarse de cualquier princesa ó reina ungida por el cielo mismo y consagrada santísima esposa por un católico matrimonio. Las familias más poderosas de Italia, familias con corona y reino, como los Estes, bebían los vientos por alianzas matrimoniales con Lucrecia Borgia. Cuando mató á su hermano Rodrigo, Duque de Gandía, por envidia que le tuviera y por alzarse desde los principados eclesiásticos á los principados civiles, César Borgia, señoras tan castas como nuestra reina Isabel escribían al Papa el pésame por la muerte de su hijo, como si trataran de lo más vulgar y ordinario y admitido y usual. Así eran las costumbres en tal edad. Beatriz y Colón vivieron amistados ilegítimamente. Y en tal amistad ilegítima tuvieron un hijo, á quien llamaron Fernando, venido al mundo cuatro años después de la llegada del padre á España. Y un hermano de Beatriz acompañaba de continuo á Colón. Y doblas de Beatriz y de su familia sirvieron para mantener los gastos necesarios á la preparación del plan extraordinario. Y sobre las carnicerías de Córdoba compró censos el piloto, así que mejoró en fortuna, de cuyos rendimientos debía

mantenerse la manceba. Y hasta en los acuerdos testamentarios de la segunda generación se tropieza con arreglos de cuentas atrasadas en los tratos entre las dos familias, y del pago de maravedís por estas misteriosas causas debidos, pero no satisfechos. Y amigos de Colón, como el P. Las Casas, tan ortodoxos y tan severos, hablan del bastardo Fernando por medio de reticencias y de insinuaciones que no dejan espacio ninguno á vacilaciones y dudas en la calificación de los amores entre Colón y Beatriz habidos. Así, acredita el concepto de que la pasión de las pasiones en Colón fuera ésta, el silencio guardado y el apartamiento tenacísimo por algunos meses, en el trascurso de los cuales no se ocupa en su magna obra y no recuerda su divino ministerio. Mientras, durante la estancia en Portugal, departe con los maestros de Segres, visita los archipiélagos vecinos á Lisboa, consulta con los pilotos consumados, corre Guinea é Islandia en las zonas glaciales y en las zonas ardientes, habla con los reyes, importuna los ministros á diario, se escribe con Toscanelli, se arriesga de continuo á todo, en cerca de dos años no da señal de vida entre nosotros, cual si le faltase tiempo de saborear una dicha tan grande como la encontrada en Córdoba, y se perdiese en esta florecencia tardía del otoño de su vida, cual un mozo enamorado demasiado inexperto en el goce de unos primeros amores, que de todo enajenan el alma, concentrada sobre los deliquios de una bienaventuranza sin medida y sin término. Después, cuando las satisfacciones de aquel amor trajeron un hijo, y el afecto paterno y materno al hijo trajeron la

cura y vigilia de su destino y suerte, joven aún el corazón, avivada la fantasía por los rayos de unos ojos amantes y amados, encendida la sangre por los suspiros de la pasión, exaltada la fe por las creencias compartidas con la mujer amada, el deseo de lucro y de gloria, y hasta de penitencia, nuevamente aguijonearon al profeta y lo impelieron á granjear aquellos mares y aquellos cielos que ofrecer al Dios de sus padres y al hijo de sus entrañas, en la mezcla de creencias piadosas y gustos pecaminosos que caracterizaron á los héroes del Renacimiento, y que constituían algo del carácter de aquellas generaciones.

CAPÍTULO IX

COLÓN ANTE LOS NOBLES ANDALUCES

Los italianos del Renacimiento, por su reconocida superioridad intelectual sobre los Estados centrales, aparecían, doquier se presentaban, como aparecen los griegos en todo el Oriente, como guías y maestros de los mismos á quienes, por súbditos ó esclavos, estaban sometidos y sujetos. Así ejercían influencia en Lisboa, en Sevilla, en donde quiera que un centro de ideas ó un centro de contrataciones fijaba la general actividad. Y no hay duda en lo arriba expuesto: ellos, y sólo ellos, facilitaron las relaciones del piloto con los grandes señores á quienes todos consideraban verdaderos soberanos andaluces. Hacía bien el piloto acercándose al Guzmán que reinaba en aquella sazón sobre los dominios comprendidos bajo el común denominador del título de Medina-Sidonia. En el vocabulario de un hom-

cura y vigilia de su destino y suerte, joven aún el corazón, avivada la fantasía por los rayos de unos ojos amantes y amados, encendida la sangre por los suspiros de la pasión, exaltada la fe por las creencias compartidas con la mujer amada, el deseo de lucro y de gloria, y hasta de penitencia, nuevamente aguijonearon al profeta y lo impelieron á granjear aquellos mares y aquellos cielos que ofrecer al Dios de sus padres y al hijo de sus entrañas, en la mezcla de creencias piadosas y gustos pecaminosos que caracterizaron á los héroes del Renacimiento, y que constituían algo del carácter de aquellas generaciones.

CAPÍTULO IX

COLÓN ANTE LOS NOBLES ANDALUCES

Los italianos del Renacimiento, por su reconocida superioridad intelectual sobre los Estados centrales, aparecían, doquier se presentaban, como aparecen los griegos en todo el Oriente, como guías y maestros de los mismos á quienes, por súbditos ó esclavos, estaban sometidos y sujetos. Así ejercían influencia en Lisboa, en Sevilla, en donde quiera que un centro de ideas ó un centro de contrataciones fijaba la general actividad. Y no hay duda en lo arriba expuesto: ellos, y sólo ellos, facilitaron las relaciones del piloto con los grandes señores á quienes todos consideraban verdaderos soberanos andaluces. Hacía bien el piloto acercándose al Guzmán que reinaba en aquella sazón sobre los dominios comprendidos bajo el común denominador del título de Medina-Sidonia. En el vocabulario de un hom-

bre tan fuerte no debía constar la palabra imposible. Su voluntad revosaba de todo límite. Allí donde ponía el deseo, ponía la mano. Coronas sin número estaban amontonadas á sus pies férreos, más que sobre su cabeza, coronada ya de sobra por el casco feudal. Pechos múltiples, tributo de siervos innumerables, henchían sus arcas, las cuales contaban además, con el suplemento casi diario de los despojos conseguidos sobre la rica morisma en correrías de combates sin término y depredaciones sin número. Un ejército terrestre campaba en torno de sus fortalezas, todas por campamentos rodeadas, y una escuadra, siempre á su merced, flotaba sobre las desembocaduras de sus ríos y sobre las costas de sus mares señoriales. La extensión infinita de dominios, la copiosa cosecha de lucros, el campo abierto á sus heroicidades nativas, el mar hasta entonces inexplorado ante sus ojos de águila, debían de veras tentarle; pero no pudieron moverle á causa del terrible conflicto empeñado entre las clases aristocráticas y el poder monárquico en dos lustros de tanta importancia como aquel que antecedió á la presencia de Colón en España y aquel que con la presencia de Colón en España coincidiera. Muchos historiadores en boga investigan las menores minucias de causas pequeñas y segundas, apenas merecedoras de mención histórica, y menosprecian las causas universales y primeras que lo producen todo y lo mueven y lo determinan. El Duque de Medina-Sidonia hubiese patrocinado el plan de Colón, quizás con mayores medios que Portugal, que Génova, que Venecia, que Francia é Inglaterra mismas, donde no

tenían, por el fraccionamiento propio de la Edad Media, todas las fuerzas y todas las riquezas necesarias los Estados, como las tenía un magnate del fuste y del poder de los magnates andaluces, metidos por su cuenta y riesgo en una reconquista como la del reino granadino y en una guerra perpetua con sus émulos, aunque parientes y afines; pero la pretensión, antigua en los Reyes, decididos á desarzonar sus nobles y someterlos, de mandar y dirigir ellos todas las grandes obras iniciadas dentro de sus dominios, coartaban la voluntad y el poder aristocrático en cosa tan grave y trascendental como las exploraciones de nuevos mares y los descubrimientos de nuevos mundos. El historiador de la casa de Niebla dice que, por motivo y razón de un mandato real, prohibiendo al Duque la residencia en Sevilla, para impedir sus continuos combates con el Marqués de Cádiz, que hasta las calles de la gran capital ensangrentaban, fué imposible toda inteligencia entre los poderosísimos Príncipes y Cristóbal Colón. Pero la expulsión de Sevilla era un incidente, y sólo un incidente menor en el épico encuentro, último casi, del patriciado feudal con la fuerza y autoridad monárquicas. Cuando el poder monárquico estaba flojo y desmayado, ya por culpa de quien lo ejercía, como en los tiempos últimos del cuarto Enrique, ya por circunstancias adversas, como en los primeros tiempos de Fernando é Isabel constituíanse monarquías parciales frente á la monarquía central, como la que constituyó D. Pedro Girón, por ejemplo, quien mandaba ejércitos y expedía embajadores. De aquí, de tanta debilidad en el centro y de tanta fuerza

en la circunferencia, continuas guerras. Pues bien: un monarca semejante á D. Pedro Girón era el duque de Medina-Sidonia. Cuando su rival, el Marqués de Cádiz, en Alhama sucumbía, sublime rasgo de generosidad mostrado por el Duque de Medina-Sidonia, reveló á los Reyes cómo los podría obscurecer aquella omnipotente aristocracia de Andalucía si llegaban los magnates á entenderse y unirse. Conquistador Cádiz de Alhama, veía sobre sí todas las fuerzas del rey Hassem y estaba irremisiblemente perdido si en su auxilio no iba cualquier potentado andaluz. En todos hubiera pensado el Marqués entre los apuros del asedio moro; en todos, menos en su enemigo hereditario el Duque de Medina-Sidonia. Pero lo que jamás hubiera pensado el entendimiento de tal héroe, lo hizo el corazón de su mujer. Juzgando al rival por sí misma, por sus propios impulsos nobilísimos, por su nativa caridad inagotable, por su abnegación y su grandeza morales, creyó que no podía negarse al ruego de una esposa y de una cristiana, poseída por supremas angustias, y envió un emisario á la fortaleza de Arcos, donde Medina-Sidonia residía, en busca del deseado socorro, invocando la cruz que todos adoraban y la tierra en que todos vivían. No la engañó su confianza. El duque recibió al embajador de la Marquesa como á un amigo, y resolvió, después de oída la embajada, correr al remedio de tanto mal, y salvar al caballero andaluz con abnegación de su propia persona y sacrificio del desquite á sus agravios. Seguidamente mandó urgentísimas órdenes á los adelantados de sus fronteras, á los alcaides de sus villas, á los jefes de sus tropas,

á los monteros de sus cazas, á los jinetes de todos sus dominios, y aun á los voluntarios de los contornos que quisiesen ganar en la tierra prez y en el cielo dicha, llamándoles á una cruzada en que, asistidos de armas y municiones, ganarían muchos despojos y muchas indulgencias, porque los necesitaban religión, patria, honor, en socorro de aquellos cuyo ardor mantenía la cruz de Cristo sobre los altos de la combatida y triste Alhama.

Pocas veces había visto Andalucía ejército semejante. Bien es verdad que por el Duque debieron escribirse las romancescas frases, repetidas en todos los libros caballescros, de que su descanso era pelear. Su cama, cubierta de rica holanda, pocas veces recibía en los blandos colchones aquel su cuerpo metido dentro del hierro de su armadura, la cual parecía tan sobrepuesta como su misma carne á sus huesos, según lo á ellos adherida y lo inseparable de su persona. Engendrado en la guerra, nacido para la guerra, puesto desde su infancia en condiciones de que fuesen los combates á su vida tan propios y necesarios como la respiración, peleaba en todas partes y en todo momento, ya en correrías contra los moros fronterizos, ya en batidas á las fieras de sus propios montes, según demandaba de los grandes aquella centuria, en la cual trababan su combate postrero el feudalismo y la realeza. El socorro de Alhama consiguió tal importancia, el ejército contó número tanto, la reunión de caballeros andaluces fué tan grande, que los Reyes Católicos, á la sazón asentados por negocios públicos en Medina del Campo, comprendieron cómo necesitaban personarse allí

en aquel sitio y tomar la dirección de aquellas huestes, si no querían que la nobleza levantisca de tal tierra eclipsase la luz y disminuyera el poder de su naciente Monarquía. Véase la reina Isabel imposibilitada en aquel momento de asistir á tales peligrosas empresas por su avanzadísimo estado de preñez y el Rey se fué á uña de caballo. Cuando se acercaba el ejército de Medina Sidonia en esta sazón al cerco mantenido por Hassem en persona, y se acercaba Fernando á este poderoso ejército, el rey moró tuvo que abandonar su puesto y retirarse á su Alhambra. Las crónicas árabes lo describen á los pocos días del regreso á Granada pasando á sus tropas una revista para volver al cerco de su Alhama. Pasó, efectivamente, caballero en su trotón de guerra, el cual parecía enorgullecido con sus áureos arreos sembrados de pedrería, y con sus gualdrapas de púrpura y tisú, que relumbraban como las reverberaciones del sol al tocar en su ocaso tras los montes de Loja en tarde serena de granadino estío. Los anchos estribos, sobre los cuales descansaban sus regios pies, valían dos coronas de las perdidas por las gentes fieles al Islam en las tierras del Andaluz. Túnica de no menor precio, jaique bordado por las huríes en el harén, botas curtidas en el reino de Fez y realzadas con sedas de mil colores, alfanje de Damasco, en cuyo mango los esmaltes más lucientes con sus matices varios, y en líneas intrincadísimas, se mezclaban con rica pedrería; turbante blanco, propio de los califas, y, sobre aquel turbante, áureo casco, propio de los reyes, uno y otro con leyendas del Korán y preseas y amuletos para con-

jurar el mal y traer el bien, adornaban de tal suerte á su persona, que parecía un sér sobrenatural, salido de lejano santuario y revelado á los mortales con tanta riqueza para que se avasallasen y se rindiesen á su inteligencia divina y á su voluntad omnipotente. Mas la desgracia, como un cuervo siniestro, aleteaba sobre su frente, porque Medina-Sidonia recogió un ejército feudal contra su Alhama, y á la cabeza de tal ejército se puso el rey Fernando, en demostración de la supremacía que se arrogaba el poder monárquico sobre su antes rebelde y desvariada nobleza. Pues bien; si esto pasaba por 1482, cuando el principio monárquico estaba todavía convaleciente de los asedios puestos á su trono en los principios del reinado de los Reyes Católicos, imaginaos lo que sucedería cinco años más tarde, poco más ó menos, cuando Colón presentaba un mundo á Medina-Sidonia. Los Reyes se hubieran opuesto con todo su poder y la voluntad firmísima del Duque se hubiera estrellado contra tal fuerza incontrastable.

Mayores ventajas ofrecía indudablemente á Colón su trato con el Duque de Medinaceli, no tan tachado, por cierto, de guerrero y conquistador feudal como el atrevido Medina-Sidonia, y más propenso, por una especie de atavismo antiguo y de propia peculiar índole, á las expediciones marítimas. El Duque habitaba recinto tal como el Puerto de Santa María, desde cuyos muelles y ensenadas habían zarpado muchas y muy varias expediciones, lo mismo á explorar en la tierra firme africana, que á descubrir y tomar posesión del archipiélago canario, com-

puesto por las constelaciones de preciosas islas, calificadas en todos los idiomas con el congruente apellido de Afortunadas. Por el antiguo enlace de los Medinacelis con los Coroneles dominaba la familia ducal en todo el territorio extendido entre la desembocadura del Guadalquivir y la desembocadura del Guadalete, ó sea la hermosísima lengua de tierra dilatada frente á frente de Cádiz en su maravillosa bahía. Pocos espacios tan á propósito para hospedar á un explorador cual Colón y ofrecerle incentivos á las avizoras miradas y objeto á las profundas meditaciones. El viejo continente allí terminaba en sacratísimos cabos y las columnas del semidiós Hércules allí se veían en idea colocadas por la tradición universal. En aquellas azules aguas, ó entre los canales abiertos en áureas arenas y blancas salinas; al desagüe de tantas vías fluviales como por allí terminan; sobre las juncosas marismas, pobladas de gaviotas y ceñidas de caracoles; á la vista de mil velas blancas destacándose airosas en el celaje luminoso; á las reverberaciones del sol en las crestas de montañas altísimas y celestes; entre los jardines, aromados por el azahar, y las ensenadas llenas de barcas, ofreciendo juntos el cenacho de la pesca con el cubo de la vendimia; tendida la entena junto al arado, y en la cepa el alga prendida y rozando en la mar los aromosos limoneros; el Puerto de Santa María presentaba con todas estas ventajas un asilo muy propio para que pudiese Colón holgarse con sus ensueños y aperebirse á realizarlos. La familia, con quien se las había entonces, contaba como familia real, no obstante haber prescrito en la

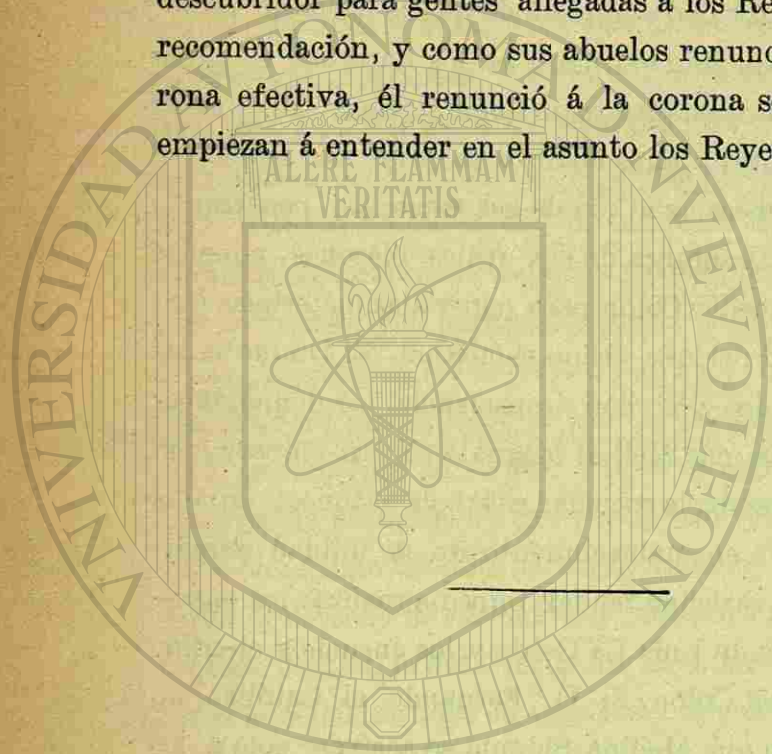
dinastía de los segundones, hijos del rey D. Sancho, agravaada por usurpación de los Trastamaras, el derecho al trono, á causa de la continua no interrumpida posesión, y del consentimiento, ya expreso, ya tácito, de los pueblos. Los Lacerdas, primogénitos del Rey Sabio, eran los reyes de derecho en España, como nacidos al fijarse los principios y los antecedentes de la primogenitura y sus privilegios hereditarios en el inmortal Código de las Partidas. Pero este derecho hereditario, como todos los principios políticos, pasó por una verdadera indeterminación en sus comienzos. Mientras las Partidas, el Código donde inscribiera D. Alonso X el derecho teórico, vinculaba la sucesión al trono en los hijos mayores del primogénito muerto, lo vinculaba el Fuero Real, el Código donde inscribiera D. Alonso el derecho consuetudinario, en los hermanos mayores del primogénito muerto; y de aquí, al morir un infante como La Cerda, primer hijo de D. Alonso X, el porfiado litigio, mejor dicho, el combate cruento entre sus herederos naturales y el rey D. Sancho, hermano del difunto heredero á la corona.

Desde que medió el reinado de D. Alonso el Sabio hasta que concluyó el reinado de D. Fernando IV duró tal querrela entre los reyes de las dos Castillas y los infantes de La Cerda. Protegían á estos desheredados, monarcas como Pedro III de Aragón, por nietos los Lacerdas de su hermana D.^a Violante, y reyes como Felipe el Atrevido de Francia, por hijos de su hermana D.^a Blanca, hija de San Luis. Pero, con tales protectores y con haberse arrepentido el mismo D. Alonso de observar el Fuero

Real y preferir su hijo D. Sancho, nunca pudieron reinar los Lacerdas. Habitadores de Játiva, donde los reyes aragoneses les habían procurado una pequeña corte, veían transcurrir años y años, destruyendo sus esfuerzos y llevándose sus esperanzas. Así renunciaron á todas sus pretensiones y ofrecieron á los usurpadores homenaje á la terminación del reinado de D. Fernando el Emplazado. A D. Alfonso de La Cerda, el heredero legítimo de la corona castellana, se le cedieron varios pueblos, de cuyos pechos viviese; y al hermano suyo, D. Fernando, la renta de los príncipes al trono cercanos, de los infantes de Castilla. Por tal razón, hubo al lado de la dinastía de Borgoña, proveniente de Alonso VII en el siglo duodécimo, é injerta de bastarda sangre por D. Enrique de Trastámara en el siglo décimocuarto, la dinastía más legítima, según el derecho monárquico, y más pura por su sangre, pero sin corona, la dinastía de los Medinacelis. Mas, como todos aquellos nacidos en palacios á la continua suspiran por el trono, suspiraban los Lacerdas, y habiéndose frustrado el cismarino aquende, instalábanse á orillas del mar en requerimiento de otro allende, por lejos que fuera, de otro ultramarino. Así, el príncipe Luis La Cerda, que vivía en comienzos del siglo décimocuarto, requirió las Canarias, escala misteriosamente adivinada en el camino á mayores empresas. El Papa Clemente VI lo declaró soberano en ellas y lo revistió con el título de Príncipe de la Fortuna. Pero si no fué allá, y si la gloria de haberlas engarzado en la corona castellana quedó para Juan de Betancourth, un germen atavista de propensión á las explo-

raciones marítimas quedó en el Duque, representante á la sazón de aquella regia casa. Y como quedó este germen atavista, recibió á Colón cual un mensajero del cielo, y lo alojó, en la seguridad completa de que le daría un reino, pues no había podido extinguir en los Lacerdas el curso de los siglos la constante aspiración á reinar. Medinaceli tenía en su castillo todos cuantos factores de ciencia se conocían entonces, y al pie de sus escaleras, penetrando en el mar y á la sombra de sus reales blasones, aquellas carabelas que pedía Colón para poner alas materiales á su deseo, avivado por una visión espiritual. El Duque se las había prometido y él con impaciencia las demandaba. Nada le parecía más fácil al magnate. Y sin embargo, la fase que atravesaba la sociedad española entonces, aquella evolución hacia el establecimiento de la unidad monárquica sobre la variedad feudal, impedía realizar los ensueños ambiciosos de Luis La Cerda y los ensueños científicos de Cristóbal Colón. Si D. Fernando el Católico no había tolerado que Medina-Sidonia se acercase solo á los muros de Alhama en trance tan amargo para los cristianos como el cerco puesto á la ciudad por Hassem, ¿había de consentir el aparejamiento de carabelas, el empleo de marinos, la invención de tierras, el establecimiento de dominios eminentísimos fuera de la sombra del trono y sin dirección alguna dada por el cetro? A pesar de que vivieron Colón y Medinaceli algún tiempo juntos bajo el mismo techo, y estudiaron mar y cielo con los mismos astrolabios, y se reunieron en igual pensamiento, y prepararon la obra con igual empeño, bien pronto compren-

dieron que bajo una monarquía tan imperiosa estábale vedado á todo particular, y muy especialmente á todo noble, tan extraordinarias empresas. Medinaceli dió al descubridor para gentes allegadas á los Reyes cartas de recomendación, y como sus abuelos renunciaron á la corona efectiva, él renunció á la corona soñada. Y aquí empiezan á entender en el asunto los Reyes Católicos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

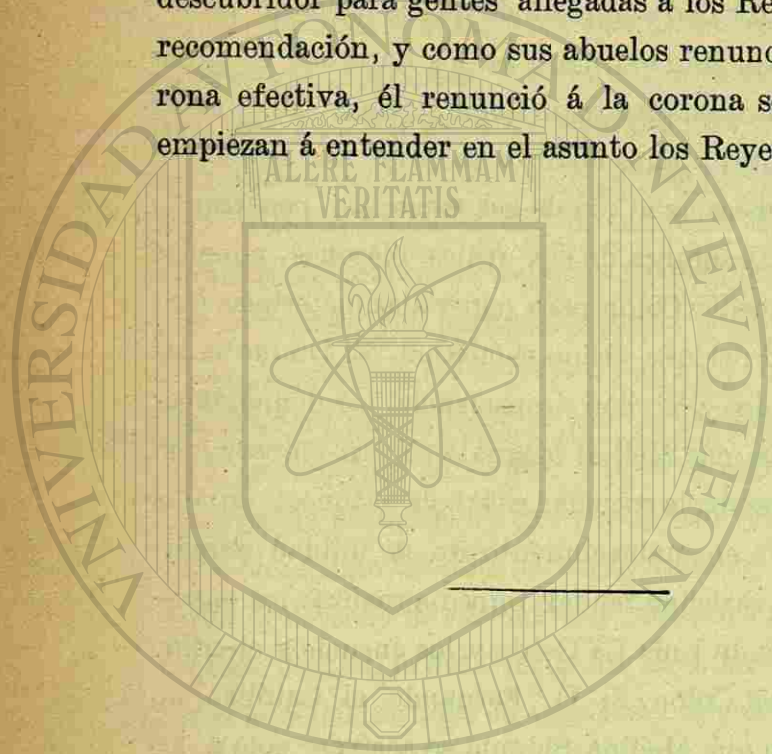
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X

COLÓN ANTE LA CORTE

DEL Puerto, por las cartas de La Cerda favorecido, y mucho, Colón debió dirigirse á Sevilla, y de Sevilla, donde no le faltarían sus habituales favorecedores, el rico Berardi, amén de los influyentes hermanos Giraldinis, debió dirigirse á Córdoba. El tiempo corría bajo los pies del descubridor, llevándose poco á poco la vida, sí, aquella vida con un grande objeto, pero sin logros, y en las cerrazones de los horizontes ¡ay! sin esperanzas. Los años, acumulándose, le habían encanecido ya la cabellera, siquier no le hubiesen mermado las fuerzas, ni las fuerzas físicas, ni las fuerzas intelectuales, ni las fuerzas morales. Por tal modo, la certeza de sus cálculos, y la evidencia de sus planes, y la exactitud matemática de todo cuanto se prometía, le sustentaban que, doliéndose muchas veces de sus afecciones, de sus triste-

dieron que bajo una monarquía tan imperiosa estábale vedado á todo particular, y muy especialmente á todo noble, tan extraordinarias empresas. Medinaceli dió al descubridor para gentes allegadas á los Reyes cartas de recomendación, y como sus abuelos renunciaron á la corona efectiva, él renunció á la corona soñada. Y aquí empiezan á entender en el asunto los Reyes Católicos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X

COLÓN ANTE LA CORTE

DEL Puerto, por las cartas de La Cerda favorecido, y mucho, Colón debió dirigirse á Sevilla, y de Sevilla, donde no le faltarían sus habituales favorecedores, el rico Berardi, amén de los influyentes hermanos Giraldinis, debió dirigirse á Córdoba. El tiempo corría bajo los pies del descubridor, llevándose poco á poco la vida, sí, aquella vida con un grande objeto, pero sin logros, y en las cerrazones de los horizontes ¡ay! sin esperanzas. Los años, acumulándose, le habían encanecido ya la cabellera, siquier no le hubiesen mermado las fuerzas, ni las fuerzas físicas, ni las fuerzas intelectuales, ni las fuerzas morales. Por tal modo, la certeza de sus cálculos, y la evidencia de sus planes, y la exactitud matemática de todo cuanto se prometía, le sustentaban que, doliéndose muchas veces de sus afecciones, de sus triste-

zas, de sus rabias provinientes del despecho engendrado por el desengaño, nunca se dolía de achaques ni desperfectos en su robusta salud material. El espíritu y las creencias del espíritu mantenía los nervios muy acerados, aunque remontadísimos; y el vigor de los nervios, combinándose con una buena circulación de la sangre y ordenadas segregaciones del hígado, le mantenían sano y robusto como á los mareantes, curtidos por la sal batida del viento, amarga y acre, pero adobo fortísimo de la piel y jugo vivificador de los poros. No puede saberse cuánto la persuasión de un ministerio divino sostiene al cuerpo abstraído de los homicidas goces viciosos como cuánto esta grande abstracción de todo lo material mantiene sana la complexión física del sabio y del profeta. Cuando Colón se partió para la corte, desahuciado por los Duques de Medina Sidonia y de Medinaceli, atendido ya solamente á lo recabable del poder de los Reyes Católicos, tan embargados por múltiples atenciones, hallábase muy afligido por la desesperación; pero muy fuerte y muy robusto de salud. En el naufragio donde se ahogaba, nunca jamás perdió la voluntad firme y nunca dejó de columbrar la esperanza fija. El primero, á quien se dirigió con propósito de que le abriera las cerradas puertas del palacio de los Reyes, fué el contador Quintanilla. Hombre de cálculos y de matemáticas éste; á la continua embargado por las múltiples ocupaciones anejas al difícil oficio suyo; de mucha ciencia económica para su tiempo, y de sumo cuidado por el enfermo y achacoso tesoro de sus Reyes, vació siempre; inclinóse á Colón desde los prime-



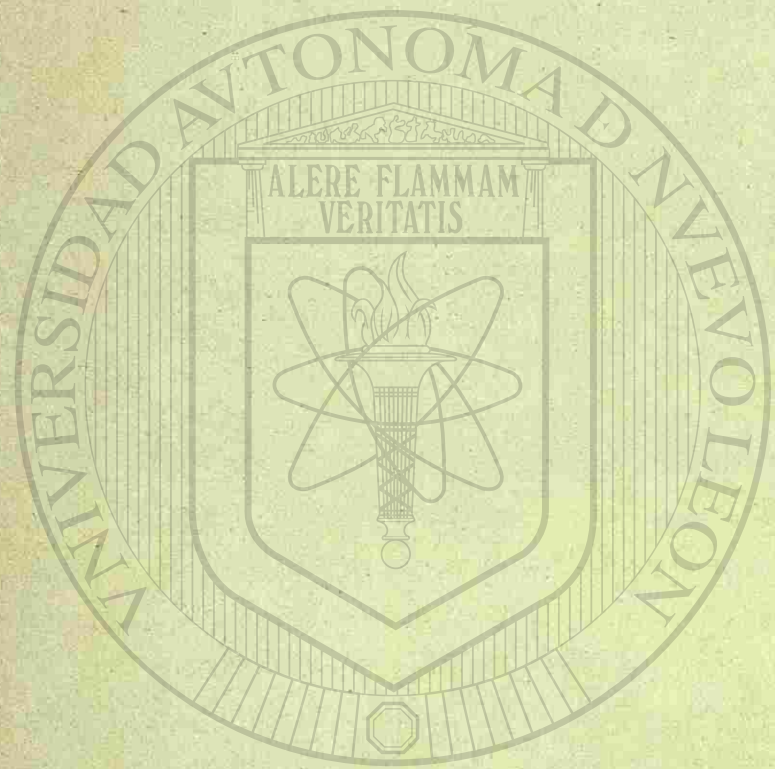
EL CARDENAL MENDOZA

zas, de sus rabias provinientes del despecho engendrado por el desengaño, nunca se dolía de achaques ni desperfectos en su robusta salud material. El espíritu y las creencias del espíritu mantenía los nervios muy acerados, aunque remontadísimos; y el vigor de los nervios, combinándose con una buena circulación de la sangre y ordenadas segregaciones del hígado, le mantenían sano y robusto como á los mareantes, curtidos por la sal batida del viento, amarga y acre, pero adobo fortísimo de la piel y jugo vivificador de los poros. No puede saberse cuánto la persuasión de un ministerio divino sostiene al cuerpo abstraído de los homicidas goces viciosos como cuánto esta grande abstracción de todo lo material mantiene sana la complexión física del sabio y del profeta. Cuando Colón se partió para la corte, desahuciado por los Duques de Medina Sidonia y de Medinaceli, atendido ya solamente á lo recabable del poder de los Reyes Católicos, tan embargados por múltiples atenciones, hallábase muy afligido por la desesperación; pero muy fuerte y muy robusto de salud. En el naufragio donde se ahogaba, nunca jamás perdió la voluntad firme y nunca dejó de columbrar la esperanza fija. El primero, á quien se dirigió con propósito de que le abriera las cerradas puertas del palacio de los Reyes, fué el contador Quintanilla. Hombre de cálculos y de matemáticas éste; á la continua embargado por las múltiples ocupaciones anejas al difícil oficio suyo; de mucha ciencia económica para su tiempo, y de sumo cuidado por el enfermo y achacoso tesoro de sus Reyes, vació siempre; inclinóse á Colón desde los prime-



lit. Felipe C. Rojas - Madrid

EL CARDENAL MENDOZA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros instantes, y estas propensiones unieron el profeta de todos los idealismos con el procurador de todas las utilidades. Quintanilla, en su vivo y grande interés por el piloto, no creyó hartas las fuerzas propias al atrevido empeño, y contó con el cardenal Mendoza, en quien se reunían la riqueza y la ciencia y las artes y la política, vinculadas en aquellos poderosos magnates del Renacimiento, pudiendo así ofrecer al descubridor toda suerte de auxilios. Mendoza, el gran Cardenal, como le llamaban por antonomasia en su tiempo, acostumbrado á promover de antiguo las altas empresas en Castilla, se prendó como el Contador del plan de Colón y lo prosperó cuanto pudo. Imposible formarnos idea hoy del poder y la grandeza de todo un Arzobispo en aquel tiempo ni de la monarquía constituida por la increíble archidiócesis primada de todas las Españas.

Entraos por la catedral de Toledo y estudiad las joyas y las riquezas del tiempo de Mendoza: os quedaréis atónitos. Los brocados con bordaduras y realces tan costosos como artísticos; los broches de las capas, muy parecidos á las joyas del Asia; las arañas y candelabros del carísimo cristal de roca, donde las luces del santuario se quiebran en arcos iris multicolores; las custodias, entre góticas y platerescas, de oro macizo puro; las reliquias, esmaltadas con toda clase de colores y esculpidas de preciosos relieves; perlas á cahices, brillantes á manera de lluvia sobre los mantos, altares colosales de plata, dicen á donde había llegado en aquel siglo la copia de riquezas allegadas por estas catedrales, en cuyo seno se concentraba la vida y

desde cuyas bóvedas se irradiaban, esclareciendo y vivificando las almas, los rayos luminosos de la cristiana fe. Príncipes de la Iglesia como el cardenal Mendoza, lo mismo inauguraban las universidades que asistían al coro, y lo mismo asistían al coro que al consejo, y lo mismo al consejo que á la guerra, y lo mismo á la guerra que á las fiestas, y lo mismo á las fiestas que á todo género de varias y múltiples empresas. Cuando uno discurre por las calles de Toledo y ve monumentos como el hospital de Mendoza, cuya erección y fábrica necesitaría hoy toda la fuerza y todos los recursos de un Estado poderosísimo, quédase absorto en la contemplación de tanta maravilla. La cruz de sus cuatro naves, donde lanza el arte gótico los resplandores últimos; el crucero, coronado por su airoso cimborrio y esculpido como una joya gigantesca; los patios, en que los albores del Renacimiento se unen á los esmaltes y alharacas mudéjares; el portal plateresco, donde la piedra está como blanda cera trabajada, bajo cuyos doseletes y sobre cuyas repisas brillan las estatuas modernas animadas por el espíritu nuevo; los alicatados preciosos de las techumbres y los ricos retablos de pinturas maestras sobre los espléndidos altares, dicen bien claramente que aquel arzobispado de Toledo era, por su extensión y por su magnificencia, un verdadero imperio. Así, cuando lo regía un hombre de la inteligencia y de la voluntad reconocidas por todo el mundo en Mendoza, levantábase hasta frisar con el trono, rayando casi á su mismo nivel. Las gentes, por ende, llamaban á Mendoza el rey tercero de España, cual si estuviese como una per-

sona de la trinidad en sustancia con D.^a Isabel y D. Fernando bajo el círculo de la corona. Y este príncipe de la Iglesia, cuando algo quería, queríalo formidablemente. Quiso fabricarse la tumba propia en vida, y escogió para ello el alto muro de la derecha, en la capilla mayor de su primada iglesia. Y como el cabildo no fuera en ello, temeroso de acabar con la preciosísima disposición de tal preciado sitio, impuso desde la eternidad el sepulcro donde hoy duerme aún el sueño de la muerte. Un hombre tal debía, en su firmeza de voluntad y en su audacia de propósitos, arrestarse hasta el extremo de favorecer á Colón y ponerse resueltamente á su lado. Por consecuencia, como los Berardis presentaron á Medinaceli Colón; Medinaceli presentólo por cartas de solícitas recomendaciones á Quintanilla; y Quintanilla, por su parte, al cardenal Mendoza; y el cardenal Mendoza, por su parte, á los Reyes Católicos. En la desidia natural á tales tiempos y á tales gentes, nadie sabe con seguridad el día y el año en que los Reyes por vez primera con Colón hablaron; mas por deducciones sacadas con acuerdo bueno de algunas palabras de éste, créese que fuera por Enero del 87. Momento decisivo y supremo éste, así en la historia del sublime descubridor, como en la historia de los Reyes Católicos. Detengámonos á contemplarlo.

Era en Colón muy fuerte la fibra y muy grande la compostura; su actitud majestuosísima, sus ademanes contenidos; el cuerpo todo muy bien conformado; la estatura mediana y más bien alta que chica; nervudos los brazos, como remos curtidos por las olas, despiertos los

nervios y á todas las emociones fáciles, siempre por ende vibrantes; el cuello gordo y los hombros anchos; carilargo el rostro y aguileña la nariz; el color tan encendido, que á rojo carmín tiraba, un poco afeado por las pecas; el mirar tan hondo y los ojos tan claros, que parecían profundidades oceánicas; la frente un cielo donde se arremolinaban arreboladas todas las ideas que discurrían por su inteligencia, y á guisa de nubes, todos los afectos que dominaban su corazón; el cabello de oro, y los labios de púrpura; todo el conjunto imperioso; con la fuerza de un mareante, unida en extraño consorcio á la irritabilidad, según ahora se dice, propia de un artista. La elocuencia fluía con espontaneidad admirable de su boca, siempre inspirada; las ideas resplandecían en su vista, siempre luminosa; los más tiernos sentimientos se mezclaban á los más varoniles en su pecho, abierto á todos los generosos afectos; la religión, profesada y creída con ardoroso entusiasmo, ofrecía y prestaba sublime vuelo á su profunda ciencia, radiante y difusiva de continuo; la estética natural á los nacidos en su tierra, se compadecía con el cálculo, y el ideal con la utilidad, y el costado sublime de todas las cosas con el costado mercantil; pues afable sin humillación, comunicativo sin garrulidad, alegre sin ligereza, grave sin pesadez, sobrio sin exageración; tan pronto al enojo como al olvido; tan dispuesto á un atropello cuando le cegaban las pasiones, como á los arrepentimientos cuando lo esclarecía la conciencia; perseverantísimo hasta la tenacidad, heroico hasta el martirio, calculador y apóstol, cruzado y mercader, poeta

y matemático, reunía todo el romántico carácter de la Edad Media como cualquier caballero de los consagrados á guardar el Santo Graal, con todas las aptitudes industriales y mercantiles de aquellos pilotos fenicios, los cuales tomaban la navegación por merodeo; arcángel bíblico de los enviados por Dios á sembrar ó esclarecer mundos, y lobo de mar propenso, cuando le hurgaban y le contradecían, al combate carnicero de los peces; viva contradicción, cuyos términos opuestos aumentaban en mucho su nativa colosal grandeza. Sin esta complexión doble nunca hubiera podido concebir su plan y menos realizarlo. El desorden de su genio profético no empeceaba en su complexión las destrezas y habilidades que parecen reservadas á los proyectistas vulgares. Así la historia de su hijo D. Fernando nos dice cómo no solamente dibujaba Colón á maravilla; tenía letra tal, que pudo ganarse la vida escribiendo y copiando. En sus confidencias aseguraba que todo buen cosmógrafo había de ser buen pintor, y lo era él en mapas y globos y cartas, donde campeaban todas suertes de figuras, excelentísimo y eximio. Muchos de sus escritos huelen que trascienden á místico incienso, al lado de otros que creeríais facturas, Jamás escribía una carta ó un capítulo cualquiera sin poner á la cabeza esta invocación religiosa: *Jesus cum Maria sit nobis in via*. Privaban en él juntamente con los estudios de Teología los estudios astronómicos y geométricos. Así podía enseñar matemáticas, por su inteligencia con todos los progresos de su tiempo sumadas, y recitar las horas y oficios canónicos cual un clérigo en el

coro. Era un místico y un mercader, ya lo he dicho, un profeta y un algebrista. Si muchas veces envolvió en cábalas sus estudios, y degeneraron en irritaciones pueriles sus magnos esfuerzos, fué porque su tiempo lo desconoció y lo maltrató durante varios lustros, desde su juventud hasta su entrada en la vejez, sin acordarnos de los sinsabores que obscurecieron y amargaron sus últimos años. ¿Quién le hubiera dicho á tanto ciego como le rodeaba, que allí, en aquel siglo de lumbreras inextinguibles, el nombre de Colón cansaría con su increíble celebridad á la fama? Hay quien cree que todo fué obra de la casualidad y que América estaba descubierta desde que descubrieron los portugueses el Cabo de Buena Esperanza. Pero no creo yo en esos cambios póstumos de la historia por un capricho, ni en esos genios putativos muertos en la obscuridad. Como hay quien ha escrito acerca del Cristianismo antes de Cristo, hay quien habla del Nuevo Mundo descubierto antes de Colón. Le condenaron á un combate demasiado fuerte y duro el sentido general del tiempo entonces corriente y las costumbres de aquellas generaciones circunstantes para que la historia no le consagre un larguísimo desagravio. No puede negarse que la obra de Colón fuera imposible sin las precedentes invenciones contemporáneas, como quizás no hubiese Wath aplicado el vapor á la navegación, si antes no aplica Papín la presión del aire descubierta por Garrik y por Torricelli. No hay redentor sin cruz. La pasión y la muerte acompañan á las principales obras progresivas en el calvario altísimo de la historia. Una religión ha me-

nester los mártires tanto como los reveladores. Colón ha tomado su estatura sobrehumana en los tiempos á él subsiguientes; en su tiempo tenía la estatura de los demás en suma. ¡Cuál filosofía está contenida en los dos refranes siguientes: «Oh, no hay hombre grande para su ayuda de cámara», y «Ningún mortal es profeta en su patria!» Pocos creadores han adivinado la trascendencia de sus creaciones. Lope de Vega ignoró que su gloria estaba, no en las obras acompasadas, que tenían el sello de la ciencia, puesto por su erudición y por las sujeciones serviles á las reglas; en las obras sugeridas por las necesidades del vulgo. ¡Dios mío: la cicuta está en el fondo de todos los cálices, donde va el genio á beber la inmortalidad! Á Copérnico lo hubieran quemado si publica el sistema suyo cuatro lustros antes de su muerte tardía, en vez de recibirlo impreso y acabado sobre la cama de su enfermedad última y en los anocheceres de su postrer agonía. Á Guttenberg le robaron su prensa, como á Colón el nombre de su América; mas hartos les quedó á uno y otro con la propiedad eterna de su gloria. Y necesitan el espíritu y el ánimo fortalecerse y animarse á estas reflexiones, para contemplar con paciencia y conformidad la calle de Amargura que recorre Colón desde que departiera con los Reyes hasta que zarpara de Palos. Veamos.

Inmediatamente que presentó Colón sus planes á Quintanilla y á Mendoza, cristalizáronse, al calor de dos pensamientos y dos afectos muy opuestos, sendos partidos contrarios. Todo ideal vívido genera una escuela, una secta, una compañía, una iglesia, una colectividad, según

sus caracteres propios y sus fuerzas naturales. En cuanto cualquier idea innovadora estalla, organizanse á su derecha fuerzas que la impelen, como á su izquierda fuerzas que la resisten. Y á los organismos de tales fuerzas resultantes, llámaseles partidos cuando militan mucho y por principios concernientes á la gobernación del Estado se determinan; cual se les llama sectas cuando creen mucho y por ideas concernientes á la religión se determinan; cual se les llama escuelas cuando meditan mucho y por sistemas y enseñanzas concernientes á la filosofía y á la ciencia se determinan también. Si estudiáis estas grandes colectividades sociales, que al fin y al cabo resultan una personalidad superior, veréis cómo los átomos hanse agregado en ellas por operaciones de afinidades psicológicas, muy semejantes de suyo á las afinidades químicas. No se reúnen las gentes en partido tan sólo por afinidad y armonía en sus creencias; reúnen también por afinidad y armonía en sus temperamentos. Los místicos, los exaltados, los idealistas, los poetas y adivinos, aquellos en quienes predominan las intuiciones, constituyeron las escuelas metafísicas de Platón; como los prácticos, los expertos, los naturalistas, aquellos en quienes predomina sobre lo intuitivo lo reflexivo, y sobre lo ideal y metafísico el raciocinio y el experimento, constituyeron la escuela de Aristóteles. Rafael mostró dónde rayaba su fuerza de pictórica expresión poniendo, en el fresco titulado «Escuela de Atenas», al frente de todos sus filósofos á Platón y Aristóteles, personificado el uno en robusto joven, cuyo índice, vuelto hacia abajo, señala con sumo

acierto la tierra, y personificado el otro en sacerdotal anciano, cuyo índice, vuelto arriba, señala el cielo. Estudiad la historia del humano pensamiento, y veréis cómo aquellos espíritus en que predomina lo moral, forman el partido estoico de Roma; y aquellos espíritus en que predomina lo sensual, forman el partido epicúreo. Y esto que decimos de la filosofía, lo decimos de la religión; y esto que decimos de la religión, lo decimos de la ciencia. El pensamiento de Colón tocaba por su carácter astronómico y geográfico, en lo científico; por su carácter profético y casi revelador, en lo religioso; por su carácter práctico y útil, en lo económico y en lo político: de consiguiente, alrededor suyo debían sumarse, como alrededor de todo lo grande y trascendente, sectas, escuelas y partidos. Los filósofos y sabios al modo escolástico, petrificados en la vieja tradición tomista, debían chocar con todas estas innovaciones del profeta, que perturbaban el universo tal como ellos lo comprendían, á la manera que los viejos sacerdotes arrojan del templo al hereje que lo mancha con el vapor de sus ideas, y al profano que no comprende su inconmensurable grandeza; mientras que los platónicos, los ciceronianos, los artistas, los dados á las ciencias, á las artes aquellas novísimas, los verdaderos hijos del Renacimiento, que parecía una pascua natural y religiosa, debían estar por la renovación del espacio, tan armónica y congruente con la renovación del espíritu.

Y lo mismo pasaba en los demás órdenes de la natural actividad humana. El estadista intuitivo, innovador, inspirado, profético, debía estar por Colón; y contra Co-

lón el estadista experto, consumado, calculador, positivista, pues nunca los hubo de tal índole, ni en tanto número, ni de tanpreciado mérito en siglo alguno como en aquel siglo de Luis XI y de Fernando V, en cuyos días naciera Maquiavelo y su maquiavelismo. Necesítase comprender la naturaleza del humano espíritu y sus tendencias capitales, para explicar por qué unos contemporáneos de Colón se pusieron al lado de sus proyectos, y otros contemporáneos en contra. El escolasticismo y el Renacimiento luchaban, personificado uno en el obispo Hernando de Talavera y otro en el gran cardenal Mendoza. La política de intuición y la política de reflexión luchaban, personificada la una en Isabel I, y la otra en Fernando V. Hasta el modo y forma de comprender las viejas instituciones influía en el modo y forma de comprender á Colón; pues mientras un caballero feudal dado á las correrías terrestres, como Medina-Sidonia, lo comprendía, sí, pero lo comprendía poco, un caballero feudal dado á las expediciones marítimas, ó pagadísimo de ellas por sus abuelos, ó trabajando en proyectos sobre ellas, como Medinaceli, ¡oh! lo comprendía poco también, pero lo comprendía mucho más que Medina-Sidonia. Igual contraposición entre Hernando de Talavera y la Marquesa de Moya. Aquél representaba el viejo espíritu religioso, y representaba ésta el Renacimiento; aquél, metido en sus libros de teología y en sus argumentaciones silogísticas, tornaba sus ojos á lo pasado; y ésta, en comercio espiritual con los clásicos inmortales, y con los escritores florentinos, y con los poetas, volvíales al nuevo ideal; recogía Talavera el

espíritu de los sepulcros y de los claustros, que despiden como un hálito de muerte, mientras la Marquesa recogía el espíritu de su tiempo, el cual exhalaba por aquella florecencia y primavera universal un soplo de resurrección; por todo lo que, ante problema como el viaje propuesto, debía por la invención y el inventor apasionarse la sabia señora que representaba el Renacimiento; mientras debía contra el inventor y la invención apasionarse, á su vez, el sabio y austero Prelado que representaba todas las viejas tradiciones, generadoras de irremediables y heredados escrúpulos. Pasa con el pensamiento de Colón en Geografía lo mismo que con el pensamiento de Sócrates en Metafísica; lo mismo que con el pensamiento de Cristo en Religión; lo mismo que con el pensamiento de Galileo en Física; lo mismo que con el pensamiento de Copérnico en Astronomía; lo mismo que con el pensamiento de Guttenberg en Industria; lo mismo que con todos los pensamientos reveladores: las altas montañas del espíritu; las eminencias donde se agarra el ideal progresivo; los sublimes picos al cielo cercanos, recíbenlos y reverberánlos de suyo al amanecer, antes de que hayan podido levantarse arriba en las líneas del horizonte sensible; mientras lo bajo, lo profundo, los valles hondísimos, envueltos en las tinieblas y embargados por el sueño, apenas pueden, por ley natural, no ya presentirlo, ni siquiera verlo, cuando alborea y asoma. Las esperanzas, las adivinaciones, el presentimiento que profetiza, el albor de la idea nueva que raya en todas las auroras del tiempo, tan parecidas á las auroras del espacio, se agru-

paban de un lado, escribiendo ese libro de las inspiradas sibilas, que contiene los oráculos de lo porvenir y prepara el advenimiento de los futuros tiempos; mientras la superstición de lo pasado, con sus ojos convertidos atrás y su enemiga implacable á toda innovación y á todo progreso, los principios hieráticos de la casta sacerdotal, petrificada entre los ídolos, fríos como el granito, y la tradición, helada como las momias, iba levantando ese muro de resistencias invencibles y de tradiciones insuperables, que viene á mellar y destruir el impulso de las creadoras progresivas ideas.

CAPÍTULO XI

COLÓN ANTE LOS REYES CATÓLICOS

QRECISA penetrarse mucho de la clasificación en los espíritus, anteriormente dicha, para comprender las relaciones del descubridor con los Monarcas, vistos por él á comienzos del año 1488. El mucho vagar que había desde su partida de Portugal tenido, y el poco provecho granjeado en las consultas de Sevilla y el Puerto, debieron agravar su pobreza, pues iba tan pésimamente trajeado, que le llamaban el extranjero de la capa raída. En estas condiciones de fortuna escasísimas se presentó ante aquel matrimonio de notoria selección, en quien las aptitudes y las propensiones más opuestas, combatiéndose y negándose mutuamente, se completaban y producían un equilibrio parecido al que recibe de las fuerzas contrarias el universo y una luz muy análoga con la que dan dos electricidades opuestas al

paban de un lado, escribiendo ese libro de las inspiradas sibilas, que contiene los oráculos de lo porvenir y prepara el advenimiento de los futuros tiempos; mientras la superstición de lo pasado, con sus ojos convertidos atrás y su enemiga implacable á toda innovación y á todo progreso, los principios hieráticos de la casta sacerdotal, petrificada entre los ídolos, fríos como el granito, y la tradición, helada como las momias, iba levantando ese muro de resistencias invencibles y de tradiciones insuperables, que viene á mellar y destruir el impulso de las creadoras progresivas ideas.

CAPÍTULO XI

COLÓN ANTE LOS REYES CATÓLICOS

QRECISA penetrarse mucho de la clasificación en los espíritus, anteriormente dicha, para comprender las relaciones del descubridor con los Monarcas, vistos por él á comienzos del año 1488. El mucho vagar que había desde su partida de Portugal tenido, y el poco provecho granjeado en las consultas de Sevilla y el Puerto, debieron agravar su pobreza, pues iba tan pésimamente trajeado, que le llamaban el extranjero de la capa raída. En estas condiciones de fortuna escasísimas se presentó ante aquel matrimonio de notoria selección, en quien las aptitudes y las propensiones más opuestas, combatiéndose y negándose mutuamente, se completaban y producían un equilibrio parecido al que recibe de las fuerzas contrarias el universo y una luz muy análoga con la que dan dos electricidades opuestas al

relámpago. Fernando parecía el raciocinio hecho hombre, mientras Isabel parecía la inspiración hecha mujer. En él predominaba un criterio político y en ella un criterio moral. Fernando, como andaba siempre por el suelo de la realidad, veía los obstáculos; Isabel, como volaba por el cielo de las idealidades, no veía sino luz y estrellas. El Rey, piadoso, creía, no obstante su piedad, en las obras, y profesaba el dogma de ayudar á la providencia de Dios, aunque pareciera muy favorable á sus proyectos; Isabel, exaltadísima, confiaba en la esperanza y en la oración. Presentía y profetizaba ésta, mientras aquél preveía y calculaba. Espontaneidad en todo la Reina y en todo reflexión el Rey. Ella iba por los caminos del bien al bien mismo; importábanle á él poco los embustes, los engaños y, en caso de necesidad, los delitos. La Reina se parecía de suyo á las damas ideadas por los caballeros andantes, cuyos labios no podían decir una palabra deshonesta y cuya inteligencia no podía idear nada erróneo ni malo, santas como los bienaventurados en el cielo y purísimas como en los altares la Virgen Madre de Dios. Fernando, valerosísimo y guerrero, sumaba con fuerzas de león instintos de zorra. Quizás no hayan conocido las edades un héroe tan enérgico y tan astuto. Cautela mostraba él sobre todo, mientras sobre todo mostraba ella confianza. Él era una inteligencia, ella era un corazón. Las combinaciones políticas le agradaban á él, y á ella los altos sentimientos. Él no tomaba resolución alguna sino tras una serie graduada y medida de impulsos y de cálculos que le suministrasen la certidumbre del apetecido logro, mientras

ella veía en los éxtasis y en los delirios de su natural misticismo la realización de sus esperanzas más engañosas é ilusorias. Isabel gustaba de aumentar el número de sus vasallos para poseer un dominio sobre las almas que le permitiese aumentar los cristianos en el mundo y los escogidos en el cielo; á Fernando le gustaba también que la Iglesia creciese y la cristiandad se aumentase; pero ponía sobre tales satisfacciones religiosas las provinientes de la dominación y de la conquista. Hija Isabel de un rey literato y de una inglesa que murió en la demencia, veía con mucha facilidad las ideas, y por ellas exaltábanse á la continua sus nervios, sobreexcitados al calor de la fe viva en lo ideal. Hijo Fernando de un rey como Juan II de Aragón, pendenciero y astuto, así como de una mujer varonil y ambiciosa, heredó de su padre la mezcla del temperamento político y del temperamento guerrero, y de su madre aquella increíble ambición que le llevó á meter por conquistas ó por casamiento dentro de su familia y de su patria Italia, Portugal, Borgoña, Flandes, Holanda, el Rosellón y la Cerdaña, media Francia, Inglaterra é Irlanda y el Imperio de Alemania. Pero si obtuvo esto por el cálculo tan grande hombre, la divina mujer obtuvo por el sentimiento y la fe unir las cifras de su nombre á una nueva creación. Fundaron los dos la Inquisición: Fernando por razones políticas, Isabel por razones religiosas. Conquistaron los dos, Isabel Granada para su Castilla, Fernando Navarra para su Aragón. La conquista de Granada es un libro de caballería; la conquista de Navarra es un capítulo de Maquiavelo. Con la

una expulsó Isabel á los moros y con la otra expulsó Fernando á los franceses de nuestra Península. Los poemas del santo Graal brillan en la vega, y en el Pirineo prevalece la razón de Estado. «Quien ignora el arte de fingir, decía Fernando, ignora el arte de reinar.» Así la indiferencia suya tenía mucho de la fatalidad y del destino. Isabel creía que para dirigir bien á los pueblos hay que amarles mucho y para triunfar en el mundo hacer el bien siempre y decir siempre la verdad. Para el Rey, ningún grande negocio sin graves dificultades y peligros; para la Reina, ningún peligro y ninguna resistencia siempre que ideas luminosas dirigieran la firme voluntad. Enérgico y perseverante, Fernando imaginaba toda energía y toda perseverancia limitadas por lo imposible, bien fuera fundamental, bien fuera circunstancial; la Reina jamás creyó en lo imposible cuando mediaba el auxilio de Dios alcanzado por la oración y por la penitencia. El valor en Fernando era frío, en Isabel entusiasta y ardiente; la previsión reflexiva resultaba en él certera, como en ella las adivinaciones hipnoblésicas. Isabel persuadía; Fernando trataba de persuadir, y de serle imposible, no persuadía, compraba. ¡Cuántas veces en arduos negocios que hubieran podido resolver las guerras, apelaba, para que lo dejaran en paz, al dinero! La Reina creía tan incapaces de malas acciones y de malas ideas á los demás como á sí misma. La gratitud más cariñosa dominaba en su vida, mientras en Fernando la ingratitud más implacable. Aun las severidades anejas á su cargo templaba Isabel con sus bondades, mientras Fernando, siempre que lo exigía el

bien de sus Estados, llegaba sin esfuerzo á la crueldad. Sin embargo, él antepuso á la fuerza la destreza y á la guerra el trabajo para dominar, mientras Isabel, con los ojos puestos en su estrella, dominó siempre por la virtud creadora del genio. La franqueza trascendía en todos los actos de Isabel y en los de Fernando el disimulo. La historia fué la musa de Fernando, y la fe, de Isabel. La impasibilidad prevalecía en el uno y en la otra una inextinguible pasión.

Era Isabel un misterio sobrenatural casi, Fernando la industria humana. Isabel cerraba los siglos medios, Fernando inauguraba la política de gabinete moderna. En ella reinaba divina efusión y en él suma templanza. Grandes los dos; pero la grandeza de Isabel más clara y visible, mientras la de Fernando más recóndita y extraña. Para penetrar su espíritu, necesitase pensar que brilló junto á un astro tan de primera magnitud en los cielos del tiempo, como Isabel I. Ésta comprendió su destino providencial desde un principio, y nunca le fué infiel; Fernando traicionó su propio nombre cuando pretendió, ya casado, elevarse por su naturaleza de varón y por su derecho de primogenitura, con detrimento de la esposa incomparable, al trono de Castilla; y cuando viudo, pretendió primero casarse con la Beltraneja y se casó luego con Germana de Foix en busca de un heredero legítimo, cuyo nacimiento y cuyos derechos rompieran la unidad interior del Estado, á tanta costa conseguida. En virtud y por obra de ambos temperamentos, procedieron de su respectiva suerte y manera Isabel y Fernando con Cris-

tóbal Colón; entusiasta como siempre la primera, y el segundo como siempre, cauteloso, precavido, taimado, con reservas. Él calculaba lo que podía costar la empresa y lo que podía traer; ella sólo pensaba en que los dominios de su Castilla idolatrada crecían y las gentes cristianas se aumentaban. Amén de todo esto, el Océano debía tentar á la Reina de Castilla, porque al Océano iban á dar todas sus empresas y todas sus conquistas, como al Océano sus ríos capitales: el Tajo, y el Duero, y el Guadalquivir y el Miño. Bien al revés para Fernando: sus conquistas desaguaban, como el Ebro, como el Llobregat, como el Segura, en cuyas bocas pusiera D. Jaime sus barras, como el Turia, en las celestes aguas mediterráneas. Las posesiones insulares de Isabel eran sus Canarias; las posesiones insulares de Fernando se dilataban de las Baleares á Sicilia. Fernando sólo soñaba con Italia, é Isabel con África. De aquí el uno volvía á lo pasado, mientras á lo porvenir la otra. Pero ambos á dos tuvieron una grandeza desmesurada, porque tomaron la estatura de una idea y sirvieron por distintos caminos y con cualidades contradictorias al espíritu vivo y al pensamiento capital de su creadora edad. La unidad del Estado, la unidad del territorio, la unidad del derecho se imponían entonces, y á conseguirla consagraron todos sus esfuerzos, por lo cual, amén de adquirir gloria propia, sirvieron á su nación y á su tiempo. Se habían los nobles repartido el territorio, y ellos incorporaron cuantos feudos pudieron á la Corona; el Poder se había roto en pedazos y dividiéndose y desmenuzándose á mansalva entre las manos

de soberbios magnates generadores de anarquía escandalosa, y ellos le devolvieron al Poder su augusta indispensable autoridad; el ejército estaba en manos de las Órdenes militares una fracción, en manos del monstruo feudal otra fracción, y otra en manos de las Repúblicas municipales, y ellos, alzándose con las grandes maestranzas, y estableciendo la Santa Hermandad, iniciaron la necesaria concentración de toda fuerza en el Gobierno; administrábase justicia por tribunales en quienes la jurisdicción propia no era clara, ni patente la legalidad, y ellos establecieron las Chancillerías, encargadas de ir elaborando lentamente la unidad indispensable del derecho; desde Gregorio VII los Papas habían invadido las regalías naturales del pueblo español en términos de hallarse fundado un absolutismo eclesiástico, y ellos tomaron disposiciones respecto de las sedes, muy análogas á las que habían tomado respecto de las Chancillerías, poniendo así la unidad civil y política sobre la Iglesia misma, de suerte que fueron los fundadores del Estado moderno, bajo cuyos auspicios había de brotar tres siglos más tarde, al calor de la libertad, nuestra impersonalísima unidad nacional. Así no parece mucho que les devolviera el espíritu de su tiempo en glorias las prosperidades mismas que le habían granjeado ellos con sobrehumanos esfuerzos, y pudieran expulsar á los últimos nazaritas de Granada y á los últimos Albrets de Pamplona; preparar la unión estrecha con Portugal y readquirir el Rosellón y la Cerdeña; extender sus dominios por las costas continentales de la Magna Grecia y por las costas continen-

les de la inexplorable África; en su corona robustecer Sicilia y para su corona recuperar Canarias; aliarse con potentados tales como los Duques de Borgoña, y Flandes, y como los Reyes de Inglaterra, mediante lo cual extendieran los blasones de sus inmediatos descendientes desde las orillas del Danubio á las desembocaduras del Rin y del Escalda, humillando el orgullo de poderosos vecinos y convirtiendo en hispano el sacro Imperio germánico: milagrosísimas obras, ó concluídas ó preparadas por ellos; pero que todas llegan á borrarse como las estrellas en el sol, en aquella otra increíble, cuando á los diez meses de haber la cruz cristiana resplandecido en el torreón de la Vela, surgen, como por encanto, nuevas islas y nuevas tierras en los espacios del mar, de nadie aquí, en el viejo mundo, conocidas, y en cielos nunca por los europeos antes vistos, en cielos nuevos, constelaciones resplandecientes y estrellas innumerables, como si para premiar nuestros combates y nuestros esfuerzos hubiera Dios querido engrandecer la tierra y renovar la creación.

Pero tales cosas épicas piden, para ser bien alcanzadas en todo su conjunto, que las miremos desde cierta distancia en el tiempo, quien acaba con lo fugaz y con lo chico pronto, pero engrandece lo magno de suyo, eternizando lo verdaderamente perdurable. Por eso quedará el modo mejor de celebrar la invención del Nuevo Mundo á la epopeya. Estos enormes cuerpos solares del tiempo, como los enormes cuerpos solares del espacio, se ven mejor con el telescopio de la poesía que con el microscopio de la historia. Más bien que referirlos debiéramos

cantarlos. Pero no hay remedio: en la Historia se busca lo particular y lo mínimo, el análisis, mientras en la epopeya lo universal y lo eterno, la síntesis. Por eso debemos referir con tristeza cuanto Colón padeciera con acerbidad en la consecución de su obra. Los Reyes le oyeron según sus respectivas índoles: Isabel con entusiasmo y Fernando con reserva. Pero la reserva de éste y el entusiasmo de aquélla debían dar iguales resultados: una indispensable dilación. La reconquista de Granada no consentía otro expediente. Imposible divertir de tal objeto supremo los regios ánimos. Así defrieron el asunto al confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera. Dadas nuestras ideas y nuestras costumbres, difícilísimo comprender un verdadero confesor del siglo décimoquinto, consejero nato y supremo de los Reyes en el apartamiento de sus confesonarios. Fray Hernando de Talavera, primero prior del monasterio de Prado, en Valladolid, Obispo de Ávila más tarde, y por último Arzobispo de Granada, sentado en el confesonario creía su silla más alta que los tronos, y se juzgaba él dispensador á sí mismo de la salud terrenal y eterna de los Reyes. En la primer confesión ya tuvo un altercado con la Reina, pues indicando ésta que podía confesarse de pie ó sentada, le dijo aquél que no, que de hinojos á las plantas del confesor. Podía, pues, llamársele tanto Ministro de Estado como Ministro de Hacienda, y tanto Ministro de Hacienda como Ministro de Instrucción y de Bellas Artes, dejando á un lado el ministerio de las buenas costumbres. Isabel, así encomendaba el arreglo á su celo de la Deuda,

como el arreglo á su literatura de la Biblioteca; y así le pedía opinión sobre los decretos más importantes, como sobre las fiestas más domésticas. El buen Talavera no se andaba con escrúpulos de monja, no; reñía con adusteces de patriarca y con palmetazos de dómine á la primera y más santa Reina de la Cristiandad entonces. Las frases sacramentales que vibraban en los labios suyos y se difundían por los oídos de sus penitentes y confesados, tiraban á recordarles cómo debían apercibirse y aparejarse á la muerte. Por esto decía Isabel á su confesor: «Os ruego y encargo mucho por Nuestro Señor, si cosa aveys de hacer por mí, a buelta de quantas y quan grandes las aveys hecho por mí, que queráis ocuparos en sacar todas mis deudas, así de empréstitos, como de servicios y daños de las guerras pasadas, y de los juros viejos que se tomaron cuando Princesa, y de la Casa de Moneda de Abila, y de todas las cosas que á vos os parezca que hay que restituir en cualquier manera que sea.» Después de remitirle negocios de tal monta, le comisionaba con dulzura para que vigilase las ciudades ó territorios donde arzobispaba y episcopaba. El buen confesor le hablaba en epístolas de todo cuanto podía ocurrirle á la Soberana: del reintegro de Cerdaña y Rosellón, del deber de impedir guerras entre cristianos por justas que fuesen, de las alianzas deseables, del buen proceder esperado del mozo rey Carlos VIII, del cordón de tres hilos formado por una triple alianza entre Francia y España y Alemania, de los festejos dados á embajadores y príncipes, del memorial de las deudas puesto en manos de un Fernando Álvarez,

del cielo y de la tierra. Para comprender la extensión de su influjo y la intensidad de su desabrimiento, bastará decir que riñe á la Reina con acritud, y con el infierno le arguye y amenaza, no por las mercedes á los cortesanos y demás gente, no por el gasto de ropas nuevas, no por las colaciones y cenas ruidosas, no por las alegrías de los ejercicios militares, por las lanzas, en las que tomó una licencia tan grave como la de mezclar las damas castellanas y aragonesas con los caballeros franceses, llevando cada cual de éstos á la que quisiese y le gustase, de rienda. Tras lo cual decía de una Reina tan piadosa y de los divertimientos palaciegos suyos: «¡O mezcla y soltura no católica, ni honesta, gentílica y dissoluta! ¡O, si yo lo entiendo, quanto pierde mi Reina y mi soberana en ello, ante los hombres digo, que ante Dios no dubdo nada!» Y para comprender hasta donde llevaba su crueldad este confesor implacable, baste decir lo siguiente, cuyo recuerdo no más presta verdaderos escalofríos de terror al cuerpo y le pone á uno de carne de gallina, como vulgarmente decimos en castellano, todo el cuerpo. La primer desgracia que hirió el corazón de la Reina, y le amargó los restantes años de su vida con inenarrable amargor, fué sin duda el malogro de D. Alonso, casado con su primogénita D.^a Isabel y fenecido á los seis meses de su boda en violenta desgracia. Pues bien; Talavera dice á la Reina que le ocurrieron tales adversidades por la liviandad horrible de aquellas regias fiestas en que se corrieron sortijas y se lidiaron toros. Ahora bien: un hombre así llega poco á poco, tras largas meditaciones

ascéticas y continuos argumentos teológicos, á estado tal, que parece una grande abstracción. Y en esta grande abstracción de todo cuanto le rodeaba, no tenía sino un pensamiento seguro, fijo, continuo, perdurable: la toma de Granada. Y cuando en este pensamiento se absorbían todas sus ideas y se concentraban todos sus esfuerzos con esa fuerza de concentración en él universalmente reconocida, y esa fuerza de voluntad, venía Colón á divertir al maestro en Escolástica de sus ideas tradicionales y al empeñado en reconquistar Granada de sus empeños formidables. Era, pues, tal distracción, por tanto, incompatible con las dos ideas capitales del Arzobispo; y Talavera miraba los proyectos relativos á las Indias como una innovación peligrosa en las ideas generalmente admitidas, y como una distracción punible de los esfuerzos y de los recursos hacia un objeto, profano en verdad, comparado con la coronación del poema de los siete siglos, con la reconquista de aquella sultana entre las ciudades ismaelitas, con el triunfo de la Cruz, adorada por él en culto fervoroso y continuo. Así, cuando la Reina le prometía en mil circunstancias varias, antes de la conquista, un arzobispado, él contestaba: «Ó seré Arzobispo de Granada, ó no lo seré de ninguna parte.» Tal fué Talavera.

No podían los Reyes encomendar á persona más impropia de tan alta comisión este arduo problema, inaccesible al entendimiento suyo á causa de la vieja ciencia que lo poseía y al ánimo á causa del deseo que le embargaba. Móviles permanentes de creencias, innatas casi, al par de móviles particulares, nacidos en las circunstancias

especialísimas de aquella ocasión, obstruían su voluntad hasta impedirle por completo la comprensión de una idea cuya originalidad rayaba en extravagancia, como la del audaz y porfiado marino. Ayudábale á Talavera una persona de competencia y de seso, como el consejero real Maldonado, quien menos creía en el pensamiento, á medida que más lo escuchaba del facundo labio de su autor, persuadiendo á todos ser cosa imposible la por Colón ideada y propuesta. (Lo primero en que fijaba su creencia era en suponer indispensable, para cumplir la idea de Colón, una forma esférica de la tierra; forma de todo punto inadmisibile, por haber calificado los salmos al cielo como una tienda tendida sobre una especie de cuadrado, y por haber San Agustín reconocido como herética la existencia de los antípodas, con los pies puestos junto á nuestros pies en otro hemisferio y hacia abajo la cabeza. En este período, indudablemente, cuando las objeciones religiosas predominaban sobre todas las demás, debió estudiar con tanta profundidad el descubridor los libros bíblicos al par de los problemas teológicos, y debió profundizar en las ideas místicas de su tiempo y de los tiempos anteriores. Entonces le dominaría como un pensamiento exclusivo y absoluto la reconquista de Jerusalén, para la cual se creía predestinado por Dios en medio de las agitaciones que había en sus mocedades alrededor suyo suscitado la toma de Constantinopla. El profetismo de Israel, unido con las ideas medio sibilinas del mundo antiguo, movía su corazón y sus labios. Á estas anticipaciones del tiempo que por venir se hallaba, extraídas de la Biblia,

unía una impaciencia extrema, dimanada del milenarismo, que preveía y fijaba para muy pronto el postrero juicio, cuyo soplo debía extinguir, con todos los astros, todos los pensamientos, y derribar así el cielo como el planeta. Sumábase también al milenarismo, y los pensamientos que hacia lo pasado se convertían, una doctrina expresada siglos antes por el abad calabrés Joaquín de Flora, quien se prometía un complemento de la Religión del Padre, contenida en la Biblia, y de la Religión del Hijo, contenida en el Evangelio, con la Religión del Espíritu, que anunciaba renovaciones ideales del espíritu con renovaciones materiales del cielo. Y así para esclarecer todas estas vaguedades en que nadaba su idea, como para contrastar todos los escrúpulos teológicos á sus argumentos opuestos, registraba de continuo la Biblia, y veía en ella tan señalado su ministerio de redimir la cautiva montaña de Sión, como el ministerio de redimir la ciega y pecaminosa especie nuestra en Cristo. Para él, casi todos los salmos y casi todas las profecías lloraban los pecados múltiples de Israel, por cuya causa cayera cautiva Sión, y prometían un libertador, quien, á la verdad, no podía ser otro sino él, Colón mismo en persona. Libro de los Reyes, libro de los salmos, libro de las profecías, libro de Job, anunciaban todos la redención de Jerusalén por un hombre como él, predilecto de la divinidad y predestinado á estos providenciales fines. Algunas veces añadía, en las confusiones de su misticismo, que no sólo estaba él en persona llamado por Dios á tanta obra, sino que Joaquín de Flora en sus libros designaba el pueblo espa-

ñol por su nombre, y la Biblia, por su parte, designaba también los últimos pueblos de Occidente con toda claridad. Y pretendía sin vacilación haber oído estas restituciones de la Santa Casa de Jerusalén á los cristianos, desde muy temprana edad, en todos sus viajes. Así aseguraba no haber tanto bebido su idea en la Cosmografía y en la Astrología, y en otras profanas ciencias por él aprendidas á fondo, como en la frecuente lectura de los libros revelados por Dios y reveladores al mundo del bien y de la verdad. En Isaías encontraba toda suerte de anuncios, y por Isaías allegaba sus esperanzas. Á este inspirado de Dios é inspirador de los demás no debe llamársele únicamente profeta, debe llamársele también evangelista. Y el capítulo xxx de su libro maravilloso profético enseña que los hijos de Israel habían dejado caer en manos profanas y extranjeras el monte de Sión; pero que Dios, compadeciéndolos en su corazón, suscitó un elegido para que lo rescatase y lo restituyese coronado de flores, y entre cánticos de hosannas y melodías, así de salterio, cual de cítara y flauta. Y David, en el salmo xxi, anuncia que llegará el nombre de Dios así á los confines últimos de la tierra, como á las gentes más recónditas. Y en el capítulo lxxv vuelve á decir Isaías cómo las razas ignorantes por siglos de siglos del nombre santísimo, irían á Él, proclamándolo con todo regocijo. Y añadió Jeremías en el profético libro, capítulo xvi, cómo irían á Sión desde los últimos fines de la tierra. [Por manera que aparecían Colón y sus descubrimientos, no tan sólo en el resplandor de la ciencia envueltos, sino también rodeados con el

nimbo de la revelación. Pero ni Hernando de Talavera, ni el consejero Maldonado, quisieron creerlo, y por su consejo negaron la posibilidad del descubrimiento á primera vista, mientras los Reyes remitieron su revista ó estudio nuevo á mejores tiempos. Aquí debió celebrarse, y por este período de las primeras relaciones entre Talavera y Colón, la junta de teólogos atribuída por un error acreditadísimo á Salamanca y reunida en Córdoba realmente, que dió un dictamen opuesto al plan y pensamiento del descubridor y fué causa de largas dilaciones. †

CAPÍTULO XII

COLÓN EN SALAMANCA

QUERO mientras así lo desahuciaban unos, acorríanlo con sus influencias y con sus luces otros. Entre los adeptos allegados á la idea colombina entonces, lucen como los primeros el padre franciscano Antonio de Marchena y el padre dominico Diego de Deza. Indudablemente, aquél debió sostenerlo en Andalucía con su consejo y con su auxilio contra las negaciones de la Junta presidida por Talavera en Córdoba, como éste debió abrirle con su ciencia y con su influjo las puertas de Salamanca. Ninguna tradición tan acreditada como la que dilata por el mundo un desconocimiento tal de la geografía y de la cosmografía en la Universidad salmantina, que llegó á suscribirse con todos sus doctores unánimes en contra de Colón, y á oponer todas las supersticiones del sentido común á todos los presentimientos y á

nimbo de la revelación. Pero ni Hernando de Talavera, ni el consejero Maldonado, quisieron creerlo, y por su consejo negaron la posibilidad del descubrimiento á primera vista, mientras los Reyes remitieron su revista ó estudio nuevo á mejores tiempos. Aquí debió celebrarse, y por este período de las primeras relaciones entre Talavera y Colón, la junta de teólogos atribuída por un error acreditadísimo á Salamanca y reunida en Córdoba realmente, que dió un dictamen opuesto al plan y pensamiento del descubridor y fué causa de largas dilaciones. †

CAPÍTULO XII

COLÓN EN SALAMANCA

QUERO mientras así lo desahuciaban unos, acorríanlo con sus influencias y con sus luces otros. Entre los adeptos allegados á la idea colombina entonces, lucen como los primeros el padre franciscano Antonio de Marchena y el padre dominico Diego de Deza. Indudablemente, aquél debió sostenerlo en Andalucía con su consejo y con su auxilio contra las negaciones de la Junta presidida por Talavera en Córdoba, como éste debió abrirle con su ciencia y con su influjo las puertas de Salamanca. Ninguna tradición tan acreditada como la que dilata por el mundo un desconocimiento tal de la geografía y de la cosmografía en la Universidad salmantina, que llegó á suscribirse con todos sus doctores unánimes en contra de Colón, y á oponer todas las supersticiones del sentido común á todos los presentimientos y á

todos los anuncios y á todas las profecías del genio y del saber. Sin embargo, una fundada rectificación de tales errores, no solamente revoca la creencia secular y la invalida para siempre, sino que atribuye á Salamanca el comienzo de la fortuna del descubridor, y coordina con su estancia en la ciudad sabia los primeros auxilios metálicos entregados por los Reyes al descubridor para prosperar su obra. Muchos juzgan de las universidades en el Renacimiento por aquello que fueron á fines del siglo último, cuando heridos á una Pontificado y Monarquía, empeñábanse las viejas escuelas, al calor de ambos institutos nacidas, en permanecer inmóviles junto á sus ídolos, alzados en el altar y en el trono. Las universidades habíanse fundado para extraer del monasterio la ciencia y llevarla con mejor acuerdo á poder del Estado. Pasaba con esto en el mundo cristiano lo mismo que pasara en el mundo antiguo al salir la filosofía de los colegios sacerdotales: iba el ideal bajando al pueblo y esclareciéndolo con resplandores, los cuales poco á poco le prestaban una superior vida social. Si las universidades en el Renacimiento no hubieran hecho más que fomentar la jurisprudencia y difundir el gusto á las antiguas letras, hicieran muchísimo, pues con las humanidades completaron la historia, reducida largo tiempo á relatar lo que interesaba únicamente á los pueblos cristianos en las crónicas de latín eclesiástico, y con el derecho romano destruyeron á un tiempo los excesos de la teocracia y los excesos del feudalismo. En vano los Papas contendían con los Reyes por la dirección universitaria: tales insti-

tutos, por sí, revestían un carácter antiteocrático y laico. Verdad su cooperación al regalismo de la Corona, muy exagerado con detrimento de los Pontífices; verdad también su cooperación al absolutismo por las apariencias de imperio romano dadas en sus exageraciones y en sus violencias á las Monarquías cristianas. Pero todos los progresos humanos adolecen de una oposición radical á los tiempos y á los ideales que los han engendrado. La Universidad salmantina brillaba entonces en el Derecho y en las Humanas Letras. Por consecuencia, no podía oponer á las innovaciones una vieja resistencia como la sobre sus espaldas impuesta por un error secular á los proyectos de Colón. Salamanca por sí, con excepción de algunas casas nobles y guerreras, las cuales unas con otras combatían en perdurable combate sin descanso y sin tregua, se nos aparece como una ciudad universitaria, donde los monasterios eran escuelas, y las capillas cátedras, y las salas capitulares academias, y la población conjunto y suma de discípulos que aprendían y maestros que enseñaban á todas horas y en todas partes.

Fundó aquella Universidad en comienzos del siglo décimotercio Alonso IX de León; amplióla Fernando III el Santo, Rey de Castilla y León ya, en mediados del siglo décimotercio; y á fines de este mismo siglo ya organizóla y coronóla D. Alfonso X el Sabio. Exenciones de peajes y portazgos á los que aprendían ó enseñaban; cesión de tercias reales para proveer á su mantenimiento; preferencia deinquilinos á los escolares; posadas instituidas y hospitales dotados para procurar el bien de la

juventud estudiantil; disposiciones encaminadas á la conservación del orden público y del respeto de las leyes; privilegios concedidos á sus sabios habitantes; milicias encargadas de la pública seguridad y de sobreponerse á los levantiscos señores, para que no turbasen los estudios con sus algaradas de costumbre y sus alardes de combate; cuanto pudiese contribuir á la formación de una población universitaria y científica, lo hacían de consuno en emulación porfiadísima Reyes y Papas, quienes le ponían, ora el nombre de regia, como hicieron las reinas Catalina é Isabel, ora el nombre de pontificia, como hicieron Martín V y el Papa Luna; pero que la sustentaron siempre allá en la cumbre donde resplandecían sus tres compañeras: Bolonia, París y Oxford. El Tostado la cercó de piedra para que apareciese como una ciudadela en la ciudad; la catedral no quiso nunca renunciar á la hermandad con ella, la cual fué de antiguo al extremo de sentarse los doctores como canónigos en el coro y los canónigos como doctores en el claustro. Así tuvo un predominio tal, que la consideraron todos los pueblos como asiento de la sabiduría. Y por tal razón, cuando se le suele preguntar cualquier importunidad á uno, contesta: «Quien desee saber, que vaya á Salamanca.» Pues bien: como época principal y mejor de su grandeza quedará siempre la época que coincide con la llegada del inmortal descubridor á su seno. Y esta grandeza intelectual trasciende hoy mismo desde sus ruinas á nuestra consideración y á nuestro pensamiento, catándose, no tan sólo en los admirables monumentos consagrados á la enseñanza, como su mara-

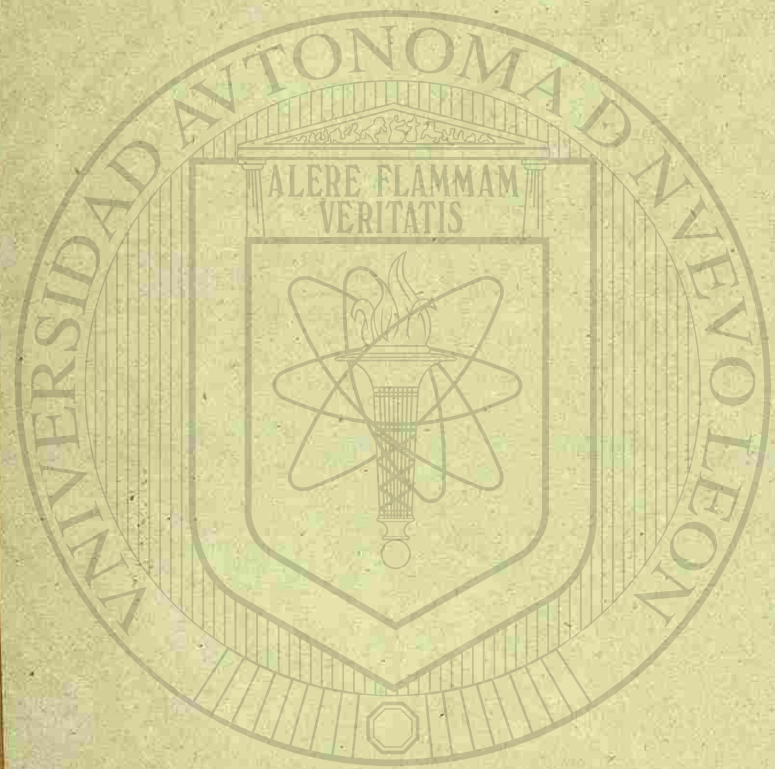
villosa Universidad, blasonada cual una gran señora con cien complicados escudos pontificios ó regios, y engrandecida por una portada plateresca, la cual creeríais por joyeros florentinos cincelada; no tan sólo en aquellas capillas donde aún vuelan tantas ideas exhaladas por profesores universitarios, y en aquellos claustros henchidos en tiempo de una estudiantina entusiasta y bulliciosa, cuyos nombres laureados leéis en cada piedra con vítores y loores; no tan sólo en monumentos como el gloriosísimo de San Esteban, donde resplandecen maravillas propias de los Guas y de los Siloes, ó el tan celebrado de los irlandeses, ornamentado por nuestros mejores buriles: en algo moral que ha sobrevivido á su grandeza, en una distinción de modales entre sus habitantes, en un hábito de cortesía, en una propiedad de lenguaje y estilo, en un respeto al saber y en un amor á la ciencia que allí se aquista por la respiración y por los poros, como si el aire de ideas estuviera impregnado y el bien decir antiguo, con toda su elegancia, se hubiera transmitido á las almas, como á las venas se mandan y se transmite por unas generaciones á otras generaciones la sangre. Aquella Universidad, que contaba con humanistas como Nebrija, quien parecía en su ciencia literaria y en su lenguaje puro haber con los antiguos convivido; con filósofos como Soto y Vitoria, los cuales alcanzaron los conceptos fundamentales del derecho mucho antes que Grocio; con profesores de moral como Ximénez, y de lógica cual Herrera, que anticipaba las ideas de Bacón y Descartes contra el vacío escolasticismo, y de astrología cual Torres; aquella Uni-

versidad, decía, no pudo levantar á la frente del Profeta las nefastas sombras supuestas por una falsa leyenda urdida con errores, los cuales hasta el día de ayer se han agrandado por una falsa tradición, ya desvanecida felizmente por los progresos de una sabia y fundada crítica.

Todas las investigaciones hechas en los años últimos, y todos los documentos encontrados, confirman la sagaz opinión del sabio escritor salmantino Sr. Rodríguez Pini-lla, que imputa la primer negativa rotunda, opuesta en la corte al proyecto de Colón, á la Junta oficial presidida en Córdoba por el prior de Prado, Hernando de Talavera, y atribuye los comienzos de una propensión del Estado al proyecto mostrada en los maravedís mandados dar por los Reyes á las Juntas extraoficiales, juntas universitarias celebradas en el salón de San Esteban y seguidas de una inteligencia inmediata entre la Corona y el Profeta. Sin embargo, el arte y la poesía, cuando no la historia, siguen cargando sobre Salamanca y su claustro la resistencia tenaz al descubrimiento, que lleva el sambenito puesto por todas las generaciones en todas las lenguas á los enemigos del humano progreso. Aquellos doctores, pintados en una parte por pinceles hostiles á ellos, zaheridos en otras por indignaciones justas si los cargos puestos sobre su ceguera y ofuscamiento fueran ciertos, anatematizados por una tradición que dura de siglo en siglo y se transmite de generación en generación, no merecen tal nota, pues iluminados por la ciencia cosmográfica del P. Marchena, en quien tuvo siempre Colón un colaborador competente y asiduo completado con un amigo entusiasta y



Lit. Felipe C. Rojas, Madrid



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VIEÑA, LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

constante, en soberano impulso al bien y á la verdad por el sabio Deza determinados, por Deza que representaba la voluntad á servicio del progreso, cual Talavera por su parte representaba la resistencia, lograron una reconciliación entre la ciencia y la fe, á cuya virtud se debe la buena fortuna y la eterna gloria del descubrimiento. Monasterio de San Esteban, sala *De Profundis* en este monasterio, quinta de Vallecuevos, salón de la Universidad, riberas deleitosas del Tormes, todo cuanto en Salamanca los ojos del alma columbran como circuído de recuerdos y de ideas, todo lleva impresa la retina de Colón, que recibía de lo interior tanta luz y que se fijaba en los objetos con la certera mirada del marino avizor. Allí, en Salamanca, no debió encontrar las burlas que tanto amargaran su vida en otras partes. No debió allí ver tan adustos rostros como aquel de Talavera, sumamente airado á la consideración de que divertía el proyectista con sus proyectos la general atención de un objeto tan predilecto y tan preferente como la reconquista de Granada. El P. Deza oía con arrobamiento á Colón, y confiaba en él y en Dios revelador con viva fe. Los frailes dominicos le trataban como á un hermano más, y le asistían en sus dolores con los consuelos debidos por una grande amistad y con los manuscritos de una biblioteca escasa en impresos todavía, por no haber pasado ni medio siglo siquiera tras el hallazgo de la imprenta. La dehesa de Vallecuevos le ofrecía reposo, esparcimiento, solaz, tiempo y lugar para sus estudios, espacio y silencio á los recogimientos en sí mismo y á las absorciones en el ideal. Todavía en-

señan las gentes el altillo desde donde miraba los horizontes y cielos, llamado Teso de Colón. Cuántas veces en aquellas infinitas llanuras de Castilla, bajo el cielo encendido y caldeado por los ardientes rayos del sol de nuestra España, vería en los vapores condensados por las nubes recamadas de púrpura y violeta y gualda, sobre las líneas del ocaso agruparse las islas y los archipiélagos que llevaba sobre su espíritu como sobre inmenso mapamundi, entre los esplendores del crepúsculo multicolor, y surgir la región de Cipango con el reino de Catay, perfumados por especias embriagadoras, revestidos de rubíes y esmeraldas, con casas de plata maciza, con templos de oro puro, con paredes en topacios y brillantes embutidas, de bosques henchidos por alados coros y ornados por gayas flores, y con una corona de reverberaciones ideales, en las que iban engarzados versículos de Isaías con hexámetros de Séneca y de Virgilio, ensueños sibilinos con capítulos evangélicos, formando y componiendo el sublime conjunto de otra nueva creación. Lo cierto es que hoy no podemos penetrar en el salón inmenso de San Esteban, llamado todavía *De Profundis*, quizá por lo mal que alumbran sus espacios los ventanillos aquellos, parecidos á tragaluces tristísimos, sin que bajo sus diez y seis grandes arcos la memoria recuerde y la imaginación evoque las angustias que desde las cumbres del Cáucaso á las cumbres del Calvario han experimentado todos los redentores cuando han querido romper el eslabón de una pesada cadena ó encender la lumbre de un progresivo ideal.

Lo cierto es que cuando recomponemos con el pensa-

miento la Universidad, y penetrando por la maravillosísima portada reconstruímos sus espacios, al rehacer aquella capilla, cuyas bóvedas, pintadas de finísimo azul, resplandecían á una con cuarenta y ocho imágenes de la llamada entonces octava esfera, todas labradas en oro, y oímos en idea el reloj complicado en que bella luna de plata ofrecía todos los fenómenos astronómicos vulgares y corrientes, no podemos menos que descubrir la vista y la idea de Colón fijadas allí como un término brillantísimo de aquella serie de revelaciones, por las cuales hemos escudriñado los misterios del universo, y entrevistas desde nuestras penas y nuestros dolores, un sobrehumano ideal. Es lo cierto, lo histórico, lo indudable, que tras las conferencias de Salamanca, celebradas en comienzos del 87, diéronse por los Reyes las oportunas órdenes para la entrega de recursos al descubridor, y se proveyó para que lo tratasen como adscrito á Real servicio y le reconocieran derecho, doquier que fuese, á posada y alojamiento. En legajo de cuentas llevadas por el tesorero Francisco González de Sevilla, que puede cualquiera ver trasladadas al tomo II de la célebre colección de Navarrete, hállanse las partidas siguientes: «En dicho día 5 de Mayo de 1487 dí á Cristobal Colomo, extranjero, que está aquí haciendo algunas cosas complideras al servicio de sus Altezas, tres mil maravedís, por cédula de Alonso de Quintanilla, con mandamiento del Obispo de Palencia.» «En 27 de dicho mes (Agosto de 1487) di á Cristobal Colomo cuatro mil maravedís para ir al Real, por mandado de sus Altezas y por cédula del Obispo. Son siete mil maravedís con tres

mil que se le mandaron para ayuda de costa por otra partida de 3 de Julio.» «En dicho día (15 de Octubre de 1487) di á Cristobal Colomo cuatro mil maravedís, que sus Altezas le mandaron dar para ayuda de costa.» «En 16 de Junio de 1488 di á Cristobal Colomo tres mil maravedís por cédula de sus Altezas.» Como se comprueba patentemente por estos datos históricos, así como desde la presentación á la Junta oficial celebrada en Córdoba y presidida por Talavera, no hay rastro de auxilio á Colón; en cuanto á Salamanca llega y se presenta, por Deza dirigido y aconsejado, á las Juntas extraoficiales de Salamanca, empiezan los auxilios demostrativos de que los Reyes habían venido en socorrerlo y sustentarlo con el fin de prosperar su plan y moverle á su viaje.

A no dudarlo, en Salamanca entonces debían vagar las ideas capitales del Renacimiento, despertadas por la evocación de los autores griegos y latinos, llamados á compartir la historia y la ciencia con los cristianos en aquella pascua de resurrección. Seguramente no habrían de faltar los empeñados en aplicar al proyecto del vidente la excomunión mayor, contenida en la *Ciudad de Dios*, del inspirado San Agustín, contra todos cuantos de antípodas hablasen, y en recordar aquellas donosuras de Lactancio, que tan ligeramente se burlaba de un hemisferio como el opuesto al boreal; hemisferio donde los árboles crecerían hacia abajo y las nubes lloverían hacia arriba. No habría de faltar tampoco quien porfiara en declarar inhabitables, tanto la zona tórrida, como la zona polar, no obstante haber Colón estado y vivido en Islandia y en

Guinea. Para muchas de aquellas gentes universitarias, el único hemisferio bueno era el hemisferio boreal, pues en el austral todo se vuelve confusión y caos, como indica el mar tenebroso, que comienza de suyo allende la punta del apartadísimo africano Bojador. Pero junto á estas ideas, que miraban lo pasado, corrían por el cielo de las almas ideas que miraban á lo por venir; junto á las obscuridades y sombras espesísimas lucían destellos deslumbradores. Virgilio é Isaías uníanse dentro de confusa palingenesia en los mismos pensamientos y en las mismas esperanzas. Según tales ensueños, mientras el profeta de Jerusalén anunciaba una especie de Ciudad del Sol, hogar de Dios, alrededor de la cual florecen los desiertos, que toman la magnificencia del altísimo Líbano, y dentro de cuyo recinto ven los antes ciegos y los antes mudos hablan; el profeta de Roma, ungido mil quinientos años después de sus profecías como un doctor cristiano por el Dante, anuncia que un orden nuevo nace del seno alterado de los siglos, que baja nueva progenie del cielo, que llega un Redentor, por cuyas leyes y revelaciones perderá la tierra el borrón de sus pecados, y el espíritu la sombra de sus errores, y su fiereza el carnicero león, y su astucia la tentadora serpiente, y las adelfas su veneno; el cual Redentor lo purificará todo de tal suerte, que se llenará el campo de doradas espigas sin necesidad alguna del trabajo, y la vid, por su parte, de racimos dorados, y la dura corteza del roble destilará mieles, y el vellón de los corderos se teñirá de iris, y la juguetona cabra irá de grado, con sus tetas cargadas, al aprisco, y las vacas al

establo, y las hierbas no sentirán el filo de las hoces, ni el buey la pesadumbre de los yugos, y las colinas se coronarán de azucenas, y los valles abundarán en aromas asirios, y el planeta en sus fundamentos, y el Océano en su lecho, y el cielo en sus abismos, habrán de saludar este nuevo reinado de Saturno y este nuevo día de Astrea, cuya gloria esplenderá tanto, que no podrán loarla ni Lino ni Orfeo, y el mismo Pan arrojará lejos de sí el caramillo y la flauta, con que despertaba las ninfas en los arroyos y hacía resonar las azules montañas de Thesalia, dejando á otro poeta mayor que cante tal florecimiento de la Naturaleza y del Alma en cánticos cuyos ecos asombren y suspendan á todo el universo. Estas ideas religiosas, estas esperanzas sibilinas, estos ensueños tesálicos embargaban de tal suerte los ánimos y los espíritus entonces, que un hombre dotado de un genio gemelo con el genio de Colón, un hombre de intuiciones y de profecías, un revelador también, Miguel Ángel, ponía por estos mismos años los profetas y las sibilas juntos en el cielo inmortal de sus creaciones.

Tenemos en los libros de la época múltiples noticias indicatorias del cruce de ideas confusas que había en los espíritus. Como ni Vives ni Bacon habían aún convertido la observación de los fenómenos naturales hacia el estudio de la realidad, y como ni Pereira ni Descartes habían convertido la observación de los fenómenos psíquicos hacia la conciencia, predominaba un criterio histórico, el cual oía, como los antiguos oyentes la voz del oráculo, aquellos juicios de los autores clásicos, recién resucitados

y venidos de sobrenaturales regiones y esferas, mezclados con los juicios confusos y vacilantes de los autores cristianos. Así, por ejemplo, Alberto Magno certificaba la existencia de dos clases de negros etíopes adscritos á dos opuestos hemisferios. Pero estas afirmaciones del gran doctor medioeval no podían en modo alguno contrastar el décimosexto libro de la *Ciudad de Dios*, en que San Agustín traza una Historia universal copiada literalmente de la Biblia, y niega la existencia de los antípodas á causa de su imposible descendencia de Adán y de lo embustera que aparecería la bendición á los hijos del patriarca Jacob y el reparto de la tierra trazado en el divino *Génesis*. Mas aquellos ilustres universitarios contendían igualmente sobre la dispersión del género humano á los cuatro extremos del cielo, que sobre la distribución de lo sólido y de lo líquido en el desconocido planeta. Y mientras los enemigos de Colón aseguraban resultar en sus cálculos el Océano extensísimo, y, por ende, imposible hallar en él tierras bajando á Occidente, por la dificultad incontrastable de remontarlo y de volver, sus amigos, fundados en Esdras y en su capítulo vi, aseguraban ser la tierra seis veces mayor que la mar, y, por consiguiente, facilísimo el encuentro por Occidente de las Indias orientales, cuyo extremo debía estar muy cerca de las columnas del divino Hércules y del mar de la hermosa Gades. Colón mantenía todas estas aserciones últimas con grandísimo empeño, según el P. Las Casas nos dice, fundándose, al par que sobre los versos del profeta Esdras, tan seguido entonces, sobre los libros del cardenal Aliaco,

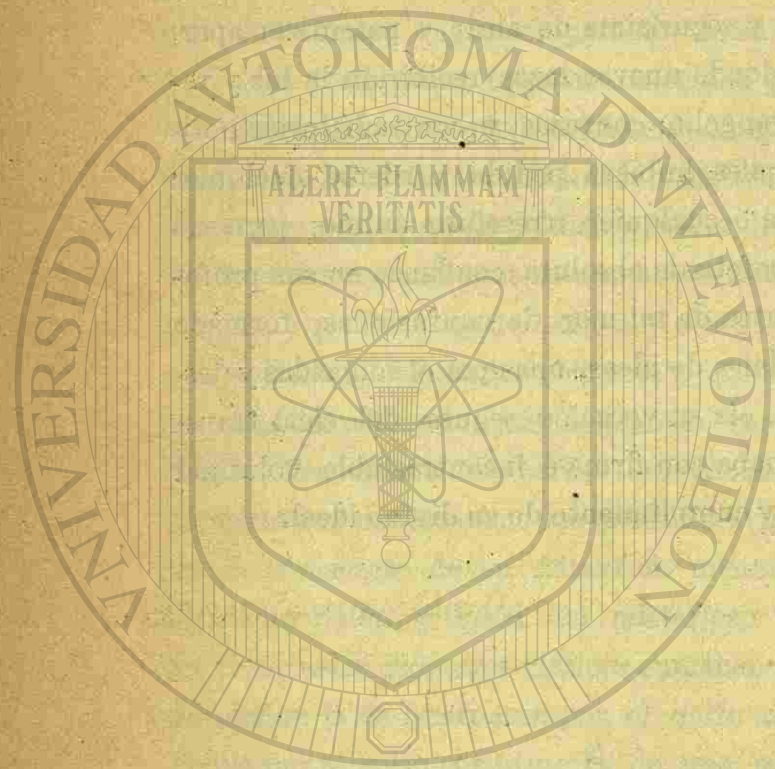
su oráculo, quien también restringía el mar y agrandaba la tierra, apoyado sobre noticias y especies de Aristóteles, de Séneca, de Plinio, los cuales debían, según él, conocer mucho la tierra, por una razón bien extraña, porque los dos primeros fueran preceptores de Alejandro y Nerón; así como el último amigo de Trajano, tres emperadores errantes y viajeros, quienes debían tener, por sus viajes continuos y por su vida nómada, copiosas noticias del reparto de la tierra nuestra y del carácter de las agrupaciones humanas. Y aquí no se detenían las razones de autoridad en que los partidarios de Colón se fundaban, pues recogían á granel abundantísima cosecha de obras en obras, como la *Historia Natural* de Plinio, cuyo libro II, capítulo LXVII, hablaba de nociones referentes al mar y sus secretos, bastantes para desatinar y aturdir al más experto, como de la facilidad completa de navegar los mares del ocaso, como de la exploración de costas indias por los antiguos seleucidas herederos en Siria del poder y gloria de Alejandro, como de las navegaciones que partiendo de la Bética recorren además de aguas mauritanas otras meridionales más adentro, como de los restos de naves hispanas, vistos por Cayo César al tiempo de Augusto en el golfo arábigo, como del viaje circunvalador del cartaginés Hannón, lleno de reveladores indicios, como del arribo de un Eudoxio á Cádiz por ignotos y misteriosos rumbos, huyendo de Ptolomeo, como de cien otras indicaciones, á cual más congruente con los proyectos oídos entonces y con los resplandores varios que servían á darles crédito y autoridad con alguna consistencia.

Á su vez Macrobio, en el segundo libro de sus *Comentarios al Sueño de Escipión*, también ofrecía en aquellos tiempos armas á los amigos de Colón, pues con muchos errores mezclada, sostenía vagamente la redondez del planeta y la existencia del antípoda. É igual parecer compartían Polibio, Mela, Solino, citados varias veces por Las Casas en los primeros capítulos de su grande *Historia de las Indias occidentales*, tan favorable al recuerdo y al nombre de Colón.

Y con el problema de los antípodas uníase también otro problema, referente al carácter de habitable que tienen la zona tórrida y la zona helada, negados generalmente, á pesar de haber dicho Colón que habitara él en Islandia y en Guinea. Despreciando tales pruebas prácticas ó experimentales, íbanse los contendientes á prueba de autoridad, y decían cómo Aristóteles poblaba en su libro de *El Mundo* la mar occidental con islas numerosas y aun con tierras ó continentes mayores que nuestro mundo conocido, todo ello muy habitable; cómo Lucano aludía en sus poemas á una clase de árabes misteriosos esparcidos por desiertos ignotos; cómo le mostró y enseñó Marciano á Plinio la existencia cerca del Polo Norte de los hiperbóreos, tan felices, que se creían en sus bosques bajo las ramas de los elíseos campos, y tan longevos que para sucederse tenían que suicidarse, arrojándose de cabeza desde las montañas más encumbradas y eminentes, cosa también frecuentísima en las zonas tórridas, refrescadas por el oceánico aliento; cómo dos autores de tan diversa índole cual Avricena y cual Anselmo, hablaban

de archipiélagos perdidos y olvidados, á manera de ingentes madreperlas, en las aguas del mar tenebroso; cómo Platón, en sus dos sublimes diálogos del Timeo y de Critias, conmemora una incomparable tierra, denominada, según las tradiciones egipcias recogidas por los varios sacerdotes en sus templos, testigos de la historia y depositarios de la tradición, Atlántida, tendida, con arrecifes de corales y bosques de palmas y mares de ópalos y montes de pedrería, entre las columnas del Divino Hércules y las costas occidentales del África y el extremo de Asia, que se habían tragado los abismos, y que aún mostraba sus residuos en los bosques de plantas variadísimas é inclasificables, donde los barcos enredaban sus quillas y detenían sus moles; cómo los platónicos habían recibido las ideas respecto de su Atlántida misteriosa del sabio legislador Solón, y Solón del misterioso río Nilo; cómo los principales geógrafos clásicos sumaban á una con esta sumersión la de Acarnania por el golfo ambracio, la de Acaya por el golfo corintio, la de una parte del continente asiático y otra del europeo por la Propóntide y el Pontho, la ruptura entre los dos bordes espléndidos del Bósforo y la formación relativamente recentísima de Geslos; cómo Séneca en el sexto libro de sus *Morales*, atribuye á Tucídides el intento de señalar una fecha irrevocable á la sumersión del continente atlántido; cómo ciertos rumores hablaban de la unión del suelo africano con el europeo suelo, por medio de un istmo formado entre las dos riberas del Estrecho, y además hablaban de haber desaparecido un brazo entero del Guadalquivir, y

hablaban de haberse llenado con ovas y ramajes, y algas las aguas al ocaso de Canarias; cómo San Ambrosio anunciaba en sus *Disertaciones sobre vocación de las gentes* una esperanza clara y segurísima de abrir y patentizar apartadas regiones donde nuevas razas recibirían la luz y revelación del Evangelio: confusas y contradictorias noticias, en las cuales hubiera podido perderse cualquier incierto espíritu ó cualquier irresoluto ánimo; pero no Colón, aquel profeta de absoluta confianza en sus profecías, quien, dentro de tal mar de confusiones, formado con tantos caudales de ideas, unas por él conocidas y desconocidas otras, oía su vocación segura, del cielo transmitida, y caminaba con firme é incontrastable voluntad á la realización y cumplimiento de su divino ideal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VELLO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII

LA RÁBIDA

CN resultado práctico tuvieron todas las remociones de ideas diversas, que fué la mayor inteligencia del piloto con los Reyes y la mayor protección concedida por éstos á los planes condenados en la Junta de Córdoba. Pero, si bien abundaban los auxilios con alguna frecuencia, á pesar del continuo apuro en que vivía la Corte, un decreto decisivo y determinante del viaje no podía sobrevenir, impedido por el natural embargo de la reconquista. Tras la estancia en Salamanca emprendió el regio matrimonio, que gobernaba sobre nosotros, la conquista de Málaga, y durante la conquista de Málaga estuvo alternativamente Colón unas veces en el sitio de la ciudad, otras veces en la corte de Córdoba, y hasta en la corte de Lisboa. Muchos niegan este viaje; pero no debe maravillarnos tal negación, atendido á que reina una tal incertidumbre y perplejidad en los historia-

dores de toda esta época, que hay quien desconoce y niega las conferencias mismas de Salamanca, poniendo las dos Juntas reunidas para oír al descubridor y entender del descubrimiento, en Córdoba y en Granada. Mas no cabe duda respecto del viaje á Lisboa de Colón. Basta considerar que tenemos la carta del rey don Juan, concediéndole salvoconducto y preservándolo de toda demanda por deudas, fechada en el año 88, así como tenemos una célebre apostilla, puesta por la mano del descubridor en su libro predilecto, *El Mundo de Aliaco*, donde consta la coincidencia de su arribo á Lisboa con el descubrimiento, á sus planes tan favorable, con el descubrimiento de aquella extrema tierra del África austral, conocida con este nombre: Cabo de Buena Esperanza. No sabemos cuánto hiciera en Lisboa Colón durante la visita postrimer á la hermosa capital portuguesa; no podemos establecer ni la fecha de su partida, ni la fecha de su regreso; pero sí podemos decir que recogió cuantas noticias pudo en aquel tiempo hallar de carácter geográfico y las puso con sobra de diligencia y matemática exactitud en su memoria y en sus libros. Efectivamente; Bartolomé Díaz acababa por entonces de hallar el Cabo, allende cuyas aguas no pudo pasar por el terror de la tripulación. El mundo había dado un paso más hacia la corte del Preste Juan de las Indias, que provocaba tantas expediciones y que influyera en los ensueños de Colón. La residencia del misteriosísimo personaje, puesta por el veneciano Polo en las aromadas selvas del Asia central, pasaba, en concepto del portugués Corilhan, á los riscos de Abisinia

circuñidos por los arenales líbicos; y mientras llegaban estas noticias, refería el piloto descubridor todas las angustias sufridas en requerimiento de un Cabo conocido ya desde aquel entonces con dos nombres tan opuestos como Esperanza y Tempestad. En tales disertaciones orales aseveraba Díaz cómo había desistido, para una segunda expedición, de dar dimensiones grandes á sus naves, y las deseaba sólidas para que resistiesen á todas las tormentas del aire, y diminutas para que penetrasen por todos los senos del mar. Así, de cuanto necesitaba entonces un barco para navegar lejos, había llevado sumas tres veces superior á la llevada en los viajes anteriores. É hizo bien. Las tormentas se arremolinaban en aquellas aguas con tal frecuencia y tal furor, que las naves iban bajo las alteradas ondas. Pero el mar tenebroso estaba desvanecido; el África circunvalada en lo posible casi; el Preste Juan próximo á las manos que lo requerían por todas partes; las Indias orientales, reencontradas en expediciones tan maravillosas como las expediciones de Alejandro; los aromas de nuevas especias difundidas en las venas, y casi descubierto el origen de la humanidad y de la historia; el territorio ario de fetiches y de castas, y de palanquines, y de palmas, y de jeroglíficos, y de oro, y de brillantes, y de simbólicas flores, y de cuentos prehistóricos, que completaba el planeta con su vida exuberante y coincidía con el encuentro de la estatua griega entre los escombros y las ruinas del tiempo pasado, y el encuentro de nuevos mundos entre las esperanzas del tiempo por venir. Mas Colón, que así trazaba una profe-

cía como una cuenta, dijo en las apostillas y anotaciones de sus lecturas cómo Bartolomé Díaz navegara seiscientas leguas allende lo navegado hasta entonces, é inviniera el Cabo de Buena Esperanza; en el cual, tomando altura por el astrolabio de Behaim, así como probó que distaba 45 grados de la equinoccial, probó también que distaba tres mil cien leguas de Lisboa. El matemático y el profeta se completaban en Colón, quien, al mismo tiempo que leía Esdras ó Job en sus oraciones con santa piedad, tomaba con matemática exactitud alturas y distancias en peladas cifras.

En cuanto volvió Colón de Portugal quiso avistarse nuevamente con los Reyes; pero encontró las vías materiales á su corte y las vías morales á su corazón muy obstruídas por los olvidos consiguientes á la triste ausencia y por el embargo y absorción de los espíritus y de los ánimos en la reconquista. Vencedores los Reyes en Málaga y Vélez-Málaga, el triunfo les aguijoneaba con sugerencias vivas á la continuación de su obra, facilitada por las innumerables divisiones interiores del reino granadino, roto en fragmentos, que ocupaban, como enemigas fortalezas alzadas por unos contra otros, los tres nominales reyes moros Hassem, Boabdil, el Zagal. Así, después que celebraron en Aragón una de aquellas Cortes vivamente agitadas por el saludable soplo de la libertad, y que celebraron en Sevilla con torneos y cañas y festejos y saraos el enlace de su hija mayor, D.^a Isabel, con mozo de tanto poder y nombre como el príncipe D. Miguel, heredero de la corona portuguesa, convirtieron sus pen-

samientos y sus fuerzas al indispensable remate de la gloriosa reconquista. Mala coyuntura para tratar de ningún otro asunto. Habían crecido los partidarios de Colón y aumentádose la particularísima influencia de cada cual. Quintanilla, el bueno y pródigo Contador, ganaba influjo á medida que hacía gala de sus talentos en procurar al Real Tesoro cuantiosísimos servicios; Mendoza, el Cardenal fiel, aumentaba en poder y merecía gracias conforme iban sus caridades asistiendo á los vivos y sus oraciones á los muertos, sin descuidar por esto el combate perdurable con los guerreros moros; la Marquesa de Moya, expuesta en el asedio de Málaga, por el esplendor de sus arreos y la riqueza de su alojamiento, á violentísima muerte, pues la hiriera un santón árabe, tomándola por Isabel, ganaba el corazón de la Reina, quien decía que jamás hubiera en España reinado sin la decisión del marido de su amiga; y no obstante la grande autoridad y poderosa influencia de todos en el gobierno regio y en el campamento cristiano, hallábanse como muertos, y no querían divertir ni un hombre, ni un escudo de la obra capital del tiempo, de la cercana reconquista. Mientras Colón llamaba de puerta en puerta, ofreciendo continentes á quien reconcentraba todas sus actividades en una sola ciudad, la tala de los cármenes granadinos, azotados por una invasión cristiana; el asiento de las vencedoras huestes alrededor de Baza, donde se había levantado una ciudad española frente á la ciudad árabe, ardiendo las dos en fiestas y en combates; las hazañas caballerescas de los Pulgares, inspirando á los soldados de la cruz alientos

nuevos en la cruzada religiosa y á los romances moriscos nuevas cadencias en la epopeya nacional; el penúltimo Rey moro, de hinojos ante los Reyes, presentándoles en homenaje, á la vista del mar azul, que resaltaba en marco de asiáticos nopales y de rosáceos adarves, la sultana feliz, Almería, coronada de torres y de palmeras; los embajadores turcos, llegados desde la cautiva Jerusalén á detener el brazo extendido sobre Granada, vacilante y, en su tribulación, hermosísima como la Sión de los profetas; el muro de las mismas Alpujarras, encendido por el sol andaluz y perfumado por el jazmín oriental, resonante con el fragor de encuentros, cruentísimos, por sus resultados, pero épicos por sus gentiles aspectos; Salobreña despidiendo al ciego Hassem, terror de la cristiandad, muy llorado por las elegías de una raza, parecidas al sublime lamento de los trenos bíblicos; cada laurel de la vega convertido en lanza de los combatientes, y cada eslabón de las cadenas rotas en el pie de los cautivos reudentos en chuzo de estas lanzas; cada huerto trocado en arena de torneo continuo; cada hogar en fortaleza á los defensores y objeto de ataque á los asaltantes; el espacio aquel todo hecho los de Troya para los helenos, término de una guerra secular y comienzo de una nueva patria, no dejaban lugar para ningún otro empeño ajeno á la terminación y coronamiento de tan maravillosa epopeya. ¿Cómo habría en tal minuto espacio para pensar en Colón, antes desconocido y olvidado ahora?

Colón, al verse así olvidado, lloraba los tiempos en que se viera combatido; y, taladrado el corazón; heridas

sus más caras preferencias; deshojada la fantasía de todas sus ilusiones; con las zarzas de los desengaños, más penetrantes que las espinas, en sus sienes; la hiel de todas las acerbidades juntas en sus labios; el horror al ciego mundo por sus nervios; los primeros asomos de la vejez en su frente arrugada por los surcos que deja todo ideal frustrado; las heladas del invierno de su vida llevándole, silenciosas, el frío de la desesperación, y cerrándole todos los horizontes; empecatadísimo en rehacer su obra, ofreciéndola de nuevo á otros reyes, y reanudar sus pasos, apartándose, como se había en oportuna sazón apartado y huído de Portugal, apartándose y huyendo de nuestra España, tomó la resolución de una suprema despedida del suelo español, donde todo le abandonaba, y de un llamamiento á la corte de Francia, donde se habían refugiado las pavesas de aquellas últimas llamaradas que lo esclarecieran y le alentaran en tan amargo dolor con algún vislumbre de salvación y con algún asomo de triunfo. En tal estado terrible, debió ir á Córdoba para despedirse de D.^a Beatriz y besar al hijo de sus amores con ella, Fernando; desde Córdoba debió irse á Sevilla para verse con amigos como los Geraldinis y noticiarles sus amarguras, á fin de que á su vez las noticiaran ellos á Mendoza; desde Sevilla irse á Marchena para contarle á su protector, el sabio fraile Antonio, los desvanecimientos de todas las esperanzas y los malogros de todas las promesas; desde Marchena irse á Huelva en busca de su cuñado Muliarte y de su hijo Diego, puestos so el amparo de sus tíos carnales, en el afán y desasosiego consiguientes á las pere-

grinaciones del descubridor; desde Huelva, en aquel errar de un desgraciado, poseído por la terrible hipnotización de las ideas y aquejado por la neurosis, ó desarreglo de los nervios, muy semejante á la que asalta en víspeas de su demencia ó de su muerte á un loco y á un suicida, entrarse por un monasterio aislado y solitario como pudiera entrarse por los umbrales del sepulcro y acogerse á la silenciosa eternidad, pues no debía caberle ya el corazón en su pecho y el dolor en su corazón. La histeria del místico éxtasis cuando esperanzado, había sido sustituida, cuando desesperado, por la histeria de infernal dolor. Le creían un alucinado, cuando era un matemático. Le abandonaban por unos cuantos cármenes al pie de las viejas Alpujarras, cuando él traía mundos nuevos, y mares, y cielos. El insomnio magnético por tales consideraciones llevado á sus párpados; el desatino y destiento de una sensibilidad sobreexcitada por estos combates interiores; los espasmos inconscientes de una epilepsia irremediable; las agitaciones de los músculos, constreñidos por el aguijón de la intranquilidad á una movilidad perdurable; todas las pasiones encrespadas en oleajes amarguísimos y tormentosos; el delirio en algunas horas de necesaria exaltación, y el desorden de todas sus fibras, seguido por un sueño de síncope y un reposo de ataxia; las contorsiones ocasionadas al sacudimiento del contacto con las penas íntimas, tan fulminantes y tan devastadoras de la red nerviosa como la centella y el rayo; unas letargias parecidas á catalepsias, tras unos desvelos, en las demencias más agudas y continuas únicamente posibles, debían dar-

le ¡ay! el aspecto de un endemoniado, como la esperanza de logro los éxtasis de un santo. Al tornar de la vega, donde todos se volvían á mirar las bermejas torres, y nadie se acordaba de su persona y de su proyecto, debió aparecérsese como un faro la Rábida en dura noche de naufragio. Se necesita no haber pensado nunca, ó no haber nunca padecido, para ignorar, en esta evaporación de lágrimas, en estas extinciones del alma, cómo consuela una campana que tañe, cómo abriga un sauce que llora, cómo conhorta una cruz que tiende sus brazos vacíos en la soledad, cómo serena el encuentro de olvidado sepulcro que nos promete la paz y el sueño de la muerte. Colón se dirigió á la Rábida en aquel dolor, como á la Virgen alzada en los altares de proa se dirigiera entre las deshechas tempestades. Un seto cubierto de pinos en medio de la soledad; el mar inmenso de Occidente á la vista; un cielo claro donde fijar las retinas oscuras; un pavimento de losas sepulcrales; claustros en que recogerse y prepararse para la postrimer agonía; altares adonde asirse para llegar perdonado á una eternidad olvidada por los deseos de mundanales glorias, menos que humos, y por el descubrimiento de tierras, en presencia de lo infinito menos que átomos; penitentes y monjes aceptos á su alma, porque le parecían sombras: he ahí todo cuanto explica el asilo y refugio demandado por Colón á la Rábida. Las tradiciones antiguas pusieron al profeta en el monasterio á la hora de su llegada y de sus ilusiones; la crítica contemporánea, más docta, pone al profeta en el monasterio á la hora de su partida y de su desencanto. Ahí está la

gloria de tal sitio, en haber presenciado el renacimiento de una perdida esperanza. Y volvió la esperanza porque Colón creía y á Colón lo amaron. Escollo santo de la fe, donde brotó el más puro entre todos los afectos: el afecto de una inagotable admiración mezclado con el afecto de una inextinguible amistad. Cierta humilde Juan Pérez descubrió el Nuevo Mundo, sépanlo el desamor y la envidia, por haber querido y por haber admirado mucho.

Colón, llegado allí en tal arrebató de ánimo, debió interesar por todo extremo al Guardián del convento, consagrado á las contemplaciones de un infinito como el cielo, de un infinito como el mar, de un infinito como el alma; tres revelaciones de Dios. Un sentimiento de caridad nativo en el solitario le condujo á socorrer y á consolar al hombre aquel, desasido de todo cuanto no fueran sus invenciones, y una incontrastable aspiración al saber le sugirió la firme resolución de auxiliar á obra tan cristiana como el hallazgo de razas ocultas al sol del Evangelio. Pero lo que principalmente debió moverle á la participación decisiva en el necesario logro de tal deseo y aceptación de tal proyecto, fué la elocuencia bíblica de Colón, mezclada con las fórmulas numéricas, pues en su virtud ponía tras un cálculo un salmo, y tras las combinaciones matemáticas que señalaban latitudes y alturas en las zonas terrestres, las oraciones místicas que prometían milagrosa renovación del Universo. Indudablemente Colón cayó en la Rábida fatigadísimo, á consecuencia del insomnio continuo y del malestar nervioso y del movimiento indeliberado á que le sujetaban los intensos

dolores provinientes del duro desengaño. Juan Pérez comenzaría por darle algún consejo al pie mismo de la cruz del vestíbulo, donde le cataría en seguida el alma con esas adivinaciones propias de la nativa compasión. Seguidamente llevaríale, para procurarle algún reposo, á la hospedería, conjurándole, tras las promesas de su auxilio y las fianzas en que podía librarse algún indicio de consuelo, á granjearse la necesaria paz por algún conhorto moral seguido de una confortación material, cuya virtud eficaz, venciendo la desgana y el insomnio, le facilitarían el necesario alimento y le reconciliarían el tranquilo sueño. Aunque los hombres del renacimiento no sentían la naturaleza como la sentimos nosotros, cosa indudable que la inmensidad celeste del mar, y la diáfana bóveda del cielo, y las bocas de los ríos en la bahía de Huelva, y los pueblos agrupados al pie de la colina, y los recodos con las ensenadas de aquellas costas, y el suelo andaluz á un lado y el suelo lusitano á otro, sumados con los olores de tomillos y alhucemas y salvias, con las guirnaldas de rosas y jazmines, con la música de palmas y de pinos vibrantes, con el apacible recreo que dan al olfato los naranjales y al oído las avecillas, debieron servir de laxante á la exacerbada irritación de los nervios que atormentaban al descubridor, quien se iba de una segunda patria donde había encontrado amistad, y amor, y admiración, á tierra extraña, donde acaso temía supremas y definitivas repulsas por no dar de cabeza, según los arrebatos de su desesperación, en una desenfadadísima demencia. Luego el Padre le hablaría de su convento y de

su Orden. Para creer en el milagro no hay como tratar á una comunidad. El bueno de Juan Pérez diría con seguridad al marino todo cuanto en aquella clausura se contaba: el antiguo culto idolátrico á Proserpina, honrada con la degollación anual de una bella moza vecina, cuya sangre bebían los paganos para fortalecerse, y sólo alcanzaban endemoniarse; la celebración de procesiones análogas á las Lupercales romanas, esclarecidas por cirios como los usados ahora en la Candelaria y en el Tenebrario católicos; la institución de una iglesia en el sitio mismo consagrado á Proserpina, diosa hija de Ceres, según unos, y según otros, á princesa hija de Trajano, por un Santuario á la Virgen llamada de la Rábida desde tal sazón, á causa del remedio aguardado contra la rabia, entonces muy extendida entre los cristianos; el portento de haberse debido la imagen allí adorada á Jerusalén, donde la talló el mismísimo San Lucas, ante aquel retrato de la Virgen trazado por sus doctos pinceles, teniéndole unos ángeles la divina paleta y moliéndole otros ángeles con sus manos lavadas los brillantes colores; el rapto y ocultación á la venida de los árabes, por los fieles mismos de tal simulacro milagroso, dentro del mar, para más confianza y seguridad, en cuyas líquidas profundidades no solamente se conservaba para la hora del triunfo, impedía la colocación del zancarrón de Mahoma, caído por los suelos cuantas veces quisieran los infieles alzarlo á las bóvedas que vieran la Virgen Madre sobre su peana y bajo su solio, circuída siempre de luces y de flores; el establecimiento de la Orden franciscana por el Padre seráfico en

persona cuando sin miedo iba de Asís á Francia, de Francia y París á Burgos, de Burgos, donde aun guardaban modelado en piedra su recuerdo, á Lisboa, de Lisboa á Huelva, de Huelva á Sevilla; la defensa que debió á los templarios la casa y el martirio de gloriosos habitantes suyos en África: todo lo cual andaba en la tradición secular mezclado con antiguas consejas de ancianos vecinos y se contenía en vitelas arrugadas é ilegibles, guardadas en el altar mayor y ante las aras para edificación de todas las generaciones en todo el transcurso de los siglos, y gloria y prosperidad magnífica de aquel sacratísimo templo, cuyos arcos, unos de corte gótico y otros de corte mudéjar, dicen acerca de su historia más que todas las leyendas monásticas y que todos los cuentos seculares. Y al mismo tiempo que le mostraba el P. Juan la iglesia y el monasterio, aconsejaríale se remitiera y encomendase á la divina imagen de María Santísima, bastante milagrosa por todo lo que allí se contaba y se creía, para tocar en el corazón de sus enemigos y ablandarlo, así como para subirlo y ponerlo á él en los pináculos de la fortuna y de la gloria. Colón debió rezar con la fe propia de su piedad cristiana y debió insistir en una idea que le atenaceaba mucho, en la probabilidad indudable de reconquistar la santa casa de Sión y el santo sepulcro de Cristo, si lograba cumplir sus maravillosas profecías. Pero, después de haber pedido á Dios, acordárase de que la ciencia mucho ayuda, como la voluntad mucho vale, y expondría la confianza en sus cálculos, amén de la confianza en el cielo. Juan Pérez, arrobado á

las dobles ideas religiosas y científicas, recordaría lo mucho que del mar inmenso y de las costas lejanas habría oído hablar á tanto y tanto piloto cual por allí pululaba. Y entre todos descollaría el astrólogo y cosmógrafo Garcí-Fernández, quien, por el Padre movido y de Colón encantado, certificaba la probabilidad de topar con las Indias orientales navegando por el mar occidental. ¡Oh! Lo cierto es que mandaron un señor llamado Sebastián Rodríguez, vecino de Lepe, al campo de Santa Fe con epístolas de Juan Pérez á la Reina; que Lepe volvió á los quince días con una orden expresa y apremiante de presentación á la Corte, del fraile; que, muy entusiasmado éste y diligentísimo, emprestó ágil mula de paso al buen labrador Cabezudo, y se partió por trochas y atajos, con riesgo de su vida y de su libertad, al real de Granada; que vió á la Reina el Guardian, recibiendo de sus manos veinte mil maravedís en florines para que los expidiera con Diego Prieto, de Palos Alcalde, á la Rábida, entregándolos por su mano á Colón, quien, provisto de una bestezuela, y decentemente trajeado, estaba ya en ocasión de presentarse á recibir lo conducente al equipo de tres carabelas, destinadas en el ánimo de los Reyes al glorioso viaje.

CAPÍTULO XIV

COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE



ERA de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en El Escorial; ó los cuadros de Van-Eyck, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos reales; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del África; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pin-

las dobles ideas religiosas y científicas, recordaría lo mucho que del mar inmenso y de las costas lejanas habría oído hablar á tanto y tanto piloto cual por allí pululaba. Y entre todos descollaría el astrólogo y cosmógrafo Garcí-Fernández, quien, por el Padre movido y de Colón encantado, certificaba la probabilidad de topar con las Indias orientales navegando por el mar occidental. ¡Oh! Lo cierto es que mandaron un señor llamado Sebastián Rodríguez, vecino de Lepe, al campo de Santa Fe con epístolas de Juan Pérez á la Reina; que Lepe volvió á los quince días con una orden expresa y apremiante de presentación á la Corte, del fraile; que, muy entusiasmado éste y diligentísimo, emprestó ágil mula de paso al buen labrador Cabezudo, y se partió por trochas y atajos, con riesgo de su vida y de su libertad, al real de Granada; que vió á la Reina el Guardian, recibiendo de sus manos veinte mil maravedís en florines para que los expidiera con Diego Prieto, de Palos Alcalde, á la Rábida, entregándolos por su mano á Colón, quien, provisto de una bestezuela, y decentemente trajeado, estaba ya en ocasión de presentarse á recibir lo conducente al equipo de tres carabelas, destinadas en el ánimo de los Reyes al glorioso viaje.

CAPÍTULO XIV

COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE



RA de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en El Escorial; ó los cuadros de Van-Eyck, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos reales; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del África; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pin-

tores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada como en ninguna otra parte, gracias al esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imaginaos las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realizadas figuras; las alfombras de Persia, que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre pies de oro, lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas, parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor; los tahalíes, sembrados de zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese visto, por ejemplo, al Marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales preciosos, no

le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes puestos á sus pies y rendidos á su brazo, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento, sucedíanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas, á los juegos los combates. Por fin, Granada tuvo que darse al sitiador, y señaló su entrega para el día 2 de Enero de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas apercebidas á la entrada, con sus mejores aprestos y arreos. También se dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes y todas las gentes de pro se presentaran revestidos de sus principales galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante. Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos,

palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes, agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas saludando, desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los alminares de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los musulimes, cercano á ser proscrito de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huríes y de los ángeles! Desde Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo espectáculo, nunca tan hermoso como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la derecha el valle inmenso entre cuyas arboledas y plantíos culebrea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y, como acercándose á sus lavas frías, el tormentoso Albaicín, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la Sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, entonaba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado

tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía; y, entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo. Ya el sol montaba de su oriente á su cenit cuando el Cardenal Arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas ciertas prerrogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social, ni á la hora de morir y expirar el feudalismo.

Al llegar Mendoza con su hueste á la puente, por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros principales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro, como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por

las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluío unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos, y por los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar amargos y violentos suspiros. Los labios se le caían con menosprecio, como á quien, atenaceado por una grande aflicción suprema, no le va nada en la vida, ni aguarda nada del mundo. Maldicado por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como al frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su sér, y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado por él y por los suyos junto al Cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados reales; túnicas al cuerpo ceñidas por tahalíes de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arreos vistosísimos y apropiados al color de los caba-

llos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el Cardenal de Toledo á los primates granadinos tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al Cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho y desahogarlo con alguna expansión y alguna confianza, díjole al prelado: «Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes á quienes Aquél que todo lo puede ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.» En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Un poco más abajo se presentó Boabdil al rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le prece-

dían á pie, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricoshombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al Monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan varias, maceros tan blasonados, que parecía el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y su situación, llevando un capacete de acero damasquinado á la cabeza, con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pie de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del Monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aquellas muestras de afecto benévolo, pidió con grandísimo encarecimiento besar la Real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho

brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hassem lo engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, excusó la desgracia suya con los decretos de la Providencia, é imputó al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean las grandes libertades, los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón, vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza en

el turbante de lino, análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina, y exclamaba: «Dios lo sabe.» Á su vez el guerrero, que llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra, y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo.» Y Boabdil, que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista, y cómo la corona de Alhamar, en los edenes granadinos reclusa trescientos años frente á las victorias cristianas, se caía de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere.» Cumplida la entrega de las llaves, preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada; y como le indicaran ser el Conde célebre de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase, conservada también por la historia: «Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos, y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.» Siguió el Zogoibí su camino de amargura, y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al rey Fernando por las alturas de

San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel, como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienes aquella corona que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con oriental riqueza y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural delicadeza los Reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y se rehacía su vida, renuevo de su sér, y á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de conten-

tarse con triste destierro al África, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la consideración á los demás, que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella, y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la reina Isabel aquellas frases que había dirigido antes al rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el Adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo, en la tienda del Cardenal, según lo convenido. El día iba creciendo, y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista. Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por

ver al ejército cristiano desplegar sus huestes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol que iba majestuosamente subiendo á su cenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el Cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón que se denomina la Vela, el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Korán, rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas, todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricoshombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines, trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una resurrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí: quinientos cauti-

vos repitieron en sus mazmorras el *Te Deum* de la vega, y cuando éste no había concluído todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, sólo interrumpidas por los reflejos del incendio; y el gran Miramamolín, que había soñado con ir desde Tremecén á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye des-pavorido al desierto dejando su tienda y su Korán; desde aquella noche no se había oído un *Te Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

Realizada la reconquista, encontrábase Colón frente á frente de maravilloso milagro, cumplido por la voluntad firme de un pueblo, el cual, en espacio relativamente restricto, sin auxilio de nadie, con su fe ardiente y su valor nativo, por siete siglos tuvo á raya, y venció al cabo, dos continentes como el Asia y el África, inagotables, cuyas razas más batalladoras, aceradas por un dogma de guerra y precedidas por un Profeta de combate, inútilmente contra nosotros porfiaron, mezclando el empuje á la tenacidad: vencieron las dos virtudes patrias, el arrojo y la constancia. Sonaba la hora de convertir tantas energías al milagrosísimo logro de otra no menor empresa. Colón vió al Rey moro hincado de hinojos ante la Reina, un mundo en el ocaso ante un sol en el cenit; vió el carde-

nal Mendoza sobre la torre Bermeja, con su cruz en la mano, que parecía bajo aquel cielo celeste y sobre aquel pedestal rosáceo, un astro diurno resplandeciente de sublimes ideales y de consoladoras esperanzas. Todo á sus ojos lo podía la fe viva, sustentada por la voluntad resuelta. El *Te Deum* de la Vega entonado ante las ruinas de un pueblo viejo y roto, debió anticipar á su espíritu el misterioso *Te Deum* ante la surrección de un pueblo niño y de una tierra virgen. Ya no podía esperar más tiempo: la vida suya entraba en su ancianidad á más andar y la impaciencia lo destrozaba como al arbusto el huracán. Ya no hubo término medio posible, imponiéndose como se imponía la incontrastable alternativa de irse á otro suelo más propicio á sus planes, ó arrancar al poder de los Reyes las tres carabelas pedidas en vano durante cuatro lustros á todos los principales poderes de la rica Europa. Otra junta de sabios parece haberse reunido aquí, bajo la presidencia del cardenal Mendoza, muy semejante á la presidida en Córdoba por Talavera y la reunida en Salamanca por Deza. Geraldini la refiere mucho después de celebrada y cuenta cómo se repitieron las argumentaciones de cajón, por el Profeta desvanecidas mil veces. Hallábase Geraldini tras Mendoza, cuando apretaban los ciegos del alma con mayor furia en sus tesis negativas, todas ellas fundamentadas sobre reminiscencias de pensamientos falsísimos arrancados á las obras de Leris y San Agustín. «Buenos teólogos, dijo el joven eclesiástico italiano al viejo Arzobispo español, pero malos naturalistas.» Negar el hemisferio austral cuando los portu-

gueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, parecíale una insensatez. El Cardenal recogió con su ímpetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién inventadas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedía tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte pro-



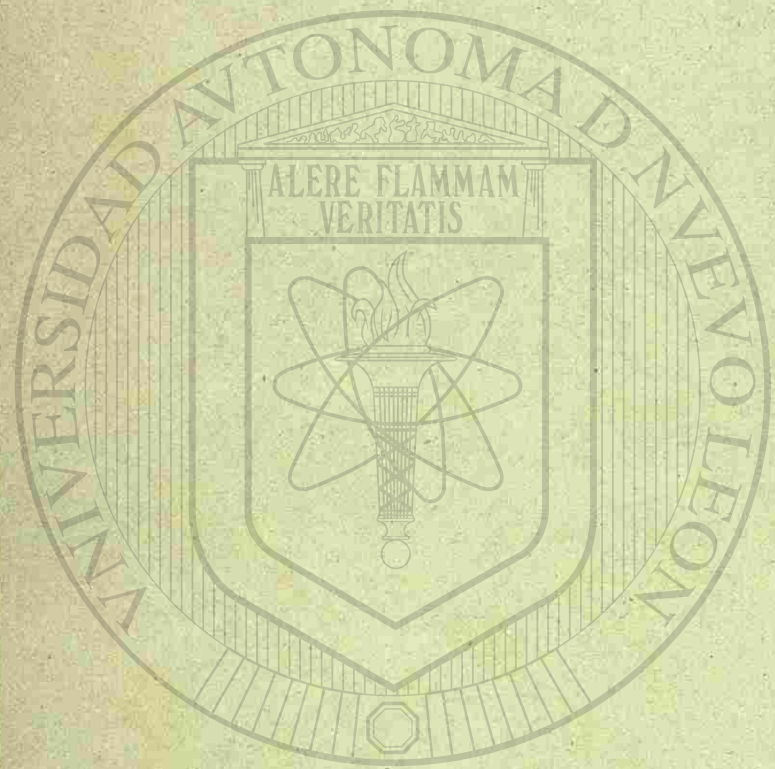
PRESENTACION DE COLÓN EN SANTA FE
A LOS REYES CATÓLICOS

gueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, parecíale una insensatez. El Cardenal recogió con su ímpetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién invenidas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedía tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte pro-



lit Felipe C. Rojas Madrid

PRESENTACIÓN DE COLÓN EN SANTA FE
A LOS REYES CATÓLICOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

picia de todo en todo á Colón, observaba con pena el renacimiento de las potestades feudales, con tanto esfuerzo combatidas aquí en la Península, más allá del Océano. Muchos y muchos otros observaban que, lograda la empresa, Colón subía de un vuelo á Rey; y malograda, sin perder él cosa mayor, los Reyes perdían toda seriedad en el concepto universal, por lo que debía irse de seguida el desatinado y ambiciosísimo visionario á otra parte con la música. En cambio, nunca rayó tan alto el descubridor en clarividencia y en voluntad. Veía su empresa tan lograda, y los nuevos territorios tan palpables, y los mares tan poblados, y el grande Kan por tal modo vivo, y el reino de Catay tan resplandeciente de oro, y la isla de Cipango tan bordada de especias y tan ceñida de perlas que no daba su brazo á torcer y no quería malbaratar por poco los metales y la pedrería, cuyos resplandores y cuyos iris deslumbraban sus ojos, arrobados y extáticos á tanta maravilla. Así que lo desahuciaron, saltó en su mula, y á rienda suelta echóse á correr hacia Córdoba, para despedirse de prendas caras á su corazón, y recalar luego por Francia, entregándole sin vacilación la propiedad entera de sus proyectos, desconocidos por la ciega España. En aquella marcha de noctámbulo, una capital consideración le molestaba principalmente: la de haber escogido el territorio ibero para su partida, por lo más occidental de nuestra Europa, y lo más próximo á las Indias orientales en los caminos de Occidente, y ninguno de los tres grandes Reyes suyos, ni el de Castilla, ni el de Portugal, ni el de Aragón, le habían creído. Fernando, polí-

tico antes que todo, quedó muy conforme con que no renaciera el feudalismo allende los mares, después de acogotado aquende; pero Isabel, más exaltada, y más piadosa, y más creyente y más amante y más poeta, quedó entristecida por no completar la empresa en tierra concluída, con otra empresa en mar, y no traerle á la Iglesia de Dios nuevos territorios que bendecir con nuevas razas que bautizar, tras aquellas victorias henchidas de promesas y esperanzas. Conociendo tal estado de su ánimo, acudieron todos los partidarios de Colón á la Reina, y le presentaron en animadísimos discursos lo que perdían con el desahucio al Profeta y con el menosprecio de su profecía. Quintanilla, el contador; Deza, el sabio; Mendoza, el arzobispo; Medinaceli, el potentado; Geraldini, el influyente; Cabrero, el doméstico; la escuchada nodriza del infante don Juan; el gloriosísimo Conde que acompañara por su estrecho parentesco, algo misterioso, con el Cardenal á éste sobre la Vela en Granada; Marchena, siempre al habla con el descubridor, para quien se desojaba leyendo letras y mirando astros; todos á una debieron arrestarse á caer sobre los Reyes en tropel, exigiéndoles con firmeza y respeto no privasen de aquel dominio nuevo á la Iglesia y de aquel inmarcesible lauro á la patria. Con efecto, el genio de Colón pertenecía de suyo á los oráculos y el genio de Isabel á las pitonisas. En sus sendas almas dominaba la inspiración, y en sus sendos corazones el sentimiento. Creían porque amaban; y amaban porque creían. La fe los guiaba; aunque la fe aparece con los ojos vendados, es para no ver los obstáculos con que tropieza en

toda realidad impura el purísimo ideal. Isabel y Colón aparecen por tal modo sublimes en este instante, que sólo podrían simbolizarlos aquellas sibilas y aquellos profetas puestos por pinceles parecidos á manojos de rayos y en el éter creador empapados, por los pinceles de Miguel Ángel, en aquel espacio henchido de ideas que se llama la Capilla Sixtina.

Pero ¡ah! que hasta los profetas y las sibilas tropiezan en este mundo con lo que tropezaban entonces los dos titanes de nuestra historia, tropiezan con el dinero. La manzana de oro, en que no podían clavar el diente, éralles tan fatal como á nuestros primeros padres la manzana del Paraíso, á este Adán cíclico y á esta Eva inmaculada, que gemían á la puerta del nuevo paraíso. Teníanlo todo: fe, genio, inspiración, intuiciones, pero no tenían dinero. Pues como si nada tuviesen. Lope hizo decir á Colón en diálogo con Fernando, el cual requiere con instancias al descubridor á demandarle lo que necesitaba, estos versos:

«Señor, dineros, que el dinero en todo
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.»

Ahora bien: la reina Isabel no tenía dinero. Su guerra con Granada le había costado un sentido. Véase con sus mismos criados empeñada. Quintanilla le prestó mil maravedís para poder salir de Segovia con su hermano Alonso; en los Toros de Guisando, además de trescientos mil adelantados por el Marqués de Medina, ochenta mil

de su bolsillo particular para el negocio de Ávila; cincuenta mil manteniendo bajo una peste horrorosa en Santisteban seiscientas lanzas al servicio real; doscientos mil en los tratos con la Marquesa de Moya que le impusieron la travesía del Puerto unas treinta y seis veces, en las cuales perdió siete mulas; ciento cincuenta mil en captar los desterrados que debían revolver sobre Torde-sillas, y tomarla, el Duque de Alba entre otros; y en los Merinos, y en las Hermandades, y en los receptores de Castilla y en las armadas contra el turco, y en el reino de Navarra, y en el socorro á Estella tal número de millones á la continua pedidos por el tesorero, y con dificultad pagados por el erario, tal número de millones, que muestran la miseria de los Reyes y la riqueza de alguno que otro entre sus pobres vasallos. No debe tal situación maravillarnos si atendemos á lo sucedido poco antes en Castilla. El predecesor de los Reyes Católicos, Enrique IV, había dispendiado todo el patrimonio real. Sobre las alcabalas, tercias y demás rentas reales daba sin tasa y sin escrúpulo á troche y moche juros de heredad en blanco, para que los llenase á su guisa y gusto el querido de su mujer, D. Beltrán de la Cueva, y el Duque de Benavente y el Conde de Lemus y el repostero mayor de su casa y el enano de Jerez y el negro Rodrigo y el Lazari-co de Sevilla, cosas parecidas á las contadas en picares-cos romances. Así vendían los Reyes, como cualquier perdido tras una noche de juego, sus ajuares. Para enviar la sin ventura D.^a Catalina de Aragón al Príncipe de Gales en matrimonio y poner sobre Londres la dote pe-

dida por su avaro suegro Enrique VII, se vendieron las mejores y más ricas tapicerías de la Reina. Para negocios del Estado se mandaron las alhajas más preciosas de la corona real á los usureros de Valencia y se pusieron depositadas en San Jerónimo de Córdoba. El riquísimo collar de los balajes enormes y de las perlas gordas, tantas veces lucido en torneos y saraos, todo él con áureo engaste llamado de araña; el otro, de los cordones con catorce piezas, en pedrería copiosas; el joyel de la salamandra, con dos cabezas compuestas de rubíes y brillantes; las flechas hermosísimas de aljófares, y las manillas y las salamanquesas tan costosas como un imperio, pesadas todas en el peso de Cámara, iban al bueno de Talavera, convertido en único depositario, á fin de venderlas ó empeñarlas para cosas cumplideras al Real servicio. Y se hacía esto por tal modo en toda la Edad Media, que D. Alonso el Sabio envió á empeñar la corona de Castilla en el palacio de los Benimerines, para que le diese dineros Ibn Kaldun, el Sultán, con que combatir al infante D. Sancho, rebelado en armas contra el Rey su padre. Razones políticas, muy poderosas en la voluntad concentrada de Fernando V, pagadísimo con razón de la unidad del poder, y razones económicas, en la voluntad intensa de Isabel muy poderosas, como deseosísima de algún orden y arreglo en sus rentas, persuadiéronles al desahucio dictado por las nuevas cantidades pedidas para la expedición y por las innumerables preeminencias pedidas para el caso de que la expedición tuviese los prometidos resultados.

Pero ni una ni otra consideración parecían entre los amigos del descubridor bastantes á justificar el abandono y desahucio de sus maravillosos planes. La Marquesa de Moya se portaba en el cenit de tanta gloria como se portara otros días en sus comienzos desastrados y en sus albores tormentosos. Allí aconsejaba resolución y resolución aquí. Allí amenazaba con matar á quien impidiese la unión de las dos Coronas por el matrimonio de los dos Príncipes: aquí movía el pensamiento y la voluntad regias de aquel bienhadado matrimonio en la mayor de sus empresas, donde les aguardaba el más verde y máspreciado entre todos sus lauros. En su alma entraba el espíritu de aquel siglo, que, después de haber encontrado la imprenta en una mísera sacristía del apartado Estrasburgo; de haber sorprendido en los escombros de las ruinas aquellas estatuas clásicas que venían á interrumpir las penitencias cenobíticas y á rejuvenecer la forma humana; de haber fijado en el sibilino volumen de Copérnico la esfera del sol en el centro de todas las esferas y en el foco de todas las elipses planetarias; de haber ensanchado los espacios del viejo mundo, por los portugueses, debía crear nuevas tierras en el Océano, y completándolo con el ignorado Pacífico, el polo austral, sembrar de nuevos soles y de constelaciones jamás vistas el infinito, más lleno de luz etérea y más henchido de Dios. La Marquesa de Moya, como Victoria Colonna, como Renata de Anjou, como Blanca Cornaro, como tantas mujeres gloriosas del Renacimiento, enciende con el soplo de sus labios la espléndida luz del nuevo ideal. Pero si ella fué la idea y el

sentimiento, Santángelo fué á su vez el cálculo y la realización práctica del proyecto. Quintanilla le abrió á Colón el camino de la Corte, y Santángelo el puerto de Palos. De familia conversa; cristiano nuevo por ende; uno de aquellos judíos viejos, grandes ilustradores del mundo cristiano, como los Cartagenas de Burgos, por ejemplo, reunía, según la índole y complexión de su raza, con el amor al ideal, propio de los profetas adivinadores de Dios, el cálculo reflexivo de los arbitristas y de los matemáticos. Lo cierto es que un día, Fernando V, de paso desde Aragón á Castilla, y necesitado de alguna cantidad en los apuros continuos y en la pobreza de aquellas monarquías, detuvo el caballo ante la puerta de su casa en Calatayud, y desmontándolo, entróse á emprestarle una cantidad que halló en su inagotable tesoro familiar. Mucho poder debía disfrutar, cuando gente de su familia y sangre participó en el sacrificio é inmolación de Pedro Arbués, el primer inquisidor, muerto en la catedral á los furores de un motín popular, sin que le alcanzase al tesorero de Fernando, ni la desgracia del regio favor, ni la sabida pena de infamia. Santángelo entró en el cuarto de la Reina, así que supo la partida inesperada de Colón, á conjurarla en favor de la vuelta, y se halló con la Marquesa de Moya. Y como la Reina se quejara de las peticiones del descubridor, le dijo que todo valía poco si el plan se lograba, y todo se reducía, en último término, á cero si el plan se frustrase. Y como á estas razones potentísimas la Reina le opusiera la penuria del Tesoro y la necesidad en que se hallaría de volver á empeñar nue-

vamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

CAPÍTULO XV

DE SANTA FE A PALOS

No se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin á donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato, cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colón emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á

vamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

CAPÍTULO XV

DE SANTA FE A PALOS

No se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin á donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato, cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colón emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á

ensueños como aquella Sierra Nevada, parecida en su esplendor argénteo á disco inmenso de irregular y divina luna, que nadara en el éter y tocase con sus bordes inferiores en la tierra; como aquellos torreones y aquellos muros, todos rosáceos, entre los cuales, transparentes á manera de ámbar y lustrosos á manera de coral, gallardean melancólicos cipreses, á cuyos troncos los jazmines de Damasco y los rosales de Alejandría se abrazan, y á cuyos pies florecen los embriagadores azahares; como aquellas orillas del Genil, cubiertas en todo su largo de adelfas matizadas por las gradaciones del color purpurino, y murtas siempre verdes ceñidas de coronas siempre blancas; como aquellas colinas de cortes tan armoniosos, ornadas con el plateado follaje casi metálico del olivar en flor y con el claro pámpano de la viña en ciernes; como aquellos pueblos tan alegres, rematados por alminares tan airosos y cubiertos por espontáneos jardines naturales, como los que pinta Mayo en Andalucía, llena de zarzales floridos y de amapolas encendidas y de lirios sedosos y de alhucema y de cantueso; como aquellas cordilleras en que las ya dentadas ó ya esféricas cumbres relucen á modo de las facetas en los brillantes y amatistas, despidiendo chispas que tomaríais por multicolores aerolitos; como aquel cielo donde se adivinan las visiones de Murillo con sus aleteos místicos y se oyen los cantares andaluces acompañados por el rasgueo continuo de melodiosísimas guitarras. Sí, el 12 de Mayo, que tomaba Colón su camino de Granada á Córdoba, para ir luego de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Huelva, de Huelva á Moguer y Palos, punto

este último donde le aguardaba el embarque deseado hacia la realización de sus visiones, verificadas ya en su fe y en sus seguras esperanzas; ese camino, sembrado de venturas tangibles ¡oh! brilla como una esplendente nebulosa de ilusiones, como un istmo sembrado de flores entre las fatigas y las penas consiguientes á la preparación de su obra y los desengaños consiguientes á su realización. Dios ha querido poner enormes desproporciones entre todo lo ideado en la mente y todo lo cumplido en la realidad; entre todo aquello que se desea por el corazón y todo aquello que se consigue ó alcanza en la vida. Y ha querido más en sus misericordias, ha querido que al cumplimiento y logro de un deseo se tornen satisfacciones, y satisfacciones de una grande intensidad, las penas sufridas por lograrlo y cumplirlo. Desde todo Tabor se aparece radiante la visión del pasado Gólgota; porque así como no hay nacimiento posible para la criatura humana sin lágrimas y sangre, no hay posible transfiguración celestial, sino después de haber pasado por las angustias del Huerto y por las agonías del Calvario. Á Colón se le aparecería de seguro aquella larga gestación del pensamiento suyo con todos los dolores á ella por precisión anejos, como un contraste necesario para la verdadera comprensión y el cumplido goce de su victoria. La indiferencia de su Italia, la ignorancia de aquel tiempo, los desdenes de cien poderosos por el egoísmo cegados, las repulsas de tantos y tantos como lo creían loco, las celadas puestas á sus planes por la empecatadísima envidia, el despego de tal sabio y la excomunión de tal monje; aquella Junta de

Lisboa, empeñada en aniquilarlo; aquel Rey de Portugal, riéndose de los colombinos planes como cosa desatinada, para luego á hurtadillas escamotearlos; el estudio prolijo del mar y del cielo en sus cavilaciones astrológicas; los derroteros peligrosos en el Mediterráneo, sembrado de piratas berberiscos y turcos, como en el Océano desde la isla de Thulé hasta la punta Bojador, entre hielos aquélla y entre ardores ésta; el dictamen áspero de la comisión presidida en Córdoba por Talavera; las chacotas y las pedreas del vulgo viéndolo pasar como aquejado por una demencia inofensiva, pero burlesca; el continuo é inútil reclamo á las puertas del poderoso con los tormentos en las antesalas henchidas de cortesanos que se guiñaban el ojo al verlo y se reían de sus promesas, consideradas como desatinos; la caída rodando cien veces desde las esperanzas más ciertas á los desengaños más acerbos; los días de sus despedidas supremas desahuciado de la Corte, y el anochecer de su llegada horrible á la Rábida, sepulcro en que iban sus ilusiones á enterrarse, debían aparecérselle como interminable calle de amargura extendida veinte años á sus ojos, la cual, vista de nuevo ahora entre los deliquios de la felicidad, debía con sus recuerdos aumentar satisfacciones y esperanzas en aquel grande ánimo. No quiso pasar á Palos sin en Córdoba detenerse. No quiso entregarse al azar de lo desconocido sin ver á la mujer que había contrastado con las flores del amor las espinas de sus taladradas sienas. El matrimonio legítimo de la primera mujer le había dado su hijo Diego y el amor ilegítimo con su amada le había dado su hijo Fernando. No

fuera marino y descubridor, si le ciñeran unos brazos de tal modo al hogar, que no quisiese, retenido por ellos, arriesgarse á una expedición temeraria; y no fuera hombre, si dejara con criminal descuido las prendas de su amor faltas de la indispensable asistencia. Detúvose, pues, unos días en Córdoba para despedirse de su amada y proveer á la suerte de sus hijos. La familia hidalga, con quien tuvo trato y alianzas de tan extraña especie, aunque pobre de suyo, cooperó con poco dinero, pero cooperó materialmente, á la preparación del intuitivo plan; y un Arana, hermano de Beatriz, fué devoto compañero de Colón, tanto en este primer embarque como en todo su viaje, asistiéndolo en todos sus combates, apoyándolo en todos sus desmayos, y auxiliándolo en la difícil empresa de arreglar la primer expedición; porque miraba los asuntos relativos á la invención como asuntos de familia. ¡Cuánto debió costarle al piloto la separación y apartamiento de aquella Córdoba, en cuyo aromado seno encontrara el más intenso amor de su vida y tuviera el predilecto hijo de sus entrañas! ¡Qué diferencia entre aquel hogar amado y el mar inmenso, entre los ojos de la mujer predilecta y los relampagueos de la horrible tempestad, entre la familia cariñosísima y la tripulación recelosa, entre los abismos del misterio donde se sumergía en sombras y los reclamos del amor á los goces más puros del alma y á los mayores encantos del mundo! Pero en cosa ninguna se conoce la verdad absoluta de aquella ley providencial, que rige las moles y las ideas, juntamente con la verdad absoluta de una finalidad universal mostrada

por la correlación de las facultades en los individuos y en las especies con su ministerio sobre la Naturaleza y sobre la sociedad, como en este poder supremo de los hombres superiores y predestinados para sobreponerse, á todas las propensiones más arraigadas en la complexión humana, y menospreciando los más precisos sentimientos, consagrarse á una obra, de la cual suele tan sólo clavarse todas las espinas, mientras la humanidad entera y el tiempo eterno reportan para sí todas las ventajas. ¡Con qué dolor se apartaría Colón de aquellos jardines del Guadalquivir donde habían corrido felices días para su corazón hasta en medio de los combates y de los desengaños! ¡Cuánta fuerza de voluntad necesitaría para sobreponerse al imperio de los más avasalladores instintos el imperio de su razón y el presentimiento de su destino! En el regocijo connatural á su victoria, un dejo bien amargo quedaba por esas mezclas de bien y mal que constituyen la triste levadura de nuestra humana vida, y era esta separación dolorosa del sér que le había sonreído en la desgracia y vendábale con sus manos las heridas del alma. Así fué para Colón el mes de Mayo en 1492.

El mes de Junio resulta luego un mes de luchas y de angustias. Arreglados sus negocios domésticos, el descubridor se personó en Palos, consagrándose con empeño al trabajo enorme de apereibir y preparar la expedición. Aquel primer elemento de toda empresa útil, el aceite de los cilindros que mueven todas las ruedas, ó sea el dinero, estaba pronto. Habíanse los recursos arbitrado por bien varias maneras y bien diversos métodos. Á la villa de

Palos imponíasele con toda solemnidad en cédula Real, y á guisa de tributación forzosa, el embargo de tres carabelas pertenecientes á pilotos y armadores suyos, para una empresa misteriosa, por tiempo indefinido. Aunque se usó en la fórmula el oficial estribillo, asegurando destinarlas á cosas cumplideras al servicio de los Reyes, y se declaró por el pueblo y sus autoridades la conformidad con lo proveído, no hubo en la preparación el necesario empeño, ni la diligencia con el empeño correlativa y al empeño correspondiente. Dióse por fines de Abril aquella trascendental orden; publicó en fines de Mayo el Municipio requerido á su cumplimiento la necesaria conformidad; y, sin embargo, en fines de Junio se hicieron precisas conminaciones de todo género, y luego apremios de toda urgencia, para que la ejecución de lo mandado con con tanta premura por los de arriba y prometido con tanta obediencia por los de abajo se cumpliera. Estos auxilios municipales, de mucha cuantía é importancia, se unieron al millón y ciento cuarenta mil maravedises concedidos por la Corona de Castilla y á los quinientos mil maravedises por Colón aportados como participación suya personal en la octava parte, allegada y cumplida con muchos y muy complejos esfuerzos y con muchos recursos venidos de diversos orígenes. No se tenía todo, sin embargo, con tener el dinero. Las gentes requeridas á cooperar en la empresa y seguir al descubridor encabritábanse bajo el anhelo de sacudir aquella pesadísima carga y burlar aquella onerosa obligación. Por deservicios á la Corona y en forma de castigo se les imponía el aprontamiento de

las carabelas y su costosa provisión; medida, cuya gravedad pesaba mucho sobre los hombros de aquel pueblo mareante y necesitado por ende para sí de todos los recursos marítimos. El sentir general revolviase contra el aventurero gárrulo y ligerísimo que les apenaba con habladurías sugeridas por su facundia italiana y con fantaseos nacidos en una imaginación, según ellos, del todo confusa y desarreglada. Maldecían la hora en que á sus puertas llegó aquel peregrino, capaz de dar con sus hechicerías y embustes mal de ojo á todo un pueblo, hacia el cual únicamente podía sentir la indiferencia, cuando no el odio, natural en gentes extrañas y extranjeras. Quien haya sido extrañado alguna vez por fuerza y se haya visto forastero en cualquier pueblo comprenderá los afectos despertados por Colón en la gente á quien tales dolores infligía. Y con estas naturales repulsiones juntábase lo maravilloso y extraordinario de aquel caso con lo temible y pavorosísimo de sus circunstancias y accidentes. El nombre de tenebroso, dado al mar occidental, prueba en cuán tupido velo de negras supersticiones lo había envuelto la general ignorancia, tan propensa de suyo á creer todas las fábulas trágicas. Corrientes bituminosas, como las ideadas para pintar los ríos del infierno, enturbiaban la superficie de océano tan por extremo terrible; y vapores mefíticos, á nubes de muerte semejantes, henchían aquellos caliginosos aires. Todo cuanto se dice y se cree de los peligros en el mar frecuentes agrandábase al tratarse de un mar circuído por impenetrable misterio. Si la imaginación ha puesto en las aguas más rientes, bajo los cie-

los más espléndidos, al pie de costas abiertas como senos amorosos, en olas que guardan perlas y lamen corales, aquellas engañadoras sirenas, cuya sonrisa os atrae para destrozaros en sus brazos; aquellas Gorgonas que os petrifican; aquellas Circes, contra las cuales precisa tapiarse de cera los oídos; aquellos Encélados, escaladores de las alturas sidéreas por escalones de lava y entre chasquidos de rayos; aquellos titanes desmesurados, cuyos pulmones remedan la fragua del Etna; el cavernoso antro de donde suelta Eolo, desde sus odres y pellejos, los huracanes y las tormentas que tronchan como cañas los mástiles: si tales cosas espantables pensó la riente Grecia y la idílica Sicilia del mar y sus procelas, imaginaos lo que la supersticiosa Edad Media expirante creería de un océano como el Atlántico, tan embravecido á la continua y proceloso, hacia cuyos abismos empujaba el poder con sus fuerzas coercitivas á gentes cansadas de ver cómo se iban muchos y no volvían, hundidos en profundidades que la tempestad azota con tanta frecuencia y que pueblan en tanto número titánicos monstruos.

Así que pusieron los continos el embargo á las carabelas, emigraron cuantos podían tripularlas como si el mar se los hubiera tragado. La orden de acopiar mantenimientos para un año aterraba con terror pánico y contagioso á los más audaces, acostumbrados á sus correrías de mayor atrevimiento á derroteros, los cuales unas doscientas leguas, á lo sumo, les apartaban de las costas. En vano los Reyes expedían cartas sobre cartas; en vano los alcaldes publicaban una tras otra en bandos públicos á

voces, de trompetas y tambores acompañadas, las indispensables órdenes; en vano el contino de SS. AA., Juan de Peñalosa, compelia los pilotós á embarcarse, si no de grado, por fuerza; en vano acababa de llegar el corregidor Juan de Cepeda, que había inmediatamente aprestado las fortalezas, artillándolas, para llevar la imposición del mandato á las últimas violencias: los marinos corrían como alma que se llevase por los aires el diablo, y haciendo la cruz al genovés, volvíanse invisibles cual por arte de magia y encantamento. Con aquella corajuda tenacidad, propia del temperamento que reconoce la ciencia en Colón, éste porfiaba tanto por embarcarse á cualquier coste y con cualquier tripulación, que prometía, según el contexto de poderes fehacientes, perdonar las condenas y abrir las cárceles, llevándose los criminales, aun á riesgo de que lo matasen como si aquella expedición en lugar de ser una empresa, fuera un suicidio. Estas heroicas resoluciones, bastantes, en otro cualquier caso y ocasión, á acreditarlo de mártir, ó héroe, ó redentor; en esta porfía le daban como aires de monomaniaco y le ponían en peligro de que lo ataran á la menor novedad y lo recluyeran en cualquier hospital. Por todos estos engaños del público, las resistencias ajenas redoblaban á medida que redoblaba Colón los esfuerzos propios. ¿Cómo, decían las gentes, podéis fiaros de quien lleva la demencia, no sólo á querer levas alzadas con amenazas de un cañoneo asolador, sino á reabrir las cárceles y arramblar con los presidiarios en una empresa marítima, para la cual tanto se pide la virtud, y la humildad, y la obedien-

cia, y la sujeción á las ordenanzas materiales y morales de una disciplina militar y religiosa?

Hoy, explorado el cielo por los telescopios, henchidos los barcos del vapor que les impele contra viento y marea, el rayo de las tormentas cambiado en luz eléctrica, la tierra explorada, las costas esclarecidas en su mayor parte por faros amigos del navegante, no podemos explicarnos los terrores de aquel tiempo ante un misterio como el Atlántico mar, que las gentes creían cerrado por témpanos gigantescos perpetuos, lamiendo zonas inhabitables, donde por necesidad habrían de tropezar con su sepultura los atrevidos que fuesen osados á reirse de las divinas prohibiciones; preñado del Érebo, del caos formidable, de donde las cosas al eco de la palabra divina surgieran y adonde han de volver las cosas también, deshechas y disueltas en las ráfagas precursoras del juicio final: Apocalipsis espantoso, en que unas veces aparacía la mano de Satanás, semejante por sus dimensiones á colosal araña, manchando los cielos, y abierta para enredar en sus negros dedos los barcos, y otras veces aquel enorme *Leviathan*, forjado por cíclopes horribles y por feos hipocentauros, combatido entre sendos huracanes eléctricos, seguido de voraces y exterminadores monstruos, los cuales se conjuran para extender y difundir por las aguas inexploradas perdurables y exterminadores naufragios. Para que nada faltase, había la imaginación, extraviada en sus delirios, alterado hasta la historia natural, y visto en el agua peces de extraordinarias formas asaltando á los pobres mareantes, y aves de dos cabezas con garras más

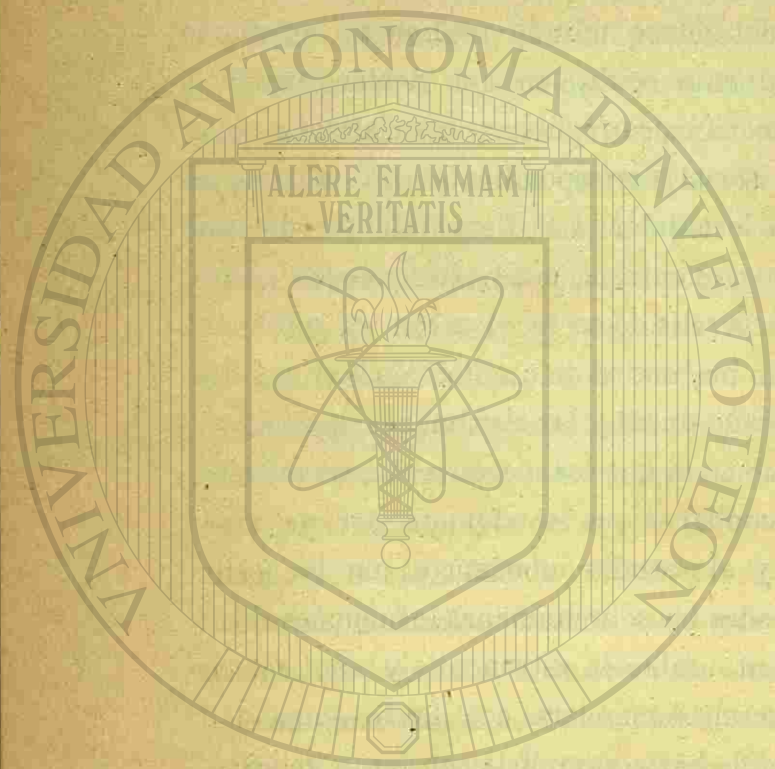
afiladas que todos los aceros juntos, cuyas negras alas podían obscurecer el sol como con dobles sudarios y cuyo hueco buche devorar y sepultar pueblos enteros. Así, no recordemos que los pobladores de Moguer y Palos preferían sus buques y sus hogares á la incertidumbre de una empresa, por más que la esmaltasen los iniciadores con toda suerte de halagos y prometiesen al terminar ríos de plata líquida, montañas de oro macizo, mares donde se cosechaban las perlas á puñados, lloviznas y rocíos de brillantes; no recordemos esta resistencia de los pacíficos ciudadanos; recordemos únicamente cómo los penados preferían la cadena perpetua y la horca misma, si los apuraban, á morir achicharrados en la zona tórrida ó hervidos en agua de una continua ebullición. Ni las suspensiones de causas decretadas en pro del número de reos que quisiera tripular las carabelas; ni las inverosímiles medidas congruentes con estas violencias lograban resultado ninguno favorable á la empresa: y Colón corría el grave riesgo de ahogarse á la orilla misma del mar de sus deseos, y perder el ahorro de unos treinta y más años en que había vuelto su vida y su idea por entero hacia la colosal obra de su viaje, frustrado casi por increíbles repugnancias de abajo, completamente inesperadas, cuando parecía más cierto y más seguro por las concesiones de arriba con tan hercúleos empeños alcanzadas. Los nervios de Colón á tal recelo se descompusieron por completo y la cabeza padeció vértigos no experimentados en las contrariedades mayores. Aquella su paciencia inacabable se fundió en una impaciencia febril que lo mataba, y estalló

en sacudimientos casi epilépticos y en desesperanzas casi suicidas. Con las ordenanzas Reales puestas sobre su cabeza; con el oro, á tanto esfuerzo allegado, en su escarcela; con las autoridades todas á sus pies; el plan suyo se perdía y desconcertaba en la resistencia popular.

Afortunadamente, Colón tenía por sí á la providencia de su obra, tenía por sí al franciscano Juan Pérez: y éste, como le había con su influjo acorrido en las dificultades opuestas por la Corte, acorreríale también ahora en las dificultades opuestas por el pueblo. Colón le pidió auxilio en tres consecutivos naufragios morales, peores que los naufragios oceánicos, y á los tres dió puerto de refugio la caridad y la sabiduría del monje. Su conocimiento de la muchedumbre corría parejas con su conocimiento de la realeza. Y cual supo buscar en el trono la fuente de los recursos necesarios para la obra, supo buscar en el pueblo los medios de que los recursos allegados no se frustraran por carencia de cooperación popular en el trabajo, más ínfimo quizás, pero más indispensable, á tanta empresa. Movíale primero su amistad por la persona de Colón, exaltada en términos de parecerse mucho á la sentida más tarde por el nombre y memoria de Colón en el pecho de un hombre tan fervoroso y vehemente como el P. Las Casas, amistades las dos en culto rayanas y transmitidas casi con sus obras materiales é intelectuales á todos los siglos. Mas, dejando aparte afectos personalísimos tan dignos y nobles, aun movía de seguro al P. Juan, mayormente que su amistad con Colón, su amor á la ciencia cosmográfica, en las orillas del mar y en las con-

versaciones con los pilotos allegada, y su amor á la religión cristiana, próxima en sus experiencias y en sus conclusiones á extenderse por los mares y por los horizontes y por los territorios y por los pueblos de que le hablaba el descubridor en la cruz del convento, mirando al cielo y oyendo al Océano, por las noches, al saltarle la cabeza el genio y bullirle en los labios el verbo de sus proféticas visiones. Y allá, con su amistad por el Profeta y con su afecto entusiasta por la ciencia, con su culto piadosísimo á la religión, uníase por necesidad el deseo natural de tan exaltado fraile de que su Orden, la seráfica Orden franciscana, cuyo espíritu había inspirado á Giotto sus cuadros, y á Dante sus tercetos, y á San Buenaventura sus libros, extrayendo del cristianismo aquella tendencia democrática que había de juntarlo por siempre al progreso universal, inscribiese durante toda una eternidad su recuerdo imperecedero en la obra, que creía él y anunciaba imperecedera también, de su amado amigo, el inmortal nauta. Y, con efecto, el presentimiento luminosísimo se cumplió; la religión de San Francisco brilló en aquella ocasión y sobre aquel plan como la estrella evangélica que guiara los Reyes del Oriente antiguo y extremo al portal de Belén. Diríase que Dios había querido premiar la caridad inagotable de San Francisco asociando su Orden á tan caritativa obra; los amores de San Francisco por la naturaleza, guardados en sus poemas de las florecillas, asociando su Orden al hallazgo de nuevos aromas en campos recién creados, como el paraíso terrenal sin mancha, por recién inventados, y de astros nunca lucientes

hasta entonces en lo infinito; el cuidado de San Francisco por los pobres y por los humildes, de tanto más precio cuanto que los cumplía bajo las feudales terribles ladroneras y horcas del férreo mundo medioeval, asociando su orden al continente oculto en que debían brotar la libertad, la democracia, la república, esa clarísima trilogía del mundo social correspondiente con la trinidad sublime del cielo cristiano. Los desasimientos de todo interés mezquino; los entusiasmos y efusiones por el ideal religioso; la mezcla feliz de su fe viva con su adivinada ciencia; el efluvio magnético de un éter como el que despiden las noches andaluzas y las absorciones de una evaporación salina como la que los mares oceánicos exhalan; aquella natural confianza que se adquiere por necesidad al recogimiento y al estudio monásticos, en la posible verificación de todas las sobrehumanas intuiciones, hicieronle, no sólo santo, sabio en astronomía y náutica, determinando su ánimo á mezclarse con tanto empeño en la empresa increíble hasta cumplirla con tanta felicidad, que su ascética figura luce hoy, entre todas, á las puertas del Nuevo Mundo; y su nombre no se apagará en los recuerdos de la eterna humanidad, ni siquiera cuando se hayan extinguido las estrellas australes en los espacios del nuevo hemisferio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVI

MARTÍN ALONSO PINZON

QUÉ se necesita, preguntóse á sí mismo el P. Pérez, para preparar la obra de Colón, en este instante supremo? Pues necesitábase de una influencia en los pueblos tan poderosa como la que había tenido él en los Reyes. Tal influencia debía estar cimentada en la solidez de una posición social, y en el crédito de un sér marítimo que destruyese las desconfianzas populares y embarcase las dotaciones indispensables en las vacías carabelas. Para esto había que buscar autoridad, y autoridad comarcana capaz de compeler las muchedumbres á poner mano en la empresa. Nadie está obligado á tener el don de adivinanza. Un asceta como el buen franciscano debía entrever en sus deliquios el Nuevo Mundo y el nuevo cielo. Pero la muchedumbre no podía subir á esas alturas y necesitaba juzgar por la experiencia. Sin que sea preciso visitarlas y conocerlas, basta con recorrer

en cualquier compendio geográfico la ribera, presidida por Huelva hoy sobre la extrema parte del territorio andaluz, para comprender cómo en ella predominan dos caracteres indudables: el marino y el minero. Con ríos formados casi por óxidos de hierro; con minas de cobre, celebradas desde los prehistóricos tiempos; con marismas inacabables, que parecen pedir poblaciones anfibias de agricultores y nautas á un tiempo; con aquellas costas, donde termina el viejo continente y comienza el Océano infinito; con bocas y desembocaduras de agua muy aprovechables; con cabos y promontorios muy conocidos por todos los geógrafos; con radas y bahías muy llenas en cualquier estación de numerosas embarcaciones; con ermitas é iglesias ribereñas cargadas de ofrendas y exvotos marítimos; aquella región debía poseer, cuando el descubridor la requería y apremiaba, un patriciado industrial y marino, en cuyas manos estuviera el comienzo de su navegación y por lo mismo el fundamento de su colosal empresa. Los patricios allí arraigados podían disipar los escrúpulos en las muchedumbres naturales. Su competencia no debía ofrecer dudas á nadie, como que cien veces al mar se dieran en sus naves y cien veces del mar volvieron á sus casas. Las familias dejadas por ellos entre las poblaciones, los hogares á la vista de todos, los bienes raíces, los intereses múltiples, las relaciones con los parientes y los conciudadanos podían servir de hipoteca segura y de fiadores verdaderos en cualquier empresa ó proyecto, pues contrastaban mucho con el origen lejano, con el carácter extranjero, con los misterios indecibles

que circuían al desconocido piloto nómada, llegado allí en escasez confinante con la miseria, llevando un pobre hatillo al hombro y un mísero niño á la mano, sin que pudiesen saberse de su competencia y saber ninguna noticia más que las seguridades dadas por un fraile, cuyo sublime candor le hacía ver cosas y personas envueltas en mágicos tintes prestados por una caridad optimista, la cual refleja su ciencia y su amor interiores sobre todos cuantos la rodean y concluye por elevarlos con palabras y obras á su altura. Juan Pérez, no tan desconocedor del mundo como creían las gentes de Moguer y Palos, comprendiendo que nada hiciera, si después de haber asegurado los planes de Colón en la Corte, los dejaba inejecutados y baldíos por las resistencias del pueblo, pensó en unir con la cabeza del proyecto, como decimos en lengua vulgar, las manos y los pies, moviendo los Pinzones como extraordinariamente idóneos á procurar el auxilio requerido de los nautas, quienes propendían á creer en lo que llamaban ellos habladurías é imaginaciones de un desconocido aventurero. Y aquí aparecen los Pinzones, que aparejan la expedición en Julio.

El primer efecto de tal intervención fué la inmediata facilidad en el apercibimiento de las tripulaciones y en el acarreo á bordo de los tripulantes. El segundo efecto fué un total abandono de las violencias y una saludable apelación á las persuasiones. El tercer efecto una confianza total en la formalidad indudable del propósito é intento y seguridades plenas en el pueblo de una salida ó éxito feliz al viaje. Garci-Fernández fiaba con sus ideas, á fuer

de cosmógrafo, la verdad científica del proyecto; Juan Pérez, con sus oraciones, á fuer de franciscano, el fin moral y religioso; pero el más influyente de suyo era en aquel período, á fuer de marino experto, Martín Alonso Pinzón, pues con sus viejas experiencias, con su valor nativo, con sus muchos desembolsos, aseguraba la realización práctica de todo lo ideado por Colón y sostenido por sus entusiastas partidarios. Pinzón había navegado mucho. Amador, no por afición únicamente, por herencia, por esa herencia conocida en el saber moderno con la denominación de atavismo, formaba sumado los pilotos y marineros de su región y de su tiempo una de las familias grandes, una colectividad y suma de familias, á que llamamos en Historia Natural especies. Muy curtido por el agua salada su cuerpo, y muy atezada por un sol marino su tez, y muy movida por las olas y por los aires su flotante casa, y muy comunicado su espíritu con diversas gentes, y muy abierto su pueblo al comercio de sus intereses y de sus industrias con varias factorías, y muy penetrado todo su sér de las experiencias marítimas, á ningún atrevimiento del descubridor se asustó y retrocedió; antes bien, túvolos todos por hacederos, y á lo sumo por posibles, aunque no le pareciesen de modo alguno sencillos y fáciles. Á fines de Junio, ni las ideas de Garci-Fernández, ni los sermones de Fr. Pérez, ni los apremios del continuo Real suscitando levvas, ni los medios coercitivos del Corregidor, empeñado en alcanzar con palizas la obediencia negada del todo al mandato impuesto en representación y nombre del Rey, habían cosa ningu-

na conseguido; y las naves, que debían estar aparejadas, se iban pudriendo en la costa, mientras desaparecían como fantasmas las tripulaciones con tanto empeño congregadas para el embarque. Pero así que Martín Alonso Pinzón puso mano en la obra, cambió como por milagrosa maravilla el estado y aspecto de la comarca. Los tímidos cobraron valor, los desesperados esperanza y seguridad, los perezosos diligencia, los indiferentes interés, los escépticos fe, los perplejos certidumbre; y la desierta playa se pobló de marineros, y los calafateadores tendieron sus breas por las quillas á reparar, y los carpinteros clavaron sus tablas en los boquetes á cubrir, y los proveedores aportaron sus cargas en las bodegas á llenar, y los hilanderos suspendieron sus lonas en los mástiles á completar; y no hubo necesidad alguna de forzados para remeros, ni de criminales para proveer y ocurrir á obra, como aquella, de ciencia y de paz. El buen Martín Alonso Pinzón describía con tan vivos colores y con tan marinera elocuencia el término de la navegación, que, por una de las reacciones frecuentes en los bruscos cambios de temperatura moral, connaturales á los pueblos, la irreductible oposición antigua se había trocado en verdadero entusiasmo. Con unos noventa hombres Colón se hubiera contentado para comienzo de la empresa; pues más de ciento veinte le procuró su activo y poderoso auxiliar. Muy escaso andaba de recursos el descubridor por sus cortas provisiones administrativas y los cuantiosísimos dispendios demandados para la preparación del plan; pues el inteligente y ducho cooperador sumó un medio cuento de maravedises

al cuento con colmo entregado por los Reyes Católicos. La población de Palos componíase por aquella sazón de unos dos mil vecinos escasos; pues tres pilotos dió al descubridor, amén del núcleo de la marinería. Con los hijos de Palos, con otros en menor número del cereano Moguer, con varios de Niebla y Huelva y Ayamonte, con pocos de otras comarcas, y con algún aventuro, sumóse la tripulación, que, para lo singular del caso y para lo grave del peligro, no era muy confusa y muy heterogénea en sus factores.

Las carabelas embargadas no le parecían á Pinzón cosa mayor. Aunque prefería estas embarcaciones no obstante su pequeñez, por más costeras y más fáciles á la entrada en bocas de ríos y en senos de radas, dió de mano el sabio armador á todo lo inútil y extrajo de sus almacenes lo útil y aprovechable. Habilitó la *Niña*, propiedad y hechura de su hermano menor. Á la *Gallega*, la de mayores proporciones, y por lo mismo con aires y significación de capitana, más que carabela, nao de considerable bordo, única con cubierta, resistente y bien aparejada, rebautizóla con el nombre de *Santa María*, y la dispuso para la enseña principal y para el Almirante. La tercera, de las embargadas, según unos, y según otros, de la propiedad del hábil marino, tomó el nombre de *Pinta*. Créese también que una de las naves perteneció á al gran piloto Cosa. Parecía otro el pueblo. Su camino á Moguer hormigueaba de gentes como su camino á la Rábida. Iban y venían muchas en busca y requerimiento de Colón, huésped del monasterio; pero iban y venían más en busca de los Pin-

zones, habitantes de Palos, y con parentela en todos los pueblos de la comarca. Estos tres hermanos, y el médico astrólogo Garci-Fernández, y el fraile francisco Juan Pérez, y el gran descubridor Colón, componían una especie de familia espiritual, convergente á preparar la expedición toda ella. Aportó Pinzón al acervo de los recursos allegados quinientos mil maravedises; proveyó la grandiosa empresa del material de embarque y de las provisiones indispensables á tan larga navegación; reunió, parte por convicción como parte con dádivas, la gente; y no medió papel ninguno de recibos y entregas, ni se convino por escritura ningún reparto en los provechos remitidos á la buena fe y á la recíproca lealtad suyas y del Almirante. Muchos explicaban esto por indicios que tenía el auxiliar de las múltiples noticias sobre cuyas sólidas sugerencias apoyaba los planes suyos el descubridor, indicios provinientes de la mucha ciencia que tenía Pinzón. Y estudiando con cuidado la vida entera de este activo mareante, á pesar del descuido suyo, y de la incuria de sus contemporáneos, «más largos en realizar hazañas que en referirlas,» viénesse á conocimiento de que debió haber aprendido mucho por lo mucho también que había estudiado. Sus correrías marítimas por el Mediterráneo; su estada en puertos y ciudades, donde al cambio de productos se unía el cambio de ideas; sus observaciones leídas en el doble libro compuesto por signos de reveladores astros y por líneas de luminosas estelas; su carácter observador y su inteligencia indagadora le alzaban por tal modo sobre los contemporáneos, que pudo y debió comprender á Co-

lón y seguirlo, sin dejar por eso aquellas emulaciones y competencias anejas de suyo á nuestra pobre y miserable humanidad. En una veta de su historia se halla quizás el secreto de aquel su proceder y la razón de aquellas sus previsiones, en el viaje á Roma, hecho para requerir datos concluyentes á exploraciones nuevas, inspiradas por el ejemplo de los portugueses y por las noticias reunidas en las navegaciones de éstos á Guinea y á Canarias. Pinzón conoció mucho á cierto bibliotecario de Inocencio VIII, que la historia no designa por su nombre; y este bibliotecario sapientísimo le mostró un mapa donde constaban ciertas indicaciones de tierra allende las islas Afortunadas y en dirección hacia Occidente. Será verdad, será mentira: no hay dato cierto y justificativo de tal especie; pero corre por todos los libros y nace del esplendor con que lucía la corte pontificia en aquella edad. Figura poco saliente la del buen Inocencio, borrada entre las obras artísticas de su antecesor, el feliz en maravillas Sixto IV, que diera su nombre á inmortales monumentos, y el extrañísimo Alejandro VI, que levantara sus ambiciones tan alto y dirigiera su política tan lejos, no brilla sino por haber su familia querido asociar el nombre suyo á los preliminares del descubrimiento colombino, como consta en la inscripción que pusieron sobre su sepulcro en el Vaticano, excusa de inexcusables flaquezas y título al perdón de la posteridad. Y estos viajes de Pinzón por la península itálica; sus estancias en Roma, entonces resplandeciente de ideas y de inspiraciones; sus visitas á la biblioteca vaticana y su amistad con el bibliotecario de Inocencio VIII,

si no testifican la existencia del nunca encontrado mapa, testifican los muchos tesoros de saber cosmográfico acumulados en la corte pontificia, y muy propios para prestar al glorioso auxiliar de Colón la diligencia con que acudió á los preparativos de la proyectada obra y el ojo certero con que columbró su realización matemática.

La región de Huelva está, como ninguna otra, unida por guirnalda hermosísima de recuerdos y por constelación luminosa de nombres con la epopeya del descubrimiento. Dejando aparte Garci-Fernández, Juan Pérez, los tres Pinzones, Peñalosa, no deben olvidarse otros nombres, bien pertenecientes á la leyenda, bien pertenecientes á la historia, cuya fama compite con la fama de los anteriores. Natural de Lepe, Sebastián Rodríguez, que aportara el acuerdo supremo desde Granada para una definitiva inteligencia, conducente á procurar la invención del Nuevo Mundo, entre la Reina y el piloto; señor de Ayamonte y de Huelva el Duque de Medina-Sidonia, que recibiera confidencias íntimas de Colón y esbozara varios, aunque frustrados, proyectos; de Huelva el Alonso Sánchez, mencionado un siglo después de la invención por el inca Garcilaso como primero en abordar, conducido por las tempestades, á desconocidas playas, acaso pertenecientes al Nuevo Mundo; de Moguer y de Palos el mayor número entre los reunidos para la tripulación de los tres barcos á quienes cupo haber cumplido las profecías del sobrenatural nauta y evocado en los mares la nueva creación que al sublime profeta confiara el secreto de su existencia. Por eso los peregrinos de la civilización, al

hollar todo aquel espacio sacrosanto donde se iniciara una obra tan grande, y visitar los sitios ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden, ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por verjeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera, testigo de toda la ya legendaria expedición: en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII

EL DÍA DE LA PARTIDA



RA el día dos de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se aperciesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la regularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo

hollar todo aquel espacio sacrosanto donde se iniciara una obra tan grande, y visitar los sitios ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden, ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por verjeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera, testigo de toda la ya legendaria expedición: en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII

EL DÍA DE LA PARTIDA



RA el día dos de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se aperciesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la regularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo

ha causado y todo en sí lo ha comprendido, pero no por nuestra contingente inteligencia, cuya limitación sólo descubre un lado parcialísimo de las cosas, y ahí penetra el enjambre de ideas místicas, subiendo al cielo deliquios de plegaria, espirales de incienso, acentos de órgano, y bajando del cielo rayos de santa inspiración y rocíos de consoladoras esperanzas. Así, nada tan puesto en razón, y tan justificado por todo aquello apercebido y preparado en aquel minuto solemne, como una procesión de rogativa por los tripulantes hecha desde las carabelas ya dispuestas á partirse, hasta las iglesias, donde se fijaban los ojos como en faro espiritual, superior á cuantos faros materiales pudieran encenderse por los promontorios y por las costas. Poco, muy poco resta de la Rábida, castigada por los cambios sociales, tan parecidos á terremotos, que trastornan desde las instituciones y las leyes hasta los monumentos con sus terribles sacudidas; pero junto á un claustro bien ojival de la época, junto á una techumbre mudéjar de alerce donde Colón fijaría de seguro los ojos, consérvase una efigie muy arqueológica de María, en cuya presencia los marineros acaso rezaran, al rumor de las brisas y de los pinos, las poéticas letanías que denominan luminosa estrella de los mares á la Virgen Madre. ¡Cuántas evaporaciones de mal ocultas lágrimas, cuántos soplos de suspiros profundos, cuantos ecos de plegarias ardorosas, no habrán quedado en el regazo de aquella efigie, preferida en las devociones marineras! Por poco poeta que seáis, no podéis acercaros á la Virgen de la Rábida sin ver en sus sienes tal aureola de recuerdos.

Realizado este acto de piedad, rezada en Palos una misa, las tripulaciones volvieron á las carabelas, donde aguardaron sumisas la orden de zarpar, mientras Colón se recogía en el monasterio y velaba diligentísimo en escucha y atención del aguardado viento. Sublimes horas las que le separaban de los comienzos de su empresa, horas en que se agolparían á su memoria todos los recuerdos transmitidos por lo pasado y á su corazón todas las esperanzas que centelleaban sobre lo porvenir y esclarecían los caminos conducentes al anhelado logro de su empresa. Las dos virtudes mayores de Colón resultan la fe viva en Dios y en el amparo de Dios, así como una confianza en sí mismo y en su obra capital proveniente de esta fe viva. Su lectura favorita resulta el Evangelio de San Juan, como el evangelio resulta, junto á los tres que con él constituyen las revelaciones directas del Dios cristiano, una encarnación milagrosa del Verbo, bastante fuerte y eficaz para mover el sublime piloto á cuajar y cristalizar toda la idealidad aquella que debía cumplir sus seguras esperanzas. Así esperaba poder zarpar el día mismo en cuya madrugada se había entrado, el día 3 de Agosto, por ser viernes, y como viernes, fausto, no obstante lo dicho por viejas supersticiones italianas en contrario, pues en viernes la primera cruzada dirigida por Godofredo de Buillón, tomó á Jerusalén, y la última, comandada por los Reyes Católicos, en viernes tomó á Granada. Pero no solamente favorecían los designios suyos estas fechas y reminiscencias célebres; los favorecían también las piadosas tradiciones franciscanas. No comprenderá jamás á Colón quien olvide

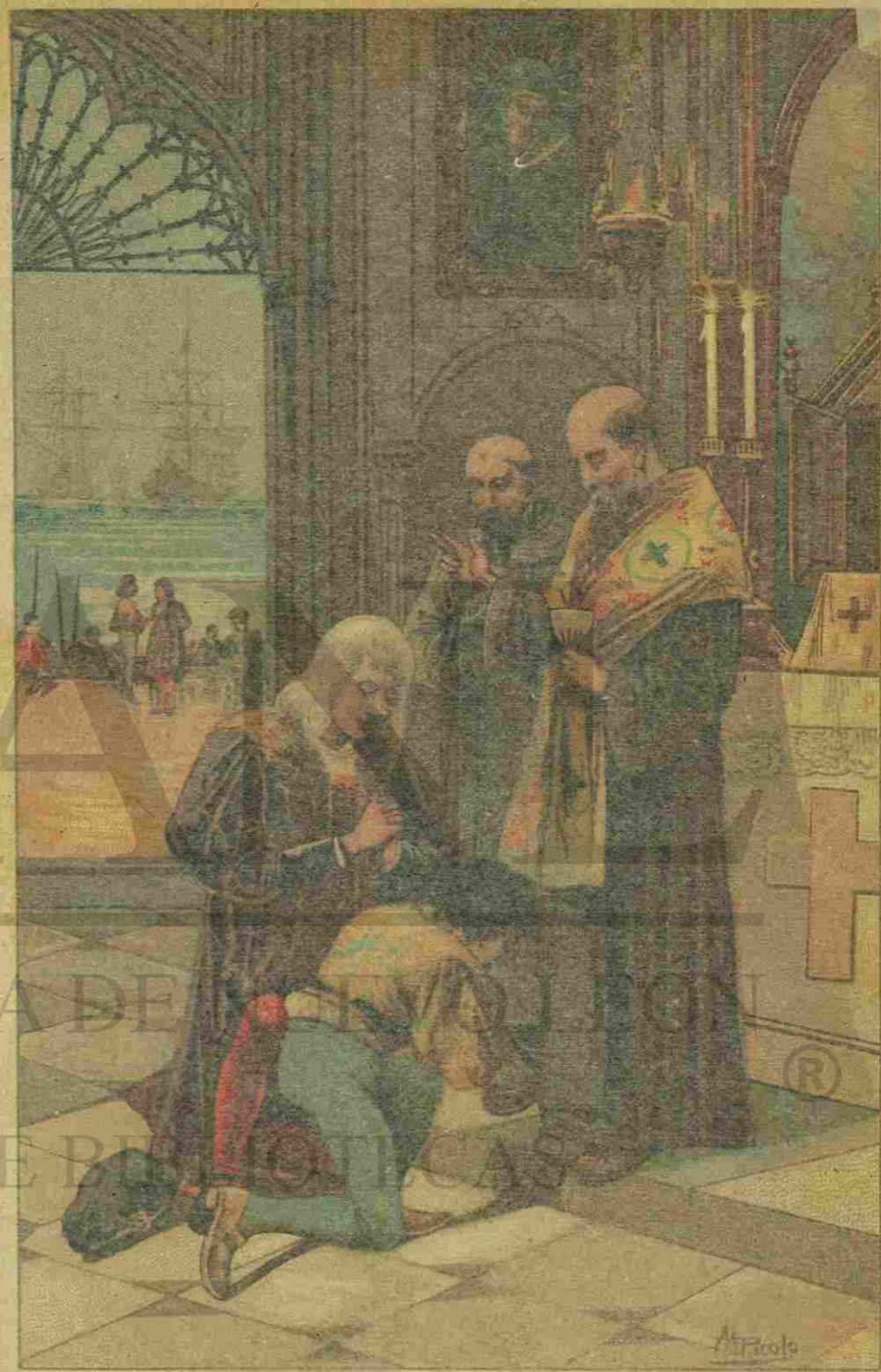
cuánto la vista suya tenía de telescópica y de microscópica; cuánto el carácter suyo de profeta y de negociante; cuánto el proceder suyo de sinceridad honrada y de doblez florentina; cualidades opuestas, excluidas unas por otras en los espíritus segundos, pero que se armonizan y hasta se completan en los espíritus superiores. Así no descuidó cosa ninguna, ni desatendió á ningún perfil en sus preparativos, sin empecer esta minucia en lo particular á lo sublime del sintético y sobrenatural conjunto. Él supo encontrar quien le procurase dinero para entrar como socio capitalista en la misma sociedad mercantil donde tenía la parte capitalísima de socio industrial. Él dió con lugartenientes, los cuales cooperaron á su obra en la preparación de cosas segundas, á cuyo seno, por bajas, no descendía el influjo de su espíritu altísimo. Él escribió contratos llenos de números y granjerías con los Reyes, al mismo tiempo que dictaba cartas llenas de fantaseos para que le valiera cuando tuviese que presentarse ante la persona del Grande Kan de Mongolia. Y á todo esto añadía sus propias oraciones, muy repetidas é insistentes, sumadas con las oraciones del Rdo. Fr. Pérez y de toda la Comunidad franciscana.

Colón veló sus carabelas desde la noche del 2 á la mañana de 3 de Agosto, ni más ni menos que velaban sus arreos de pelear los caballeros andantes en la Edad Media. Esperábase por todos los marinos expertos un viento favorable á la salida y no había de faltar la vigilancia suya en tan dichosa espera. Como desde sitio, cual el altillo de la Rábida, podía observarse mar y cielo, el

piloto con atención sostenida observaba, y parecía en su observatorio ave agorera de las que presagian el cambio en los vientos sobre un pie á la cumbre porosa y húmedísima del alto y combatido escollo. La tradición franciscana y los escritores piadosos han puesto aquí un episodio cercano de la leyenda, que si no tiene histórica exactitud, tiene moral probabilidad. En punto de las tres, cuando aun brillaban todos los luceros en el cielo y dormían en la tierra todos los seres, el viento aguardado llegó, difundiendo vida nueva en las venas del descubridor y acelerando con las vibraciones de sus nervios los latidos de su corazón. Los pinos vibraron, como si lanzaran un cántico matinal; y las olas comenzaron á ondular blandamente, cual si latieran, como el soplo de las brisas, al soplo de la esperanza y del amor. Colón despertó al P. Juan Pérez, el P. Juan Pérez al niño Diego, y los tres fuéronse á la iglesia en busca de auxilio celeste y de conhorto religioso para las necesarias terribles separaciones y para el misterioso viaje. Como en la inmensidad etérea lucían las estrellas, en el reducido templo lucían las lámparas. El fulgor de aquéllas esclarecía los derroteros del Océano y el fulgor de éstas esclarecía los derroteros del espíritu. El fraile se revistió y dijo en el altar mayor, ante la Virgen esclarecida por lámparas y cirios litúrgicos, el santo sacrificio. La misa que se decía delante de los altares; la campana que resonaba en el espacio silencioso; la ola que despedía dulce rumor á lo alto; el pino que vibraba como si quisiera murmurar una oración cristiana; el tomillo y la salvia que confundían sus boca-

nadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporaciones lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

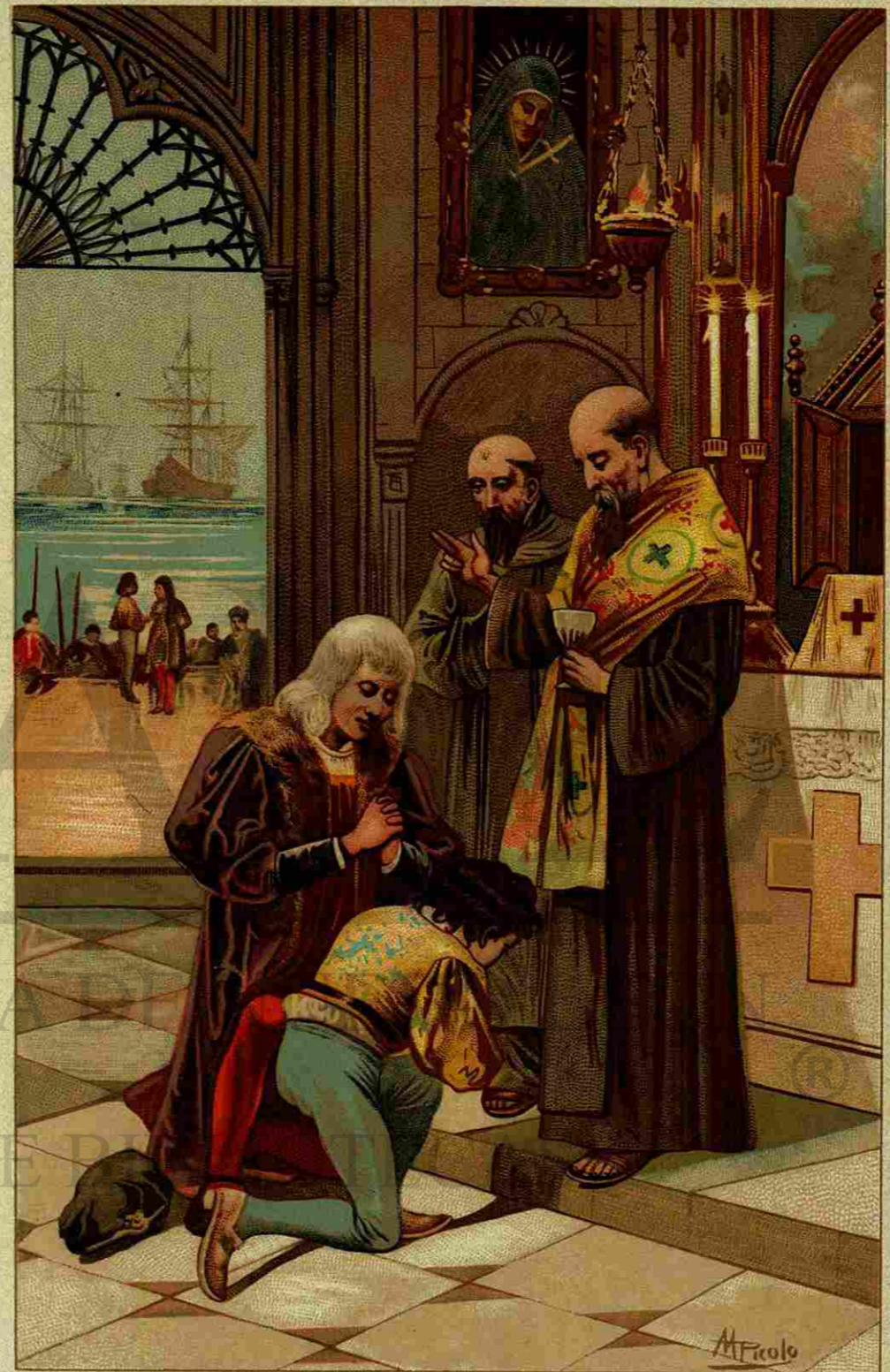
¡Cómo rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en esto caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! Y cómo la oiría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Génesis*, é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores antiguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los dolores futuros. He ahí por qué nunca podrá extinguirse la virtud santa del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna



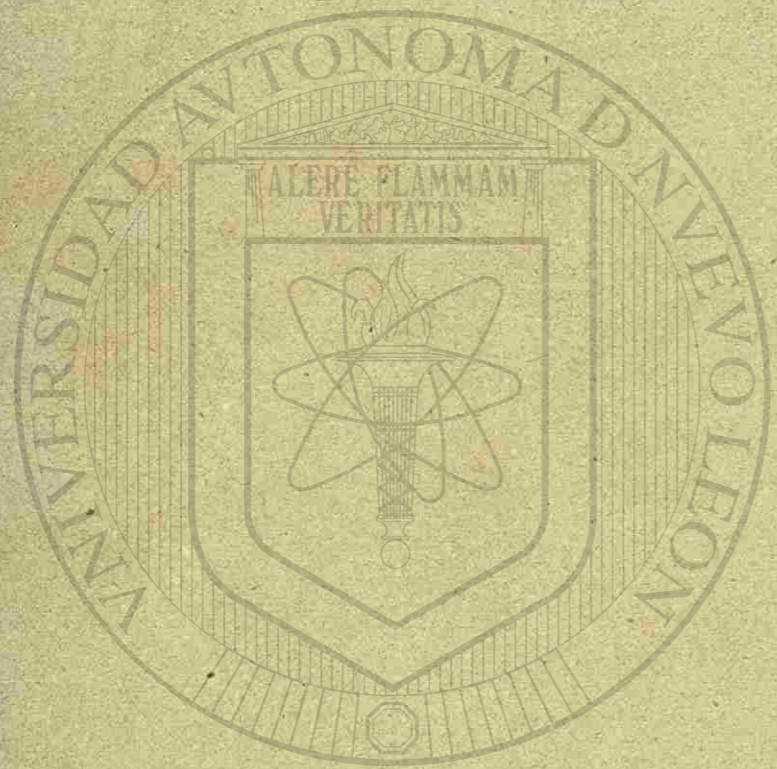
de Felipe C. Rojas Madrid.

nadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporaciones lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

¡Cómo rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en esto caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! Y cómo la oíría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Génesis* , é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores antiguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los dolores futuros. He ahí por qué nunca podrá extinguirse la virtud santa del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna



Lit. Felipe G. Rojas. Madrid.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

y de la fuerza, ha divinizado la religión cristiana el dolor, el martirio, el sacrificio, la pobreza y la muerte. Pasó ante Colón, como ante todos los reveladores, el melancólico cenáculo, el triste Olivete, la noche del huerto, la venida del ángel con los acíbares de todas las amarguras en su cáliz, el traidor sueño de los apóstoles, el beso de Judas, la negativa de Pedro, las blasfemias de Caifás, los insultos en el Pretorio, la calle de Amargura, las tres caídas, los azotes á la columna, el lazo de los puños, el clavo de las manos y de los pies, la esponja de hieles en los labios, la corona de abrojos en las sienes, el suspiro de dolor que llenó el Universo, la muerte de todo un Dios en la cruz, es decir, la condensación de todas las lágrimas y de toda la sangre derramada por la humanidad en el triste Calvario de su misérrimo planeta. Después, estáticos los ojos, las manos plegadas, las rodillas en el suelo, no cabiéndole ya el corazón en el pecho ni la esperanza en el corazón, acercóse á la mística cena y tomó el pan eucarístico, por cuya virtud, transfundida en sus carnes y en su sangre la carne y la sangre de Cristo, ninguno de los dolores pasados podían extrañarle y ninguno de los dolores venideros sorprenderle ya, pues á medida que crece la grandeza intelectual y moral en el hombre, también crece la pena y la desgracia en la vida. El alma de Colón estará por una eternidad en el coro donde resplandecen las almas de todos los grandes iniciadores históricos. El carácter intelectual suyo será el carácter intelectual de lo porvenir; una ciencia que no excluya la fe y una fe que no maldiga la ciencia. Como en el Evangelio

de San Juan, recitado aquella sublime madrugada por Fr. Pérez al oído del Profeta, será luz material el Verbo divino y Verbo divino la luz material: *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*. La ciencia no se mantendrá en abstracciones puras y estériles, creyendo su ministerio concluído con decir la verdad; tomará de la fe sus piedras por los desvalidos y proclamará que no valen cosa los secretos arrancados al misterio eterno, cuando su revelación marre de algún modo en prosperar el humano bien. Concluiráse todo esto de que la religión se niegue al raciocinio, y de que la ciencia nos condene á la pena capital de una eterna muerte y de un olvido eterno. La grandeza de Colón consistía en esto, en el *Sursum corda* con que respondía su fe espiritual á todas las negativas, y en la confianza de sí con que penetraba sin arredrarse dentro de los misterios: que así como hay fuego bajo la tierra más fría, está Dios bajo la obscuridad más espesa. Sin aquel nativo entusiasmo suyo, nunca concibiera el plan inverosímil que ha renovado la Naturaleza; y sin la pertinacia en su entusiasmo, nunca lo hubiera cumplido; mas no debe olvidarse que tal fuerza creadora le provino de la misteriosísima suma entre dos factores tan luminosos y tan vivificantes como la religión y la ciencia.

Semejante al Yima que nos presenta el Zendavesta, lanzóse audaz por el camino, donde parecía que se apagaba el sol, y puso muy lejos el ocaso, robándole así dominios á la noche y espacio á las tinieblas. Pero conseguía esto porque sus ideas volaban al mismo tiempo entre las lámparas y entre las estrellas, calentándose así al rayo

luminoso del humano saber como al místico fuego del divino altar. Colón se había refugiado en sí mismo cuantas veces lo tendiera derribado por el suelo frío la desgracia implacable, y en sí mismo había encontrado la esperanza; porque, cual en lo más hondo del Universo, en sí mismo había encontrado también á Dios, ¿Nos extrañará que haya sido iniciador quien combinaba los números con los astros y los astros con las ideas y las ideas con los intereses? ¿Nos extrañará que haya hecho hablar á la esfinge de una tierra callada y oculta quien uniera con el dogma el cálculo y á las abstractas operaciones del matemático juntara las prácticas piadosas del creyente? Así, este revelador Hermes ha descifrado geroglíficos del Universo inscritos en las entradas tormentosísimas del mar tenebroso por la mano del destino antiguo, los cuales jeroglíficos, al caerse y disiparse bajo el conjuro de la palabra del descubridor, nos mostraron á una con ríos tan grandes como nuestros mares y montañas tan enormes que parecían levantar el cielo á mayor altura y floras extrañas y perlas sinnúmero y gentes sin pecado, como si nos hubiera devuelto á la triste descendencia de Adán el perdido paraíso. Los velos que ocultaban esa Isis del mar, á la cual denominamos América por designarla con cualquier nombre, jamás se hubiesen rasgado, si Colón, al mismo tiempo que calculaba, no hubiera creído.

Así, cuando terminó de oír misa y de tomar la comunión, sintióse más fuerte. Y bien lo había menester; porque le inundaban las lágrimas el rostro y le rompían los latidos de su corazón el pecho al separarse y despedirse del

fraile que le asegurara la realización de su empresa, del cosmógrafo que la esclareciera con sus ideas, y sobre todo del hijo de sus entrañas, que le partía en pedazos con sus besos, y con sus lloros y con sus cariños el alma. Pero precisaba descender á la playa por fuerza, y descendió con resolución, arrancándose á brazos que lo retenían en la tierra como las raíces al árbol, cuando iban abriéndose ya las alas de sus velas para conducirlo por el cielo y el mar. Así llegó bien pronto al muelle de Palos, y cuando el alba iba rayando por Oriente, la nao capitana se acercó á recibir con verdadera majestad al nuevo argonauta. La vibración de cuerdas y lonas, el movimiento de tripulaciones y aparejos, el silbato de contramaestres y el grito de marineros, propios á las preparaciones del zarpar, divulgaron las señales de partida por el aire y atraieron la gente ribereña, siempre madrugadora, por la costa, en el vivo natural deseo de ver la operación curiosísima y despedir á los expedicionarios, de todos naturalmente amados. Imposible comprender estas despedidas en los pueblos marineros como no se hayan alguna vez presenciado. Las ausencias y separaciones frecuentes en los trabajos marítimos acrecientan el amor en la familia y este acrecentamiento del amor los dolores anejos á las terribles separaciones. Así, mientras los marineros movían el estruendo natural á la ejecución de sus maniobras, oíanse gritos de tiernas despedidas, ayes lanzados por las almas y mal reprimidos por las enronquecidas gargantas, sollozos de mujeres desesperadas acompañados por lloros de niños, los cuales se dolían, sin saber por qué, avisados de un

instinto, cuyas revelaciones les decían también cuánto y cómo tenían que llorar ellos en la vida por la tristísima herencia de penas y dolores, en verdad aceptada sin beneficio de inventario. Cuando Colón pasó del esquiife á la carabela y se levantaron las áncoras, un escalofrío general recorrió el cuerpo de los tripulantes que se iban y el cuerpo de las personas que los despedían. Al dolor, engendrado por todas las navegaciones, uníase ahora en ésta la incertidumbre del resultado, sólo propia para generar la perplejidad en los ánimos, esa perplejidad llena de verdaderas angustias. Sabían de dónde iban; pero así que, tomado el rumbo á Cádiz, y tras Cádiz á Canarias, y tras Canarias al Occidente, dejasen tales islas, recién conquistadas unas, y otras por conquistar todavía, desconocían todos el derrotero que iban á seguir y á dónde llegarían y en cuánto tiempo. La cruz flotaba sobre aquella nao capitana, que iba zarpando hacia lo desconocido, hacia lo ignorado, hacia lo misterioso, quizás todo ello impenetrable, quizás todo ello inaccesible, quizás á la inteligencia humana superior é inaquistable por la humana voluntad, como lo infinito que nos rodea, como la eternidad en que todo se sucede, como el ideal de perfección adonde nos dirigimos de continuo sin llegar jamás, como el más allá de todos los deseos y de todos los afanes y de todos los esfuerzos y de todos los anhelos á que nuestra vida entera se dirige y se alza, volviendo á caer sobre sí misma dentro de su límite y de su lecho, á la manera del mar embravecido y encrespado, que los huracanes del cielo baten y levantan en tormentosas aguas, las cuales como que

quieren apagar los astros y luego tornan dentro de su inmenso lecho á caerse y á callarse.

Ya hemos dicho en otra ocasión que la carabela se prestaba, como ningún barco del tiempo, al hercúleo esfuerzo de las exploraciones oceánicas y al hallazgo de los territorios apartados. Harto resistentes y grandes para el fin de contrastar las alteraciones y embates oceánicos, eran también harto ligeras y estrechas para reconocer la desembocadura de los ríos y bogar entre orillas mansamente. Sin embargo, según el sentir de maestros en las artes náuticas, llamábase carabela, por regla general, en tiempo de Colón á todo barco de carga, cualesquiera que fuesen sus dimensiones y su resistencia. «Embarcación de una cubierta, larga y angosta, con un espolón á la proa», dice nuestro Diccionario de Autoridades, al cual consultamos como á un oráculo del idioma nacional, definiendo la palabra carabela. Esta definición verdaderamente no puede sufrir ningún reparo en su primera fórmula, si hemos de atender á cuanto dicen tratados de náutica escritos con verdadera competencia. Pero cuando el clásico Diccionario añade que tienen las carabelas tres mástiles iguales casi, con tres vergas muy largas y en cada verga su correspondiente vela latina, el reparo surge, pues carabelas llamamos á las tres embarcaciones de la flotilla mandada por Colón y sólo una llevaba la clase de vela indicada por nuestro Diccionario, la más diminuta y frágil, bautizada por ende con el nombre de *Niña*. También el Diccionario de Autoridades castellano riñe luego con los libros clásicos de marinería, cuando asegura

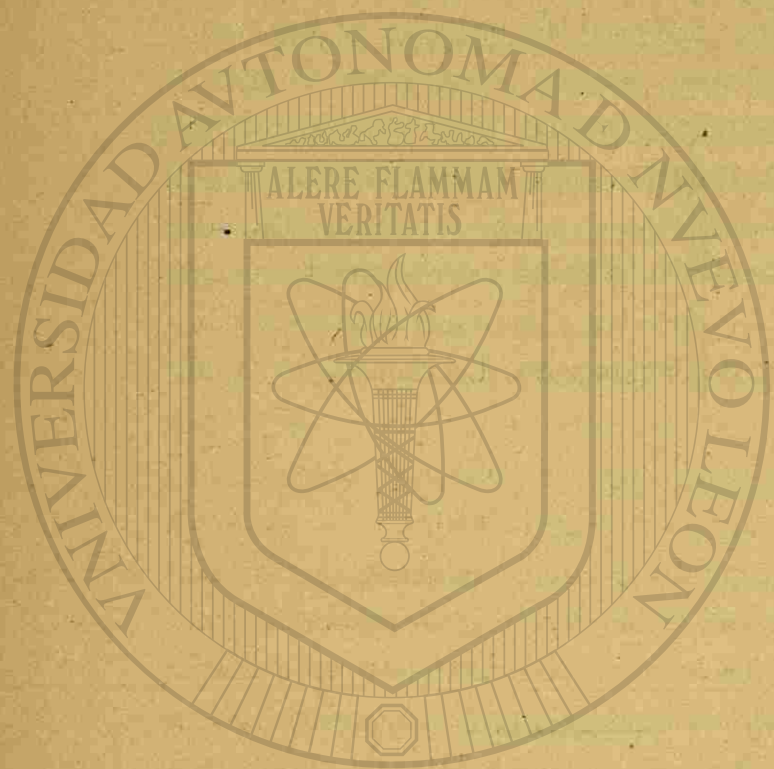
que aparecen como de mucho peligro las carabelas, pues á causa de su ligereza vuelcan pronto, si no se cambian con grande celeridad las velas, que son uniformes, mientras maestros en mar, en ciencia y experiencia náuticas, las presentan hoy como resistentes y fortísimas para los menesteres de aquellos tiempos. Ochenta toneladas le reconocen á la carabela colombina los más, y una popa cuadrada concluída por un castillo alto en contraposición al de proa, mucho menor y con velas recuadradas unas y latinas otras generalmente. Sin embargo, la definición de un maestro en estas cosas hace las carabelas mayores que lo generalmente de sus dimensiones creído, y las describe como «de marcha rápida, de construcción sólida, de dos castillos alterosos á popa y proa, de tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor trinquete y mesana latina.» Unos dicen que andaban veintiocho leguas en cada veinticuatro horas y dicen otros que andaban hasta setenta y dos. Yo he visto con mis propios ojos en la Biblioteca Colombina las carabelas de Colón perfectamente dibujadas. El descubridor mismo las ha trazado con aquella mano firme, de antiguo hecha, por su oficio, al dibujo de mapas y derroteros y objetos marítimos, con una indudable fidelidad. Hállanse copiadas sobre la primera Década de Angleria, que se conserva entre los libros más preciosos del segundogénito de Colón, su Fernando. La desproporción de dimensiones entre las naves á primera vista salta y con la desproporción de dimensiones la diversidad completa de aparejos. La *Santa María* excede y aventaja mucho á sus compañeras en forma y en

grandeza. El aparejo suyo aparece mucho más complicado que los correspondientes á las otras. Velas cuadradas penden del palo mayor y del palo segundo. Una latina se tiende á popa. La diferencia de altura entre popa y proa muy enorme á la simple vista parece. La *Pinta* en el dibujo resulta una especie de término medio entre la *Santa María* y la *Niña*, más parecida por su arboladura y por su cordaje á la primera que á la segunda. Por fin, la *Niña* se parece mucho á los laúdes pescadores y mercantes de ahora, como que sus latinas velas traen á las mientes aquellas ligerísimas embarcaciones, frecuentes por las aguas del Mediterráneo, cuyas blancas lonas, heridas por los rayos de un sol meridional, aparecen gallardas entre las aguas y los cielos azules, á manera de gaviotas que huellan con las puntas de sus alas aquella superficie luminosa rizada por un oleaje ligerísimo y blando. Desde luego cada embarcación llevaba el número de tripulantes con arreglo á su capacidad y á su importancia. En la nave capitana iban por compañeros del Almirante un maestro, como Juan Cosa, natural de las montañas cantábricas, muy curtido por aquel turbulento mar; un físico de Moguer, maestro Alonso, provisto de todas las experiencias permitidas por los deficientes medios de observación que había en su tiempo; un alguacil mayor de Córdoba; un repostero de los estrados Reales; un paje de corte y un escribano de armada; un judío converso como intérprete; un veedor, llamado así por estar adscrito en las ciudades y villas para reconocer si estaban á ley ú ordenanza conformes las obras de cualquier gremio y oficina de basti-

mentos. Así, en el segundo libro de los Reales ordenamientos valía veedor lo mismo que visitador; y la voluntad clara del Rey era diputar cada año personas discretas, las que fueren menester, por veedores para que visitasen tierras ó provincias. La *Pinta* llevaba muchos marinos, casi todos naturales de Palos, mientras algunos tan solo de Moguer. Por el carácter de las sendas tripulaciones veíase cómo la *Santa María* llevaba el gobierno de todas y la *Pinta* el mayor número posible de marineros muy expertos en cosas anejas á su difícil oficio. En menor número la *Niña*, llevaba una tripulación semejante á la congregada por Martín Alonso Pinzón en la *Pinta*. Contábanse junto á los avezados y expertos en el mar, un cirujano, un platero ensayador, un explorador natural de Irlanda y otro natural de Inglaterra, con varios labriegos y campesinos de regiones adentro, extremeños, andaluces, manchegos, y aun castellanos viejos. Verdaderamente, aquellos hombres tenían corazón de acero, y despreciaban la vida con profundo menosprecio, arriesgándose á una expedición semejante. Los marinos anteriores á ellos contaban con advertencias más ó menos ciertas y tradiciones más ó menos seguras que á sus empresas los guiasen. Ulyses, en quien personificó Grecia los trabajos y amarguras del mareante, recorrió un corto espacio; Jasón se apartó muy poco del suelo patrio y del hogar paterno; Alejandro mismo recorrió continentes muy conocidos por la geografía de su tiempo y muy estudiados por la ciencia helénica, poniendo sus pies en tierra consistente y sólida; mientras estos marinos españoles á una

se lanzaban en los abismos de inexplorado mar, que creía inexplorable la universalidad de las gentes, y por ende imposible la vuelta desde ellos, como veían su ingreso defendido por apocalípticas espadas de ángeles exterminadores, muy semejantes á los puestos por la tradición católica en la postrimer jornada de nuestra cansadísima tierra. Tentar á Dios; llamar al diablo; caer en una sima semejante al infierno; por mar tenebroso extenderse, de plomo derretido quizás compuesto, y en atmósfera caliginosa envuelto, como en paño fúnebre; tropezar con jamás vistos monstruos abortados por satanescos misterios: he ahí cuanto encontraban por aguijón y estímulo y espoleo de su empresa los compañeros de Colón en el momento de zarpar desde sus tierras, tan conocidas y tan amadas, para sumergirse como piedras mágicas en abismos insondables. Aquel viaje únicamente podía compararse con los viajes fantásticos pintados durante la Edad Media por medio de litúrgicos círculos y esferas de un mundo sobrenatural y diabólico. Todavía Colón llevaba consigo su ciencia, sus adivinaciones, las facultades correlativas con el ministerio que debía desempeñar en la naturaleza y con el fin que había de cumplir en la sociedad y en la historia; el sentimiento interior de su grandeza y la vista certera de una creación que tocaba con sus audaces manos de atrevido explorador y que contemplaba en sus intuiciones milagrosas de inspirado profeta; por lo cual no retrocedía delante de ningún obstáculo, ni desmayaba por contrariedad ninguna, ni hacía caso del sofisma, ni se amedrentaba por las amenazas, ni se retor-

ecía en el potro de las calumnias, viendo siempre aquellos mares orlados de perlas, aquellas minas preñadas de metales preciosos, aquellos bosques de canela y otras olorosas especias, aquellas cresterías de brillantes y esmeraldas sobre las cordilleras, aquellos empedrados de plata y aquellos templos de oro macizo, tras todo lo cual iba desalado en alucinaciones, cuya magnética influencia le inspiraban una seguridad en sí mismo y una certidumbre de su obra, del éxito afortunado y del seguro logro, que nos explican su fe vivísima y su esperanza inalterable. Pero ¿qué tenían los compañeros? Únicamente su valor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVIII

VIAJE DE PALOS A CANARIAS

CONVIRTAMOS los ojos al comienzo del viaje. El pueblo perdió pronto las carabelas de vista por lo sinuoso de la costa; mas el franciscano Fray Pérez y sus compañeros las observaron tres consecutivas horas en el Océano, hasta que una distancia larga borró sus líneas tras la línea del horizonte sensible. Á las primeras singladuras, avistaron estos buques, portadores de tantas promesas para lo porvenir, otros buques portadores de odios y de rencores provenientes de lo pasado. Con efecto, una de las últimas naves que transportaban allende los judíos expulsos de nuestra España por la intolerancia religiosa, personificada en el odioso Tribunal de la Fe recién establecido, cruzaba cerca de la flota ida en pos del Nuevo Mundo para renovar la creación y ofrecer un seguro al principio de la humana libertad renaciente y un templo al Dios de la conciencia redimida. Como si el sol

no saliera para todos; como si á todos el cielo en sus designios no nos hubiera hecho iguales: ¡ah! la maldita reacción cometía uno de sus enormes inútiles crímenes á la misma hora en que surcaba el genio de la libertad los mares buscando y requiriendo la tierra indudablemente surgida para ofrecer su espacio immaculado á todos los ideales del progreso. En sus miras estrechas, los poderes directores de la Edad Media negaban el aire y el fuego á los judíos al instante de abrir la nueva creación á la nueva sociedad, según su plan providencial destinada por Dios á concluir por medio de sus inmortales puritanos con todas las intolerancias y á sumar por medio de sus repúblicas un territorio infinito á las modernas democracias. Mientras las naves impelidas por el soplo abrasador de la Inquisición llevaban su cargamento humano al suelo de África, donde reina todavía la fatalidad musulmana; las naves impelidas por el soplo creador de una nueva idea iban á traer con una inconsciencia y una indeliberación sublimes al escenario de la Historia el continente de la idea progresiva inspirada y animada por el Espíritu Santo de la libertad. Colón tomó el derrotero hacia Cádiz y desde Cádiz hacia Canarias. Puesta la proa de su nave capitana con certera y firme resolución á Occidente, descendió al camarote y comenzó su *Diario*. Alma religiosa, inscribe al comienzo de tan excelso memorial, como letras primeras, el sagrado nombre de Cristo. Y hecho esto, invocado así el protector divino de su empresa, enlaza la obra que acomete con las obras que le han precedido, y cual si viera por adivinación intuitiva de qué

suerte misteriosa iba el género humano á unir con la toma de Granada el descubrimiento de América, refiere cómo vió brillar la cruz traída de Toledo en el torreón de la Vela, y despedirse los Reyes moros de su edénica ciudad vencida, prestando acatamiento á los Reyes cristianos que coronaban en aquel minuto supremo la unidad española. No sé quién ha tachado la Introducción al *Diario* de fantaseadora y enfática por estas reminiscencias, cuando no hay cosa que determine á las grandes empresas para lo futuro como las grandes empresas intentadas y concluidas en lo pasado. La invocación al Catolicismo y la invocación al Rey habían de acompañar todo descubrimiento, porque se necesitaban entonces aquellas dos grandes unidades, como dos núcleos á cuyo centro reunir el semillero innumerable de territorios nuevos en el globo terráqueo y la constelación luminosa de almas nuevas en el espíritu humano. A la Iglesia tenían que pedir ideas los descubridores para educar los hombres nuevos y á la Monarquía fuerzas para someterlos, dado aquel minuto de los tiempos, aquel término de la serie, aquella fase de la universal evolución histórica. Por medio de intuiciones veía todo esto Colón y colocaba su obra increíble so los sendos amparos de la Religión y de la Monarquía. Pero seguidamente recuerda y fija el objeto de su expedición. Y, al fijarlo, evoca la sombra que llena todos los caminos del Oriente, la sombra de aquel gran Kan, rey de los reyes y señor de los señores, quien, desde su áureo palacio erigido en el fondo de Tartaria, pidiera mil veces el bautizo cristiano, que iba en este momento á encon-

trar por virtud y obra del viaje, cuyo dietario él comienza, y que no es el antiguo viaje á Oriente por tierra, sino por mar, y por un mar hasta entonces de nadie conocido ni surcado. Y en seguida, entre todos estos espléndidos horizontes de ideal y de todas estas reverberaciones de gloria, surgen (dejaría de ser hombre Colón si alguna debilidad no le aquejase) los dos demonios de su vida, el deseo de lucro y el deseo de mando. Y así, recuerda que le han permitido los Reyes recibir tratamiento de don, revestirse con los títulos de Almirante y de Virrey, amayorazgando todo ello con hereditario vínculo en sus herederos y sucesores, hasta la última generación. «Así, habla Colón, que después de haber echado fuera todos los judíos de todos los reinos y señoríos, en el mismo mes de Enero, mandaron vuestras Altezas á mí que con armada suficiente me fuese á las Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamase don, y fuese Almirante mayor de la mar Oceana, é Visorrey é Gobernador perpetuo de todas las Islas y Tierra Firme que yo descubriese y ganase y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar Oceana, y así sucediese mi hijo mayor, y así, de grado en grado, para siempre jamás.»

Con leer la Introducción al *Diario* hay de sobra para persuadirse á la estimación merecida por su autor, cuyo talento telescópico para ver lo sobrehumano y lo misterioso no empeía, no, al talento microscópico para ver y estudiar los más vulgares provechos. Pero el *Diario* no sólo sirve al conocimiento de los móviles que determina-

ron la obra; sirve al conocimiento del desarrollo que la obra tuvo cada día. Los tres primeros de navegación aparecen felicísimos. Habiendo salido el viernes, en sólo un día, en el domingo subsiguiente, anduvieron, contado el andar en leguas castellanas, muy cerca de medio centenar. Mas, al cuarto día, la *Pinta* corrió peligro por desperfectos en el timón; y aunque, atentísimo á su deber, llegó á estar muy al habla el Almirante con ella, no se atrevió á socorrerla por temor á un choque, facilísimo en el viento que soplabá y en el oleaje batido por ese viento. Las resistencias y las dificultades por todas partes al paso suelen surgir en cada obra capital de nuestro espíritu; y cuando no bastan las opuestas por la realidad, impura siempre, sobrevienen las opuestas por nuestra misma razón y nuestro mismo pensamiento. Los dos armadores, Quintero y Rascón, cuyo era el barco, debilitaron adrede su gobernalle, para que, maltrecho y desgovernado, no pudiera perderse, cual en su concepto se perderían los otros dos por las procelas y tempestades del mar tenebroso. Antes de partirse habían opuesto los antedichos al viaje reveses y grisquetas. Fió Colón la compostura del barco á la maestría de su consumado capitán, Martín Alonso Pinzón, quien ocurrió á ello provisionalmente, pues la grande avería demandaba cuidados superiores á los que pueden procurarse allá en las soledades inmensas de alta mar. No hubo más remedio sino dirigirse hacia Canarias. Y como el 7 de Agosto faltase de nuevo el timón, adobáronlo y anduvieron en demanda de Lanzarote. Pero, habiendo andado muchísimo, no sabían el 8

dónde se hallaban, y hubo entre los pilotos marejada de disputas, únicamente apaciguadas por la ciencia náutica del Almirante, quien les aseguró estaban en el archipiélago de las Afortunadas. Y, en efecto, abordó en Lanzarote, y de Lanzarote pasó á la isla llamada Gran Canaria; y de la isla llamada Gran Canaria tuvo que ir á la Gomera; y de la Gomera que volver á la Gran Canaria nuevamente. Su primer idea fué armar otra carabela, vistos los desperfectos experimentados por la *Pinta*. Y en busca de ella requirió la Gomera, sin poder encontrar la nave apetecida. Así, tuvo que reducirse á cambiar el timón de la *Pinta* y el velaje de la *Niña*. Con buen gobernalle aquélla y ésta con velas cuadradas, en vez de triangulares, pudieron á una continuar la expedición. Y urgía, en verdad, continuarla, pues con suma insistencia se aseguraba por la generalidad una bien triste cosa: la estada en senos del islote último canario de una escuadrilla, por el Rey de Portugal armada, y en los postreros confines del mar conocido entonces aperebida con empeño á impedir el paso de Colón. Pero, por mucho que la incansable actividad y constancia del descubridor pudiera esforzar y aun violentar el trabajo, entre reparar averías y proveer raciones pasó un mes entero. Por fin, el 6 de Septiembre dejaron á su espalda los exploradores el mar conocido y entraron en el desconocido mar. Abriendo camino, la *Pinta* navegaba; seguía de cerca la *Santa María*, con sus insignias de gobierno, y seguía detrás de ésta la *Niña*; pareciéndose aquella navegación verdaderamente á un poema vivo, y las dificultades encontradas al paso pare-

ciéndose también á los genios suscitados contra los héroes de todo poema clásico por aquellos dioses adversos, representantes simbólicos del mal, connaturalísimo á nuestra contingencia y disuelto, como sutil venenoso miasma, por toda la creación.

¡El mar! Cosa fácil ahora, tras la exploración de todos los océanos y el sondeo de todos sus abismos, tras la visita de todos los rincones del planeta; con las cartas de marear exactas; vencidos los vientos contrarios por la máquina de vapor; domesticado el titánico Leviatán hasta convertirse de gigantesco marino monstruo en cómodo paquete; la noche ahuyentada por haberse trocado el homicida rayo en suave luz argentea; encendido un faro sobre la cabeza de cada cíclope, antes dispuesto á expirar huracanes y gozarse desde sus cabos inclementes en atisbar los naufragios continuos; cosa fácil disminuir la grandeza del descubrimiento de América y poner hecho tan extraordinario entre los azares felices de la suerte y los premios de lotería enviados por la fortuna y por la casualidad arbitrariamente á sus felices y mimados predilectos. Por esto mismo, por la dificultad invencible de colocarse los que historian donde se hallan los que viven y luchan, aparece como un triunfo mágico de la evocación el relato de los hechos transcurridos y pasados hace tiempo, en circunstancias opuestas á nuestro modo de ser, con un medio ambiente de creencias y de ideas generales más difíciles á la comprensión nuestra que los antiguos terrenos geológicos, los cuales, aunque yertos y fosilificados, aún se presentan de alguna manera especial á nues-

tra consideración y á nuestra vista. No se puede medir la grandeza del proyecto, sino con el cálculo de las varias supersticiones que reinaban en aquel tiempo. Acto de verdadero heroísmo lanzarse á un mar conocido; imaginaos lo que sería lanzarse á un mar ignorado. Ver la expedición en un siglo, como el siglo décimoquinto, desde las ventajas ofrecidas á las expediciones por los progresos de cuatro consecutivas centurias, es como ver la tormenta marítima y el horrible naufragio desde la segura tierra firme, dentro de un cómodo y bien aderezado castillo alzado entre jardines y bosques en el tope de las dunas, para que sus dueños contemplen los espectáculos oceánicos. El mar conocido, el mar explorado, el mar habitual á nuestros ojos, representa siempre un desierto, movable y cambiante si queréis, como líquido, pero al cabo desierto, interrumpido por el ave marina que lo riza con sus alas y por el pez que lo desflora con su cabeza. Á las pocas brazas ya está en sus senos el abismo y en sus abismos la eterna noche. Mundo inferior, no podemos respirar en él nosotros, pues nos amenaza por todas partes con ahogos y asfixias. Á pesar de tanta vida como tiene, sólo nos reserva la muerte, si á él nos entregamos; y á pesar de tantas aguas, sólo sirve para exacerbar y recrudecer nuestra sed. La noche, y el abismo, y el silencio, por abajo: he ahí lo que nos guarda el elemento líquido. Así comprendemos que los occidentales del siglo séptimo creyeran abortos del infierno á los normandos paridos por la tempestad en sus costas, puestas á saco por aquellos piratas. Delante del Océano se habían hasta el Renacimiento

detenido los pueblos. No se atrevieron, á pesar de sus varias navegaciones, mucho con él, ni los fenicios, ni los cartagineses, ni los griegos, atentos á la costa en sus más atrevidas circunvalaciones. El árabe mismo, tan dominador del Mediterráneo, le huyó espantadísimo. Al ocaso de las Canarias había un gigante que jugaba con los barcos á la pelota. El silbido de los vientos del mar, que parecen arremolinarse para dar al traste con la tierra, pone miedo en el más atrevido y animoso. El fragor de la ola, encrespada y batida por el huracán, aterra. Y no decimos nada de las mareas fuertes, de los desagües tumultuosos, de las espirales traidoras, de los azotazos eléctricos, de las trombas horribles, de los desatados huracanes. El que no ha visto una cordillera de olas, coronadas por crestas de hirvientes y alteradísimas espumas, desde los hondos surcos donde la nave se sumerge al descender entre torbellinos á lo profundo, y no ha oído el fragor de los diluvios y el estruendo de los rayos, desprendiéndose desde las tormentosas alturas, no ha visto el infierno frente á frente.

Ningún campo de batalla, ninguno, adolora y aterra, como adolora y aterra el naufragio, porque hay una gran diferencia para nuestro cuerpo, entre caer sobre la tierra de donde provino, como de una madre, y caer bajo la muda é incansable voracidad de los peces, todos enemigos. Hasta las nubes, amigas en los campos del hombre, se asemejan, cuando en la mar se congregan y anuncian la tormenta, de suyo á gigantescas aves rapaces, venidas desde otro mundo apartadísimo á devorar el

nuestro. Y lo repito: si pasa esto en mares conocidos, ¿qué no temerían los tripulantes en la flota exploradora del mar desconocido? Se necesita la codicia de oro despertada en el Renacimiento por todas partes para empujarlos al abismo. La Naturaleza pone como una estrella de guía el oro al término y logro de tales proyectos. Y como la química moderna jamás encontrara los elementos de vida, que hoy enriquecen la industria, sin los fantaseos de la increíble alquimia, empeñada en forjar oro puro dentro de los crisoles diabólicos, el descubrimiento de las nuevas tierras jamás se iniciara y consiguiera si el oro no hubiese brillado como un misterioso astro, como un punto Norte, como un centro de atracción, allá en los lejanos cielos y tras los ignotos mares. Por él hemos ceñido España y Portugal con nuestros brazos el planeta entero, y levantádonos juntos á sembrar, como dioses, de soles nuevos y nuevas constelaciones lo infinito. Nada menos extraño que los terrores de la tripulación aquella, cuyos espasmos la hicieran retroceder cien veces, á no haber mediado en el intento una inteligencia tan clara como la del Almirante y una voluntad tan entera como la de su segundo Martín Alonso Pinzón. Todo cuanto á la fe viva y á la inspiración creadora y á la inteligencia superior y al ideal deslumbrante y á la esperanza y á las adivinaciones, y á las profecías tocaba en aquel viaje creador, iba seguramente con Colón; pero la experiencia náutica, el arreglo administrativo, la ejecución acertada, las disposiciones para proveer á todo lo práctico y factible, á todo lo cumplidero en el detalle último y en el ordenamiento infe-

rior, todo eso iba en aquel vasto plan con Martín Hernández Pinzón.

Las naturales asignaciones de los méritos, que corresponden á cada uno de los autores del descubrimiento, aparecen todavía embrolladísimas, por las pasiones ciegas de unos, por las ideas sistemáticas de otros, por el empeño en casi todos los historiadores de conceder excepcional importancia moral á los informes y atestiguaciones de un pleito, en el cual, disputados intereses y sólo intereses, cada litigante arrojaba el ascua con razón á su sardina y cada testigo servía las personales conveniencias de aquellos en cuyo pro y por cuyo servicio estaba pronto, no sólo á disminuir, á ocultar, si era preciso, la verdad. Hay disidencias en apreciar lo que hiciera el piloto de Génova y lo que hiciera el piloto de Palos en la invención del Nuevo Mundo, porque se lleva el temperamento de los justipreciadores, el cargo que desempeñan, el pueblo á que pertenecen, la carrera y profesión que siguen, al controvertido justiprecio. Quién cree que, por marino, debe poner la técnica sobre la intuición y los experimentos del experto sobre las revelaciones del profeta; quién que, por creyente, necesita divinizar á Colón y poco menos que creerlo inmaculado, como la Virgen Santísima, é infalible, como el Papa católico, en razón de haber aportado un mundo nuevo á la Iglesia en la hora suprema en que perdía el viejo por las herejías enormes del protestantismo y por las tendencias paganas del Renacimiento; quien, á fuer de librepensador, da tras el Estado, representante de la unidad religiosa en el mundo moderno,

tras España, y la veja por el hecho capitalísimo, por el descubrimiento y apropiación de América; imputándole horrible ingratitud con quien encontró aquella virgen tierra en el secreto mar y la extendió á sus plantas cuando en la granadina vega se remataba la obra de su rescate con la cruz de Mendoza nublada por el humo de la inquisición; quién, como buen poeta, convierte un descubrimiento de ayer en epopeya religiosa, como á Colón en litúrgico héroe; quién, por español, cual si la justicia estuviese con el patriotismo reñida y pudiera en cosa ninguna empecer el amor de nuestro suelo al reconocimiento y confesión de sus culpas, disminuye á Colón para justificar á España, como si no hubiese Inglaterra menospreciado á Shakespeare y maldecido á Byron, Francia negando sepultura decente á Molière, Italia preso á Galileo y desconocido á Colón, Ginebra, tan progresiva y republicana, quemado á Servet; achaques á la humanidad congénitos y de los que ningún pueblo se exime y salva en el curso muchas veces turbio y cenagoso de toda vida, especialmente de la vida que viven todas las grandes colectividades humanas. Colón aventajaba en ciencias abstractas, en pensamientos intuitivos, en inspiraciones geniales, á su rival, Pinzón; pero su rival Pinzón, aventajábale seguramente á él en experiencia, en cálculo, en administración, en aptitudes para el mando, en espíritu de disciplina, en talentos de organizador, en todo lo ejecutivo y cumplidero y practicable. Para los gastos de la escuadrilla fué Pinzón consumado hacendista; para el arreo y aparejo de las naves consumado administra-

dor; para la leva y disciplina de tripulaciones consumado capitán; pero no fué, no, el revelador, calidad excepcional y suma, reconocida en Colón por el voto de todos los pueblos y por el transcurso de todas las edades. No sólo adivinó más que nadie y antes que nadie; no sólo padeció como no había padecido ninguno de sus colaboradores; no sólo reclamó y trabajó con aquella tenacidad rayana en monomanía, sino que creyó; y cuantos al mismo tiempo creyeron, ó se contagiaron más tarde con los efluvios de sus sentimientos, encendiéronse al calor de su corazón é ilumináronse al éter de su inteligencia. Y habiendo visto á Pinzón levantar levas que no consiguieron los continos y corregidores de la reina Isabel; organizar la escuadra en sólo quince días como no la organizaran Colón y sus agentes en tres meses; proveer á los gastos del propio peculio, en la deficiencia del dinero procurado por la corte y las tesorerías Reales; conducir la *Pinta* con averías tan peligrosas desde Cádiz á Canarias; y tras todo esto, aun hemos de verle en mejores ocasiones, con mayor brillo, é influyendo con sumo poder y resuelta decisión en el resultado último, digamos que, sin achicar un punto la línea esplendente y alta donde frisa Colón, aun quedan márgenes en el poema de las exploraciones gigantes para una tan grande figura como la colosal del piloto y armador de Palos, quien por sí, no solamente facilitó la difícil salida, sino que fué quizás el más resuelto, ya lanzada la escuadrilla en su derrotero, á impedir que retrocediese y marrara, empleando en ello su firme y poderosa voluntad.

Desde que zarpó de la Gran Canaria, dirigió Colón el rumbo á Occidente; y desde que dirigió el rumbo á Occidente con tan resuelto propósito, sus compañeros convirtieron á Oriente la vista. Nada más natural. El profeta se regía por sus esperanzas; los marineros por sus recuerdos. El uno solamente veía la tierra de quien iba en demanda; los otros solamente veían la tierra de cuyo seno amorosísimo salieran. Por la extensión de nuestros dominios y por la forma de nuestro territorio, habían visto desde su heroica salida, Cádiz, la estrella vespertina, término sacro, como una piedra miliaria consagrada por la religión, término sacro de nuestra patria, y habían encontrado nuevamente otra España en aquellas islas Canarias que, á guisa de sirenas, los reclamaban y los retenían para sí con la dulzura de su clima, con la transparencia de su aire, con la ondulación de sus costas, con la claridad de su cielo, y sobre todo, con las insignias del dominio patrio allí recién establecido, especialmente sobre la Gran Canaria, siquier no se hubiera dilatado todavía en tal año por todo el archipiélago. La devoción de aquellos tripulantes al suelo se acrecentaba en el ingreso de un desconocido mar, donde iban los cuitados á perderse y abismarse tristemente, sin derroteros, sin cartas, sin ciencia ni noción alguna de su camino y sin idea ni noticia del punto al cual pudieran arribar y del tiempo de que pudieran disponer. Así Colón se apremiaba con sumo celo á sí mismo, y apremiaba la diligencia de los cooperadores al plan, para que pronto dejasen todos á sus espaldas la tierra conocida, cuyos encantos y atrac-

tivos los retraían del mar y los ataban fuertemente á la ribera. El poema de las navegaciones antiguas personificaba esta propensión del marino á la tierra firme y estas llamadas de su deber al elemento líquido; la contraposición del suelo donde tenéis bajo vuestros pies el sustento de la vida con el mar donde tenéis bajo vuestros pies el abismo de la muerte; todas estas luchas de impulsos contrarios, que combaten y asaltan á los nautas, repelidos del agua por su naturaleza terrestre y al agua llamados por su deber moral, todas ellas las personificaba, como decíamos arriba, el poema de las navegaciones antiguas, la *Odisea*, en la hermosa Calipso, que impide los viajes de Ulises, en la prudente Nausicaa, que halaga con su tierna hospitalidad al rey piloto, en aquellas sirenas que lo requieren á una con suaves cánticos para que se lance en sus brazos y en sus brazos se quede. Pues aquello mismo, tan poéticamente descrito por Homero, temía Colón, á saber: que las Canarias, en guisa de sirenas, retuviesen á los navegantes, desorganizando por completo la compañía, con tanta dificultad reunida y tan opuesta de suyo al fin para que fué aparejada. En primeros de Septiembre dejó tras de sí el archipiélago y se abismó en el mar. Urgíale tanto más esta determinación, cuanto que se trocaban á la vista de sus compañeros los más naturales fenómenos en celestiales advertencias. Por claras noches, como las noches semiandaluzas y semitropicales de Canarias; en cielo transparente, donde los luceros á una con mágicos rayos brillan y centellean; al espléndido borde de un mar tan diáfano como el cielo y tan

por extremo sensible á todos los besos de la luz; el cono violáceo de un estriado volcán en purpúrea erupción, como el volcán de Tenerife, que parecería un sol nuevo formándose allá en lo infinito, con llamaradas productoras de irradiaciones semejantes á iris entre nubes ligeras y aeriformes de rojizas humaredas, por enjambres de aerolitos circundado, que habían de semejarse á un estallido de planetas y á una vía láctea incandescente; un tan espléndido espectáculo prestábales horroroso terror pánico, porque creían al encendido monte un cíclope colocado allí por Dios sobre las puertas últimas del mundo conocido, para cerrarlo é impedir todo el paso al mundo desconocido, por su providencia oculto en la líquida y desierta inmensidad inasequible al hombre, de igual manera que allá en los paraíso y edenes de la religión era inasequible y estaba prohibido el árbol de la ciencia, cuyo temerario conocimiento pagaran ¡ay! nuestros primeros padres con el dolor y con la muerte. Colón debió mostrarles cómo las supersticiones los engañaban y cómo aquellos mismos fenómenos se repetían en costas entonces tan conocidas como las costas de Tirreno y sobre los bordes tan estudiados de tierras como Italia, Sicilia y Grecia. Pero, aunque se calmara por el pronto, el bálsamo de su maravillosa elocuencia y al ejemplo y recuerdo de otras erupciones análogas, el terror aquel; un accidente cualquiera, una circunstancia imprevista, un caso fortuito podía reanimarlo, perdiéndose todo y todos á la terrible sacudida de sus espasmos. Las colectividades superan en instinto de conservación á los individuos. La idea nueva

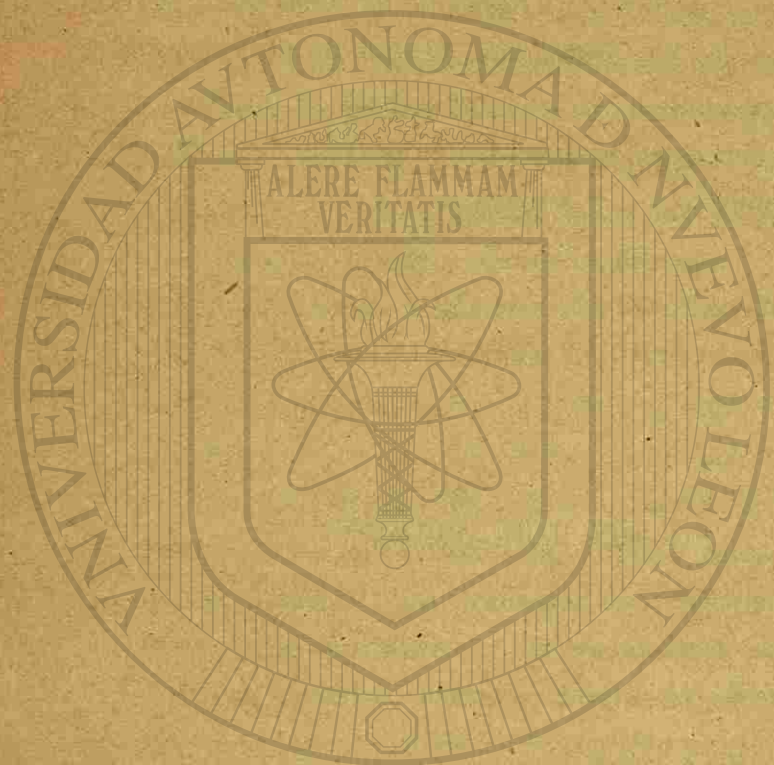
siempre aparece allá en lo más alto, como un astro de primera magnitud, solitaria isla de luz en océanos de sombras. El recelo de un pánico en la tripulación y de un combate con las naves portuguesas aceleró la partida.

Pero les había costado mucho zarpar y separarse del archipiélago de Canarias. Veían la segunda nave, la *Pinta*, de tal suerte maltrecha, que deseaban dejarla en aquella costa para su carena y arreglo, reemplazándola con cualquier otra. Parecía natural el debido logro de sus esperanzas y deseos, atento el excepcional ministerio desempeñado por aquellas islas, tan apetecidas de Portugal, en el objeto y fin magnos de la exploración del mar tenebroso. Los bateles, enviados á tierra de Gomera desde la nao capitana, volvieron pronto, sin haber hallado ninguna otra nave y sin haber sabido más noticia sino que aguardaban, según dice Fernando Colón, allí á D.^a Beatriz de Bobadilla, señora de la isla, quien iría en el navío sevillano *Grajeda*, capaz de cuarenta toneladas y muy á propósito para el temeroso viaje. Pero D.^a Beatriz no llegaba nunca; y el Almirante sólo tropezó con un carabelón, acabando por convencerse de lo imposible que resultaba el aquistamiento de buques y por persuadirse á una marcha pronta y á una separación indispensable de aquellas seductoras sirenas. Como él mismo en su *Diario* dice, la *Pinta* quedó adobada el 2 de Septiembre, y convertido su aparejo en redondo, de latino que era. Mas la presencia larga en el archipiélago de las Afortunadas corroboróle más y más en su idea del hallazgo de las codiciadas Indias por su derecho camino al ocaso. Muchos hombres honra-

dos y españoles, dice Cristóbal Colón en los comienzos de su *Diario*, al servicio de D.^a Inés Peraza, madre del que fué después Conde titular de la Gomera, avecindados en la isla de Hierro, juraban por su honor en Dios y en conciencia, ver cada un año, durante ciertas estaciones, tierras firmes occidentales, tan de bulto y relieve á los ojos, que parecían accesibles también á las manos. Y unía Colón, con estas noticias dadas por los canarios, otras de su propia cosecha y acervo, como que, hallándose de larguísima estada en Madera, cierto isleño fuese á Lisboa, y le pidió al Rey de Portugal una carabela con ánimo de dirigirse y abordar á vecina tierra, la cual veía de continuo entre los celajes del horizonte y las evaporaciones del mar. Con efecto, las refracciones del aire, así en los océanos como en los desiertos, fingían estos continentes aéreos, tomados unas veces por la imaginación y otras veces por la esperanza de los comarcanos aquellos como efectivos y reales, hasta el punto de idear numerosas navegaciones en su busca y requerimiento, al término de las cuales recogían sólo tristísimos desengaños. La ilusión llegó al extremo de generar una certidumbre tal sobre la existencia y una confianza en el hallazgo, que todos estos espejismos, bautizados con denominaciones varias, escribíanse á una en los mapas y constaban como verdaderos en las tradiciones ribereñas. La física moderna, en sus revelaciones del éter y de la luz, ha dado la razón de tales fenómenos atmosféricos y aéreos. Mas ¿no demostraba esto que así cual sobre los capullos de las flores en primavera discurren las mariposas, como anunciando

el fruto lejano, discurren las ilusiones y las esperanzas sobre todos los apartados horizontes de una realidad viva, que se acerca y se cumple á despecho de todas las dificultades y de todos los obstáculos, sirviendo para prestar en los pilotos aquellos en sus esperanzas é impeler los barcos más con estas esperanzas del espíritu que con las brisas del cielo?

FIN DEL TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Al señor D. Telesforo García, Presidente de la Cámara española de Comercio en Méjico.....	5
PRÓLOGO.....	23
CAPÍTULO PRIMERO	
Excepcional importancia de Colón.....	57
CAPÍTULO II	
Nacimiento y crianza de Colón.....	67
CAPÍTULO III	
La gloria de Colón.....	103
CAPÍTULO IV	
Portugal y Colón.....	125
CAPÍTULO V	
Casamiento de Colón y estancia de casado en Portugal.....	159
CAPÍTULO VI	
Venida de Colón á España.....	201
CAPÍTULO VII	
España y su estado al arribo de Colón.....	219

CAPÍTULO VIII	
Amores de Colón en Córdoba.....	227
CAPÍTULO IX	
Colón ante los nobles andaluces.....	235
CAPÍTULO X	
Colón ante la Corte.....	247
CAPÍTULO XI	
Colón ante los Reyes Católicos.....	261
CAPÍTULO XII	
Colón en Salamanca.....	277
CAPÍTULO XIII	
La Rábida.....	295
CAPÍTULO XIV	
Colón en el Real de Santa Fe.....	309
CAPÍTULO XV	
De Santa Fe á Palos.....	333
CAPÍTULO XVI	
Martín Alonso Pinzón.....	349
CAPÍTULO XVII	
El día de la partida.....	359
CAPÍTULO XVIII	
Viaje de Palos á Canarias.....	377

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Al final del tomo segundo y último, se dará la plantilla para la colocación de las láminas.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

